Tom Clancy

Con la colaboración de
Steve Pieczenik

Actos de Guerra

(Op-Center)

Terroristas kurdos atentan contra una presa, poniendo en peligro el suministro de agua en Turquía. Es el primer paso de un plan para desencadenar la guerra en Oriente Medio en la que se verán implicados los principales protagonistas del nuevo orden mundial. Los sublevados deberán hacer frente, sin embargo, a un enemigo con el que no contaban: el COR, la nueva base móvil del Centro de Operaciones ubicada en territorio turco y que, gracias un modernísimo sistema informático, tiene acceso a información clasificada de vital importancia. Pero también los kurdos, contrariamente a lo que se creía, están dotados de medios suficientes para contrarrestar las actuaciones de los miembros del COR. La lucha está servida y el duelo de titanes informáticos garantizado.

Tom Clancy & Steve Pieczenik

Actos de guerra

Op-Center 04

Título original: *Acts of War*
Tom Clancy & Steve Pieczenik, 1997
Traducción: Teresa Arijón
Diseño/Retoque de cubierta: Moroco

ACTOS DE GUERRA

Tom Clancy & Steve Pieczenik

AGRADECIMIENTOS

Quisiéramos agradecer a Jeff Rovin por sus ideas creativas y sus invalorables contribuciones en la preparación del manuscrito. También deseamos reconocer la ayuda prestada por Martin H. Greenberg, Larry Sepriff, Robert Youdelman, Esq., Tom Mablon, Esq., y la maravillosa gente de The Putnam Berkley Group, incluyendo a Phyllis Grann, David Shanks y Elizabeth Beier. Como siempre, deseamos agradecer a Robert Gottlieb, de The William Morris Agency, nuestro agente y amigo, sin cuya colaboración este libro nunca hubiera sido concebido. Pero lo más importante: queda para ustedes, nuestros lectores, determinar hasta qué punto nuestro emprendimiento común ha sido exitoso.

TOM CLANCY Y STEVE PIECZENICK

1

Lunes, 11:00, Qamishli, Siria

Ibrahim al-Rashid se quitó los anteojos de sol y espió por la sucia ventanilla del Ford Galaxy modelo 63.

El joven sirio mantuvo los ojos abiertos y disfrutó los bruscos destellos de la luz del sol sobre el desierto dorado. Gozaba del dolor tanto como del calor en la cara, del aire caliente en los pulmones, de la ardiente transpiración en la espalda. Gozaba de la incomodidad tal como debían haberla gozado los profetas, los hombres que llegaron al desierto para ser forjados en el yunque de Dios y estar preparados para Su gran designio.

En todo caso, pensó, *nos guste o no, la mayor parte de Siria es un horno durante el verano*. El esforzado ventilador del automóvil apenas servía para aliviar el calor y la presencia de otros tres hombres contribuía a aumentarlo.

Mahmoud, hermano mayor de Ibrahim, ocupaba el asiento del conductor junto a él. Aunque sudaba mucho, Mahmoud estaba atípicamente tranquilo, incluso cuando los Fiat y Peugeot más modernos y veloces los pasaban raudamente en la autopista doble mano. Era obvio que Mahmoud no quería meterse en una pelea, no ahora, Pero cuando llegaba el momento de pelear nadie superaba su temeridad. Cuando eran niños Mahmoud siempre había estado dispuesto a pelear contra chicos más grandes y en grupos numerosos. A sus espaldas, Yousef y Alí jugaban a las cartas una

mano por una piastra en el asiento trasero. Cada mano perdida era acompañada por una maldición en voz baja. Ninguno de esos hombres toleraba la derrota benignamente, y por eso estaban allí.

El motor de ocho cilindros recién reparado los trasladaba suavemente por la moderna Ruta 7. El Galaxy era diez años más viejo que Ibrahim y había sido arreglado muchas veces; él mismo se había hecho cargo la última vez. Pero el baúl era lo bastante espacioso para guardar todo lo que necesitaban, el chasis era sólido y el automóvil era fuerte. Como esta nación formada por árabes, curdos, armenios, circasianos y muchos más, el Galaxy tenía muchos remiendos, algunos nuevos y otros viejos. Pero seguía andando.

Ibrahim observó el paisaje blanqueado. No era como el desierto del sur, todo arena y nubes de polvo, espejismos encandiladores y gráciles remolinos, salpicado de tiendas negras de beduinos y oasis ocasionales. Era una franja de tierra seca y resquebrajada, de colinas áridas y cientos de túmulos: montículos de ruinas que marcaban los emplazamientos de antiguas poblaciones. Entre los escasos agregados modernos al paisaje, como vehículos abandonados y torres de petróleo, se levantaban algunos cobertizos donde la gente vendía comida rancia y bebidas calientes. El desierto de Siria siempre había sido una tentación para aventureros y poetas, caravanas y arqueólogos que abrazaron y luego romantizaron sus peligros. Pero esta región localizada entre el gran Tigris y el Éufrates alguna vez había estado viva. No como ahora. No era así antes de que los turcos comenzaran a esquilmar las reservas de agua.

Ibrahim recordó las palabras que su padre les dijera esa misma mañana, antes de salir.

Agua es igual a vida. Controla una y controlarás la otra. Ibrahim conocía la historia y la geografía de la región y su agua. Había servido dos años en la Fuerza Aérea. Desde su exoneración había escuchado hablar de hambrunas y sequías a los ancianos mientras reparaba tractores y otras maquinarias en una granja.

Anteriormente conocido como Mesopotamia, palabra griega para designar «la tierra entre ríos», el territorio sirio era ahora llamado al-Gezira: «la isla». Una isla sin agua. El río Tigris había sido alguna vez una de las rutas de transporte más importantes del mundo. Nace al este de Turquía y recorre casi 1150 millas en dirección sudeste a través de Irak, donde se encuentra con el Éufrates en Basora. El igualmente poderoso Éufrates nace de la confluencia de los ríos Kara y Murad al este de Turquía. Recorre casi 1700 millas, primero en dirección sur y luego sudeste, atravesando grandes cañones y abismos escarpados en su curso superior y una vasta llanura inundada en Siria e Irak. Cuando se encuentran, el Tigris y el Éufrates forman el río canal Shatt al Arab, que corre en dirección sudeste hacia el golfo Pérsico y es parte de la frontera entre Irak e Irán. Ambos países han peleado largamente por los derechos de navegación en las 120 millas de ese curso de agua.

El Tigris y el Éufrates al este y el gran río Nilo al oeste alguna vez delimitaron la Media Luna de las Tierras Fértiles, cuna de tantas civilizaciones antiguas, algunas de las cuales datan del año 5000 antes de Cristo.

La cuna de la civilización, pensó Ibrahim. Su tierra natal. Un tercio de su gran nación, hoy sin vida y pudriéndose.

Durante siglos, barcos de guerra bajaron por el Éufrates y obligaron a las tribus a retroceder hacia el oeste. Las ruedas hidráulicas y canales de irrigación del este iban siendo abandonados a medida que crecía el sector occidental del país: la línea de grandes ciudades que baja desde Alepo al norte pasando por Hama, Homs y la eterna Damasco. El Éufrates fue abandonado y luego asesinado. Sus aguas otrora brillantes se volvieron opacas y oscuras a raíz de los desechos industriales y humanos, la mayor parte provenientes de Turquía, y ni siquiera la nieve de las montañas ni las densas lluvias pudieron limpiadas. En la década de 1980, Turquía inició un proyecto de recuperación masiva mediante la construcción de una serie de represas a lo largo del curso superior del Éufrates. Ese esfuerzo

ayudó a limpiar el río y a mantener fértil a Turquía. Pero también provocó que el norte de Siria y especialmente al-Gezira sufrieran todavía más sequías y hambrunas.

Y Siria no hizo nada para evitarlo, pensó amargamente Ibrahim. Tenían que pelear con Israel al sudoeste y vigilar a Irak en el sudeste. El gobierno sirio no quería que toda su frontera norte —más de cuatrocientas millas— peligrara debido a la tensión con los turcos.

Sin embargo, poco tiempo atrás habían surgido otras voces que se hacían cada vez más fuertes. En los últimos meses Ibrahim había pasado todo su tiempo libre en Haseke, una tranquila ciudad del sudoeste, trabajando con los patriotas locales en el PKK, Partido de los Trabajadores del Curdistán, del que su hermano era oficial. Mientras se ocupaba de que imprentas y automóviles funcionaran como era debido, Ibrahim había escuchado atentamente las opiniones de Mahmoud sobre la creación de una nueva patria. Mientras ayudaba a trasladar armas y materiales para preparar bombas bajo el amparo de la noche, Ibrahim había escuchado amargos debates sobre la unificación con otras facciones curdas. Mientras descansaba después de haber colaborado en el entrenamiento de pequeños grupos de combatientes, había escuchado cómo se hacían los arreglos necesarios para un encuentro con los curdos turcos e iraquíes, con el fin de fundar una nueva patria y elegir un líder.

Ibrahim se puso los anteojos de sol. El mundo volvió a oscurecerse.

Hoy, la mayoría de la gente cruza al-Gezira sólo para llegar a Turquía. Eso era lo que estaba haciendo Ibrahim, aunque no formara parte de la mayoría. La aludida mayoría llegaba con cámaras para fotografiar bazares, trincheras de la Primera Guerra Mundial o mezquitas. Llegaban con mapas y picos para excavaciones arqueológicas, o con *jeans* norteamericanos y aparatos electrónicos japoneses para vender en el mercado negro.

Ibrahim y su gente llevaban con ellos algo más. Un objetivo: devolver las aguas a al-Gezira.

2

Lunes, 13:22, Sanliurfa, Turquía

El abogado Lowell Coffey II, parado a la sombra del inclasificable remolque blanco de seis ruedas, tomó el borde de su corbata roja y enjugó el sudor que le enturbiaba la visión. Maldijo en voz baja el zumbido del motor a batería que indicaba que el aire acondicionado estaba funcionando en el remolque. Luego observo el terreno árido salpicado de colinas resecas. A unas trescientas yardas de distancia se veía un camino desierto de asfalto que ondulaba bajo el insoportable calor de la tarde. Más allá, separada de ellos por tres millas estériles y más de cinco mil años, se erguía la ciudad de Sanliurfa.

El Dr. Phil Katzen, un biofísico de treinta y tres años, se paró a la derecha del abogado. El científico pelilargo entrecerró los ojos al mirar el polvoriento perfil de la antigua metrópoli.

—¿Sabías, Lowell —dijo Katzen—, que hace diez mil años, exactamente aquí, donde estamos parados, se domesticaron bestias de carga por primera vez? Eran unos bisontes salvajes. Ellos araron la tierra que estamos pisando.

—Maravilloso —dijo Coffey—. Y probablemente también podrías decirme cómo estaba compuesto el suelo por aquel entonces. ¿Acerté?

—No —sonrió—. Sólo puedo decirte cómo está compuesto ahora. Todas las naciones de esta región deben registrar esos datos para

saber cuánto durarán las granjas, por ejemplo. Tengo un diskette con los archivos del suelo. Si quieres leerlo, lo abriré en cuanto Mike y Mary Rose terminen.

—No, gracias —dijo Coffey—. Ya tengo bastantes problemas para retener toda la maldita información que supuestamente debo memorizar. Sabes, estoy envejeciendo.

—Apenas tienes treinta y nueve años —dijo Katzen.

—No me durarán mucho —dijo Coffey—. Mañana se cumplen cuarenta años de mi nacimiento.

Katzen sonrió.

—Entonces… feliz cumpleaños, consejero.

—Gracias —dijo Coffey—, pero no será un cumpleaños feliz. Estoy envejeciendo, Phil.

—Un momento —dijo Katzen, y señaló, la ciudad de Sanliurfa—. Cuando ese lugar era joven, a los cuarenta eras viejo. En aquella época poca gente llegaba a los veinte años. Y además con mala salud. Cumplían veinte años y tenían los dientes podridos, algún hueso roto, mala vista, pie de atleta y otras lindezas que te ahorro. Demonios, en Turquía hoy se vota por primera vez a los veintiún años. ¿Te das cuenta de que los líderes ancianos de ciudades como Uludere, Sirnak y Batman ni siquiera podrían haber votado?

Coffey lo miró con curiosidad.

—¿Existe un lugar llamado Batman?

—Justo sobre el Tigris —dijo Katzen—. ¿Ves? Siempre hay algo nuevo que aprender. Esta mañana pasé un par de horas estudiando el CRO. Vaya máquina la que diseñaron Matt y Mary Rose. El conocimiento nos mantiene jóvenes, Lowell.

—Saber que existen Batman y el CRO no es exactamente algo por lo que vivir —dijo Coffey— y en lo que concierne a tus viejos turcos, con todo lo que plantó, sembró e irrigó esa gente… cuarenta años los sentirán por lo menos como ochenta.

—Es verdad.

—Y probablemente hicieron toda su vida el mismo trabajo, desde que tenían diez años —agregó Coffey—. En la actualidad se supone que vivimos más y evolucionamos profesionalmente.

—¿Intentas decirme que tú no has evolucionado? —preguntó Katzen.

—He evolucionado como el dodo —dijo Coffey—. Siempre pensé que al llegar a esta edad sería un «peso pesado» internacional, que trabajaría para el presidente y negociaría acuerdos de comercio y de paz a muy alto nivel.

—Tranquilo, Lowell —dijo Katzen—. Todavía estás en combate.

—Sí —replicó Coffey—. En un rincón del cuadrilátero, porque me sangra la nariz. Trabajo para una agencia gubernamental de perfil bajo de la que nadie ha oído hablar…

—Perfil bajo no significa falta de distinción —señaló Katzen.

—En lo que hace a mi combate, sí —respondió Coffey—. Trabajo en un sótano en la Base Andrews de la Fuerza Aérea —ni siquiera en Washington D. C., por el amor de Dios— y me dedico a promover tratados nada excitantes aunque necesarios con países hospitalarios a regañadientes, como Turquía, para que juntos podamos espiar a países todavía menos hospitalarios, como Siria. Encima de eso me estoy cocinando en el maldito desierto, y un sudor helado me baja por las piernas y humedece mis medias en vez de estar discutiendo casos de la Primera Enmienda ante la Corte Suprema.

—También estás empezando a lloriquear —dijo Katzen.

—Culpable —dijo Coffey—. Prerrogativas del que cumple años.

Katzen tiró del ala del sombrero de fieltro australiano de Coffey hasta taparle los ojos.

—Ilumínate. No todo trabajo útil puede ser, además, *sexy*.

—No se trata de eso —insistió Coffey—. Aunque tal vez sí, en cierta medida.

Se quitó el sombrero australiano, limpió el sudor de la cinta con el dedo índice y volvió a encasquetárselo en la sucia cabeza rubia.

—Creo que lo que estoy queriendo decir —prosiguió con dificultad— es que yo era un prodigio en leyes, Phil. El Mozart de la jurisprudencia. A los doce años leía los libros de leyes de mi padre. Cuando todos mis amigos querían ser astronautas o jugadores de béisbol, yo pensaba que sería maravilloso ser fiscal. Podría haber hecho casi todo lo que hago ahora cuando tenía catorce o quince años.

—Los trajes te hubieran quedado un poco grandes —respondió Katzen, impávido.

Coffey frunció el entrecejo.

—Sabes bien lo que quiero decir.

—Estás diciendo que no has vivido de acuerdo con tu potencial —dijo Katzen—. Bueno, fírmese y archívese, y bienvenido al mundo real.

—Ser un desilusionado más entre muchos otros no mejora las cosas, Phil —replicó Coffey.

Katzen sacudió la cabeza.

—Lo único que puedo decir es: desearía haberte tenido a mi lado cuando estuve con Greenpeace.

—Lo siento —dijo Coffey—. Nunca me arrojé desde la cubierta de un barco para proteger a las focas bebé de los arpones, ni me enfrenté a un grupo de robustos cazadores para evitar que usaran carne cruda como cebo para atraer a los osos negros.

—Yo hice ambas cosas una sola vez —dijo Katzen—. Me rompieron la nariz haciendo una y huí aterrado del arpón haciendo la otra. Lo lamentable es que me acompañaban unos inútiles cobardes incapaces de distinguir una marsopa de un delfín. Lo peor de todo era que les importaba un bledo. Estaba en tu oficina cuando negociaste nuestra breve visita con el embajador turco. Pusiste todo tu empeño y creaste una herramienta de trabajo valiosísima para nosotros.

—Estaba negociando con un país que tiene cuarenta billones de dólares de deuda externa, la mayor parte con nuestro país —aclaró

Coffey—. Lograr que consideren nuestro punto de vista no me coloca exactamente entre los genios.

—Mentira —dijo Katzen—. El Banco Islámico de Desarrollo también es acreedor de una buena cantidad de billetes turcos y ejerce una importante presión pro fundamentalismo sobre esta gente.

—Es imposible imponer la ley islámica a los turcos —respondió Coffey—, ni siquiera a través de un líder ferozmente fundamentalista como el que tienen ahora. La Constitución lo prohíbe.

—Las constituciones pueden ser enmendadas —dijo Katzen—. No te olvides de Irán.

—La población secular es mucho mayor en Turquía —prosiguió Coffey—. Si los fundamentalistas trataran de tomar el poder aquí, habría una guerra civil.

—¿Quién podría asegurar que no la habrá? —preguntó Katzen—. En todo caso, no me refería a nada de esto. Fuiste capaz de atravesar a toda velocidad las regulaciones de la OTAN, la ley turca y la política norteamericana para que llegáramos aquí. No conozco a ningún otro que hubiera podido logrado.

—No tengo más remedio que sentirme un poquito orgulloso —dijo Coffey—. No obstante, el tratado con Turquía probablemente haya sido el punto más alto de mi año laboral. Cuando volvamos a Washington todo seguirá como de costumbre. Iré a ver a la senadora Fax con Paul Hood y Martha Mackall. Asentiré cuando Paul asegure a la senadora que todo lo que hicimos en Turquía fue legal, que los estudios del suelo que hiciste en el este serán compartidos con Ankara y fueron la «verdadera razón» de nuestra presencia aquí, y garantizaré que seguiremos operando dentro del marco de la ley si el Centro Regional de Operaciones recibe más fondos. Después volveré a mi oficina y trataré de imaginar cómo usar el CRO de maneras no cubiertas por la ley internacional. —Coffey sacudió la cabeza—. Sé que así es como deben hacerse las cosas, pero no me dignifica.

—Al menos nosotros intentamos ser dignos —señaló Katzen.

—Tú lo intentas —dijo Coffey—. Dedicas tu carrera a estudiar accidentes nucleares, incendios de petróleo y polución. Marcas una diferencia, o al menos te impones un desafío. Me metí en leyes para ocuparme de asuntos verdaderamente globales, no para encontrar excusas legales a espías ocultos en los sudaderos del Tercer Mundo.

Katzen suspiró.

—Estás *pasado de revoluciones*.

—¿Qué?

—Estás transpirando. Estás malhumorado. Te falta un día para cumplir cuarenta años. Y te estás castigando duro.

—No, me castigo con demasiada suavidad.

Coffey caminó hacia el refrigerador instalado bajo la sombra protectora de una de las tres tiendas cercanas. Vio la edición rústica y aún sin abrir de *Revuelta en el desierto*, la novela de T. E. Lawrence que había traído para leer. En la cómoda librería de Washington, ese libro le había parecido la elección más acertada, pero ahora deseaba haber escogido *Doctor Zhivago* o *La llamada de la selva*.

—Creo que estoy teniendo una epifanía —murmuró Coffey—, como todos los patriarcas que llegaron al desierto.

—Esto no es el desierto —dijo Katzen—. Es lo que denominamos tierra de pastoreo no arable.

—Gracias —dijo Coffey—. Archivaré esa información junto con la de Batman, Turquía, como algo para recordar.

—Caramba —dijo Katzen—, estás de pésimo humor. Y no creo que se deba a tus cuarenta años. Creo que el calor te ha resecado el cerebro.

—Tal vez —respondió Coffey—. Acaso ésa sea la razón de que todos estén en guerra en esta parte del mundo. ¿Alguna vez oíste hablar de una guerra entre esquimales montados en bloques de hielo o huevos de pingüino?

—He visitado a los Inuit, sobre la costa de Bering —dijo Katzen —. No pelean entre ellos porque tienen otra idea de la vida. Su religión se compone de dos elementos: fe y cultura. Los Inuit tienen fe sin fanatismo, y esa fe es un asunto muy privado para ellos. La cultura es la parte pública. Comparten sabiduría, tradición y fábulas en vez de insistir en que su manera de vivir es la única válida. Lo mismo vale para muchos pueblos tropicales y subtropicales de África, Sudamérica y el Lejano Oriente. No tiene nada que ver con el clima.

—No creo que el clima sea determinante —dijo Coffey—. No del todo.

Sacó una lata de Tab de entre el hielo derretido del refrigerador y la destapó. Mientras vertía la gaseosa en su boca miró el enorme remolque resplandeciente bajo el sol. La desesperación lo abandonó por un instante. Ese vehículo aparentemente indescriptible era hermoso y *sexy*. Al menos se sentía orgulloso de estar asociado con él. El abogado dejó de ver y contuvo el aliento.

—Quiero decir —prosiguió, jadeando ligeramente después del trago largo e ininterrumpido— que te fijes en las ciudades o cárceles donde hay motines. O en sitios como Jonestown y Waco donde la gente se fanatiza. Jamás ocurre cuando hace frío o hay tormentas de nieve. Siempre cuando hace calor. Fíjate en los estudiosos de la Biblia que vinieron al desierto. Llegaron como hombres, permanecieron bajo el calor, y volvieron profetas. El calor enciende nuestros fusibles.

—¿No creerás que Dios tuvo algo que ver con Moisés y Jesús? —preguntó solemnemente Katzen.

Coffey se llevó la lata a los labios.

—*Touché* —admitió antes de volver a beber.

Katzen se volvió hacia la joven negra parada a su derecha. La mujer llevaba puestos unos pantalones cortos color caqui, una blusa manchada de sudor también color caqui y una mancha blanca. El uniforme era «inofensivo». Aún no había sacado a relucir el

poderoso escudo de la fuerza de despliegue rápido Striker a la cual pertenecía. Tampoco ostentaba ningún otro signo de filiación militar. Como el remolque mismo —cuyo espejo retrovisor parecía simplemente un espejo y no una antena parabólica y cuyas paredes estaban de modo intencional arañadas y artificialmente herrumbradas para no dejar entrever la cubierta de acero reforzado que había debajo— la joven mujer tenía el aspecto de una aclimatada arqueóloga.

—¿Cuál es tu opinión, Sondra? —le preguntó Katzen.

—Con el debido respeto —dijo la joven negra—, pienso que ambos están equivocados. Creo que la paz, la guerra y la sanidad son todas cuestiones de liderazgo. Miren aquella antigua ciudad —la joven hablaba con tono calmo y reverente—. El profeta Abraham nació exactamente allí hace treinta siglos. Allí vivía cuando Dios le ordenó que se mudara a Canaán con su familia. Ese hombre fue tocado por el Espíritu Santo. Fundó un pueblo, una nación, una moral. Estoy segura de que tenía tanto calor como nosotros, especialmente cuando Dios le ordenó clavar una daga en el vientre de su único hijo. Estoy segura de que bañó con sudor y con lágrimas el rostro aterrado de Isaac. —Miró a Katzen y luego a Coffey—. Su liderazgo estaba basado en la fe y en el amor, y judíos y musulmanes lo reverencian por igual.

—Bien dicho, privada DeVonne —dijo Katzen.

—Muy bien dicho —coincidió Coffey—, pero su opinión no contradice mi parecer. Todos no estamos hechos de la misma madera obediente y decidida de Abraham. Y, en algunos casos, el calor empeora nuestra irritabilidad natural.

El abogado sacó del refrigerador una chorreante botella de agua mineral.

—Esto también es importante. Después de veintisiete horas y quince minutos de acampar aquí detesto vivir en este lugar. Me gustan el aire acondicionado y el agua fría servida en un vaso limpio

en vez del agua caliente bebida de una botella de plástico. Y los baños. También prefiero los nuestros.

Katzen sonrió.

—Tal vez los valorarás un poco más aún cuando regreses.

—Ya los valoraba antes de partir. Francamente, todavía no comprendo por qué no pudimos probar este prototipo en los EE. UU. Tenemos enemigos en casa. Muchos jueces me hubieran autorizado a espiar sospechosos de terrorismo, campamentos paramilitares, mafiosos, lo que se les ocurra.

—Conoces la respuesta tan bien como yo —dijo Katzen.

—Claro —admitió Coffey. Vació la lata de gaseosa, la arrojó a la bolsa plástica de residuos y volvió al remolque—. Si no ayudamos al moderado Partido Senda Verdadera, los fundamentalistas islámicos y su Partido Bienestar seguirán teniendo una buena cosecha aquí. Y además tenemos el Partido Socialdemócrata Popular, el Partido de Izquierda Democrática, el Partido Centraldemócrata, el Partido de la Reforma Democrática, el Partido Prosperidad, el Partido Refah, el Partido de la Unidad Socialista, el Partido del Camino Correcto y el Partido Gran Anatolia. Debemos tratar con todos ellos y todos ellos quieren su miserable porción del ínfimo pastel turco. Para no mencionar a los curdos, que quieren liberarse de los turcos, los iraquíes y los sirios. —Coffey limpió el sudor de sus párpados con el dedo índice—. Si el Partido Bienestar llega a controlar Turquía y sus fuerzas militares, Grecia quedará amenazada. Surgirán nuevas disputas por el mar Egeo y la OTAN será desmembrada.

Europa y Oriente Medio correrán peligro y todos buscarán la ayuda de los EE. UU. Nosotros la brindaremos de buena gana, claro está, pero sólo en forma de juego diplomático. No podemos arriesgarnos a tomar partido en una guerra de esa clase.

—Brillante exposición, señor consejero.

—Excepto por una cosa —prosiguió Coffey—. Apuesto todo lo que tengo a que puede haber un giro inesperado. No es como en tu

caso, que puedes ausentarte momentáneamente para salvar de los leñadores a la lechuza marcada.

—Un momento —dijo Katzen—. Me estás avergonzando. Nunca he sido tan virtuoso.

—No estoy hablando de virtud —dijo Coffey—. Estoy hablando de comprometerse con algo verdaderamente importante. Fuiste a Oregón, protestaste *in situ*, testificaste ante la legislatura del estado, y lograste resolver el problema. Esta situación tiene cincuenta siglos de antigüedad. Aquí las facciones étnicas siempre han peleado unas contra otras, y seguirán peleando. No podemos detenerlas, e intentar hacerlo implica la pérdida de recursos valiosos.

—No estoy de acuerdo —replicó Katzen—. Podemos mitigar la situación. Y quién sabe… tal vez los próximos cinco mil años serán mejores.

—O tal vez los EE. UU. serán absorbidos por una guerra religiosa que los hará pedazos —replicó Coffey—. Soy aislacionista de corazón, Phil. Es lo único que tengo en común con la senadora Fox. Tenemos el mejor país de la historia mundial y todos aquellos que no quieran unirse a nosotros en la batidora democrática por mí pueden tirotearse, bombardearse, gasearse, ahorcarse y martirizarse hasta el fin de los tiempos. Realmente no me importa.

Katzen frunció el entrecejo.

—Supongo que es tu punto de vista —dijo fríamente.

—Claro que sí —respondió Coffey— y no voy a disculparme por mis opiniones. Pero quiero que me expliques algo.

—¿Qué? —preguntó Katzen.

Coffey hizo una mueca.

—¿Cuál es la diferencia entre una marsopa y un delfín?

Antes de que Katzen pudiera responderle, la puerta del remolque se abrió para que saliera Mike Rodgers. Coffey saboreó el golpe de aire acondicionado antes de que el general cerrara la puerta. Vestía un *jean* y una remera ajustada color gris que conmemoraba la

campaña de Gettysburg. Sus luminosos ojos pardos parecían casi dorados bajo la brillante luz del sol.

Mike Rodgers sonreía muy raramente, pero Coffey advirtió la sombra de una sonrisa en sus labios.

—¿Entonces? —preguntó Coffey.

—Funciona —dijo Rodgers—. Pudimos conectarnos con los cinco satélites seleccionados de la Oficina Nacional de Reconocimiento. Tenemos video, audio y vistas termales de la región-blanco y también vigilancia electrónica absoluta. Mary Rose está hablando en este momento con Matt Stoll para asegurarse de que la información sea ingresada. —La sonrisa contenida de Rodgers se desplegó—. Funciona.

Katzen le tendió la mano.

—Felicitaciones, general. Matt debe estar en éxtasis.

—Sí, está muy contento —dijo Rodgers—. Y después de todo lo que pasamos para armar el CRO, yo también estoy muy contento.

Coffey brindó a la salud del general Rodgers con la botella de agua mineral.

—Olvida todo lo que dije, Phil. Si Mike Rodgers está contento, realmente hemos obtenido algo bueno.

—Ésa era la buena noticia —dijo Rodgers—. La mala es que el helicóptero que iba a llevarlos a Phil y a usted al lago Van ha sido demorado.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Katzen.

—Permanentemente —respondió Rodgers—. Parece que alguien del Partido Madre Tierra objetó la excursión. No compraron nuestro cuento de la cobertura ecológica, y por supuesto no creen que estemos aquí para estudiar el creciente nivel alcalino del agua en Turquía y sus efectos de filtración en el suelo.

—Caramba —dijo Katzen—. ¿Y qué demonios piensan que queremos hacer allí afuera?

—¿Se sienten preparados para escuchar el resto? —preguntó Rodgers—. Creen que hemos encontrado el Arca de Noé y que

planeamos llevarla a los EE. UU. Quieren que el Consejo de Ministros cancele nuestros permisos.

Katzen clavó con furia el taco de su bota en la tierra resquebrajada.

—Realmente quería echarle un vistazo a ese lago. Allí vive el darek, una variedad de pez que evolucionó para poder vivir en aguas ricas en carbonato de sodio. Podemos aprender mucho de él en cuanto a adaptación.

—Lo lamento —dijo Rodgers—. Vamos a tener que adaptarnos por las nuestras. —Miró a Coffey—. ¿Sabe algo de este Partido Madre Tierra, Lowell? ¿Tienen suficiente poder como para perjudicarnos?

Coffey se pasó el extremo de la corbata por la mandíbula poderosa y luego por la nuca.

—Probablemente no —dijo—, aunque le conviene chequearlo con Martha. Son bastante fuertes y considerablemente fanáticos. Pero cualquier debate que inicien deberá ir y venir entre el primer ministro y los madretierristas durante por lo menos dos o tres días antes da ser votado en la Gran Asamblea Nacional. No respondo por la excursión de Phil, pero creo que esto nos dará tiempo para hacer lo que vinimos a hacer.

Rodgers asintió. Miró a Sondra.

—Privada DeVonne, el viceprimer ministro también me dijo que están pasando panfletos en las calles para informar a los ciudadanos sobre nuestro plan de robar la herencia cultural turca. El gobierno ha enviado a un agente de inteligencia, el coronel Nejat Seden, para que nos ayude frente a cualquier incidente. Hasta que llegue, por favor informe al privado Pupshaw que algunos de los participantes en el festival de la sandía de Diyarbakir pueden llevar un arma además de una fruta. Pídale que mantengan la calma.

—Sí, señor.

Sondra hizo la venia y corrió en dirección al fornido Pupshaw, quien estaba de guardia al otro lado de las tiendas vigilando el lugar

en que el camino desaparecía detrás de una hilera de colinas resecas.

Katzen frunció el ceño.

—Esto sí que es bueno. No sólo me pierdo la oportunidad de estudiar el darek en su hábitat, sino que peligran aquí más de cien millones de dólares en electrónica sofisticada. Y hasta que llegue este coronel Seden la única protección que tenemos son dos Strikers con radios y M21 que, si llegan a usarlos, nos traerán problemas porque se supone que debemos estar desarmados.

—Creí que admirabas mi delicadeza diplomática —se burló Coffey.

—La admiro.

—Bueno, éste fue el mejor trato que pudimos obtener —dijo Coffey—. Tú has trabajado con Greenpeace. Cuando el servicio secreto francés hundió el velero *Rainbow Warrior* de Greenpeace en el puerto de Auckland en 1985 no saliste a matar a todos los parisinos.

—Pero quería hacerlo —admitió Katzen—. Claro que quería matarlos.

—Pero no los mataste. Somos empleados de una potencia extranjera y hacemos vigilancia en beneficio de un gobierno minoritario para que sus militares puedan controlar a los fanáticos del Islam. Carecemos de un imperativo moral que nos induzca a matar nativos. Si nos atacan entramos a la camioneta, trabamos la puerta y llamamos por radio a la *polisi* local. Ellos vienen a toda velocidad en sus Renault y se encargan de la situación.

—A menos que sean simpatizantes de Madre Tierra —arguyó Katzen.

—No —replicó Coffey—, aquí los policías son muy justos. Puedes no gustarles, pero creen en la ley y la defienden a toda costa.

—De todos modos —dijo Rodgers—, la DPM espera que no tengamos esa clase de problemas. En el peor de los casos nos arrojarán sandías, huevos, abono y cosas por el estilo.

—Maravilloso —agregó Katzen—. Por lo menos en Washington sólo arrojan barro.

—Si alguna vez lloviera en este maldito lugar —dijo Coffey— también nos arrojarían barro.

Rodgers extendió la mano y Coffey le pasó la botella de agua mineral. Después de tomar un buen trago, el general les dijo:

—Alégrense. Como dijo Tennessee Williams: «No vivas esperando el día en que dejarás de sufrir, porque cuando ese día llegue sabrás que estás muerto».

3

Lunes, 6:48, Chevy Chase, MD

Paul Hood estaba sentado bebiendo café en la guarida de su cómoda casa suburbana. Había corrido las cortinas color marfil, abierto apenas una pulgada la puerta de vidrio corrediza, y miraba complacido el patio trasero. Hood había recorrido el mundo y se sentía a gusto en muchos lugares, pero nada lo conmovía más que esa cerca pintada de blanco sucio que delimitaba la pequeña parte que le pertenecía.

El césped era de un verde resplandeciente y la brisa cálida le traía el penetrante aroma de las rosas del jardín de su mujer. Los azulejos y los ruiseñores cantaban vívidamente y las ardillas parecían minúsculos Strikers peludos por su manera de avanzar, detenerse, reconocer el terreno y avanzar otra vez. La tranquilidad rústica era interrumpida de vez en cuando por lo que Hood, gran amante del *jazz*, denominaba el «*jazz* matinal de la puerta»: el suave deslizar de una puerta de alambre tejido, el gruñido de la puerta de un garaje o el golpe de la puerta de un automóvil.

A la derecha de Hood había una oscura biblioteca de roble repleta de libros de jardinería y cocina muy usados que pertenecían a Sharon. Los estantes también estaban colmados de enciclopedias, atlas y diccionarios que Harleigh y Alexander ya no consultaban desde que todo lo que necesitaban estaba en CD-ROM. Por último había un rinconcito destinado a las novelas favoritas de Hood: *De*

aquí a la eternidad, La guerra de los mundos, Ben Hur, Tierna es la noche. Obras de Ayn Rand, Ray Bradbury y Robert Louis Stevenson. Viejas novelas del Llanero Solitario por Fran Striker que Hood había leído en su infancia y a las que volvía de vez en cuando. A la izquierda de Hood había unos estantes llenos de recuerdos de su mandato como alcalde de Los Ángeles. Plaquetas, jarrones, llaves de otras ciudades y fotografías con dignatarios locales y extranjeros.

El café y el aire fresco eran igualmente vigorizantes. Su camisa ligeramente almidonada le resultaba cómoda. Y sus zapatos nuevos parecían caros aunque no lo eran. Recordó las épocas en que su padre no podía comprarle zapatos nuevos, hacía ya treinta y cinco años, cuando Paul tenía nueve y el presidente Kennedy acababa de ser asesinado. Su padre, Frank «Acorazado» Hood, hombre de la marina durante la Segunda Guerra Mundial, había dejado un trabajo de contaduría para tomar otro. Los Hood habían vendido su casa y estaban a punto de mudarse de Long Island a Los Ángeles cuando la firma que iba a contratar a su padre congeló repentinamente el ingreso de personal. La firma lo lamentó muchísimo, pero no sabían qué iba a pasar con la compañía, con la economía, con el país. Su padre estuvo trece meses sin trabajo y tuvieron que mudarse a un departamento pequeño. Un departamento lo suficientemente pequeño como para que él pudiera escuchar a su madre consolar a su padre cuando lloraba por las noches.

Y aquí estaba él. Relativamente opulento y director del Centro de Operaciones. En menos de un año Hood y su equipo habían transformado la agencia formalmente conocida como Centro Nacional para Manejo de Crisis —agencia que funcionaba de nexo entre la CIA, la Casa Blanca y otros peces grandes— en un equipo para manejo de crisis por derecho propio. Hood había tenido relaciones muchas veces ríspidas con algunos de sus colaboradores más próximos, particularmente con el subdirector Mike Rodgers, el oficial de Inteligencia Bob Herbert y la oficial de Política y Economía Martha Mackall. Pero aceptaba las diferencias de opinión. Además, si

no era capaz de manejar choques de personalidad en su propia oficina le resultaría imposible solucionar enfrentamientos de orden político o militar a miles de millas de distancia. Las escaramuzas de escritorio lo mantenían alerta y en forma para las batallas mayores, verdaderamente importantes.

Hood bebía lentamente su café. Casi todas las mañanas se sentaba cómodamente solo en el sofá. Analizaba su vida e invitaba a la satisfacción para que lo envolviera como a una isla. Pero rara vez lo complacía. Y jamás lo envolvía por completo. Había un agujero, que se había agrandado considerablemente en el mes posterior a su regreso de Alemania. Un vacío que la pasión había llenado inesperadamente. Pasión por Nancy, su antigua amante, a quien había reencontrado en Hamburgo después de veinte años. Pasión que ardía en la playa de su islita y no lo dejaba dormir de noche y reclamaba su atención durante el día.

Pero era una pasión que no podía atender. A menos que quisiera destruir las vidas de aquellos para quienes esa casa y ese estilo de vida eran satisfactorios y plenos. Los hijos para quienes él era fuente constante y confiable de fuerza y seguridad emocional. La esposa que lo respetaba y confiaba en él y que decía amarlo. Bueno, probablemente lo amara. De la misma manera casi fraternal en que la amaba. Eso no era tan malo después de todo, aunque difería completamente de lo que sentía por Nancy.

Hood vació la taza, lamentando que el último sorbo jamás tuviera el glorioso sabor del primero. Ni en el café… ni en la vida. Se levantó, dejó la taza en la pileta de la cocina, descolgó su chaqueta del guardarropa y salió a la mañana, fragante.

Hood se dirigió al sudeste a través de Washington D. C., rumbo a los cuarteles generales de la Base Andrews de la Fuerza Aérea, esquivando camionetas, Mercedes y flotas de camiones del correo que corrían a hacer sus entregas matutinas. Se preguntó cuánta gente estaría pensando como él, cuántos estarían maldiciendo el

tránsito, y cuántos simplemente estarían disfrutando el hecho de conducir, la mañana y un poco de música rítmica.

Puso un casete de música gitana española, gusto que había heredado de su abuelo cubano. El automóvil se llenó con esos sonidos. Hood no entendía las palabras pero sí la pasión que expresaban. Y, sumergido en la música, intentó llenar una vez más las brechas de su felicidad.

4

Lunes, 7:18, Washington D.C.

Mathew Stoll desdeñaba las etiquetas tradicionales para «los de su clase». Las detestaba tanto como detestaba a los optimistas crónicos, los precios irracionalmente altos del *software* y el *curry*. Como les venía diciendo a sus colegas y amigos desde sus épocas de wunderkind en la MIT —definición que *le importaba un bledo*—, él no era un fanático de las computadoras ni un tecnócrata ni un intelectual.

—Creo que soy un tecno-explorador —les había dicho a Paul Hood y Mike Rodgers cuando lo entrevistaron por primera vez para el puesto de oficial de Apoyo de Operaciones.

—¿Perdón? —había dicho Hood.

—Exploro tecnología —había replicado el querúbico Stoll—. Soy como Meriwether Lewis, excepto porque necesitaré más de los 2500 dólares que otorga el Congreso para abrir nuevos y vastos territorios tecnológicos. También espero llegar a los treinta y cinco años, aunque nunca se sabe.

Más tarde, Hood le confesó a Stoll que su neologismo le había parecido cursi y el científico no se ofendió. Desde el primer encuentro había sabido que «San Paul» carecía de imaginación voladora y también de sentido del humor. Hood era un jefe hábil, mesurado y notablemente intuitivo. Pero el general Rodgers era un amante de la historia y la referencia a Meriwether Lewis lo había

deslumbrado. Y tanto Hood como Rodgers habían admitido que era imposible ignorar los antecedentes de Stoll. No sólo había sido el mejor de su promoción del MIT sino que era el mejor de todas las promociones del MIT desde hacía dos décadas. Corporate America había contratado a Stoll inmediatamente en condiciones muy favorables, pero pronto se aburrió de diseñar nuevas VCR fáciles de programar o sofisticados monitores cardíacos para máquinas de ejercicios físicos. Anhelaba trabajar con computadoras «artísticas» y satélites y necesitaba la clase de investigación y presupuestos de desarrollo que una empresa privada sencillamente no podía ofrecerle.

También había querido trabajar con su mejor amigo y antiguo compañero de estudios Stephen Viens, quien dirigía la Oficina Nacional de Reconocimiento del gobierno. Viens era el hombre que le había arreglado la entrevista para el Centro de Operaciones. También les había dado a Stoll y sus colegas acceso de primera mano a los recursos de la ONR para detrimento y enojo de los colegas de la CIA, el FBI y el Departamento de Defensa. Esos organismos nunca pudieron probar que el Centro de Operaciones se llevaba la parte del león en cuanto a tiempo satelital. Si algún día lo probaban, la reacción burocrática sería indudablemente muy severa.

Viens estaba en línea con Stoll en el Centro de Operaciones y Mary Rose Mohalley en Turquía para asegurarse de que la información proveniente del Centro Regional de Operaciones fuera exacta. Las imágenes visuales canalizadas por los satélites espía no eran tan detalladas como las de la ONR: el equipo móvil proveía menos de la mitad de las 1000 líneas de resolución de los monitores de la ONR. Pero entraban rápidamente y eran precisas, y las interferencias de teléfonos celulares y faxes eran iguales a las captadas por la ONR y el Centro de Operaciones. Después de la última prueba, Stoll agradeció a Mary Rose y le dijo que estaba en libertad de proseguir. La joven dio las gracias a Stoll y a Viens y salió de la línea de seguridad. Viens permaneció en línea.

Stoll tomó un pedazo de bizcocho de sésamo y lo mojó en su té de hierbas.

—Dios, adoro las mañanas de los lunes —dijo Stoll—. De vuelta en el cuartel de los descubrimientos.

—Eso estuvo bueno —admitió Viens.

Stoll hablaba y a la vez masticaba un queso cremoso.

—Construimos cuatro o cinco de esas cosas, las metemos en aviones y barcos, y no quedará un solo rincón en el mundo que no podamos vigilar.

—Si haces eso me harás echar del trabajo antes que el Comité de Inteligencia del Senado —saltó Viens.

Stoll miró la cara de su amigo en el monitor. La pantalla estaba en el centro de otras tres empotradas en la pared a un costado del escritorio de Stoll.

—Estás hablando de una cacería de brujas —dijo Stoll—. Nadie te hará echar del trabajo.

—No conoces al senador Landwehr —replicó Viens—. Es como un perro chiquito con un hueso demasiado grande. Poner fin al otorgamiento de fondos adelantados se ha transformado en su cruzada personal.

Fondos adelantados, pensó Stoll. De todos los deslices del gobierno, Stoll debía admitir que éste era el más rastrero. Cuando se destina dinero por adelantado a un propósito específico y ese proyecto es finalmente desechado o alterado, se supone que hay que devolver los fondos. Tres años atrás se habían otorgado dos billones de dólares a la ONR para diseñar, construir y lanzar una nueva serie de satélites espía. El proyecto se canceló al poco tiempo. Pero en vez de ser reintegrado, el dinero fue a parar a otras cuentas de la ONR y desapareció. El Centro de Operaciones, la CIA y otras agencias gubernamentales también mentían acerca de sus finanzas. Creaban pequeños «presupuestos en negro» que incluían en ítem falsos del presupuesto oficial para ocultarlos al dominio público. Esos dinerillos se usaban para financiar relativamente modestas

operaciones militares y de inteligencia secretas. También ayudaban a financiar algunas campañas del Congreso, y por eso el Congreso les permitía existir. Pero la ONR había ido demasiado lejos.

Cuando los fondos adelantados de la ONR fueron descubiertos por Frederick Landwehr, un senador recientemente electo de profesión contador, de inmediato fueron puestos a consideración del director del Comité de Inteligencia del Senado. El Congreso actuó rápidamente y reclamó lo que quedaba del dinero… más los intereses. Y los intereses incluían las cabezas de las partes responsables. Aunque Viens no estaba involucrado en el reparto del dinero, había aceptado aumentos presupuestarios para su división de reconocimiento satelital con pleno conocimiento del origen de los fondos acordados.

—La prensa debe dar espacio a una nueva cara con una nueva causa —dijo Stoll— y sigo convencido de que todo se resolverá sin escándalo si los titulares de los diarios son escandalosos.

—El subsecretario de Defensa Hawkins no comparte tu atípico optimismo —retrucó Viens.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Stoll—. Anoche vi a Hawk en el noticiario. Los que se atrevieron a acusarlo de mal manejo de fondos recibieron su merecido.

—Sin embargo, el subsecretario ya está buscando empleo en el sector privado.

—¿Qué? —chilló Stoll.

—Y apenas han pasado dos semanas del fatal descubrimiento. Habrá muchas más deserciones —Viens arqueó las cejas con gesto melancólico—. Es verdaderamente alarmante, Matt. Finalmente obtuve mi Conrad y ni siquiera puedo disfrutarlo.

El Conrad era un premio extraoficial otorgado anualmente por las más destacadas figuras de la Inteligencia norteamericana durante una cena privada. El trofeo en forma de daga debía su nombre a Joseph Conrad, cuya novela *El agente secreto*, escrita en 1907, era

una de las primeras historias de espionaje. Viens había codiciado el premio durante años y finalmente lo había obtenido.

Stoll dijo:

—Creo que vas a salir indemne de esto. No se hará una investigación verdadera porque, de hacerla, muchos secretos saldrían a la luz. Habrá pulseadas, encontrarán el dinero y lo devolverán al Tesoro, y durante un par de años vigilarán de cerca tu presupuesto. Como si se tratara de un ajuste de cuentas a nivel personal.

—Matt —dijo Viens—, hay algo más.

—Siempre hay algo más. La acción es seguida por la reacción, igualmente intensa y en dirección opuesta. ¿Qué más están planeando?

—Oí que van a requisar nuestros diskettes.

Eso captó inmediatamente la atención de Stoll. Enderezó lentamente sus hombros robustos y redondeados. Los diskettes eran tiempo y destino codificados. Demostrarían que el Centro de Operaciones estaba recibiendo cantidades desproporcionadas de tiempo satelital.

—¿Esa información es confiable? —preguntó Stoll.

—Muy confiable —dijo Viens.

Stoll sintió un hormigueo intempestivo en el vientre.

—Tú, eh… no habrás obtenido esa información por tu cuenta, ¿verdad?

Stoll le preguntaba a Viens si había ordenado que vigilaran satelitalmente a Landwehr. Rogaba que no lo hubiera hecho.

—Por favor, Matt —dijo Viens.

—Quería estar seguro. Muchas veces la presión excesiva enloquece hasta a los más cuerdos.

—No es mi caso —dijo Viens—. Lo cierto es que no podré hacer mucho por ti mientras dure la tormenta. Tengo que hacer todo lo que me pidan las otras agencias.

—Comprendo —dijo Stoll—. No te fatigues demasiado. Viens esbozó una media sonrisa.

—Mi perfil físico dice que jamás me fatigo demasiado. Lo peor que podría sucederme es seguir a Hawk rumbo al sector privado.

—Sería catastrófico. Sufrirías tanto como yo. Mira —dijo Stoll—, no empecemos a contar los pollitos de la Madre Carey antes de que estalle la tormenta. Si nuestro raudo Hawk es el primero en abandonar el nido, probablemente te presionarán mucho menos.

—Es una posibilidad entre mil.

—Pero es una posibilidad —dijo Stoll. Miró el reloj en el extremo inferior derecho de la pantalla—. Tengo que ver al jefe a las 7:30 para hacerle saber cómo está funcionando el CRO. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche? En el Centro de Operaciones.

—Le prometí a mi mujer que saldríamos.

—Bueno —dijo Stoll—. Los pasaré a buscar. ¿A qué hora?

—¿Qué te parece a las siete? —preguntó Viens.

—Perfecto —dijo Stoll.

—Mi esposa esperaba velas y caricias. Va a matarme.

—Le ahorrará trabajo a Landwehr —advirtió Stoll—. Te veo a las siete.

Stoll cortó la comunicación sintiéndose miserable. Seguro que Viens le había dado acceso a la ONR, pero el Centro de Operaciones había manejado crisis que justificaban ese acceso. ¿Y qué importaba si el Centro de Operaciones o el Servicio Secreto o la Policía de Nueva York necesitaban ayuda? Todos estaban en el mismo bando.

Stoll telefoneó al asistente ejecutivo de Hood, «Bugs» Benet, quien le informó que el jefe acababa de llegar. El robusto Matt Stoll terminó el té de un trago, engulló la otra parte de su bizcocho de sésamo y salió de su oficina rápidamente.

5

Lunes, 14:30, Qamishli, Siria

Ibrahim estaba dormido cuando se detuvo el automóvil. Se despertó de golpe.

—¡Imsheee… imshee…! —gritó mirando a su alrededor. Clavó los ojos en la cara redonda y oscura de su hermano, pegajosa de sudor. Mahmoud miraba atentamente por el espejo retrovisor.

—Buenas tardes —dijo Mahmoud secamente.

Ibrahim se quitó los anteojos de sol y se restregó los ojos.

—Mahmoud —dijo con un suspiro de alivio.

—Sí —dijo su hermano, esbozando una sonrisa a medias—. Soy Mahmoud. ¿A quién le pedías que te dejara solo en el sueño?

Ibrahim apoyó los anteojos de sol sobre el tablero.

—No sé. Un hombre. No pude verle la cara. Estábamos en un mercado y quería obligarme a ir a alguna parte.

—Probablemente a ver un nuevo automóvil o un avión o alguna otra máquina —dijo Mahmoud—. «Amigo Ibrahim» —continuó con voz grave—, «soy el genio de los sueños y te llevaré a donde quieras ir. Dime. ¿Te gustaría conocer a la bella joven que será tu esposa?». «Oh, gracias, genio. Eres muy generoso. Pero si tienes una lancha de motor o una computadora… preferiría conocerlas a ellas».

Ibrahim se encogió de hombros.

—¿Dónde está escrito que no se puede gozar de la velocidad ni del poder ni de las máquinas?

—En ninguna parte, hermano mío —replicó Mahmoud. Apartó los ojos de su hermano y volvió a mirar por el espejo retrovisor.

—Me gustan las mujeres —dijo Ibrahim—. Pero a las mujeres les gustan los niños y a mí no. Así que estamos estancados. ¿Comprendes?

—Comprendo —dijo Mahmoud—. Pero te equivocas. Yo tengo esposa. La veo una noche por semana y compartimos un lecho de fuego. Por la mañana beso a mis hijos dormidos antes de irme. Luego salgo a hacer mi trabajo con Walid. Y soy feliz.

—Es cosa tuya —dijo Ibrahim—. Cuando llegue el momento, quiero ser más que un esposo, más que un padre.

—Si encuentras una mujer que quiera o necesite lo que ofreces —dijo Mahmoud— me sentiré feliz por ti.

—*Shukran* —dijo Ibrahim—. Gracias.

Bostezó y se restregó vigorosamente los ojos con las palmas de las manos.

—*Afwan* —replicó Mahmoud—. De nada.

Escrutó un instante el espejo retrovisor y abrió la puerta del auto.

—Ahora, Ibrahim —dijo—, si ya has apartado de tus ojos las telarañas del sueño, debo decirte que están llegando nuestros hermanos.

Ibrahim miró al frente y vio dos automóviles que pasaban de largo junto a ellos y salían del camino. Eran autos grandes y viejos, un Cadillac y un Dodge. Más allá de los dos vehículos, a menos de un cuarto de milla de distancia, se veían los primeros edificios bajos de piedra de Qamishli. Sus siluetas grises y neblinosas se recortaban contra el calor radiante de la tarde.

Ibrahim, Mahmoud y sus dos compañeros salieron del auto. Mientras avanzaban, vieron un 707 que volaba bajo rumbo al aeropuerto cercano. El ruido de los motores atronó la tierra plana y reseca.

Tres hombres emergieron del Cadillac y cuatro del Dodge. Todos, excepto uno, estaban afeitados y usaban *jeans* y camisas

abotonadas. La excepción era Walid al-Nasri. Como el profeta llevaba barba y un holgado abaya, él hacía otro tanto. Los siete hombres provenían de Raqqa, en el extremo sudoeste de al-Gezira sobre las márgenes del Eufrates. Las plegarias desesperadas de su otrora fértil ciudad habían llevado a Walid a ser un miembro activo del movimiento. Y la fuerza y la convicción de su líder recientemente elegido, el comandante Kayahan Siriner, mantenía a Walid y a los demás en actividad.

Los siete curdos dieron la bienvenida a los demás con sentidos abrazos y sonrisas y con el tradicional saludo Al-salaam aleikum: «La paz sea contigo». Ibrahim y los suyos respondieron con un respetuoso Wa aleikum al-salaam: «Y contigo sea la paz». También abrazaron cálidamente a sus confederados. Pero la calidez pronto dio lugar a los asuntos que tenían entre manos.

El hombre de túnica se dirigió a Mahmoud:

—¿Tienen todo?

—Tenemos todo, Walid.

Walid observó el Ford. Mientras lo hacía, Ibrahim contempló al reverenciado líder de su banda. Sus rasgos eran extremadamente oscuros y la espesa barba ocultaba casi por completo la mitad inferior de su rostro alargado. Esa extensión inescrutable era interrumpida por una larga cicatriz en diagonal, que iba desde la comisura izquierda de la boca hasta el borde del mentón. Era un recuerdo de la invasión israelí al Líbano en junio de 1982. El de Walid había sido uno de los veinticinco aviones sirios derribados en el valle del Bekaa. Ibrahim se sentía humilde ante su presencia y profundamente honrado por servir a sus órdenes.

—El baúl de su automóvil —dijo Walid—. Parece liviano.

—Aywa —dijo Mahmoud—. Sí. Pusimos parte de las armas bajo los asientos trasero y delantero. No queríamos demasiado peso atrás.

—¿Por qué?

—Por los satélites norteamericanos —respondió Mahmoud—. Nuestro hombre en el palacio de Damasco dice que los satélites pueden verlo todo en todos los lugares de Oriente Medio. Hasta las huellas de los zapatos. Hemos pasado por muchos sitios arenosos y esos satélites pueden medir la profundidad de las huellas de los neumáticos.

—Se atreven a emular al Poderoso, al Piadoso —dijo Walid. Volvió el rostro hacia los cielos. Un rostro erosionado por el sol ardiente y por años de inquietud—. ¡Los ojos de Alá son los únicos que importan! —gritó—. Pero nos dicen que estemos alertas frente al enemigo —dijo a Mahmoud—. Has actuado sabiamente.

—Gracias —replicó Mahmoud—. Los centinelas de nuestra propia frontera también podrían haber notado el peso. No quería un enfrentamiento entre hermanos.

Walid miró a Mahmoud y sus compañeros.

—Claro que no. Somos pacíficos, como enseña el Corán. El asesinato está prohibido.

Walid alzó sus manos a los cielos.

—Pero matar en defensa propia no es asesinato. Si un opresor nos somete con manos violentas, ¿acaso no es nuestro deber cortárselas? Si escribe infamias sobre nosotros, ¿no debemos cercenarle la punta de los dedos?

—Si es la voluntad de Dios —dijo Mahmoud.

—Es la voluntad de Dios —confirmó Walid—. Nosotros somos Su mano. ¿Acaso la mano de Dios temerá a los enemigos, por grande que sea su número?

—*La* —replicó Mahmoud.

—No —respondieron a coro los demás.

—¿Acaso no está inscripto en la Placa Celestial, y por eso infalible: «Hubo una señal para ti en los dos ejércitos que se encontraron en el campo de batalla. Uno estaba peleando por la causa de Dios, el otro era una horda de infieles. Los fieles vieron con sus propios ojos que su número se duplicaba. Porque Dios fortalece

con Su ayuda a los que El ama»? ¿Acaso Dios no es ofendido al estar nosotros en manos de los turcos?

La voz de Walid era atronadora cuando preguntó:

—¿Acaso no somos los instrumentos elegidos de Dios?

—*Aywa* —respondieron Mahmoud y los otros.

La respuesta de Ibrahim fue más queda que la de sus compañeros. Sin embargo no era menos devoto que Walid o Mahmoud. Pero creía, como tantos otros, que el Corán exigía justicia y no venganza. Ése era un tema de discusión entre Ibrahim y su familia, así como de todo el Islam. Pero el Corán también enseñaba devoción y fidelidad. Cuando los ataques contra los curdos comenzaron a intensificarse y Mahmoud le pidió que se uniera al grupo, Ibrahim no pudo negarse.

Walid bajó las manos. Miró al grupo de Mahmoud.

—¿Están listos para avanzar?

—Estamos listos —respondió Mahmoud.

—Entonces rezaremos —dijo Walid.

Tomando el papel del muezzin —aquel que llama a la plegaria—, cerró los ojos y recitó el Adhan: el llamado a los suplicantes.

—Allah u Akbar. Dios es grande. Dios es el más grande. Doy fe de que no hay otro que no sea Dios. Doy fe de que Mahoma es el Profeta de Dios. Levántate para rezar. Levántate para la felicidad. Dios es grande. Dios es el más grande. No hay otro que no sea Dios.

Mientras Walid hablaba, los hombres sacaron sus alfombrillas de rezo de los vehículos y las colocaron sobre la tierra. El qibla, la dirección de la plegaria, se realizó cuidadosamente. Los hombres miraban al sur, en dirección a Arabia Saudita y la ciudad santa de La Meca. Inclinándose reverentes ofrecieron sus plegarias de media tarde. Ésta era la tercera de cinco devociones diarias. Las otras cuatro se ofrecían al alba, al mediodía, a la caída del sol y apenas oscurecía.

Las plegarias constaban de varios minutos de recitaciones privadas del Corán y de meditaciones personales. Apenas concluidas,

los hombres volvieron a los vehículos. Poco después avanzaban en dirección nordeste, rumbo a la pequeña y antigua ciudad. Ya en marcha, Ibrahim pensó que ellos eran apenas una caravana más entre las incontables caravanas que habían recorrido ese camino desde los albores de la civilización. Cada una había tenido sus propios medios de transporte, su propia personalidad, sus propias metas. Ese pensamiento otorgó a Ibrahim una preciosa sensación de continuidad, aunque también de insignificancia. Porque las huellas de cada caravana apenas duraban un instante en las inconstantes arenas de al-Gezira.

Qamishli pasó en un abrir y cerrar de ojos. Ibrahim no prestó atención a los antiguos minaretes ni al bullicioso mercado. Ignoró a los turcos y sirios que se mezclaban libremente en esa ciudad fronteriza. Su mente estaba concentrada en el trabajo y en su fe, no como cosas separadas sino como unidad. Reflexionó acerca de las palabras del Corán sobre el Día del Juicio, día del cumplimiento definitivo de la amenaza y la promesa de Dios. Pensó que aquellos que vivían de acuerdo con la palabra y los mandamientos sagrados se unirían a los otros fieles y a las espléndidas y virginales hurí en el Paraíso. Y los infieles pasarían la eternidad en el infierno. Era esa fe, intensamente sostenida, lo que Ibrahim necesitaba para hacer lo quo había sido llamado a hacer.

Después de atravesar la ciudad, los automóviles se dirigieron a la frontera con Turquía. Ibrahim abrió su ventanilla.

En el cruce de frontera había dos puestos de vigilancia, uno detrás del otro. Uno era sirio y el otro turco. Los dos tenían barreras al costado y estaban separados por unas treinta yardas de camino. Del lado sirio el camino estaba cubierto de malezas; del lado turco estaba perfectamente limpio.

El automóvil de Walid encabezaba la caravana; el de Ibrahim era el último. Walid presentó las visas y pasaportes correspondientes a su auto. El centinela examinó los documentos e hizo señas al guardia armado para que levantara la barrera.

Ibrahim empezó a sentir el peso del destino en los hombros. Tenía un objetivo específico, el único que Walid había elegido para ellos. Pero también tenía una misión personal. Era un curdo, y los curdos eran uno de los tradicionales pueblos nómades de las regiones montañosas del este de Turquía, el norte de Siria, el nordeste de Irak y el noroeste de Irán.

Desde mediados de la década de 1980, una de las tantas facciones guerrilleras de curdos que vivían y operaban en Turquía venía luchando contra los turcos. Los turcos a su vez temían que la autonomía curda llevara a la formación de un nuevo y hostil Curdistán compuesto por territorios de Turquía, Irak e Irán. No se trataba de un asunto religioso sino político, lingüístico y cultural.

La guerra no declarada ya había cobrado veinte mil vidas al empezar 1996. Ibrahim no se comprometió con la guerrilla hasta que el agua se volvió cada vez más escasa en la región debido a las operaciones turcas y sus animales comenzaron a morir de sed. Aunque Ibrahim había servido en la Fuerza Aérea siria como mecánico, jamás había sido militante. Creía en las enseñanzas de paz y armonía del Corán. Pero también sentía que los turcos estaban aniquilando a su pueblo, y era imprescindible vengar ese genocidio. Por eso, cuando Mahmoud le pidió que se convirtiera en uno de los rebeldes del Curdistán de Walid, Ibrahim aceptó.

En los seis años, que Ibrahim había formado parte del grupo de once hombres, el trabajo había adquirido una importancia cada vez mayor. Los actos de terrorismo y sabotaje en Turquía ya no eran para él una simple venganza. Como había dicho Walid, sólo Alá decidiría si alguna vez habría un nuevo Curdistán. Mientras tanto, las acciones de los rebeldes eran una manera de recordarles a los turcos que los curdos estaban decididos a ser libres, con o sin patria.

Lo habitual era que dos, tres o cuatro hombres se deslizaran de noche en el país, eludieran las patrullas de frontera e inhabilitaran una fuente de energía o un oleoducto o les dispararan a los soldados. Pero el objetivo de hoy era diferente. Dos meses antes, las

tropas turcas se habían aprovechado de un cese unilateral del fuego pactado con los curdos turcos para iniciar una ofensiva masiva contra los rebeldes. Más de cien guerrilleros liberacionistas curdos fueron asesinados en tres días de combate constante. El ataque estuvo destinado a imponer la calma en las regiones orientales antes de que Turquía volviera su mirada al oeste, donde las disputas territoriales con Grecia eran cada vez más intensas, al igual que la tensión entre la Atenas cristiana y la Ankara islámica.

Walid y Kenan Demirel, líder de los curdos turcos, decidieron que esa última agresión merecía su justo castigo. Y la venganza no sería pequeña ni estaría en manos de unos pocos hombres agazapados en la frontera. No; entrarían al país violentamente y le mostrarían al enemigo que los actos de opresión y traición no serían tolerados.

La caravana pasó junto a una estaca de madera negra semienterrada a un costado del camino. Ya estaban en Turquía. Cuando llegaron al puesto de vigilancia turco un gendarme armado introdujo el caño de su ametralladora M1A1 a través de un pequeño orificio abierto en el vidrio. Su compañero salió de la casilla y avanzó en dirección al automóvil de Walid portando una Capinda Tabanca 9 mm.

El gendarme se inclinó y observó el interior del auto.

—Pasaportes, por favor.

—Claro —dijo Walid. Sacó de la guantera un manojo de documentos pequeños, de color anaranjado. Sonrió al entregárselos al oficial.

El turco, enjuto y con mostacho, comparó las fotografías con las caras de los que iban en el auto. Hizo su tarea lenta y cuidadosamente.

—¿Qué vienen a hacer a Turquía? —preguntó.

—Venimos a un funeral —replicó Walid. Indicó con un gesto el resto de los automóviles—. Todos nosotros.

—¿Dónde es el funeral?

—En Harran —dijo Walid.

El gendarme miró los otros vehículos. Un momento después preguntó:

—¿El muerto sólo tenía amigos varones?

—Nuestras esposas se quedaron con nuestros hijos —dijo Walid.

—¿Acaso no lo lloran también ellos?

—Le vendíamos cebada a ese hombre —replicó Walid—. Nuestras esposas e hijos nunca lo conocieron.

—¿Cómo se llamaba el muerto? —inquirió el gendarme.

—Tansu Ozal —respondió Walid—. Murió el sábado en un accidente automovilístico. Su auto cayó en una represa.

Con displicencia, el gendarme alisó las solapas de su chaqueta verde militar, miró a Walid un momento y regresó a su casilla. El otro centinela seguía apuntándolos con la ametralladora.

Ibrahim había oído la conversación mientras esperaba su turno en el camino. Sabía que Walid había dicho la verdad, que ese Tansu Ozal había muerto realmente. Lo que Walid no había mencionado era que ese hombre era un curdo traidor a su pueblo. Ozal había guiado a los turcos al depósito clandestino de armas bajo el viejo puente romano de Koprulu Kanyon. La gente de Kenan lo había matado por esa traición.

Ibrahim enjugó el sudor de sus párpados con el dedo. Seguía transpirando, gracias al calor y al extremo nerviosismo de la situación. Como sus propios documentos, los de Walid habían sido obtenidos mediante una partida de nacimiento falsa. Los turcos conocían muy bien el nombre de Walid, aunque no su aspecto. Si el gendarme hubiera sabido que se trataba de Walid los hubiera arrestado sin vacilar.

El gendarme turco hizo una llamada telefónica y leyó por turno los datos de cada pasaporte. Ibrahim lo despreciaba. Era un oficial de bajo rango que actuaba como si estuviera protegiendo la Cúpula de la Roca. Indudablemente, los turcos eran inmunes a las jerarquías.

Ibrahim prestó atención al gendarme armado. Desde el principio sabía que si alguno de ellos era requerido por las autoridades o parecía sospechoso el guardia dispararía para inutilizar los neumáticos. Si alguno de los sirios sacaba un arma el guardia tiraría a matar. Antes de disparar también, el otro gendarme apretaría un botón de alarma para alertar a la patrulla apostada a cinco millas de allí. De inmediato enviarían un helicóptero militar para acabar con ellos.

Los gendarmes sirios no actuarían a menos que dispararan contra ellos. No tenían jurisdicción en Turquía.

Ibrahim estaba agazapado en su sitio, con los ojos clavados en el Cadillac. A su derecha, entre la puerta y el asiento, había una granada de gas lacrimógeno. La usaría en cuanto Walid le diera la señal.

El enjuto gendarme turco cerró la puerta de la casilla y volvió al auto. Se inclinó ligeramente y desplegó los pasaportes como un jugador que muestra los naipes ganadores.

—Se les permite una visita de veinticuatro horas. Cuando terminen deberán pasar por este mismo puesto.

—Sí —dijo Walid—. Gracias.

El gendarme se enderezó y devolvió los pasaportes. Extendió la mano en dirección al segundo automóvil. Luego volvió a la casilla y levantó la barrera para dar paso al auto de Walid. Una vez que el Cadillac hubo pasado volvió a bajar la barrera.

El Dodge avanzó en dirección a la barrera y Walid detuvo el Cadillac al borde de la misma.

—¡Muévase! —le gritó el gendarme—. Ellos lo alcanzarán.

Walid sacó la mano izquierda por la ventanilla y la levantó, moviéndola de un lado a otro.

—Está bien —dijo, y dejó caer la mano contra la puerta del vehículo.

En ese instante, Ibrahim y los ocupantes de los otros dos autos se asomaron por las ventanillas, activaron las granadas de mano y

las arrojaron contra la casilla. Mientras el enjuto gendarme buscaba su pistola los otros abrieron fuego a través del humo denso y anaranjado. En el ínterin Walid dio marcha atrás, destruyó la barrera y arremetió contra la casilla. La estructura se sacudió y cesaron los disparos, pero sólo por un instante. Un momento después el conductor del auto del medio sacó una pistola Makarov por la ventanilla. Empezó a disparar y a lanzar maldiciones contra los turcos.

A través del gas lacrimógeno Ibrahim vio caer al enjuto gendarme. El gendarme de la casilla comenzó a disparar nuevamente, aunque estaba sitiado y ya sentía los efectos del gas. Walid avanzó unos metros, puso marcha atrás y volvió a chocar la casilla. Esa vez sí se desmoronó.

Dos hombres con máscaras antigás salieron del segundo auto. Desaparecieron dentro de la nube color naranja e Ibrahim oyó más disparos. Luego todo quedó en silencio.

Ibrahim miró a los gendarmes sirios. Se habían refugiado detrás de sus armas en la casilla, pero no habían intervenido.

Después de asegurarse de que ambos turcos estaban muertos, y de agradecer a Alá por su victoria, Walid regresó a su auto. Con un gesto, indicó a la caravana que siguiera su camino.

Ya en Turquía Ibrahim experimentó una sensación nueva. El vientre le hormigueaba con una sensación quemante de anticipación ahora que los acontecimientos se habían precipitado irrevocablemente.

—Alabemos a Alá —dijo con suavidad, casi involuntariamente. Luego la voz se le agolpó en la garganta y gritó:

—¡Alabemos a Mahoma, la paz sea con Él!

Mahmoud no dijo nada. El sudor le corría desde las sienes, bañándole las mejillas morenas y los labios apretados. En el asiento trasero, sus compañeros guardaban silencio.

Ibrahim observó el vehículo de Walid. Dos minutos después, el Cadillac abandonó el camino rumbo al dorado desierto. El Dodge y el

Ford lo siguieron, levantando arena a su paso. Unas cien yardas después los automóviles quedaron atrancados en la arena. Los hombres salieron.

Mientras Ibrahim y Mahmoud sacaban los asientos del auto y retiraban el falso piso del baúl, los otros hombres comenzaron a trabajar con rapidez y decisión.

6

Lunes, 14:47, Mardin, Turquía

El Hughes 500D es un helicóptero extremadamente silencioso debido a los conductores de sonido del motor Allison 250-C20B. La pequeña construcción en T de la cola posibilita gran estabilidad a cualquier velocidad, así como una enorme capacidad de maniobras. También puede transportar un piloto y dos pasajeros en el sector delantero y de dos a cuatro pasajeros en el sector trasero. Con el agregado de un cañón lateral de 20 mm y una ametralladora calibre cincuenta se transforma en el vehículo ideal para las patrullas de frontera.

Cuando sonó la alarma del puesto de guardia al norte de Qashmili en el puesto de la Fuerza Aérea de Mardin, el piloto y el copiloto estaban almorzando. Ya habían salido a patrullar una vez temprano en la mañana. No estaba pautado que volvieran a salir hasta las 16:00. Pero los dos hombres recibieron con beneplácito la señal. Desde que el gobierno había comenzado a tratar duramente a los curdos las cosas estaban demasiado tranquilas. Tan tranquilas que los pilotos tenían miedo de herrumbrarse. Intercambiaron sonrisas, levantaron los pulgares y en cinco minutos estuvieron en el aire.

Los pilotos volaban bajo, pasando villorrios aislados y ranchos y granjas remotos rumbo al puesto de frontera. Como no pudieron comunicarse por radio con los dos centinelas, se acercaron a la frontera en estado de extrema alerta. El piloto sobrevolaba

audazmente la tierra reseca. Siempre mantenía el helicóptero de frente al sol para convertirlo en un blanco difícil para los francotiradores.

Los dos hombres vieron los restos de los automóviles momentos antes de ver la casilla destruida. Cubrieron en círculo el área, desde el norte de la frontera al norte de los autos, y llamaron por radio a los cuarteles generales para informar que veían dos gendarmes y tres conductores muertos.

—Parece que les dispararon a los vehículos —informó el piloto por el micrófono de su casco.

Volvió a mirar los cuerpos a través del visor ambarino.

—Dos de los conductores no se mueven y el tercero se mueve apenas.

—Enviaré un equipo médico por vía aérea —dijo el receptor.

—Parece que los autos derribaron la barrera, chocaron contra la casilla y fueron atacados por los gendarmes —dijo el piloto—. Creo que el sobreviviente morirá —agregó—. Quiero descender para interrogarlo antes de que muera.

Hubo una breve consulta al otro extremo de la línea.

—El capitán Galaya dice que debe proceder según su propio criterio —le dijo el receptor—. ¿Qué pasa con los gendarmes sirios?

—Están en su casilla —respondió el piloto—. Parecen ilesos. ¿Quieren que los levantemos?

—Negativo —dijo el receptor—. Serán contactados por canales gubernamentales.

El piloto no se sorprendió. Si los muertos y agonizantes eran sirios, los gendarmes sirios no informarían nada a los turcos. Si eran turcos, nadie les creería a los sirios. Además, se requería permiso oficial para que los pilotos cruzaran la frontera para interrogar a los gendarmes. Todo el proceso implicaría un ejercicio prolongado y prácticamente inútil.

El piloto disminuyó un tercio la altura del 500D. Voló en círculo a cuarenta pies del escenario. La hélice levantaba arena en el aire y

les dificultaba la visión. Le dijo al copiloto que tendrían que aterrizar.

El helicóptero aterrizó a casi cincuenta yardas de los tres vehículos. Los pilotos tomaron dos viejas ametralladoras modelo 1968 de la pared de la cabina. Se pusieron anteojeras para protegerse de la arena levantada por las aspas de la hélice. El copiloto fue el primero en salir. Cerró su puerta y dio la vuelta en dirección al piloto. Luego salió el piloto. Dejó la hélice encendida por si necesitaban escapar rápidamente. Cerró su puerta. Los dos hombres avanzaron en fila india hacia el primer auto, un Cadillac, cuyo conductor aún estaba vivo.

El hombre tenía medio cuerpo afuera de la ventanilla parcialmente abierta. Un brazo le colgaba encima de la puerta, la sangre le manchaba la manga de la túnica y caía de sus dedos laxos a la arena. Levantó la vista con mucho esfuerzo.

—Ayúden… me.

El copiloto amartilló su arma. Miró a derecha e izquierda. El piloto avanzaba delante de él, apuntando la ametralladora.

El piloto se dio vuelta.

—Cúbreme —le dijo a su compañero mientras se acercaban al auto.

El copiloto se detuvo, apoyó la ametralladora en el hombro y apuntó al conductor. El piloto seguía avanzando, aminorando la marcha a medida que se acercaba al vehículo. Miró el asiento trasero y rodeó el auto, agachándose para asegurarse de que no había nadie escondido debajo. Chequeó las ruedas reventadas y finalmente volvió junto al conductor.

El hombre barbado lo miró débilmente.

—¿Quién es usted? —le preguntó el piloto.

El hombre intentó hablar. Su voz era apenas un susurro. El piloto se inclinó para poder oír.

—Dígalo otra vez…

El conductor tragó con dificultad. Levantó la mano ensangrentada. Luego, con un movimiento rápido y seguro aferró al

piloto por la nuca y le estrelló la frente contra el borde ríspido de la ventanilla.

El piloto bloqueaba el fuego del copiloto. Cuando se preparaba a disparar, un hombre salió de la arena, a sus espaldas. Había estado allí, semienterrado en la arena, aferrado a su arma. El turco no llegó a ver siquiera de dónde vino la ráfaga que acabó con su vida. En cuanto cayó, Walid soltó al piloto. El turco tambaleó y cayó al suelo. Todavía caía arena de la camisa y los pantalones de Mahmoud cuando le disparó al piloto.

Ibrahim salió de la arena al otro lado del auto. Había esperado allí en caso de que el helicóptero aterrizara de ese lado. Los otros sirios salieron de los baúles de los vehículos.

Walid abrió la puerta y salió. Desató el cinto de cuero que le envolvía el brazo y retiró la bolsa de sangre de carnero oculta bajo su manga. La arrojó dentro del auto, recuperó la pistola que había escondido bajo el muslo derecho y la metió en su cinturón.

Walid corrió hacia el helicóptero.

—No perdimos a nadie —gritó con orgullo—. Y los hombres de más que trajimos… no fueron necesarios. Tu plan fue excelente, Mahmoud.

—Al-fi shukr —respondió Mahmoud, sacudiendo vigorosamente la arena de su cabello—. Gracias.

Ibrahim corrió detrás de Walid. Con la excepción del ex piloto de la Fuerza Aérea siria, él era el único que sabía algo de helicópteros.

—Temía —dijo Ibrahim, escupiendo arena con furia—, temía que la hélice nos desenterrara.

—En ese caso habría matado a los turcos —dijo Walid abriendo la puerta del piloto. Antes de entrar, apagó la radio.

Ibrahim dio la vuelta para llegar a la puerta del copiloto. Los otros hombres se acercaron corriendo y él se preparó para cancelar el sistema eléctrico del helicóptero. Cuando Walid hizo una seña afirmativa, ambos apagaron simultáneamente los interruptores. En Mardin los turcos pensarían que el helicóptero, al perder energía

inesperadamente, se había visto forzado a aterrizar. Los cuerpos de rescate se concentrarían en el recorrido de vuelo.

—No son los turcos lo que me preocupa —dijo Ibrahim—. Planeamos cada detalle de este operativo. Yo reparaba helicópteros y tú los piloteabas. Pero ninguno de los dos anticipó eso.

—Siempre habrá algo inesperado —señaló Walid, trepando a la cabina del piloto.

—Es verdad —dijo Ibrahim—. Pero en este campo éramos expertos.

—Y por eso lo pasamos por alto —saltó Walid—. Esto fue una advertencia. Se nos ha dicho: «No castigaremos a una nación sin enviar antes un apóstol que los prevenga». Hemos sido advertidos.

Ibrahim meditó un instante sobre las palabras de Walid. Los otros hombres se acercaron corriendo. Ellos tres abrazaron al resto y les desearon bienestar. Luego regresaron a los automóviles para volver a Siria. Con un helicóptero armado a sus espaldas los gendarmes sirios les permitirían entrar sin preguntas. Tampoco colaborarían con los investigadores de Damasco o Ankara por miedo a las represalias.

—No miremos atrás —dijo Walid a los tres hombres en el helicóptero—. Miremos hacia adelante. En menos de diez minutos vendrán refuerzos aéreos.

Walid miró por encima de su hombro.

—¿Están listos? —preguntó.

Mahmoud había esperado que entrara el tercer hombre, Hasan, operador de radio. Cargaron los barriles de combustible extra que habían llevado en el auto, junto con una mochila que manejaban con extremo cuidado y estaba cerrada desde adentro mediante un complicado sistema. Cuando Ibrahim estuvo por fin sentado en su lugar con la mochila entre las piernas, Mahmoud trepó al helicóptero.

—Estamos listos —dijo Mahmoud, cerrando la puerta.

Sin decir palabra Walid chequeó los instrumentos, puso el helicóptero en marcha y levantó vuelo.

Ibrahim vio alejarse el desierto. El camino se angostaba, transformándose en una franja de asfalto cubierta de arena, y la carnicería humana que dejaban atrás se volvía cada vez más impersonal. Giró el rostro en dirección al sol. Quemaba a través de la ventanilla, burlándose de los esfuerzos inútilmente refrescantes del aire acondicionado.

Tal como quemaremos a los turcos por haber intentado impedir que nuestro fuego ardiera, pensó Ibrahim.

Walid tenía razón. Había sido un error de cálculo, sólo uno. Y aun así se las habían ingeniado para alcanzar su objetivo. Ahora debían mirar hacia adelante, en dirección al próximo blanco, que era muchísimo más importante. A una aventura que sería celebrada por todo el mundo curdo. A un acto que obligaría al mundo entero a atender una plegaria demasiado tiempo desoída.

Al comienzo del fin del orden establecido.

7

Lunes, 7:56, Washington D.C.

—A mí tampoco me alegra, Matt —dijo Paul Hood, terminando su primera taza de café en el Centro de Operaciones—. Stephen Viens ha sido un buen amigo nuestro y me gustaría ayudarlo.

—Entonces ayudémoslo —dijo Stoll sentándose en el sillón a la izquierda de la puerta y moviendo las rodillas con nerviosismo—. Maldición, somos agentes secretos. Secuestrémoslo y fabriquémosle una nueva identidad.

Hood frunció el ceño.

—Estoy abierto a sugerencias serias.

Stoll seguía mirando a Hood e ignorando a la oficial de Asuntos Políticos y Económicos Martha Mackall, quien estaba sentada a su izquierda en el sillón con los brazos cruzados y expresión antipática.

—Está bien, no sé qué podríamos hacer por él —admitió Stoll—. Pero los sabuesos no se pondrán a trabajar hasta dentro de noventa minutos por lo menos. Podríamos planear algo mientras tanto. Tal vez podamos armar un listado de todas las misiones en que Steve colaboró con nosotros. O podríamos reunir a la gente a la que le salvó la vida. Dios, eso tiene que servir para algo.

—No, a menos que esas vidas sumen una buena cantidad de votos.

Martha cruzó sus largas piernas.

—Matt, aprecio tu lealtad. Pero el tema de los fondos adelantados se ha convertido en el tópico candente de estos días. Y Stephen Viens fue atrapado con las manos en la masa: pidió dinero para un proyecto y lo puso en otro.

—Porque sabía que ese otro proyecto era necesario para la seguridad nacional —dijo Stoll—. No se enriqueció ilícitamente, como tantos otros.

—Eso es irrelevante —prosiguió Martha—. Violó las reglas.

—Eran reglas estúpidas.

—Eso también es irrelevante —dijo ella—. Francamente, lo mejor que podemos esperar es que ningún miembro del Comité decida investigar el Centro de Operaciones, dado que hemos tenido acceso impropio a la información de la ONR.

—Acceso preferencial —la corrigió Hood.

—Correcto —admitió Martha—. Veremos si Larry Rachlin utiliza esos términos cuando sus hombres de la CIA testifiquen que nosotros tuvimos diez veces más acceso satelital que ellos. ¿Y qué creen que pasará si el Comité de Regulación de Inteligencia del Congreso decide investigar nuestras finanzas? No siempre le pagamos a la ONR por ese tiempo extra porque no figuraba en nuestro presupuesto.

—Hemos calculado el monto total de esa deuda y la incluiremos en el presupuesto del año próximo —dijo Hood.

—De todos modos el Congreso dirá que estamos gastando más de lo que podemos —le aclaró Martha—. Vendrán a ver cómo y por qué.

—¡Eso es! —gritó Stoll juntando las manos—. Esa amenaza es razón suficiente para que nos unamos a la defensa de Stephen. Una sola agencia puede ser blanco fácil. Dos constituyen un frente unificado. Es una cuestión de poder. Si luchamos a favor de la ONR el Congreso lo pensará dos veces antes de investigarnos. Especialmente si eso amenaza de algún modo la seguridad nacional.

Martha miró a Hood.

—Francamente, Paul, a muchos miembros del Congreso les encantaría arremangarse y acabar con toda la seguridad nacional. ¿Sabes lo que me han venido comentando mis amigos del Congreso desde que Mike Rodgers salvó a Japón del ataque de Corea del Norte? Algunos dijeron: «¿Por qué tenemos que pagar para proteger a Japón del terrorismo?». Y los restantes dijeron: «Buen trabajo, ¿pero cómo es posible que no supieran nada y que los terroristas pudieran llegar tan lejos?». Lo mismo pasó con las bombas subterráneas en Nueva York. Encontramos al autor del hecho pero los del Congreso sólo querían saber por qué nuestras agencias de inteligencia no sabían lo que iba a pasar y no lo habían impedido. No, Matt. Estamos demasiado cerca de la borda como para agitar las aguas.

—No te estoy pidiendo que agites nada —dijo Stoll—. Sólo quiero arrojarle un salvavidas a Stephen.

—Nosotros podemos necesitarlo —replicó Martha.

Stoll levantó las manos como si fuera a protestar pero inmediatamente las dejó caer.

—¿Así que esto es lo mejor que podemos hacer por un amigo bueno y leal? ¿Abandonado a la buena de Dios? Diablos, Paul, ¿pasaría lo mismo si yo o Martha o cualquiera del Centro de Operaciones tuviera problemas?

—Creí que me conocías mejor —dijo Hood.

—De todos modos, no es lo mismo —dijo Martha.

—¿Por qué? —preguntó Stoll—. ¿Porque nos pagan con cheques de esta agencia y no de otra cualquiera?

—No —respondió Martha con calma—. Porque la gente que dirige el Centro de Operaciones tendría que haber aprobado previamente aquello que trajo problemas. Si lo hubiéramos aprobado y nos hubiéramos equivocado tendríamos que asumir nuestra responsabilidad en el asunto. Estaríamos obligados a hacerlo.

Stoll miró a Martha y luego a Hood.

—Discúlpame, Paul, pero Martha está aquí porque Lowell está de viaje. Querías una opinión legal y ella te la ha dado. Lo que estoy pidiendo ahora es un juicio moral.

—¿Estás insinuando que soy inmoral? —lo emplazó Martha con mirada llameante.

—En absoluto —dijo Stoll—. Sé elegir muy bien las palabras. Sólo dije que habías dado una opinión legal.

—Mi opinión moral sería exactamente la misma —farfulló Martha —. Ese hombre procedió mal. Nosotros no. Si nos arriesgamos por él, algún cazador de titulares pondrá bajo la lupa nuestras próximas operaciones. ¿Por qué habríamos de arriesgarnos?

Stoll respondió:

—Porque es lo que debemos hacer. Suponía que todos éramos hermanos en la comunidad de inteligencia nacional. Y en realidad creo que nadie nos sacaría la tarjeta roja si Paul o particularmente tú, como mujer negra…

—Afro norteamericana —lo corrigió Martha con firmeza.

—… se presentaron ante los investigadores del Congreso y les dijeron que las buenas acciones de Viens compensan el error que cometió con los fondos adelantados. Dios, no se guardó ese dinero en el bolsillo. Todo fue a parar a los cofres de la ONR.

—Desafortunadamente para él —dijo Martha—, la deuda nacional subió un poco por su culpa. Y los contribuyentes se vieron afectados por los intereses.

—Usó ese dinero para hacer mejor su trabajo —dijo Stoll entre dientes—. Sirvió a los contribuyentes.

Hood observaba su jarro de café vacío mientras jugaba con él.

Su esposa sólo permitía tazas de café en la casa, pero este jarro era suyo, un viejo jarro del L. A. Rams que le había regalado el zaguero Roman Gabriel durante un homenaje en la Alcaldía de Los Ángeles.

El Centro de Operaciones también era suyo. Suyo para cuidarlo y protegerlo. Suyo para hacerlo funcionar. Stephen Viens lo había

ayudado a hacerlo. Lo había ayudado a salvar vidas y proteger naciones. Y ahora Viens necesitaba ayuda.

La pregunta era: ¿Hood tenía derecho a arriesgar el futuro de la gente que dependía directamente de él, gente que podía resultar afectada por las reacciones adversas y recortes presupuestarios, para ayudar a alguien a quien esas cuestiones no afectarían?

Como si leyera la mente de su jefe, Stoll dijo lastimeramente:

—Imagino que la política del Centro de Operaciones es cuidar de la gente que nos debe lealtad y no a aquellos que nos son leales de forma libre y gratuita.

Hood respondió:

—Este asunto no es tan absoluto como ambos intentan que lo sea, y los dos lo saben.

Martha movió los pies con impaciencia. Eso era señal de que estaba molesta, pero no dispuesta al combate. Martha se fastidiaba mucho con Hood y otros miembros del gobierno, aunque éstos no hacían nada que pudiera perjudicar su carrera. Sin embargo, la ambición no siempre la llevaba a equivocarse.

—¿Quién es nuestro mejor amigo en el Comité Investigador? —le preguntó Hood a Martha.

—Depende —dijo ella, todavía irritada—. ¿Consideras a la senadora Fox nuestra amiga?

La senadora Bárbara Fox había sido la primera en proponer un recorte presupuestario para el Centro de Operaciones. Pero había cambiado de actitud cuando Hood, de misión en Alemania, encontró al hombre que había asesinado dos décadas atrás a la hija de Fox.

—Por el momento la senadora Fox es nuestra amiga —dijo Hood —. Pero, como dijo Matt, una sola agencia es blanco fácil y dos son una coalición. Si nos metemos en honduras, ¿con quién más podemos contar?

—Con nadie —dijo Martha—. Cinco de los otros ocho miembros del Comité van por la reelección y Landwehr está inmerso en su cruzada personal. Harán cualquier cosa para quedar bien con los

electores. Por ejemplo, proteger al contribuyente castigando al derrochador. Los dos senadores que no van por la reelección son Boyd y Griffith, y ambos están muy cerca de Larry Rachlin.

Hood frunció el ceño. Rachlín, el director de la CIA, no era precisamente amigo del Centro de Operaciones porque estaba convencido de que le había robado gran cantidad de operativos de ultramar… y con solamente setenta y ocho empleados de tiempo completo. Sólo podían contar con Bárbara Fox. Y era imposible adivinar qué haría ella si los otros miembros del SIC y la prensa se le echaban encima. Podía fortalecer su posición o retroceder.

—Ambos han defendido bien su posición —dijo Hood—, pero hay algo que no podemos ignorar. Estamos metidos en esto… queramos o no. Me parece sensato que tomemos la ofensiva.

—A Matt se le iluminó el rostro. Martha sacudió los pies y golpeó el brazo del sillón.

—Martha, ¿hasta qué punto conoces al senador Landwehr?

—No mucho. Nos hemos topado en un par de cócteles y en algunas fiestas. Es un hombre tranquilo, conservador, como dicen los diarios. ¿Por qué?

—Si hay citaciones —dijo Hood— probablemente apuntarán a mí, a Mike Rodgers y a Matt Pero si tú entras primero, tal vez podamos sortear algunos obstáculos.

—¿Yo? —dijo ella—. Como en: «No se atreverán a atacar a una negra».

—No —respondió Hood—. Tú eres la única de todos nosotros que forma parte de la conducción del Centro de Operaciones pero jamás trató directamente con la ONR. No tienes amigos allí. Eso te califica ante el Comité y también te convierte en la funcionaria jerárquica más confiable para la opinión pública.

Martha dejó de mover los pies y Hood se dio cuenta de que el asunto le interesaba. Era una mujer de casi cincuenta años que no quería eternizarse en el Centro de Operaciones. Un testimonio voluntario y desapasionado significaría para ella una valiosa

exposición a nivel nacional… y eso la motivaba. Por su parte, Hood sabía que las audiencias del Congreso eran profundamente dramáticas aunque la causa fuera justa. Por lo tanto, una derrota podía transformarse en victoria si se elegían correctamente los actores y sus entrados y salidas.

—¿Y qué podría decir yo? —preguntó Martha.

—La verdad —dijo Hood—, la simple verdad que facilitará las cosas. Le dirías al Comité que sí, que ocasionalmente y por muy breves períodos hemos monopolizado la ONR para seguridad nacional. Les dirías que Stephen Viens es un héroe que nos ayudó a proteger vidas y derechos humanos. El senador Landwehr no podrá atacarnos por decir la verdad. Si él y la senadora Fox nos respaldan y logramos que Viens quede como un patriota, el Comité perderá parte de su poder. Luego será cuestión de que la ONR devuelva el dinero, tema por demás aburrido. Ni siquiera la CNN le dará mucha cobertura.

Martha permaneció en silencio un momento y luego dijo:

—Voy a pensarlo.

Hood hubiera querido decide: «Vas a hacerlo». Pero Martha era una mujer obcecada a la que también había que tratar con cuidado. Por eso le dijo:

—¿Podrías decidirte antes de esta noche? Martha asintió y salió del despacho. Aliviado, Stoll miró a Hood.

—Gracias, jefe. De verdad.

Hood bebió la última gota helada de su café.

—Tu amigo se equivocó, Matt. Pero si no podemos luchar por un hombre bueno que ha sido nuestro leal aliado, ¿entonces para qué servimos?

Stoll formó un cero con el pulgar y el índice, agradeció nuevamente a Hood y abandonó el despacho.

Otra vez solo, Hood apretó las palmas de las manos contra sus párpados. Había sido alcalde de una gran ciudad y banquero. Cuando su padre tenía su misma edad, cuarenta y tres años, se dedicaba a diseñar pequeñas redomas para una empresa de

suministros médicos. Era un hombre feliz y relativamente próspero y volvía a su casa todas las tardes a las diecisiete y treinta. ¿Cómo había llegado el hijo de Ben Hood a ocupar semejante lugar en la vida, un lugar donde la carrera, propia o ajena, podía vivir o morir, donde la gente podía vivir o morir según las decisiones que él tomara?

Por supuesto que conocía la respuesta. Amaba el gobierno y creía en el sistema. Y había llegado a ese lugar porque creía ser capaz de tomar esas decisiones con inteligencia y compasión.

Pero, Dios mío, pensó, es tan difícil…

Y con ese pensamiento dejó de auto compadecerse. Tomó el jarro y salió de su despacho para servirse otro café.

8

Lunes, 15:53, Sanliurfa, Turquía

Mary Rase Mohalley terminó de cotejar el último de los sistemas locales de chequeo. El *software* del transmisor infrarrojo ALQ-157 funcionaba, al igual que el *hardware* del examinador a rayos X diseñado especialmente para detectar residuos de nitroglicerina, C4, Semtex, TNT y otros explosivos. Luego se aseguró de que las baterías y paneles solares del CRO estuvieran funcionando a toda su capacidad. Así era. Había dos docenas de baterías dedicadas a los sistemas internos del CRO. Otras cuatro alimentaban el motor del remolque cuando, como ahora, no había nafta disponible. Estas cuatro baterías consistían en un par de baja potencia para almacenamiento y otras dos de alta potencia para uso directo. En conjunto las cuatro proveían un total de ochocientas millas extra de capacidad de viaje sin necesidad de ser recargadas. Todas las baterías niqueladas de hidruro metálico se guardaban en dos compartimientos de cincuenta y ocho por catorce pulgadas. Los paneles solares que alimentaban el aire acondicionado y el sistema de agua del remolque también funcionaban a la perfección.

La joven de apenas veintinueve años se puso de pie. Estaba a punto de salir a estirar las piernas y, tal vez, tomar un poco de sol cuando Mike Rodgers habló.

—Mary Rase, ¿te molestaría conseguirme el programa OLM de Matt antes de salir?

La joven frenó de golpe y sus zapatos produjeron un ruido chirriante contra la goma del piso. Rodgers no se había dado vuelta para mirarla, de otro modo la hubiera visto encogerse de hombros con resignación.

—No, claro que no me molesta —respondió Mary Rose casi inaudiblemente. Volvió a sentarse con desgano. En el Centro de Operaciones, la psicóloga Liz Gordon le había advertido que los únicos rayos a los que se expondría trabajando con Mike Rodgers serían los originados por el monitor de su computadora.

El general Rodgers arqueó la espalda y se desperezó en silencio; luego siguió revisando su propio listado de funciones.

Ahí está, murmuró Mary Rase para sus adentros. El general Rodgers acaba de tomarse un descanso.

Miró la pantalla y empezó a mover el mouse. El OLM era un programa diseñado por Matt Stoll que formaba parte de la segunda camada de instalaciones de *software*. Se había decidido que empezaría a funcionar a las 16:00. Sin embargo, con el general Rodgers un pedido era tan imperativo como una orden.

La joven restregó sus ojos cansados pero no logró sentirse mejor.

Todavía estaba bajo los efectos del vuelo y se sentía profundamente fatigada. Gracias a su doctorado en aplicaciones avanzadas de computación podía darse el lujo de utilizar máquinas incansables para ayudar a su exhausto cerebro humano. Pero se preguntaba cuántos malos negocios habrían hecho los estadistas norteamericanos en esta parte del mundo simplemente porque estaban demasiado cansados para pensar con claridad.

Pero el general Rodgers no parece cansado, se dijo Mary Rose.

Al contrario, parecía revitalizado. Estaba sentado de espaldas a ella, frente a una pared de monitores que mostraban vistas satelitales de la región y también informaciones diversas que iban desde niveles de radiación microonda hasta niveles de smog y alergenos locales. Los aumentos importantes del nivel de microondas indicaban un aumento de comunicaciones celulares, lo

que a menudo delataba actividades militares en una región. El recuento elevado de smog o polen les informaba qué nivel de eficiencia podía esperarse de los soldados. Mary Rase había quedado atónita cuando el jefe de médicos del Centro de Operaciones, Jerry Wheeler, le dijo que muchos ejércitos del mundo no almacenaban antihistamínicos. Y que, por más sofisticadas que fueran las armas de un país, de poco servirían en manos de combatientes con prurito en los ojos.

No, el general Rodgers no se sentía exhausto. Mary Rase hasta hubiera dicho que estaba dichosamente inmerso en el estudio de sus informaciones. Por eso no habían descansado desde el frugal almuerzo de apenas quince minutos de duración. Rodgers contemplaba obnubilado las guerras del futuro cercano. Guerras en las que no tomarían parte grandes ejércitos sino pequeñas facciones enfrentadas entre sí, guerras entre satélites y computadoras y centros de comunicaciones. Los enemigos del mañana no serían batallones sino grupos terroristas que utilizarían armas químicas y biológicas contra blancos civiles, armas que matarían y desaparecerían al instante. Y equipos como el del CRO tendrían que planear respuestas rápidas y quirúrgicas. Deberían encontrar la manera de acercarse al cerebro del grupo enemigo lo más posible y lobotomizarlo con la intervención de una unidad de elite como el Striker del Centro de Operaciones o un misil o un auto bomba o un teléfono o una afeitadora electrificados. Una vez eliminada la cabeza, las manos y los pies dejarían de moverse.

Mary Rose sabía que, a diferencia de muchos «viejos soldados» que vivían añorando el viejo estilo de guerra, el cuarentón Rodgers aceptaba el desafío de lo nuevo. Lo nuevo lo estimulaba casi tanto como su inagotable reserva de viejos aforismos. En cuanto se habían puesto a trabajar esa mañana Rodgers le había dicho con entusiasmo infantil: «Samuel Johnson dijo cierta vez: "El mundo todavía no está exhausto; mañana quiero ver algo que jamás haya visto antes". Es lo que estoy esperando, Mary Rose».

Le llevó quince minutos instalar el OLM de Matt. Cuando terminó de cargarlo y de diagnosticar virus, Rodgers le pidió que ingresara al archivo de Fuerzas de Seguridad Turcas. Quería saber más sobre el coronel Nejat Seden, el hombre que vendría a trabajar con ellos. Sin la menor perturbación afirmó que Seden también estaría encargado de vigilarlos. Rodgers llamaba a eso el ciclo de nitrógeno del espionaje. Él mismo vigilaba a turcos y sirios por igual, y los israelíes probablemente los vigilarían a ambos mientras la CIA a su vez los vigilaba a todos. Rodgers le aseguró que la vigilancia de los turcos era mera rutina.

Pero Mary Rase sospechaba que había algo más que política detrás de su pedido. El general también deseaba conocer el calibre del individuo con quien compartiría el tiempo. Sentada junto a él en el C-141A que los había llevado a Turquía, la joven descubrió el rasgo predominante del general Rodgers: no le gustaba estar rodeado de gente que no se comprometiera a fondo con su trabajo, ni aunque fueran enemigos.

Mary Rose se revolvió incómoda en su asiento mientras tipiaba órdenes en la computadora. Como las sillas con ruedas producían un sonido distintivo y familiar, las del CRO estaban fijadas al piso. Ya lo había dicho Harlan Bellock, ingeniero jefe del Centro de Operaciones, durante la etapa de diseño: «Ya saben, sería más que extraño oír sonidos de mobiliario de oficina en el remolque de un arqueólogo».

Mary Rose comprendía, pero el hecho de comprender no volvía más cómodas las sillas de aluminio. Aquí también se sentía privada de la luz solar, tal como sucedía cuando trabajaba en su cubículo del Centro de Operaciones. Los vidrios de las ventanas traseras estaban polarizados y unos paneles alineados los separaban de la parte delantera del remolque dejando tan sólo una abertura angosta en el centro. Stoll había insistido en tomar esa precaución porque muchos espías modernos estaban equipados con «equipos de detección» o «DeteKs». Esos receptores portátiles literalmente leían la radiación

electromagnética emitida por los monitores de las computadoras y, gracias a ellos, los espías podían monitorear las pantallas desde afuera y a distancia.

Tal vez debería haber sido una Striker, pensó la joven. Practicar deportes, tiro, alpinismo y natación en la Academia del FBI en Quantico, Virginia. Tomar un poco de sol. Pero debía admitir que había tomado muchísimo sol en sus días libres y que adoraba la computación y la tecnología de alto nivel. Así que… basta de quejarte y a programar, jovencita.

La joven llevaba recogido el cabello —largo, fino y castaño— para evitar que cayera sobre el teclado mientras trabajaba. Sus ojos almendrados estaban alerta, y tenía los labios apretados cuando ingresó vía módem el OLM en los cuarteles generales de las FST en Ankara. Allí, como un pequeño espía perfecto, el OLM se hizo un lugarcito desactivando un programa legítimo que fue guardado en la computadora del CRO.

—Bravo, muchacho —dijo Mary Rose, relajando levemente los hombros y los labios.

Rodgers farfulló:

—Parece que estuvieras azuzando un caballo de tu padre.

Su padre, William R. Mohalley, era editor de una revista y propietario de varios de los mejores caballos de carrera de Long Island. Siempre había deseado que su única hija fuera jocketta. Pero cuando Mary Rose alcanzó el metro setenta a los dieciséis años, y luego siguió creciendo, ese deseo se volvió imposible. Y ella se puso muy contenta: cabalgar era una de sus pasiones y no hubiera querido que se transformara en un trabajo.

—Siento que estoy corriendo una carrera —respondió Mary Rose —. Matt y sus colegas alemanes dotaron de gran velocidad al programa.

El OLM ingresó al sistema tomando prestado el nombre del archivo desactivado. Una vez allí encontró la información que necesitaba, la copió y la archivó, abandonó el nombre usurpado y

salió del sistema. En cuanto salió, el programa que había reemplazado temporalmente fue devuelto a su lugar de modo tal que no se registrara ningún cambio en la memoria de la máquina. El procedimiento completo llevó menos de dos minutos. Si en el transcurso de la operación a alguien se le ocurría buscar el archivo en el que el OLM se había «convertido» por un breve tiempo, el OLM restauraría rápidamente el programa y tomaría prestado el nombre de otro archivo o detendría el proceso momentáneamente. El OLM era mucho más sofisticado que los programas de ataque «Fuerza Bruta» usados por la mayoría de los saboteadores. En vez de introducir azarosamente contraseñas en una computadora, procedimiento que podía nevar horas o días, el OLM buscaba códigos descartados en los «depósitos de reciclaje» y los «botes de basura». Como pasaba inadvertido, con celeridad buscaba y usualmente encontraba grupos recurrentes de secuencias numéricas que le daban la clave de los programas válidos. Si no se localizaba nada útil durante el nueve por ciento del tiempo el OLM cambiaba al «modo alimentación». Como mucha gente usaba la fecha de su cumpleaños o el nombre de su película favorita como código —tal como lo hacía en su computadora personal—, el OLM rápidamente ingresaba secuencias que incluían los años posteriores a la década de 1970, época de nacimiento de la mayoría de los que usan computadoras. Allí aparecían miles de nombres propios, Elvis incluido, y nombres y personajes de películas y programas de TV como 2001, la guerra de las galaxias y El agente 007. Casi el ocho por ciento de las veces el OLM encontraba la secuencia correcta en menos de cinco minutos. Recurría a «Fuerza Bruta» sólo cuando se enfrentaba al elusivo uno por ciento restante.

Mary Rase dio un salto cuando apareció el *dossier* del coronel Seden, recién extraído del depósito de reciclaje.

—Lo tengo, general —dijo.

Mike Rodgers se deslizó hacia la izquierda. Le resultó bastante difícil salir de la silla y tampoco pudo erguirse por completo al

ponerse de pie. Inclinándose con dificultad, observó la pantalla de Mary Rose. Sin querer le tocó el cabello con el mentón y retrocedió instintivamente. La joven lo lamentó: por un instante, Rodgers había sido sólo un hombre y ella había sido sólo una mujer. Y, aunque el momento había sido sorprendente y por demás excitante, Mary Rose volvió a concentrarse en el *dossier*.

Según el archivo, el coronel Seden tenía veintiséis años y era la estrella en ascenso de las fuerzas de seguridad turcas. Se había unido a la gendarmería paramilitar Jandarma a los diecisiete años, dos años después que la mayoría de los nuevos reclutas. Luego de oír en un café a tres curdos que planeaban envenenar un gran embarque de tabaco destinado a Europa, Seden los había seguido a su departamento y los había arrestado por cuenta propia. Dos semanas después le ofrecieron un cargo en las FST. En el *dossier* había una nota de advertencia del superior de Seden en las FST. El general Suleyman opinaba que el «arresto» de los curdos había sido demasiado fortuito. Seden tenía sangre curda por vía materna y el general temía que los curdos se hubieran sacrificado voluntariamente para que Seden pudiera infiltrarse en las fuerzas de seguridad. Sin embargo, nada en las actuaciones posteriores del coronel sugería otra cosa que una absoluta devoción a las FST y al gobierno.

—Obviamente su actuación debía ser impecable —murmuró Rodgers al llegar a esa parte del archivo—. Ningún infiltrado se pone a espiar inmediatamente. Simplemente espera.

—¿Espera qué? —preguntó Mary Rose.

—Una de dos —replicó él—. O hay una crisis y la información se vuelve imprescindible, o el espía llega a los más altos niveles de seguridad. Una vez en el nivel más alto, el infiltrado puede infiltrar a otros. Los alemanes lo hicieron constantemente durante la Segunda Guerra Mundial. Intentaban localizar apenas un simpatizante en algún sector de la aristocracia británica. Ese simpatizante recomendaba choferes o servicio doméstico a los nobles, los

funcionarios y los miembros del gobierno. Esos trabajadores eran, claro está, infiltrados alemanes que espiaban a sus empleadores y pasaban la información obtenida a lecheros, carteros y otros tantos que habían sido comprados por los alemanes.

—Vaya, jamás me enseñaron eso en mis clases de computación y fibra óptica —afirmó Mary Rose.

—Ni siquiera lo enseñan en las clases de historia —se lamentó el general—. Son demasiados los profesores que temen insultar a los germano-norteamericanos o a los británico-norteamericanos o a algún otro grupo de origen extranjero que pudiera sentirse herido en su totalidad aunque ellos se refirieran a una ínfima parte.

Mary Rose asintió.

—Entonces, ¿esto quiere decir que Seden está necesariamente vinculado al submundo curdo?

—En absoluto —dijo Rodgers—. Según los turcos, solamente un tercio de los que tienen sangre curda simpatiza con esa causa. El resto es leal a su país adoptivo. Esto significa que debemos mostrarle lo menos posible.

Siguieron escaneando el *dossier* mientras hablaban. Seden era soltero. Tenía una madre viuda y una hermana soltera que vivían juntas en un departamento en Ankara. Su padre era un remachador que había muerto en un accidente de construcción cuando él tenía nueve años: El coronel había asistido a la escuela secular en Estambul, donde había sido muy buen estudiante y gran levantador de pesas. También había formado parte del equipo turco de levantadores de pesas en las olimpíadas del verano de 1992. Luego había abandonado la escuela para unirse al Jandarma.

—Nadie a cargo —dijo Rodgers—. Bueno, actualmente eso no significa nada. La nueva moda es el matrimonio de conveniencia entre espías. Los investigadores siempre buscan lobos solitarios.

Mary Rose cerró el archivo.

—Entonces, ¿en qué estamos respecto del coronel Seden?

—Informados —sonrió Rodgers.

—¿Eso es todo? —preguntó ella.

—Eso es todo. Uno nunca sabe cuándo le resultará útil la información.

La sonrisa de Rodgers se ensanchó.

—Por qué no te tomas un descanso ahora mismo. Seguiremos cuando el coronel Seden haya…

Rodgers dejó de hablar: una de sus computadoras había comenzado a sonar insistentemente. Sonaba dos veces durante un segundo, dejaba de sonar otro segundo, sonaba una vez más, y dejaba de sonar otro segundo. Después repetía esa dinámica.

—Es la alarma de la AFA —dijo Mary Rose, y se inclinó para mirar por encima del hombro de Rodgers.

La AFA —Alarma de Fronteras Aéreas— era un avanzado sistema de radar y satélite que monitoreaba constantemente el tráfico aéreo dentro de una nación o provincia. Este sistema obtenía mapas detallados que podían indicar al CRO la altura y la velocidad de los vuelos. Al mismo tiempo, el rastreo de calor en el espacio informaba al CRO la velocidad de movimiento de las naves. Los vehículos de reconocimiento habitualmente se movían más lentamente y volaban más alto que los de ataque. La AFA también utilizaba mapas digitalizados de las naciones o provincias para saber si una nave aérea estaba a menos de una milla del cruce de fronteras. Por esa razón estaba sonando ahora.

Se suponía que una nave en vuelo rápido y bajo rumbo a la frontera presentaría hostilidades. La alarma sonaba cada vez que detectaba un vehículo aéreo.

—Se dirige al oeste —dijo Rodgers—. La velocidad y la altura indican que se trata de un helicóptero.

Había preocupación en su voz, pero también entusiasmo. El CRO estaba haciendo un trabajo impecable.

Mary Rose se acuclilló junto a una consola a la izquierda de Rodgers.

—¿Le sorprende encontrar un viajero solitario?

—Las patrullas de frontera viajan solas —dijo Rodgers—. Pero éste va demasiado rápido para estar patrullando. Tiene un destino.

Mary Rose apretó un botón de la consola e inmediatamente una antena oculta en el techo oscuro y abovedado del remolque giró en dirección al blanco de la AFA. Y comenzó a interceptar comunicaciones desde y hacia la nave. La computadora estaba programada para más de un centenar de idiomas y dialectos. Después de anular digitalmente la estática y otras imperfecciones, el monitor desplegó una traducción simultánea de todas las transmisiones que iba recibiendo.

—… encontrado allí?

Silencio en el helicóptero.

—Repita, Mardin-Uno. ¿Qué encontraron en el cruce?

Sin respuesta otra vez.

—El helicóptero es de la base aérea turca de Mardin —dijo Rodgers. Tocó algunas teclas para visualizar información—. ¿Qué tienen ahí? Dos helicópteros Hughes 500D y un Piper Cub —observó el indicador de velocidades de la AFA—. Este viaja a ciento treinta y cuatro millas por hora. Suena excesivo para un 500D.

—¿Entonces qué tenemos? —preguntó Mary Rose—. ¿Un piloto perdido?

—No creo —dijo Rodgers—. Parece que mandaron una patrulla de reconocimiento que no se reportó todavía. No volaría a una velocidad tan extrema si estuviera perdido. Y sin duda no está desertando porque se adentra cada vez más en territorio turco.

—¿Podría habérsele estropeado el aparato de radio? —preguntó Mary Rose.

—Posiblemente —dijo Rodgers—. Pero igualmente están llegando a la máxima velocidad de crucero. Esa gente está en problemas.

Tecleando con el dedo índice, Rodgers le pidió a la computadora que chequeara facilidades militares en el sector sudoeste de Anatolia oriental. A diferencia del resto de Turquía, que era montaña o desierto, Anatolia era una meseta plana con áreas de colinas bajas.

Una «X» roja apareció en la pantalla: negativo.

—No proceden a un aterrizaje de emergencia —dijo Rodgers—. Están buscando algo.

Afuera, por encima del zumbido ronco del aire acondicionado, Mary Rose pudo oír el sonido de un motor que se aproximaba. Siguió leyendo la transcripción que aparecía en pantalla.

—… están fuera del alcance de nuestro radar y no recibimos señal. ¿Hay algún problema? ¿Por qué no responden?

—Tal vez alguien se metió en el país e intentan atraparlo —sugirió Mary Rose.

—¿Y por qué no lo reportarían a la base? —Rodgers sacudió la cabeza—. No, algo no anda bien. Informaré a las FST lo que tenemos y veremos qué nos dicen.

—¿No le parece que si hubiera un problema los habrían alertado? —preguntó Mary Rose.

—Al contrario —dijo Rodgers—. Aquí afuera, las rivalidades entre facciones gubernamentales hacen que la política de Washington parezca un juego de niños. Son casi tan intensas como las rivalidades entre facciones religiosas.

Golpearon la puerta. Estirándose un poco, Mary Rose giró el picaporte y miró quién era. Era el privado Pupshaw.

—¿Sí? —dijo ella.

—El coronel Nejat Seden está aquí y quiere ver al general Rodgers —dijo el robusto Pupshaw.

—Por favor hágalo pasar, privado —replicó Rodgers sin mirarlo.

—Sí, señor —obedeció Pupshaw.

El privado dio un paso al costado y Mary Rose abrió la puerta. Sonrió complacida al ver entrar a un hombre bajo de piel clara. Era de contextura poderosa y tenía un mostacho tupido y recortado y unos ojos profundos que eran los más oscuros que Mary Rose había visto en su vida. Su cabello, negro y ensortijado, estaba húmedo y aplastado. Por el casco de la motocicleta, pensó ella. Llevaba una pistola 45 en una cartuchera.

Seden le devolvió la sonrisa con una ligera inclinación de cabeza.

—Buenas tardes, señorita —dijo. Hablaba inglés con el acento de su lengua natal, alargando las vocales y endureciendo las consonantes.

—Buenas tardes —respondió Mary Rose. Le habían advertido que los hombres turcos, incluso los más esclarecidos, apenas serían corteses con ella. Aunque Turquía había otorgado hacía tiempo igualdad de derechos a la mujer, la igualdad era un mito para la mayoría de los hombres musulmanes. La psicóloga del Centro de Operaciones, Liz Gordon, le había dicho: «El Corán decreta que las mujeres deben llevar siempre cubiertas la cabeza, los brazos y las piernas. Las que no lo hacen son consideradas pecadoras». Sin embargo, este hombre le había dedicado una sonrisa cálida y parecía dueño de cierto encanto dulce y natural.

El coronel Seden hizo la venia al general Rodgers. Rodgers devolvió el saludo. Seden avanzó dos pasos en dirección a Rodgers y le entregó un papel amarillo torpemente doblado.

—Son mis órdenes, señor —dijo Seden.

Rodgers les echó un rápido vistazo y volvió a la pantalla.

—Ha llegado en el momento oportuno —dijo el general—. Tenemos uno de sus helicópteros en pantalla… aquí.

Señaló un objeto rojo puntiagudo que se movía a través de un enrejado verde constantemente cambiante.

—Qué raro —dijo Seden—. Los helicópteros militares suelen andar de a dos por razones de seguridad. ¿Saben cuál es la procedencia de éste?

—Mardin.

—Patrulla de frontera —agregó Seden.

—Sí —dijo Rodgers—. El operador de radio ha intentado comunicarse con ellos sin resultado positivo. ¿Qué clase de armamentos tienen esos helicópteros?

—Lo habitual es que haya una ametralladora y un cañón lateral rotativo —respondió Seden—. Usualmente el cañón es de 20 mm,

con tambor rotativo de unos 150 proyectiles.

—¿Adónde podría dirigirse con tanta prisa? —preguntó Mary Rose.

—No puedo saberlo —respondió Seden sin sacar los ojos de la pantalla—. No imagino qué puede estar pasando. En esa región no hay blancos militares y los villorrios son pequeños y para nada estratégicos.

—¿Está seguro de que no hay grupos terroristas con base allí? —le preguntó Rodgers.

—Estoy seguro —contestó Seden—. Tampoco ha habido movimiento en la región. Los vigilamos de muy cerca.

—¿No podría tratarse de un contrabando o un robo? —preguntó Mary Rose—. Alguien esconde el helicóptero antes de que lo detecten y después lo usa para otra clase de cosas.

—Es improbable —dijo Seden—. Es fácil comprar helicópteros en India o Rusia y contrabandearlos a nuestro país por partes.

—¿Por partes? —indagó Mary Rose.

—Sí, entre otras partes de maquinarias, por vía aérea, acuática o terrestre —dijo Seden—. No es tan difícil como parece.

—Lo único seguro —dijo Rodgers— es que la Fuerza Aérea turca ya estará buscando este helicóptero.

—Pero no allí —dijo Seden—. Lo estará buscando según los vuelos que tenía planeados.

—Nosotros lo detectamos —dijo Mary Rose—. Seguramente otros radares van a detectarlo. Lo encontrarán enseguida.

—Obviamente, al que lo conduce no le importa —dijo Rodgers—. Planean usarlo ahora. Coronel, ¿cree que la Fuerza Aérea debe saber ya dónde está?

—En otro momento —dijo Seden—. Preferiría decirles hacia dónde se dirige y no dónde no estará cuando ellos lleguen.

Mary Rose miró de reojo al oficial y pescó a Mike Rodgers haciendo lo mismo. Por la expresión del general adivinó que estaba

pensando exactamente lo mismo que ella. ¿Seden quiere reunir inteligencia o le interesa demorarlos?

El coronel observaba el mapa y el helicóptero en pantalla.

—¿Podría tener una vista más amplia del área?

Rodgers asintió. Tocó una tecla y en la pantalla apareció una vista expandida de la región. El helicóptero se había transformado ahora en un minúsculo punto rojo.

Seden observó la pantalla por un momento y preguntó:

—General, una pregunta… ¿usted conoce el alcance del helicóptero?

—Unas cuatrocientas millas, depende de la carga que lleva —Rodgers observó a Seden—. ¿Por qué? ¿Qué está pensando?

El turco replicó:

—Los únicos blancos posibles son varias represas a lo largo del Firat Nehri… el río que ustedes llaman Éufrates —señaló el río y marcó el curso en dirección sur desde Turquía a Siria—. La represa Keban, la represa Karakaya, la represa Ataturk. Todas están a su alcance.

—¿Por qué querrían atacarlas? —preguntó Mary Rose.

—Es un viejo conflicto —dijo Seden—. La ley islámica dice que el agua es fuente de vida. Las naciones pueden pelear por el petróleo, pero es una menudencia. Es el agua lo que incita la sangre… y causa su derramamiento.

—Mis amigos de la OTAN me han dicho que desde hace unos quince años las represas del Gran Proyecto de Anatolia son un tema ríspido —dijo Rodgers—. Esas represas sirvieron para que Turquía controlara las corrientes de agua en Siria e Irak. Y si no me equivoco, coronel Seden, actualmente Turquía está embarcada en un proyecto de irrigación en el sudeste de Anatolia que reducirá aún más las reservas de agua de esas naciones.

—Siria recibirá un cuarenta por ciento menos de agua e Irán un sesenta por ciento menos —respondió Seden.

—De modo que algún grupo, digamos sirio, roba un helicóptero turco —dijo Rodgers—. Los militares turcos se preguntan si efectivamente lo han robado, y así les dan el tiempo suficiente para atacar su objetivo.

—Ataturk es la represa más grande de Oriente Medio, una de las más grandes del mundo, general —dijo Seden con gravedad—. ¿Puedo usar el teléfono?

—Allí lo tiene —dijo Rodgers. Señaló la computadora del costado —. Y es mejor que se apresure. Ese helicóptero está a sólo media hora de la primera represa.

Seden pasó junto a Mary Rose. Llegó al teléfono celular adosado al monitor de la computadora e ingresó directamente a la línea del CRO. Marcó un número. Lentamente comenzó a darles la espalda mientras hablaba suavemente en turco.

Mary Rose y Mike Rodgers intercambiaron una brevísima mirada. Cuando Seden les dio la espalda por completo, Rodgers tocó unas teclas en la otra computadora. Luego se dedicó a leer la traducción simultánea de la conversación del coronel.

9

Lunes, 16:25, Halfeti, Turquía

La represa Ataturk sobre el río Eufrates debe su nombre a Kemal Ataturk, el venerado líder político y militar del siglo XX. El armisticio que terminó la Primera Guerra Mundial también acabó con casi seis siglos de dominio otomano sobre Turquía. Pero como los turcos habían estado a favor de los alemanes, es decir del lado perdedor, griegos y británicos se creyeron con derecho de apoderarse de pequeños sectores de la nación. Los turcos pensaban de otra manera, y en 1922 Kemal y el ejército turco expulsaron a los extranjeros. Al año siguiente, el Tratado de Lausana estableció la moderna República de Turquía.

Ataturk organizó la nueva república más como una democracia que como un sultanato. Instituyó un sistema legal semejante al suizo para reemplazar el *Sheriat* o código islámico y sustituyó el calendario islámico por el gregoriano. Hasta llegó a desterrar el turbante y el fez en favor del estilo europeo de peinados. Fundó escuelas laicas, otorgó por primera vez derechos básicos a las mujeres, y adaptó un alfabeto basado en el latín para reemplazar el antiguo alfabeto arábigo.

Al producir semejante transformación masiva de la sociedad turca, Ataturk cosechó el profundo resentimiento de la mayoría musulmana.

Como todos los turcos, el cincuentón Mustafá Mecid conocía la vida y la leyenda de Ataturk. Pero no le preocupaba el Padre de los Turcos. Como segundo ingeniero en jefe de la represa, lo que más le inquietaba era evitar que los niños jugaran en sus paredes.

A diferencia de las espectaculares y altísimas represas de concreto o las represas de arco cóncavo, las de terraplén son largas, anchas y relativamente bajas. Debajo de las aguas del depósito de abastecimiento hay una saliente ascendente que forma un declive semejante al lado de una pirámide. En el extremo superior de la represa se levanta un muro angosto con un sendero detrás. El sendero se angosta hasta desaparecer en una saliente con declive descendente. Habitualmente el declive descendente es escalonado y posee una berma a mitad de camino que sirve de punto de apoyo al pétreo nivel superior. A mitad de camino entre la berma y el nivel siguiente —una saliente descendente— se localiza la capa de drenaje. Desde el costado, el efecto visual es el de una «W» descendente. Una alta columna de arcilla rodeada de arena constituye el centro de la represa de terraplén. Una gruesa capa de piedra rodea ese centro.

Habitualmente, las grandes represas de terraplén contienen cincuenta millones de metros cúbicos de agua; el volumen de la represa Ataturk era de ochenta y cinco millones de metros cúbicos. No es que eso le importara mucho a Mustafá. Ni siquiera podía ver la mayor parte del agua. El enorme depósito oculto tras promontorios y malecones artificiales, cuyo límite se perdía en la vaga distancia.

Dos veces al día, a las once de la mañana y a las cuatro de la tarde, Mustafá dejaba a sus dos compañeros de trabajo en la pequeña sala de control situada en la base de la represa e iba a ver si había niños. Solían llegar a esas horas para zambullirse en las frescas aguas de la represa.

Sabemos que es seguro zambullirse aquí —le decían cada vez que los interceptaba—. *No hay rocas ni raíces bajo el agua, dost*.

Siempre lo llamaban *dost*, amigo, aunque Mustafá sospechaba que se burlaban de él. Y aun cuando fueran sinceros no podía permitirles quedarse nadando allí. Si los dejaba, el muro se llenaría de niños. Luego vendrían los turistas y al poco tiempo habría más peso sobre la represa del que ésta podía soportar.

—Y la culpa del derrumbe de la represa y la inundación de Anatolia meridional recaería sobre Mustafá Mecid —murmuró, acariciándose la tupida barba cobriza.

El turco cincuentón estaba feliz de tener dos hijas ya crecidas.

Los varones jóvenes eran tan físicos. Cuando veía a los hijos de su hermana no sabía cómo hacía ella para controlados. El propio padre de Mustafá lo había enviado al ejército cuando tenía dieciséis años porque siempre se estaba metiendo en problemas con vecinos, maestros y empleadores. Ya en el ejército —destinado en la frontera con Grecia cerca del golfo de Saros—, Mustafá les complicó la vida a contrabandistas y agentes secretos mucho más que cualquier otro turco desde las épocas de su eminencia, el mismísimo Ataturk en persona. Y cuando se casó, su pobre esposa apenas podía tolerarlo. Muchas veces lo acusó de tener un hermano mellizo que se deslizaba en la cama matrimonial en mitad de la noche.

Mustafá volvió el rostro a los cielos.

—Creo, bendito Señor, que creaste a los varones turcos por la misma razón que a los avispones. Para ir de un lado a otro trabajando y, al mismo tiempo, aguijonear a los demás y mantenerlos ocupados.

Mustafá esbozó una enorme sonrisa, orgulloso de su género y de su nación.

Caminaba velozmente y sus pesadas botas hacían crujir el sendero, cuya superficie de grava había sido diseñada para ahuyentar los pies descalzos: sin duda la había diseñado un ingeniero de buena familia que no tenía las plantas de los pies curtidas por andar descalzo en la infancia. La radio que llevaba enganchada en el cinturón colgaba contra su cadera derecha. Miró al

norte, por debajo de la visera de su gorra verde. Respiró profundamente bajo la brisa cálida. Luego miró abajo, hacia las olas que golpeaban suavemente contra la represa. El agua era clara, tranquilizadora. Se detuvo un instante y disfrutó la soledad.

Y luego, desde el sur, Mustafá oyó algo que sonaba como una motocicleta. Se dio vuelta y escrutó el horizonte en esa dirección. No se levantaba polvo de los caminos de tierra que bordeaban las colinas, pero el sonido estaba cada vez más cerca.

Súbitamente, el tenaz zumbido se transformó en el traqueteo distintivo de una hélice de helicóptero. Apartó un poco la visera de su gorra y miró el denso cielo azul. Sólo se hacían vuelos recreativos sobre el depósito de abastecimiento, aunque últimamente muchos helicópteros tomaban esta ruta. Los terroristas curdos se habían establecido bordeando el lago Van y el monte Ararat al este, sobre la frontera con Irán. Según los informes radiales, los militares los rastreaban desde el aire y muchas veces los atacaban.

Mustafá vio pasar un pequeño helicóptero negro sobre las copas de los árboles. Por un instante se quedó mirando la panza de la nave. Luego vio que avanzaba directamente hacia él. El helicóptero rozó las copas verdes, agitando las hojas al pasar.

Al bajar el helicóptero, el círculo del sol se reflejó en el parabrisas polarizado de la cabina. Mustafá quedó cegado un momento, aunque pudo escuchar cada vez más próximo el ruido del motor.

—¿Qué demonios están haciendo? —se preguntó en voz alta. Cuando la luz del sol dejó de reflejarse en el parabrisas, Mustafá vio lo que estaban haciendo. Vio, pero no pudo hacer nada.

El helicóptero había pasado los árboles y volaba directamente hacia el centro de la represa. Vio que un hombre alzaba la ametralladora y la apuntaba en dirección a él. El cañón rotativo, del lado del piloto, apuntaba un poco más abajo.

—¡Están completamente locos! —aulló Mustafá.

El turco dio media vuelta y empezó a escapar por donde había venido. El helicóptero estaba a menos de dos yardas y cada vez se

acercaba más. Podía sentir la ametralladora que lo apuntaba. Sentía el peligro como lo hubiera sentido cualquier soldado avezado en la batalla, como si Dios le hablara al oído y el miedo le endureciera las ingles.

Sin aminorar la marcha, Mustafá se arrojó repentinamente hacia la derecha, al agua. Golpeó fuertemente contra la superficie y las botas se le llenaron de agua. Pero en el instante de saltar pudo oír cómo la ametralladora escupía muerte. Mientras luchaba por desatar los cordones de sus botas con las rodillas pegadas al cuerpo, Mustafá dio gracias a Dios por haberle hablado.

Seguía luchando con los cordones y un dolor agudo le atenazaba los pulmones. Tenía los ojos abiertos y veía caer los proyectiles en el agua a su alrededor. Algunos caían peligrosamente cerca y Mustafá decidió olvidarse de los cordones. Nadó hasta la pared de la represa, clavó los dedos en los intersticios de las piedras y trepó por el declive. Se detuvo justo debajo de la superficie y permaneció inmóvil, con el vientre pegado a la pared. Oyó el rugido ahogado de la ametralladora y supo que el helicóptero estaba a punto de aterrizar. La represa se sacudió pero Mustafá se sentía seguro ahora. Se preguntó qué pasaría con sus compañeros. Los disparos no parecían dirigidos a ellos y Mustafá confiaba en que se encontraran a salvo. También esperaba que los hombres del helicóptero no hicieran una segunda pasada. No podía imaginar qué querían lograr con este ataque y estaba empezando a temer por la seguridad de la represa.

Cuando ya no pudo retener la respiración, giró el rostro hacia la superficie y sacó la boca del agua. Aspiró una bocanada de aire… y de inmediato la espiró cuando algo lo golpeó brutalmente en el vientre.

10

Lunes, 16:35, Sanliurfa, Turquía

Mike Rodgers empezó a dudar de que el ataque se materializara.

El asalto con sandías y abono del que las fuerzas de seguridad turcas los habían advertido era probablemente una ficción. El sexto sentido de Rodgers le decía que las FST habían inventado ese ataque para enviar a Seden a observarlos. Eso no significaba que el coronel fuera un fraude. Seden había solicitado reconocimiento aéreo del helicóptero a su cuartel general. El pedido había sido urgente y la Fuerza Aérea se aprestaba a lanzar un par de Phantom F4 desde una base localizada al este de Ankara. Lo que el coronel Seden le informó a Rodgers coincidía exactamente con la traducción clandestina que Rodgers había leído en la computadora.

Por supuesto que todo podría ser una puesta en escena, pensó Rodgers con el natural y saludable escepticismo de todo oficial de inteligencia. Las FST simplemente podrían querer ver cómo se registraban el helicóptero y los F4 en los sofisticados equipos del CRO. Tal vez reportaran sus hallazgos a los militares israelíes, con quienes tenían una especie de sociedad. A cambio de apoyo naval mutuo y continuas renovaciones de los viejos aviones de combate turcos, los israelíes tendrían acceso al espacio aéreo y la inteligencia de Turquía. Conociendo las capacidades del CRO, Tel Aviv podría negar al Centro de Operaciones la libertad de utilizarlas en ese territorio. O

inversamente, podrían presionar para acceder a ellas. Sin embargo, primero debían saber para qué servían.

Pero nada de esto cambiaría la manera de conducirse de Rodgers. Al contrario. No había nada en el Centro Regional de Operaciones que el general quisiera ocultar a Seden. Rodgers había borrado la traducción de la conversación entre el coronel y su cuartel general y el programa OLM había sido cerrado antes de que Seden llegara. Las capacidades del CRO que estaban a la vista eran sofisticadas pero no revolucionarias. Por cierto, a Rodgers le hubiera gustado que Seden reportara a sus superiores que los secretos de las FST y la información militar estaban a salvo. Eso facilitaría que el CRO volviera a Turquía y fuera introducido en otros países de la OTAN. Como le había dicho Rodgers a Mary Rose mientras esperaban la llegada de Seden, estar informado era lo que le permitía dar una respuesta adecuada de inteligencia, militar o diplomática al líder de una fuerza. Gracias a la información, un líder podía sorprender a sus enemigos e incluso a sus aliados. Lo peligroso era precisamente ser tomado por sorpresa.

Y ahora estaban esperando que los F4 se reportaran. El coronel Seden había rechazado gentilmente el ofrecimiento del relativamente cómodo asiento del conductor, en la parte delantera del remolque. Permanecía de pie y pasaba la mayor parte del tiempo mirando por la ventanilla del frente. Sólo ocasionalmente se acercaba para chequear los progresos del helicóptero. Rodgers notó que había dejado de parecer distante. Sus ojos estaban alertas y sumamente interesados.

¿*Porque es un turco leal*, se preguntó Rodgers, *o porque no lo es*?

Por otra parte, estaba claro que Mary Rose deseaba que Seden se fuera. Rodgers sabía que ella debía chequear otros programas, pero le había dicho por correo electrónico que se tranquilizara y esperara un poco. En lugar de trabajar, tenía en pantalla uno de los simuladores de guerra que Mike Rodgers usaba para relajarse. En

sucesión alarmantemente rápida, la joven perdió la batalla de la Sierra de San Juan para Teddy Roosevelt y sus rudos jinetes en 1898, ayudó al Cid a echar a perder el sitio de Valencia durante la guerra contra los moros en el año 1094, y permitió que el otrora victorioso George Washington fuera derrotado por los hessianos en Trenton en 1776.

—Ése es el valor de los simulacros —le dijo Rodgers—. Nos permiten apreciar lo grande que son los zapatos de esos verdaderos gigantes.

Seden observó combatir a Mary Rose durante su «descanso forzoso» y pareció entretenerse con las escaramuzas de la joven. Luego dio media vuelta. Estaba mirando el despliegue del helicóptero en el monitor de Rodgers cuando la pantalla verde comenzó a ponerse azul. El color iba cambiando desde el centro hacia afuera. El helicóptero seguía siendo una silueta anaranjada en el centro de la pantalla.

—¿General? —llamó Seden, sinceramente preocupado. Rodgers se acercó a mirar.

—Flujo temporario —dijo Rodgers, consternado—. Acaba de ocurrir algo allí.

Mary Rose se dio vuelta mientras el azul invadía los extremos del monitor.

—Caramba —dijo—. Algo que está generando cantidades de frío a toda velocidad. Esta parrilla abarca más de una milla cuadrada.

Seden se acercó más.

—General, ¿está seguro de que es frío y no calor? —preguntó—. ¿El helicóptero podría haber lanzado una bomba?

—No —respondió Rodgers. Inclinado sobre el teclado, golpeaba algunas teclas con urgencia—. Si hubiera arrojado una bomba, la pantalla se hubiera puesto roja.

—¿Pero qué podría haber enfriado el aire tan bruscamente? —preguntó Mary Rose—. La temperatura ha bajado de setenta y ocho a cincuenta grados. Una masa de aire frío no se movería tan rápido.

—Claro que no —dijo Rodgers. Consultó sus datos meteorológicos y luego observó un mapa geofísico computadorizado. Obtuvo una vista de cuatro millas cuadradas de la región y pidió que el satélite le enviara lecturas de calor específicas.

El helicóptero estaba a un paso del NCP: nivel de calor promedio. Eso significaba que estaba generando una signatura de calor donde el motor alcanzaba los 100° ± 5. Cualquier cosa que alcanzara ese nivel de calor aparecería de color naranja en el monitor. Por encima de ese nivel había un índice seis rojo o un índice siete negro. Por debajo había un índice cuatro verde, un índice tres azul, un índice dos amarillo, o un índice uno blanco, que indicaba congelamiento.

Según el mapa geofísico, la temperatura promedio de la región que bordeaba el Eufrates era de sesenta y tres grados. Eso entraba dentro de los cuatro niveles de Índices que habían visto. El índice tres empezaba en los cincuenta y tres grados. Lo que estaba ocurriendo allí afuera bajaba la temperatura por lo menos diez grados a una velocidad de cuarenta y siete millas por hora.

—No comprendo —dijo Seden—. ¿Qué es lo que estamos viendo?

—Un enfriamiento masivo alrededor del Éufrates —dijo Rodgers —. Según la simulación del anemómetro, a la velocidad de un huracán. ¿Es posible que haya huracanes en esa región?

—No que yo sepa —dijo Seden.

—Yo tampoco lo creo posible —estimó Rodgers—. Además, un viento como ése hubiera destrozado el helicóptero.

—Pero si no es aire —dijo Seden—, ¿qué es?

Rodgers miró la pantalla. Había una sola explicación y el solo hecho de considerarla lo hizo palidecer.

—Me atrevería a decir que es agua —dijo por fin—. Voy a notificar al Centro de Operaciones. Coronel, creo que alguien abrió un boquete en la represa Ataturk.

11

Lunes, 16:46, Halfeti, Turquía

Mientras escapaban a lo largo del río Éufrates, Ibrahim había intentado espiar a través de las olas de calor que subían del atareado cañón 20 mm de Mahmoud. Las ondas habían distorsionado su visión del depósito de abastecimiento y la poderosa represa arrasados por el ataque.

Las manos del sirio se limitaban a descansar sobre la caja y el disparador de la ametralladora lateral. No era su momento de actuar, de modo que pudo ver cómo los disparos hacían saltar montones de pedazos de piedra de la represa en todas direcciones. Aunque Walid mantenía el helicóptero estable, Ibrahim apretaba fuertemente la mochila que llevaba entre las piernas.

Cuando el helicóptero volaba sobre la represa, Ibrahim había visto un enorme pedazo de piedra golpear al ingeniero que intentaba salir a la superficie. Probablemente el golpe no había bastado para matarlo, aunque eso ya no tenía importancia. En pocos segundos el ingeniero estaría muerto.

El helicóptero había entrado a la represa volando bajo, y Walid la había rodeado luego en vuelo cerrado para una segunda pasada. Cuando se dirigían hacia la torre de control, Ibrahim vació su ametralladora contra la estructura. Aunque un turco había muerto, la tarea de Ibrahim no era asesinar a los ocupantes de la torre. Su misión era mantenerlos debajo de las mesas o las sillas, alejados de

las ventanas y sobre, todo de la radio. Walid no quería que nadie viera la dirección que tomaba el helicóptero al escapar. Si no lograban reingresar a Siria, querían estar lo más cerca posible de la frontera antes de que los detectaran.

En el asiento trasero, Hasan echaba al aire listas de aluminio para interferir las señales de la torre de control. Al mismo tiempo monitoreaba comunicaciones militares mediante auriculares radiofónicos. Si alguien se las ingeniaba para enviar un mensaje telefónico desde la torre y los perseguían, el plan era aterrizar, abandonar el helicóptero y dispersarse en distintas direcciones. Luego cada uno intentaría llegar individualmente a una de las dos casas seguras localizadas al sur de Anatolia sobre la frontera con Siria, cuyos propietarios eran simpatizantes de los curdos.

El helicóptero se preparaba para la segunda pasada. Una vez más los poderosos proyectiles de 20 mm de Mahmoud se estrellaron contra el centro de la represa. Esquirlas de piedra volaron en todas direcciones por los disparos del cañón. El ataque no pretendía debilitar la represa sino crear el espacio necesario para la mochila que Ibrahim llevaba entre las piernas.

Como se acercaba el momento, Ibrahim abrió el cierre de la mochila para asegurarse de que todo estuviera en orden. Contempló las cuatro cargas de dinamita atadas fuertemente con cable de electricidad. El reloj detonador estaba enganchado a la chapa de encendido. Deslizó el dedo por cables y artificios para chequear una vez más las conexiones. Eran seguras. Los clavos también estaban en perfectas condiciones, con las cabezas clavadas desde el interior de la mochila. El envoltorio quedaría firmemente encajado en el hueco que los proyectiles habían abierto en las piedras.

Walid volaba ahora a menos de un pie sobre la represa. Ibrahim saltó del helicóptero, colocó la mochila en el hueco más grande y marcó un minuto en el reloj detonador. Luego trepó al helicóptero, que levantó vuelo a toda velocidad.

El joven sirio se quitó los anteojos de sol y miró hacia atrás.

Vio el sol reflejado sobre la superficie del agua. Como de costumbre los pájaros pescaban peces para alimentarse, pero el cielo que dejaban atrás era extraordinariamente claro. La calma fue destruida brutalmente en apenas un instante.

Ibrahim entrecerró los ojos al ver una imponente llamarada amarillo-rojiza alzarse desde la represa. El sonido de la explosión les llegó un momento después e hizo estremecer el helicóptero. Hasan y Mahmoud también miraron atrás para ver cómo la onda expansiva resquebrajaba la represa desde el centro a los extremos. El agua del depósito de abastecimiento cayó en cascada sobre las piedras que se desmoronaban, tragando la bola de fuego y convirtiéndola en vapor. La gigantesca ola vomitó las piedras que había tragado contra el borde desmoronado de la pared. La corriente golpeó con violencia el centro de la represa, formando una «V» gigante que casi llegaba a la base. El agua atravesó la brecha, arrasando la tierra y los árboles. El vapor se disipó rápidamente y unos velocísimos remolinos de agua derribaron la torre de control y arrastraron sus despojos al valle.

El sonido de la inundación llenaba la cabina, ahogando el ruido del motor. Ibrahim ni siquiera pudo escuchar su propio grito de triunfo. Y, aunque vio que Mahmoud alababa a Alá, tampoco pudo escucharlo.

Cuando el helicóptero volaba hacia el sur a toda velocidad sobre las aguas atronadoras, Hasan golpeó el hombro de Walid repentinamente. El piloto se dio vuelta a medias. Hasan extendió la mano con la palma hacia abajo, la deslizó al frente y luego levantó dos dedos: dos aviones los seguían.

Hasan se mostró claramente perturbado. El helicóptero volaba bajo para evitar que lo captaran los radares y no había escuchado ningún alerta de la torre de control de la represa. No obstante, la Fuerza Aérea sabía lo que acababa de ocurrir.

—¡Lo siento, mi akhooya, hermano mío! —gritó Hasan.

Walid levantó la mano.

—¡Depositamos nuestra confianza en la palabra de Dios! —gritó —. Está escrito: «Aquel que huya de su tierra natal por la causa de Dios encontrará numerosos lugares de refugio».

Hasan era inconsolable, aunque los otros miembros del equipo estaban exultantes. La misión había sido un éxito y ellos se habían ganado un lugar en el Paraíso.

Sin embargo, todavía no estaban listos para abandonar el campo de batalla. Mientras Walid conducía el helicóptero sobre el vasto y agitado Éufrates, Mahmoud recargaba su cañón. Ibrahim giró a su izquierda para ayudarlo. A pesar del Paraíso prometido lucharían encarnizadamente por sus vidas y por el privilegio de seguir cumpliendo la voluntad de Alá en este mundo.

De pronto, Walid sacudió la cabeza.

—*¡Sadiq!* —gritó—. ¡Amigo! No necesitarás eso.

Mahmoud se acercó para decirle:

—¿Cómo que no lo necesitaré? ¿Quién combatirá por nosotros?

Walid replicó:

—Aquel que es Soberano del Día del Juicio Final.

Ibrahim miró a Mahmoud. Los dos creían en Alá y tenían fe en Walid, pero ninguno creía que la poderosa mano del Señor bajaría para protegerlos de los turcos.

—Pero Walid… —dijo Mahmoud.

—¡Confía en mí! —dijo Walid—. Verás la puesta del sol en lugar seguro.

Mientras Walid volaba con alguna idea en mente, Ibrahim contemplaba sus oportunidades de sobrevivir. La base aérea turca más cercana estaba a unas doscientas millas al oeste. Volando a casi ciento cincuenta millas por hora, los aviones de combate —la mayor parte mortíferos Phantom de fabricación norteamericana— los alcanzarían en menos de diez minutos. El helicóptero todavía estaría demasiado lejos de la frontera siria. En la Fuerza Aérea había aprendido que cada uno de esos *jets* podía llevar ocho misiles Sidewinder detectores de calor bajo cada ala. Uno solo de esos

misiles bastaría para destruir el helicóptero mucho antes de que pudieran oír o ver los aviones que los transportaban. Y los turcos indudablemente les dispararían desde el cielo para impedirles salir del país.

Igual, pensó Ibrahim, *que vengan los Phantom*. Dejó de mirar a su hermano. La represa Ataturk, el orgullo de la arrogancia turca, estaba en ruinas. El Éufrates correría como en la Antigüedad y los sirios tendrían tanta agua como fuera necesaria. Río abajo, se inundarían todos los pueblos en varias millas a la redonda. Río arriba, las aldeas que dependían del depósito de abastecimiento se quedarían sin agua para sus casas y cosechas. Los recursos gubernamentales en la región se verían penosamente exigidos.

Al darse vuelta para mirar el violento remolino, Ibrahim recordó un pasaje del Corán.

«El Faraón y sus guerreros se condujeron con arrogancia e injusticia en la tierra, pensando que jamás serían llamados a Nuestra Presencia. Pero Nosotros lo tomamos, a él y a sus guerreros, y los arrojamos al mar. Considera el destino de los que hacen el mal».

Así como las naves de Egipto y los pecadores se ahogaron en el Diluvio Universal, los turcos habían sido castigados con agua. Ibrahim lloró breves lágrimas de gloria por lo que acababa de suceder. Ya no le importaba el sufrimiento futuro, porque sólo serviría para aumentar la sensación de voluntad sagrada que lo colmaba.

12

Lunes, 9:59, Washington D.C.

Bob Herbert entró en su silla de ruedas a la oficina de Paul Hood.

—Como de costumbre, Mike tenía razón —dijo el jefe de inteligencia—. La ONR confirma que han volado la represa Ataturk.

Hood suspiró tensamente. Volvió a su computadora y tipió una sola palabra: Afirmativo. Anexó esa información al correo electrónico Código Rojo de las 9:47, que contenía la evaluación original de Rodgers. Luego envió la confirmación al general Ken Vazandt, nuevo director de la Unión de Jefes de Personal. También la envió al secretario de Estado Av Lincoln, al secretario de Defensa Ernesto Colón, al director de la CIA Larry Rachlin y al «super-halcón» Steve Burkow, consejero de Seguridad Nacional.

—¿A qué distancia está el CRO de la región afectada? —preguntó Hood.

—A unas cincuenta millas en dirección sudeste —dijo Herbert—. Bastante lejos de la zona de peligro.

—¿Qué significa ese «bastante»? —preguntó Hood—. Las ideas de Mike sobre zonas de peligro difieren de las mías.

—No le pregunté a Mike —dijo Herbert—. Le pregunté a Phil Katzen. Tuvo experiencia con la gran inundación de 1993 e hizo algunos cálculos rápidos. Dice que dentro de las cincuenta millas hay de quince a veinte millas de colchón. Phil imagina que el Eufrates crecerá unos veinte pies desde la frontera siria hasta el lago Assad.

Eso no perjudicará mucho a los sirios porque gran parte de la región está seca y desierta. Pero las inundaciones sí perjudicarán a montones de turcos que viven en aldeas junto al río.

Darrell McCaskey llegó mientras Herbert hablaba. El ex agente del FBI y actual contacto interagencial, muy esbelto para sus cuarenta y ocho años, cerró la puerta tras él y se recostó en silencio contra el marco.

—¿Qué sabemos de los autores? —preguntó Hood.

—Reconocimiento satelital mostró un 500D turco saliendo del lugar —dijo Herbert—. Aparentemente era el helicóptero robado esa mañana a la patrulla de frontera.

—¿Hacia dónde se dirige ahora? —preguntó Hood.

—No sabemos —dijo Herbert—. Hay un par de F4 buscándolo.

—¿Buscándolo? —dijo Hood—. Pensé que lo teníamos vía satélite.

—Lo teníamos —dijo Herbert—. Pero desapareció entre una foto y la siguiente.

—¿Lo habrán derribado?

—No creo —dijo Herbert—. Los turcos nos hubieran informado.

—Tal vez —dijo Hood.

—Está bien —coincidió Herbert—. Aunque no nos informaran habríamos detectado la caída. No hay señales del helicóptero en un radio de cincuenta millas del lugar donde fue visto por última vez.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó Hood.

—Honestamente no sé qué pensar —dijo Herbert—. Si en la región hubiera cuevas lo suficientemente grandes, diría que se metieron en una. De todos modos, seguimos buscándolos.

Hood estaba furioso. No era como Mike Rodgers, que disfrutaba reuniendo claves y resolviendo misterios. El banquero que llevaba dentro exigía información ordenada, completa e instantánea.

—Encontraremos ese helicóptero —agregó Herbert—. Estoy haciendo analizar la última fotografía satelital para conocer la velocidad y la dirección exactas del 500D. También estamos

haciendo un estudio completo de la geografía del área. Trataremos de encontrar un lugar —una cueva o un cañón— donde se pueda esconder un helicóptero.

—Está bien —dijo Hood—. Mientras tanto, ¿qué hacemos con el CRO? ¿Nos despreocupamos de él?

—¿Por qué no? —preguntó Rodgers—. Fue diseñado para reconocimiento *in situ*. No puede haber un *in situ* mayor que éste.

—Es verdad —concedió Hood—, pero me preocupa la seguridad.

Si este ataque es una muestra de lo que nos espera, el CRO es relativamente vulnerable. Sólo tienen dos Strikers para cubrir cuatro lados abiertos.

—También hay un oficial de seguridad turco —agregó McCaskey.

—Parece un buen hombre —dijo Herbert—. Lo estuve investigando y estoy seguro de que Mike hizo otro tanto.

—Son tres personas —dijo Hood—. Solamente tres personas.

—Más el general Mike Rodgers —dijo Herbert respetuosamente —, que es un batallón en sí mismo. De todos modos, no creo que Mike permita que lo evacuemos ahora. El vive para esta clase de cosas.

Hood se recostó en la silla. La carrera de Rodgers como soldado incluía dos temporadas en Vietnam, el comando de una brigada mecanizada en el Golfo Pérsico y el comando de un operativo Striker encubierto en Corea del Norte. Rodgers no iba a huir de un simple ataque terrorista a una represa.

—Tienes razón al respecto —admitió Hood—. Mike querrá quedarse. Pero Mike no es el único que debe tomar esa decisión. También tenemos a Mary Rose, Phil y Lowell en la arena, y todos ellos son civiles. Desearía saber si el ataque fue un acontecimiento aislado o la primera muestra de algo mucho mayor.

—Obviamente, no sabremos nada más hasta encontrar al responsable —acotó McCaskey.

—Entonces dame algo para masticar —le espetó Hood—. ¿Quién crees tú que está detrás de esto?

—Hablé con la CIA y con las Fuerzas Especiales turcas, y también con el Mossad en Israel —dijo McCaskey—. Todos dicen que se trata de sirios o fundamentalistas musulmanes dentro de Turquía. Podría ser cualquiera de los dos. Los fundamentalistas musulmanes están desesperados por debilitar los lazos de Turquía con Israel y Occidente. Si atacan la infraestructura ocasionarán una carga al pueblo y lo enfrentarán con el gobierno actual.

—Si ése fuera el caso —dijo Hood—, podemos esperar más ataques.

—Exacto —respondió McCaskey.

—Sí, pero no apostaría por eso —dijo Herbert—. Los fundamentalistas ya son muy poderosos en Turquía. ¿Por qué querrían tomar por la fuerza algo que podrían ganar en la próxima elección?

—Porque son impacientes —señaló McCaskey—. Irán les está pagando las cuentas y Teherán quiere ver resultados.

—Irán ya ha colocado a Turquía en la columna de las «ganancias» —respondió Herbert—. Ahora se divierte en Bosnia. Abastecieron de armas y consejeros a los bosnios durante la guerra de los Balcanes. No solamente los consejeros siguen allí, sino que se multiplican como conejos. Así es como los fundamentalistas planean invadir el corazón de Europa. En lo que respecta a Turquía, Irán dejará que la situación política marche a su propio ritmo.

—No si Turquía sigue confiando en los elementos militares de Israel y recibe ayuda económica e inteligencia de los EE. UU. —dijo McCaskey—. Irán no quiere otra fortaleza norteamericana en el patio trasero.

—¿Y qué pasa con los sirios? —intervino Hood—. McCaskey y Herbert siempre se enfrentaban de modo pasional y respetuoso. Darrell Consenso y Bob Intuición, así los llamaba la psicóloga Liz Gordon. Y por eso Hood le había pedido a McCaskey que se hiciera presente cuando Herbert le informó que tenía noticias del ataque. Entre los dos siempre habían podido brindarle una visión concisa y

no obstante abarcativa de cada situación… aunque era necesario evitar que todo se convirtiera en un debate sobre ciencia política.

—Con los sirios tenemos dos posibilidades —dijo McCaskey—. Los terroristas podrían ser extremistas sirios aferrados a la idea de convertir Oriente Medio en la Gran Siria…

—Sumándole un punto a su colección, como el caso del Líbano —acotó Herbert con amargura.

Hood asintió. La bomba terrorista contra la embajada norteamericana en el Líbano le había costado a Herbert su esposa y sus piernas.

—Correcto —dijo McCaskey—. O, lo que parece más probable, los atacantes podrían ser sirios curdos.

—Claro que son curdos —dijo Herbert confiadamente—. Los extremistas sirios no hacen nada sin la aprobación de los militares, y los militares sólo reciben órdenes del presidente sirio en persona. Si el gobierno sirio quisiera iniciar hostilidades con Turquía no utilizaría estos métodos.

—¿Qué método utilizarían entonces? —le preguntó Hood.

—Harían lo que hacen todas las naciones agresoras —dijo Herbert—. Simulacros de guerra y reunión masiva de tropas en la frontera. Luego provocarían un incidente para que los turcos los invadieran. Los sirios jamás pondrían un pie en Turquía. Como solíamos decir en el ejército, les gusta recibir en casa. Y eso data de 1967, cuando los tanques israelíes los invadieron antes de la Guerra de los Seis Días. La defensa de la patria transforma a los sirios en defensores de la libertad, no en agresores. Eso les sirve para agrupar a otras naciones árabes a su alrededor.

—Y podemos agregar que —dijo McCaskey—, excepto por la de 1967, a los sirios les gusta pelear guerras «por poder». Ellos abastecieron de armas a Irán para que luchara contra los iraquíes en la década de 1980. Ellos dejaron que los libaneses se mataran unos a otros durante quince años de guerra civil y luego fueron y establecieron un régimen títere. Es lo que más les gusta.

Herbert miró a McCaskey.

—¿Entonces estás de acuerdo conmigo?

—No —sonrió McCaskey—. Tú estás de acuerdo conmigo.

—Entonces, suponiendo que Bob tenga razón —dijo Hood—, ¿qué motivo tendrían los sirios curdos para atacar Turquía? ¿Cómo sabemos que no son agentes de Damasco? Podrían haberlos enviado a Turquía para desatar una pelea.

—Los sirios curdos preferirían atacar Damasco antes que Turquía —dijo Herbert—. Odian el régimen actual.

—Los curdos se sienten muy estimulados por el ejemplo palestino —dijo McCaskey—. Quieren tener su propio estado nuevamente, como sucedía antes de la Primera Guerra Mundial.

—Aunque conseguirlo no les traiga paz —acotó Herbert—. Son musulmanes sunnitas y no quieren mezclarse con los musulmanes chiitas ni con el resto de la población. Ésa es la gran guerra que están peleando en Turquía, Irak y Siria. Pero junten a los sunnitas en un nuevo Curdistán y sus cuatro ramas —hanafitas, malikitas, shafitas y hanbalitas— se harán pedazos entre sí.

—Tal vez no —dijo McCaskey—. Los judíos tienen fuertes diferencias de opinión en Israel, y no obstante coexisten.

—Porque los israelíes creen más o menos lo mismo en términos de religión —dijo Herbert—. Es en política donde difieren. Entre los sunnitas hay diferencias religiosas muy básicas, muy serias.

Hood se inclinó hacia adelante.

—¿Los curdos sirios estarían actuando solos o con otros nacionalistas curdos?

—Buena pregunta —concedió McCaskey—. Si los curdos están detrás del ataque a la represa, éste sería un plan muchísimo más ambicioso que los del pasado. Ya saben, bombardear depósitos de armamento o atacar patrullas militares, esa clase de cosas. Me parece que para algo de esta magnitud necesitarían la ayuda de los curdos turcos, que luchan por su propio gobierno hace más de quince años desde sus fortalezas en el este.

—¿Y qué podrían esperar los curdos sirios de esta alianza? —preguntó Hood.

—Desestabilizar la región —respondió Herbert—. Si Siria y Turquía luchan entre sí mientras los curdos turcos y sirios se unifican, estos últimos podrían apoderarse de la región por descuido.

—No sólo por descuido —acotó McCaskey—. Supongamos que usan la distracción de la guerra para socavar las fronteras turca y siria. Se infiltran en aldeas, ciudades y montañas e instalan campamentos nómades en el desierto. Podrían crear una imparable guerra de guerrillas como la de Afganistán.

—Y cada vez que la presión se intensificara en uno de los dos países —dijo Herbert—, los curdos simplemente se mudarían al otro. O mejor aún, se unirían a los curdos de Irak, para arrastrar a ese país a la refriega. ¿Pueden imaginarse una guerra entre esas tres naciones? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que usaran armas nucleares o químicas? ¿Cuánto hasta que Siria o Irak decidieran que los israelíes abastecían a los curdos y…

—Cosa bastante probable —acotó McCaskey.

—… y comenzaran a lanzar sus misiles contra Israel?

—Eventualmente —dijo McCaskey—, cuando se establezca la paz habrá que tratar el tema curdo para garantizar su eficacia. Entonces los curdos tendrán su patria, Turquía abrazará a los fundamentalistas, y la democracia y los EE. UU. serán los grandes perdedores.

—Si llega a establecerse la paz —dijo Herbert ampulosamente—. Estamos hablando de terminar a gran escala con miles de años de animosidad. Si ese genio logró salir de la lámpara podría ser imposible obligarlo a regresar.

Hood comprendió. También sabía que no era responsabilidad del Centro de Operaciones prever una guerra en Oriente Medio. Su tarea era detectar «situaciones difíciles» y manejarlas si se convertían en «crisis». Una vez que las «crisis» pasaban a la categoría de

«problemas políticos», la Casa Blanca tomaba cartas en el asunto. El presidente le haría saber qué clase de ayuda se necesitaba y dónde.

La pregunta era: ¿qué podía hacerse para manejar esta crisis en ciernes?

Hood se sentó frente al teclado y tipió la extensión de su asistente ejecutivo, Stephen «Bugs» Benet. Un momento después, el rostro del joven apareció en pantalla.

—Buen día, Paul —dijo Bugs. Su voz provenía de unos parlantes colocados a ambos lados del monitor.

—Buen día, Bugs —dijo Hood—. ¿Podrías comunicarme con Mike Rodgers? Todavía está en el CRO.

—Enseguida —dijo Bugs, y su imagen desapareció de la pantalla.

Hood miró a Herbert.

—¿Qué está haciendo Mike para encontrar el helicóptero desaparecido?

—Lo mismo que nosotros —respondió Herbert—. Analizando información. Está en mejor posición para interceptar las comunicaciones de la región, y estoy seguro de que también está haciendo eso. Estará siguiendo todos los procedimientos que escribimos para los operativos del CRO.

—¿Cuál es el requerimiento mínimo de seguridad que establecieron para el CRO? —preguntó Hood.

—Dos Strikers cuando la planta está en el campo —dijo Herbert —. Justo lo que tenemos ahora.

Bugs reapareció en la pantalla.

—El general Rodgers no está disponible —dijo—. Salió a hacer trabajo de campo.

Hood apretó los labios. Conocía bastante bien al general como para reconocer un eufemismo cuando lo escuchaba.

—¿Adónde fue? —preguntó.

—Mary Rose dijo que salió con el coronel Seden hace unos diez minutos —le dijo Bugs—. Utilizaron la motocicleta del oficial turco.

—Ajá —dijo Bob Herbert.

—¿Y qué pasa con el teléfono celular de la computadora? —preguntó Hood—. ¿No puedes llegar a Mike por esa vía?

—El general telefoneó a Mary Rose para chequear la recepción pocos minutos después de salir a las planicies —dijo Bugs—. La conexión satelital funcionaba correctamente, pero le ordenó que no lo llamara a menos que hubiera una emergencia. Para evitar que alguien los interceptara.

—En esos espacios abiertos hay montones de interferencias —dijo Herbert—. Cero seguridad.

Hood hizo un gesto afirmativo. En misiones militares, el personal del Centro de Operaciones habitualmente utilizaba TAC-SAT. Tenían sus propias antenas parabólicas que les permitían conectarse con 108 satélites y luego enviar la información directamente al Centro de Operaciones. Pero esas unidades eran relativamente incómodas. Aunque el CRO tenía un TAC-SAT, era obvio que Rodgers había querido viajar sin peso.

Hood estaba furioso con Rodgers y profundamente preocupado porque estaba allí afuera sin apoyo del Striker. Pero no podía sacar a nadie del CRO sin comprometer los procedimientos de seguridad y tampoco quería llamar a Rodgers. El general se las arreglaba solo y jamás violaba los reglamentos. Además, a Hood no le correspondía adivinar las intenciones de su sub director a nueve mil millas de distancia.

—Gracias, Bugs —dijo Hood—. Mantente en contacto con el CRO y avísame en cuanto sepas algo.

—Comprendido, jefe —dijo Bugs.

Hood se despidió de Benet y miró a Herbert.

—Bueno. Parece que Mike salió a hacer reconocimiento de primera mano.

Con aire ausente, Herbert marcaba números en el teléfono instalado en el apoyabrazos de su silla.

—Sí. Bueno, ése es el estilo de Mike, ¿no?

—¿Por qué no habrá ido con todo el CRO? —preguntó McCaskey —. Por lo menos hubiera podido hacer un trabajo exhaustivo.

—Porque sabía que encontraría una situación peligrosa —lo defendió Hood—. Y ya conoces a Mike, jamás haría peligrar el equipo o el personal. Ése también es su estilo.

Hood miró a Herbert, quien a su vez lo estaba mirando. El jefe de inteligencia cerró los ojos y asintió.

—Yo lo encontraré —dijo Herbert por fin. Marcó el número de la ONR—. Veré si Viens puede dejar todo de lado y conseguirnos una maravillosa fotografía satelital de Rodgers de Arabia.

—Gracias —dijo Hood. Miró a McCaskey.

—¿Lo de siempre? —preguntó McCaskey.

Hood asintió. El ex agente conocía el paño. Si un grupo necesitaba crédito, McCaskey chequeaba con otras agencias nacionales y extranjeras para saber si tenían recursos. Si no los tenían, ¿a quién se los habían entregado y por qué? Si los tenían, debía ingresar el *modus operandi* de esas agencias en la computadora para determinar cuál sería su próximo movimiento y cuánto tendrían que esperar. Después, McCaskey y sus consejeros debían decidir si la diplomacia evitaría otros ataques, si habría que atacar militarmente a los perpetradores, y cuáles serían los próximos blancos posibles.

—Informen a Liz de esto —dijo Hood.

McCaskey asintió y salió de la oficina. Los perfiles psicológicos de los terroristas de Oriente Medio eran particularmente importantes. Si los terroristas tenían motivos exclusivamente políticos, como algunos curdos, era improbable que fueran suicidas. En ese caso sería posible tomar medidas de seguridad contra ataques aéreos y terrestres. Si los terroristas tenían motivos religiosos y políticos, como la mayoría de los curdos, no sólo se sentirían felices sino honrados de dar sus vidas. En ese caso los asesinos podían atacar de cualquier manera y en cualquier momento. Podían llevar puesto un cinturón especialmente diseñado con soportes especiales en los

hombros para aguantar el peso de seis a ocho cilindros de dinamita. O podían llevar una mochila cargada con cincuenta o sesenta libras de explosivo plástico. Los cables de los explosivos alimentados por dos baterías se conectaban a un interruptor que el terrorista solía guardar en el bolsillo de su pantalón para poder accionarlo en cualquier momento, en cualquier lugar. Era virtualmente imposible protegerse contra esa clase de ataques; era casi imposible razonar con esa clase de terroristas. Lo más frustrante e irónico era que un solo terrorista podía ser más letal que un grupo numeroso. Los operadores solitarios tenían absoluta flexibilidad táctica y capacidad de sorprender.

Herbert apagó su teléfono.

—Viens está con nosotros. Dice que podrá sacarle el 30-45-3 al Departamento de Defensa en diez minutos. Es uno de los viejos satélites y por eso carece de capacidad infrarroja, pero obtendremos buenas fotos con luz solar.

La denominación 30-45-3 correspondía al tercer satélite que registraba las longitudes entre treinta y cuarenta y cinco grados del primer meridiano. Esa región incluía Turquía.

—Viens es un gran hombre —dijo Hood.

—El mejor —coincidió Herbert, enfilando hacia la puerta—. Por lo menos conserva el sentido del humor respecto de la investigación. Me dijo que en su ataúd hay tantos clavos que está pensando en llamar Doncella de Hierro a la división.

—No permitiremos que el Congreso le eche la zarpa —prometió Hood.

—Tienes buenos sentimientos, Paul. Pero será difícil hacerlos realidad.

—Me gusta lo difícil, Bob —sonrió Hood—. Por eso estoy aquí. Herbert lo miró una vez más antes de abrir la puerta. —*Touché* —murmuró, saliendo al pasillo.

13

Lunes, 17:55, Oguzeli, Turquía

Ibrahim y el operador de radio Hasan permanecían de pie en la ventosa planicie. Mahmoud se arrodilló entre ambos. Los tres llevaban una ametralladora Parabellum checoslovaca colgada del hombro y una Smith & Wesson .38 en la cintura. También tenían un cuchillo de cazador pegado a la cadera.

Ibrahim sostenía las armas de su hermano Mahmoud, inclinado sobre la tierra dura. Las lágrimas surcaban las oscuras mejillas del hombre y la voz se le quebró al citar el sagrado Corán.

—Él enviará guardianes que cuidarán de ustedes y llevarán al Paraíso sus almas inmaculadas cuando la muerte los reclame…

Pocos minutos antes, Walid había depositado a los tres pasajeros con sus armas y mochilas en esa tierra reseca. Le había entregado a Mahmoud un anillo de oro con dos dagas de plata cruzadas bajo una estrella. Ese anillo lo identificaba como líder del grupo. Luego había despegado nuevamente y volado hacia la inundación. Había enfilado directamente a las aguas rugientes para que tragaran el helicóptero. Un géiser de espuma y vapor señaló por un instante su muerte. Luego los tres sobrevivientes vieron horrorizados cómo los despojos del helicóptero eran arrastrados por la corriente.

Walid se había sacrificado junto con el helicóptero porque ésa era la única manera de hacerlo desaparecer del radar turco. La única manera de evitar que su grupo de valientes fuera derribado. La

única manera de proteger a los otros para que pudieran continuar la importante labor del Partido de los Trabajadores del Curdistán.

Mahmoud concluyó la plegaria pero no levantó la cabeza. Con voz débil y apenada preguntó:

—¿Por qué tú, Walid? Eras nuestro líder, nuestra alma.

—Mahmoud —dijo Ibrahim dulcemente—, pronto llegarán las patrullas. Debemos irnos.

—Podrías haberme enseñado a manejar el helicóptero —dijo Mahmoud—. Mi vida no era tan importante como la suya. ¿Quién guiará a la gente ahora?

—Mahmoud, —insistió Ibrahim—. *Min fadlak*… ¡por favor! Tú vas a guiarnos. Él te dió el anillo.

—Sí —asintió Mahmoud—. Yo los guiaré. Ése fue el último deseo de Walid. Todavía queda mucho por hacer.

Ibrahim nunca había visto tanta tristeza ni tanto odio en la expresión de su hermano. Y entonces se le ocurrió pensar que acaso fuera eso lo que Walid deseaba: el fuego del odio en los ojos y los corazones de sus soldados.

Mahmoud se puso de pie e Ibrahim le tendió su Parabellum y una .38.

—Gracias, hermano mío —dijo Mahmoud.

—Según Hasan —dijo Ibrahim con calma— podremos llegar a Sanliurfa al anochecer. Nos quedaremos al pie de las colinas y nos ocultaremos si fuera necesario. Tal vez podamos conseguir un automóvil o un camión.

Mahmoud se volvió hacia Hasan, que guardaba una respetuosa distancia.

—Nosotros no nos escondemos —dijo—. ¿Está claro?

—*Aywa* —respondieron a coro los dos hombres—. Sí.

—Guíanos, Hasan —dijo Mahmoud—. Y tal vez el Santo Profeta nos guíe a nuestras casas… y a las casas de nuestros enemigos.

14

Lunes, 18:29, Oguzeli, Turquía

Antes de viajar a Oriente Medio, Mike Rodgers había hecho lo mismo de siempre: leer acerca de la región. Cuando era posible leía lo que otros soldados habían dicho sobre un pueblo o una nación. Para Desert Shield y luego para Desert Storm había leído Los siete pilares de la sabiduría, de T. E. Lawrence, y el reportaje de Lowell Thomas con Lawrence en Arabia. Eran dos visiones del mismo hombre y la misma región. Esta vez había releído las memorias del general Charles «Chino» Gordon de Kartum y una antología sobre el desierto. Algo de Lawrence —D. H. el autor inglés, no el soldado T. E —. se le había grabado en la memoria. Lawrence había escrito que el desierto era, en cierto modo, «el país eternamente no poseído». A Rodgers le había gustado esa frase.

Tal como ocurría con las regiones polares, se podía tomar prestado el desierto, pero jamás poseerlo. Pero, a diferencia de las regiones polares, donde el hielo se podía derretir en agua y el suelo era lo bastante sólido para edificar, el desierto tenía su carácter. De repente ardía, y al instante se congelaba. Salvajemente ventoso un minuto, e inmediatamente quieto al minuto siguiente. No sólo era necesario llevar agua y refugio al desierto, sino determinación. A diferencia del Ártico o el Antártico, el viajero no bajaba del barco o el avión, entraba una milla o dos en el territorio, tomaba fotos o apuntes, y luego partía. Desde los tiempos antiguos, cuando las

caravanas de camellos atravesaban esas regiones, si una persona llegaba al desierto era con la intención de cruzarlo. Y allí, en esas tierras altas y secas donde el suelo no sólo era arenoso sino inestable, donde los viajes se medían en yardas y no en millas, atravesarlo no sólo requería suerte sino energía.

Gracias a las radios y los viajes motorizados, cruzar el desierto o las praderas muertas de Turquía no era el infierno que había sido hasta el siglo pasado. Pero todavía quedaban lugares de devastación asoladora. Después de media hora en la motocicleta del coronel Seden, Rodgers había advertido que hasta los enormes insectos se habían adelgazado hasta desaparecer.

Rodgers se echó hacia adelante en la gran Harley. El viento le atravesaba el corto cabello entrecano y golpeaba contra sus hombros. Miró el pequeño compás colocado en la parte superior del tablero, justo sobre el velocímetro. Todavía iban hacia donde el helicóptero había sido visto por última vez, a lo largo del perímetro externo de la inundación. Miró su reloj. Llegarían en otros veinte minutos aproximadamente.

El sol se escondía tras las colinas, su luz vibrante se desvanecía rápidamente. En pocos minutos el cielo estuvo lleno de estrellas, tantas como Rodgers no había visto en su vida.

El coronel Seden giró un poco la cabeza para gritarle:

—Nos acercamos a las planicies. En esa región hay caminos de tierra. No están en muy buen estado pero al menos no pegaremos tantos saltos con la moto.

Fueron las primeras palabras de Seden desde la partida. Eso le agradaba. A Rodgers tampoco le gustaba mucho hablar.

—Saltos se pegan en un ataque marítimo relámpago cuando el mar está embravecido —aulló Rodgers—. Éste es un lindo viaje.

—Créalo o no —dijo Seden—, la temperatura en esta región baja al nivel del congelamiento al amanecer. ¡Los caminos se cierran entre octubre y mayo debido a la nieve!

Rodgers lo sabía gracias a sus lecturas. Había sólo una cosa Inamovible en esta parte del mundo. No eran los vientos, las arenas o los límites del desierto, ni los contendientes locales e internacionales que habían convertido a Oriente Medio en su campo de batalla. Lo único inamovible era la religión y lo que la gente estaba dispuesta a hacer por ella. Desde la época de los sumerios gobernados por la casta sacerdotal, que florecieron en la Mesopotamia meridional en el siglo v antes de Cristo, la gente de la región ha estado dispuesta a la lucha religiosa: a matar animales y humanos por su religión, y también a morir por ella.

Rodgers entendía eso. Católico apostólico romano por nacimiento y por elección, creía en la divinidad de Jesús. Y mataría por defender su derecho a venerar a Dios y a Cristo a su manera. Para Rodgers, eso no difería en nada de luchar y matar y desangrarse hasta morir para proteger la bandera y los principios de su amado país. Era una cuestión de honor. Pero no era fanático de su fe. Jamás levantaría la voz para intentar convertir a nadie.

La gente era diferente aquí. Durante seis mil años habían enviado millones de personas a docenas de eternidades pobladas por centenares de dioses. Nada los haría cambiar. Lo máximo que Rodgers esperaba era obtener algunas mejoras en la situación.

Seden cambió de velocidad para subir la colina. Rodgers veía como la brillante luz delantera alumbraba esporádicamente el camino de tierra. A diferencia de la región que acababan de cruzar aquí había piedras, montes bajos y curvas en el terreno.

—Este camino —dijo Seden— nos llevará directamente a…

El cuerpo del coronel saltó a la derecha un instante antes de que Rodgers oyera el disparo. Seden cayó hacia atrás y empujó a Rodgers de su asiento mientras la motocicleta se desbarrancaba. Rodgers golpeó violentamente contra el camino y rodó varios metros. Seden se las ingenió para sostenerse mientras la moto seguía cayendo de costado. El vehículo arrastró al coronel parte del camino hasta que por fin pudo soltarse.

El costado derecho de Rodgers ardía, tenía el brazo y la pierna desgarrados por los guijarros del camino. La luz delantera de la motocicleta apuntaba hacia ellos. Rodgers alcanzó a ver que Seden no se movía.

—¿Coronel? —llamó Rodgers.

Seden no respondió. Luchando contra el dolor, Rodgers se arrastró en dirección al coronel apoyándose en el codo. Quería sacar al turco del camino antes de que un vehículo los atropellara al bajar la colina. Pero antes de llegar a él sintió el frío de una pistola en la nuca. Se le heló la sangre al oír pisadas de botas en el camino. Vio que dos hombres se acercaban a examinar a Seden.

El turco se revolvió. Uno de los hombres le quitó el arma y lo sacó a rastras del camino mientras otro retiraba la motocicleta. El hombre detrás de Rodgers lo aferró del cuello de la remera y lo arrastró también al costado del camino. Los tiraron detrás de un monte alto y angosto.

El hombre empujó el caño de la pistola contra la nuca de Rodgers y le dijo algo en árabe. No era turco.

—No comprendo —dijo Rodgers. No había temor en su voz. Por su manera de actuar, los hombres parecían terroristas guerrilleros, una casta que despreciaba la cobardía y se negaba a negociar con cobardes.

—¿Norteamericano? —preguntó el hombre a sus espaldas. Rodgers giró la cabeza para mirarlo.

—Sí —replicó.

El hombre llamó a alguien de nombre Hasan. Era el que estaba chequeando la motocicleta. Hasan tenía una cara angosta, pómulos muy altos, ojos hundidos y cabello negro rizado largo hasta el hombro. Hasan recibió una orden en un idioma que a Rodgers le sonó a sirio. Para cumplirla, Hasan obligó a Rodgers a ponerse de pie. Con la pistola todavía contra la nuca del general, el terrorista empezó el palpado de armas. Encontró la billetera de Rodgers en el

bolsillo delantero del pantalón. Sacó el pasaporte del general de uno de los bolsillos de la remera y el teléfono celular del otro.

Los documentos de Rodgers lo identificaban como Carlton Knight, miembro del Departamento de Recursos Ambientales del Museo de Historia Natural de Nueva York. Era difícil que estos hombres se tragaran eso. El uniforme de Seden claramente lo identificaba como coronel de las fuerzas de seguridad turcas. Rodgers debía encontrar una buena razón para estar allí en compañía de un oficial de las FST.

Seguridad personal, decidió Rodgers. Después de todo, ¿acaso esos hombres no acababan de atacarlo?

Además, Rodgers ni siquiera estaba seguro de que fuera bueno tener identidad norteamericana. Algunos grupos de Oriente Medio querían la simpatía de la opinión pública norteamericana y el asesinato no los favorecería al respecto. Otros deseaban el apoyo de los extremistas árabes y el asesinato de un norteamericano se los granjearía. Si éstos eran los mismos que habían volado la represa era imposible imaginar lo que harían.

Rodgers sólo estaba seguro de una cosa. La motocicleta era obviamente el primer vehículo que esos hombres habían visto… y debido a la inundación probablemente el único que verían. Seguramente querrían aprovecharse de la situación.

Hasan prendió un encendedor y leyó el pasaporte.

—Chuck Kuh-ni-git —dijo por fonética. Observó a Rodgers—. ¿Por qué está aquí?

—Vine a Turquía a chequear el estado del Eufrates —dijo Rodgers —. Cuando la represa se derrumbó me enviaron al área. Quieren mi opinión sobre el daño ecológico a corto y largo plazo.

—¿Usted venía con él? —preguntó Hasan.

—Sí —dijo Rodgers—. Los turcos estaban preocupados por mi seguridad.

Hasan tradujo para el hombre que estaba junto con él, un joven iracundo llamado Mahmoud. El otro hombre se ocupaba de las

heridas de Seden.

Mahmoud dijo algo y Hasan asintió. Miró a Rodgers.

—¿Dónde está su campamento? —preguntó Hasan.

—Al oeste —respondió Rodgers—. En Gaziatep.

El CRO estaba al sudeste y el general no quería que lo descubrieran. Hasan desconfió al instante.

—No tienen suficiente combustible en la motocicleta para ese trayecto —dijo—. ¿Dónde está el campamento?

—Ya le dije, en Gaziatep —insistió Rodgers—. Dejamos el repuesto de nafta en el camino, en una estación de servicio. Pensábamos recogerlo al regresar.

Como Hasan no era turco, Rodgers supuso que no sabría si efectivamente había una estación de servicio en esa dirección.

Hasan y Mahmoud hablaron en voz baja. Luego Hasan dijo:

—Deme el número telefónico de su campamento.

Señaló el teléfono celular a la luz del encendedor. Miró a Rodgers y esperó.

Aunque Rodgers mantenía exteriormente la calma, su corazón y su mente se dispararon. Tenía un objetivo primordial: proteger el CRO. Si se negaba a darles el número, seguramente sospecharían que él no era quien decía ser. Por otra parte, sabían quién era el coronel Seden y no lo habían matado. De modo que también lo retendrían como rehén, al menos hasta salir de Turquía.

—Lo siento —dijo Rodgers—. No tengo el número. Ese teléfono es para recibir llamadas.

Hasan avanzó hacia él. Acercó el encendedor al pecho de Rodgers, justo debajo del mentón. Lentamente comenzó a aumentar la altura de la llama.

—¿Está diciendo la verdad? —le preguntó.

Rodgers se obligó a relajarse. El calor comenzaba a calentarle la suave carne del cuello. Todos los que habían estado en Vietnam conocían los rudimentos necesarios para sobrevivir a la tortura. Palizas, quemaduras de encendedor, picanas eléctricas aplicadas en

zonas particularmente sensibles, permanencia prolongada de pie en el agua, y retorcimiento de los brazos mientras se era izado al extremo de un palo. Los norvietnamitas aplicaban esas torturas y por eso los operativos de fuerzas especiales destinadas allí aprendían cómo resistirlas. La clave era no tensarse. La tensión sólo servía para endurecer la carne, producir tirantez en las células de la piel y exacerbar el dolor. La tensión también obligaba a la mente a concentrarse en el dolor. Se aconsejaba a las víctimas tratar de contar para dividir el sufrimiento en segmentos controlables de dos o tres segundos cada uno. Debían tratar de llegar al próximo segmento en vez de pensar en el fin de la tortura.

Rodgers comenzó a contar mientras el calor se intensificaba.

—La verdad —lo urgió Hasan.

—¡Le dije… la verdad! —dijo Rodgers.

Mahmoud dijo algo a Hasan con aspereza. El joven apagó el encendedor y miró despectivamente al norteamericano. Hasan entregó el teléfono a Mahmoud y luego avanzó en dirección al coronel Seden.

El tercer terrorista estaba parado junto al oficial turco, apuntándole una pistola a la cabeza. Seden estaba sentado, con la espalda apoyada contra las piernas del terrorista. Le habían vendado la cabeza toscamente con una manga de su propia chaqueta y habían usado la otra para hacerle un torniquete en el brazo derecho. Seden estaba consciente a medias.

Hasan se arrodilló junto a él. Encendió un cigarrillo, dio un par de pitadas y acercó la llama a la barbilla de Seden. El turco se estremeció y quiso gritar. Hasan le tapó la boca rápidamente.

Hasan dijo algo en turco. Seden negó violentamente con la cabeza. Hasan colocó el cigarrillo encendido contra el lóbulo izquierdo de Seden. El turco volvió a gritar. Intentó liberarse de la mano de Hasan, que cumplía funciones de mordaza. El hombre parado junto a él utilizó su mano libre para reprimirlo. Hasan retiró el cigarrillo.

De pronto, Mahmoud llamó a Hasan. El joven corrió hacia él.

Hablaron rápidamente en voz muy baja.

Rodgers intentó darse vuelta para ver qué pasaba pero Mahmoud se lo impidió con el caño de la pistola. Vigorosamente alerta debido al dolor quemante del cuello, Rodgers prestó atención. Oyó el bip del teléfono celular. Hasan había tocado un botón. ¿Por qué?

Y apenas un instante después, con enfermante rapidez, supo la respuesta. Mahmoud había ordenado a Hasan —el lingüista del grupo— que leyera las palabras inglesas escritas en el teléfono. Encima de uno de los dígitos estaba la palabra «rediscado». El campamento era el último lugar al que Rodgers había llamado, Mahmoud estaba volviendo a llamar.

Hasan estaba parado sólo a medio metro de distancia. Rodgers oyó sonar el teléfono y alelado esperó ver quién respondía y qué le decían. De todos los deslices, el más estúpido era…

—¿Hola?

Era Mary Rose. Hasan pareció sorprenderse al oír una voz de mujer pero no dijo nada. Rodgers rogó en silencio que Mary, Rose cortara. Sentía la tentación de gritarle que huyera con el CRO pero no creía que tuvieran tiempo. No si esos tres lo mataban, mataban a Seden, y los perseguían.

—¿Hola? —repitió ella.

No digas nada más, pensó Rodgers. Por Dios, Mary Rose, no digas una sola palabra…

—General Rodgers, no puedo oírlo —dijo ella—. No sé si usted puede oírme, pero le aviso que voy a cortar.

Y así lo hizo. Hasan también cortó. Con mirada triunfal cerró el teléfono y volvió a ponerlo en el bolsillo de Rodgers. Habló un minuto con los otros dos hombres. Luego miró a Rodgers. ¡General Rodgers! —dijo por fin. Veo que no es un medioambientalista. ¿Los militares norteamericanos colaboran con Seguridad Turca para encontrar… a quién? ¿A nosotros tal vez?

Hasan acercó la cara hasta pegarla a la de Rodgers.

—Entonces… nos han encontrado. Y la persona que contestó él teléfono no está en Gaziatep.

—Está allí —dijo Rodgers—. En el departamento de policía.

—Hay regiones montañosas que nos separan de Gaziatep —dijo Hasan desdeñosamente—. El teléfono no podría haberlas atravesado. Las únicas tierras bajas están al sudeste.

—Ese teléfono tiene conexión satelital —mintió Rodgers—. Las comunicaciones pasan por encima de las montañas.

El hombre parado detrás del coronel Seden dijo algo en árabe. Hasan asintió.

—Dice que usted es un mentiroso —susurró Hasan—. La conexión satelital requiere una fuente… un radar. No tenemos tiempo, para esto. Debemos llegar al valle del Bekaa.

Enfurecido, el árabe volvió junto al coronel Seden. El oficial estaba más despierto que antes y respiraba con dificultad. Hasan se arrodilló junto a él y prendió el encendedor. Rodgers pudo ver la expresión del turco a la luz de la llama. Gracias a Dios era desafiante.

Hasan le preguntó algo en turco a Seden. El coronel no respondió. Hasan le tapó la boca con un pañuelo, lo aferró del cabello para que no pudiera mover la cabeza, y puso la llama bajo la nariz de Seden. El coronel pateaba la tierra desesperadamente mientras el pañuelo ahogaba sus gritos. Esta vez Hasan no retiró la llama. Los gritos de Seden iban en aumento y luchaba violentamente para liberarse y escapar.

Hasan apagó el encendedor. Retiró el pañuelo de la boca de Seden y le habló al oído. El coronel jadeaba y le temblaban los brazos y las piernas. Por su estado, Rodgers podía asegurar que Hasan estaba a punto de doblegarlo. Era el momento de la tortura en que el dolor, y no la mente, controlaba el cuerpo. La voluntad había sido quebrada y la mente consciente sólo deseaba evitar dolores futuros.

Hasan volvió a poner el pañuelo en la boca de Seden y le acercó el encendedor a la ceja izquierda. Seden cerró el ojo pero Rodgers sabía que eso no serviría de nada.

La llama le quemó la ceja y subió por la frente. Seden estaba a punto de ceder. Rodgers no quería que viviera con culpa… si alguno de los dos sobrevivía.

—¡Basta! —gritó Rodgers—. Colaboraré con ustedes.

Hasan retiró la llama y soltó el cabello de Seden. El turco se dobló en dos.

—¿Qué quieren? —preguntó Rodgers. Había llegado el momento de cambiar de táctica. Dejaría de resistirse. Intentaría involucrarse con ellos y darles mala información.

—Antes queríamos tomarlos de rehenes, general —dijo Hasan—. Pero ahora queremos algo más.

Rodgers no necesitó preguntar qué.

—Los ayudaré a ocultarse o a salir del país —les aseguró—. Pero no los llevaré a mi campamento.

—Conocemos esta tierra. Podemos salir de aquí sin su ayuda —dijo Hasan orgullosamente—. Pero no tenemos necesidad. Ustedes deben tener vehículos en el campamento. Los llamará y les ordenará que vengan a buscarlo.

—No creo que sea posible —dijo Rodgers.

Hasan avanzó hacia el general.

—Si Mahmoud y yo vamos de noche al campamento en la motocicleta del coronel, vestidos con lo que queda de sus ropas, ¿le parece que nos detendrán?

—Mi gente los enfrentará, sí.

—Pero no antes de que estemos muy cerca con nuestras armas. Y vacilarán antes de abrir fuego —dijo Hasan—. Nosotros no vacilaremos. No podemos.

Rodgers extrapoló a toda velocidad. El privado Pupshaw no titubearía en dispararle a la motocicleta, pero la privada DeVonne probablemente sí. Y si Phil Katzen, Lowell Coffey o Mary Rase

Mohalley estaban de guardia esa noche, existía la posibilidad de que estuvieran desarmados. Rodgers no podría justificar la pérdida casi segura de una vida, especialmente si esos tres hombres se apoderaban del CRO.

—¿Qué garantía tengo de que no me matarán junto con el coronel después de hacer la llamada? —preguntó Rodgers.

—Ya podríamos haberlo matado —replicó Hasan—. Podríamos haber telefoneado a su campamento para avisar que lo habíamos encontrado desangrándose en estado de inconciencia. Y ellos hubieran venido a buscarlo. No, general. Cuantas menos muertes, mejor.

—Cuantos más rehenes mejor, querrá decir.

—Dios es piadoso y generoso —dijo Hasan—. Si usted coopera, nosotros seguiremos su ejemplo.

—La inundación que provocaron mató gente inocente y también creyentes —dijo Rodgers—. ¿Dónde quedó la piedad?

—Los creyentes han ido a los Altos Pabellones de Dios —replicó Hasan—: a los otros les complacía vivir en tierra ajena. Fueron víctimas de su propia codicia.

—De su codicia no —dijo Rodgers—. De la codicia de varias generaciones de muertos.

—No obstante —contestó Hasan—, si insisten en seguir viviendo allí, seguirán muriendo.

Mahmoud dijo algo a Hasan con impaciencia, y Hasan asintió.

—Mahmoud tiene razón —dijo Hasan—. Hemos hablado bastante. Es hora de telefonear al campamento —abrió el teléfono y se lo entregó a Rodgers—. Toque sólo el dígito de rediscado. Y no intente prevenirlos. Sólo obtendría un nuevo derramamiento de sangre.

Rodgers miró el teléfono. La idea de ceder a las amenazas lo ultrajaba violentamente. Su corazón le mandaba hacer pedazos el teléfono y acabar con esos tres. Se preguntó: ¿Qué pensará tu gente si te rindes por ellos? ¿Si no les das la oportunidad de pelear o

rendirse por las suyas? Pero no se trataba de permitirles elegir. Si se resistía los estaría sentenciando a muerte. Si se rendía momentáneamente podría negociar la liberación de parte del equipo o desactivar mecanismos clave del CRO. Al menos era algo.

Rodgers titubeó mientras tragaba la amarga bilis de la autocrítica.

—¡Rápido! —lo urgió Hasan.

Rodgers miró el teléfono. Inclinándose lentamente marcó el rediscado. Se acercó el teléfono a la oreja y Hasan se arrimó a escuchar.

Mientras esperaba, Rodgers supo que todo lo que acababa de decirse no tenía sentido. Nadie iba a ponerle un teléfono en la mano y ordenarle que guiara a sus compatriotas a una emboscada.

15

Lunes, 18:58, Sanliwfa, Turquía

Lowell Coffey II estaba cabeceando en el asiento del conductor del CRO cuando sonó el teléfono. Se despertó de un salto, tuvo problemas para encontrar el botón correcto, y por fin contestó la llamada.

—Centro móvil de investigaciones arqueológicas —dijo.

—Benedict, habla Carlton Kuhnigit.

Lowell no estaba despierto del todo, pero sí lo suficiente para reconocer la voz de Mike Rodgers y saber que su nombre no era Benedict. De hecho, el único Benedict que conocía era Benedict Arnold, el traidor que había planeado rendir West Point a los británicos durante la revolución norteamericana. Dado que Mike Rodgers tenía cero sentido del humor, debía haber una razón para que lo llamara Benedict. También debía haber una razón para que Rodgers pronunciara abiertamente mal su seudónimo Carlton Knight.

Todo eso pensó el abogado antes de responder con un convencional «Sí, señor Kuhnigit». Al mismo tiempo apretó el botón de grabación del teléfono. Luego abrió la ventana del remolque y chasqueó los dedos. Phil Katzen y Mary Rase estaban comiendo un pollo que habían comprado esa mañana en el mercado y cocinado en una fogata. Coffey les indicó que debían acercarse rápidamente pero en silencio. Ellos dejaron a un lado los platos de papel y se aproximaron al instante.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Coffey.

—No muy bien —dijo Rodgers—. Benny, el coronel y yo tuvimos un maldito accidente.

—¿Se encuentran bien?

—Más o menos —dijo Rodgers—. Pero quiero que le digas al capitán John Hawkins que levante el campamento y venga aquí lo antes posible.

Katzen y Mary Rase entraron al remolque.

—Informaré inmediatamente al capitán Hawkins —replicó Coffey, mirando a Mary Rase. Señaló la computadora e hizo el ademán de tipiar.

Mary Rase comprendió y se sentó frente al teclado. Tipeó el nombre.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Coffey. No necesitaba que Rodgers se lo dijera porque Mary Rase y el CRO lo averiguarían inmediatamente. Pero quería darle a Rodgers otra oportunidad de hablar, de pasar más información.

—¿Tiene a mano el mapa 3-P-para-perpet? —preguntó Rodgers.

—Aquí está —dijo Coffey—. Sólo tengo que desplegarlo.

Su mente trabajaba a toda velocidad. Obviamente, alguien que entendía inglés los escuchaba aunque evidentemente esa persona no sabía hablar inglés coloquial ni conocía la historia norteamericana. De otro modo hubiera sabido que «perpet» era una manera de abreviar «perpetradores». Y también hubiera sabido quién era Benedict Arnold.

¿Qué está queriendo decirnos?, se preguntó Coffey. ¿Benedict Arnold era el mismísimo coronel Seden? ¿O Mike intentaba informarles que lo estaban obligando a traicionar al CRO? En cualquier caso, había una traición en marcha y lo tenían prisionero.

—Listo el mapa —mintió Coffey.

—Bien —dijo Rodgers—. Estamos fuera del camino, aproximadamente a un cuarto de milla del comienzo del camino de tierra. Hay una colina al este de las primeras elevaciones. ¿La ubica?

—Claro —respondió Coffey.

—Los estaré esperando allí.

—¿Necesitan atención médica? —preguntó Coffey.

—Sólo un par de vendas. Y una medida de *whisky* para el coronel. Es mejor que se apresuren, ¿entendido?

Coffey sabía que Rodgers era abstemio. Se preguntó si habría algún herido.

—Entendido. Estaremos allí enseguida —Coffey titubeó—. ¿Está seguro de que estarán a salvo mientras llegamos?

—Creo que viviré, Benny —replicó Rodgers. Coffey cortó la comunicación y fue hacia Katzen.

—Bueno —dijo con gravedad—, sólo puedo decirles que Mike y el coronel han sido atrapados por tres personas que no hablan bien inglés. Aparentemente leyeron el documento a nombre de Carlton Knight y lo llaman Kuhnigit. Da la impresión de que Seden está herido y Mike fue obligado a llamarnos. Y dado que Mike no es propenso a las maldiciones, creo que habló de un «maldito accidente» por una razón muy específica.

—Por ejemplo, porque se ha topado con los tipos que volaron la Ataturk —dijo Katzen, quien estaba parado detrás de Mary Rase.

—O porque ellos se toparon con él —dijo Coffey.

—Aquí está —intervino Mary Rose—. Capitán John Hawkins. Según la base de datos, Hawkins fue un marinero inglés emboscado por los españoles en Veracruz en 1568.

Katzen sacudió la cabeza lentamente.

—Solamente Mike Rodgers recuerda esa clase de cosas. Coffey se había dejado caer en el asiento de Rodgers y estaba llamando al Centro de Operaciones por la línea segura incorporada a la computadora.

—Mary Rose —dijo—, Mike me dijo que está a un cuarto de milla arriba del camino de tierra. ¿Podemos tener una vista cercana de esa zona?

—Enseguida —dijo ella, y en menos de un segundo colocó en pantalla un mapa de la región—. Atravesaban el desierto en dirección a la planicie, lo que los ubica exactamente… aquí —delimitó con un círculo el área donde comenzaba el camino—. ¿Tienes más información?

—Sí —dijo Coffey—. Dijo que estaban en una colina al este de las primeras elevaciones…

—La veo —dijo ella y pidió un nuevo mapa de coordenadas—. Es en la coordenada E norte-sur, coordenada H este-oeste. Me comunicaré con la ONR para ver si pueden mandarnos imágenes satelitales.

—Informaré a los privados Pupshaw y DeVonne por si tenemos que mudarnos —dijo Katzen.

Coffey asintió mientras el logotipo del Centro Nacional de Manejo de Crisis aparecía en pantalla: ése era el nombre formal de la organización, aunque en el Centro de Operaciones nadie lo utilizaba… Tipió su código personal de acceso y apareció un menú que ofrecía todos los diferentes departamentos. Coffey seleccionó Oficina del. Director. La computadora le pidió que indicara el nombre completo de la persona que deseaba contactar. Ese procedimiento servía para rechazar llamadas de saboteadores capaces de haber llegado a este punto del programa.

HOOD, PAUL DAVID

Una voz computadorizada le pidió que esperara un momento.

Casi inmediatamente el rostro de Bugs Benet llenó la pantalla.

—Buenas tardes, señor Coffey —dijo Benet.

—Buge, aquí tenemos una situación complicada —dijo Coffey—. Necesito hablar con Paul.

—Se lo diré —dijo Benet.

Hood apareció en segundos en la línea digital segura.

—Lowell, ¿qué sucede? —preguntó.

—Paul, acabamos de recibir noticias de Mike —dijo Coffey—. Parece que encontró a los terroristas que estaba buscando. Y parece que los terroristas lo tomaron prisionero junto con el coronel de las FST.

—Un momento —dijo Hood. Se le ensombreció la expresión y su voz decayó notablemente—. Quiero ver qué opina Bob Herbert.

Pocos segundos después la pantalla se dividió por la mitad: Hood estaba del lado izquierdo, Herbert del derecho. El fino cabello del jefe de inteligencia estaba muy despeinado. Parecía todavía más preocupado que Hood.

—Hable conmigo, Lowell —dijo Herbert—. ¿Tiene idea de lo que pretenden esos bastardos?

—Para nada —dijo Coffey—. Se supone que debemos ir allí afuera a buscar a Mike y al oficial de las FST que salió con él.

—¿Afuera dónde? —preguntó Herbert.

—A las planicies —dijo Coffey.

—¿Ahora? —preguntó Herbert.

—Inmediatamente —replicó Coffey—. Mike fue muy explícito al respecto.

—Eso quiere decir que los bastardos necesitan medios para salir del área ya mismo —dijo Herbert—, posiblemente fuera del país. Tal vez el helicóptero se recalentó y no puede seguir volando.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Hood.

—A unos noventa minutos de aquí, por tierra —dijo Coffey—. Mary Rose se ha comunicado con la ONR para obtener imágenes precisas.

—¿Mike puso un límite de tiempo para que llegaran allí? —preguntó Herbert.

—No —dijo Coffey.

—¿Pidieron algo más? —preguntó Hood—. ¿Tienes que llevar el CRO?

—No —dijo Coffey.

—¿Hay algún indicio de que conozcan la existencia del CRO? —preguntó Herbert.

—Ninguno —aseguró Coffey.

—Ya es algo —dijo Hood.

—Perdón —dijo Mary Rose, dándose vuelta—. Stephen Viens dice que podrá darnos una foto infrarroja dentro de dos o tres minutos. Todavía tiene posicionado el 30-45-3 en los alrededores.

—Bendito sea —dijo Coffey—. Paul, Bob, ¿oyeron eso?

—Sí —dijo Hood.

—Lowell, ¿Mike no dijo nada más? —preguntó Herbert.

—No mucho —dijo Coffey—. No parecía estar herido ni presionado. Pasó toda la información con calma, haciendo referencias oblicuas a Benedict Arnold y a un viejo capitán inglés que sufrió una emboscada. Era evidente que estaba obligado a decir lo que decía y que debíamos tomar recaudos.

—Esos malditos quieren rehenes —dijo Herbert—. Si nosotros no disparamos, probablemente ellos tampoco.

—¿Estás sugiriendo que no los ataquemos? —preguntó Hood.

—Simplemente estoy enunciando los hechos —dijo Herbert—. Si por mí fuera mataría a esos bastardos sin pensar. Afortunadamente no soy yo quien toma las decisiones aquí.

—¿Los privados DeVonne y Pupshaw están preparados para salir? —preguntó Hood.

—Estaban comiendo cuando entró la llamada —dijo Coffey—. Phil los está informando ahora. ¿Qué hacemos con el gobierno turco? Las FST llamarán al ver que su hombre no se reporta.

—Tú negociaste nuestro ingreso en el país —dijo Hood—. ¿Qué estamos obligados a decirles?

—Depende de lo que decidamos hacer —dijo Coffey—. Si abrimos fuego estaremos violando alrededor de veinte códigos

internacionales. Si matamos a alguien estaremos en graves problemas. Si ese alguien es turco, nuestros problemas serán aún mayores.

—¿Y qué pasaría si matamos a los terroristas que volaron la represa? —preguntó Hood.

—Si podemos probar que fueron ellos, y compartimos el crédito con las FST, probablemente seremos héroes —dijo Coffey.

—Haré que Martha se comunique con ellos —dijo Hood—. Puede informarlos y pedirles que estén atentos.

—Lowell —dijo Herbert—, Mike no les prometió un medio de transporte específico.

—Hasta donde yo sé, no.

—Eso significa que si van allí con el CRO —prosiguió Herbert—, podremos seguir aunque no tengamos imágenes satelitales. Puedo escuchar a través de la computadora.

—Negativo —dijo Katzen—. Opino que Mary Rase debe lobotomizar el *hardware*.

—Disiento —dijo Herbert—. Eso los dejaría…

—Está por entrar la foto —intervino Mary Rose—. La ONR debe estar enviándotela también, Paul.

En exactamente .8955 segundos todos los monitores fueron invadidos por la misma fotografía de tonalidades verdosas, fotografía que mostraba el sitio descrito por Rodgers. El Centro de Operaciones y el CRO seguían comunicados por vía oral.

—Allí están ellos —dijo Herbert.

Rodgers estaba sentado contra la motocicleta. Parecía tener las manos atadas al manubrio. También tenía atados los pies. El oficial de las FST estaba de cara al suelo, con las manos atadas a la espalda. Había un tercer hombre sentado al costado de la colina, fumando. Tenía una ametralladora entre las piernas.

—Todavía están vivos —dijo Hood—. Gracias a Dios.

Katzen entró acompañado por los dos privados. Se pararon entre los dos monitores y observaron la fotografía.

Coffey se inclinó sobre la pantalla.

—Sólo veo tres personas —dijo.

—Tal vez Mike quiso decir que entre todos sumaban tres —sugirió Hood.

—No —dijo Coffey—. Me dijo que eran tres perpetradores. Puedo retroceder la grabación si quieres, pero eso fue lo que dijo.

—Los otros dos podrían haberse adelantado —intervino Herbert —. Tendría sentido que fueran a ver quién viene, que se aseguraran de que Mike no llamó a la policía montada o algo por estilo.

—Aunque hayan ido a vigilar el camino —dijo Hood—, tenemos dos Strikers cuya existencia desconocen por completo. Si los captores creen que Mike es un cazador solitario no esperarán que una escolta armada vaya a buscarlo. Y aún menos una que sepa lo que ellos pretenden.

—Volvemos al tema del traslado del CRO —dijo Herbert—. Sigo pensando que toda la tecnología debe seguir en funcionamiento. ¿Tú que piensas, Paul?

Hood lo pensó un momento.

—Phil, tú estás en contra.

—Si algo nos sucediera les estaríamos entregando la llave de la fábrica de dulces —dijo Katzen.

—¿Lowell? —preguntó Hood.

—Podríamos tener problemas legales —dijo Coffey—. Nuestro campo geográfico de acción fue cuidadosamente delimitado por los turcos y el Congreso.

—¡Dios! —aulló Herbert—. ¡Van a tomar a Mike de rehén y usted se preocupa de limitaciones legales!

—Hay algo más —dijo Katzen—. Los Striker. Si alguien vigila el remolque puede descubrirlos. Si desmantelamos parte del equipo podemos ocultarlos en el compartimiento de la batería y darles armas y anteojos de visión nocturna.

—El compartimiento de la batería —dijo Herbert—. Privados, ¿qué piensan de eso?

—Me gusta, señor —dijo Pupshaw—. Nadie podría vernos.

Hood preguntó si todos habían terminado de analizar la fotografía y obtuvo una respuesta afirmativa. Restauraron la comunicación cara a cara.

—De acuerdo —dijo Hood—. Iremos con el CRO lobotomizado.

—¿Quién dirige el operativo?

—No podemos considerarlo un rescate militar —sugirió Coffey—. Para eso necesitaríamos la aprobación del Congreso, que obviamente jamás llegaría a tiempo. Por lo tanto debe tratarse de un operativo civil, al menos en lo que hace a los libros.

—Comprendido —dijo Hood—. ¿Quién lo dirige?

Nadie respondió. Coffey miró las tres caras de la pantalla.

—Adivino que yo soy el elegido —dijo sin entusiasmo—. Soy el más viejo.

—Le gana a Phil por dos días —dijo Herbert—. Mierda, Lowell, usted jamás ha disparado un arma. Por lo menos Phil sí.

—Sí, para asustar a los cazadores de focas —dijo Coffey—. Jamás le disparó a nadie. Ambos conservamos la virginidad al respecto.

—Yo no —dijo Mary Rase—. Cuando estaba en Columbia tiraba una vez por semana en un club de tiro de la calle Murray, en Manhattan. Y una vez apunté un arma contra un intruso que irrumpió en mi dormitorio. No me importa quién va ni quién manda, pero yo iré con ellos.

—Gracias, Mary Rose —dijo Hood—. Phil, ¿tú condujiste algunas escaramuzas seudomilitares de Greenpeace, no?

—Muy seudo —sonrió Katzen—. Disparos con blancos predeterminados. Hice tres en Washington, dos en Florida y dos en Canadá.

—¿Te sientes capaz de dirigir éste?

—Si hay que hacerlo, lo haré.

—No es eso lo que esperaba oír de ti —lo increpó Hood—. ¿Puedes tomar el mando de este operativo?

Katzen enrojeció.

—Sí —dijo. Miró los rostros decididos de Mary Rose y los dos Striker—. Demonios, sí, claro que me siento capaz.

—Bien —dijo Hood—. Lowell, preferiría que quedaras atrás. Pase lo que pase, alguien debe permanecer *in situ* para suavizar las cosas con el gobierno turco. Eres el mejor para ese trabajo.

—No intentaré hacerte cambiar de idea —dijo Lowell. Miró a sus compañeros y bajó la vista inmediatamente. Aunque se había ofrecido para ir y le habían ordenado quedarse, se sentía un cobarde —. Pero por el bien de la misión, veamos cómo están las cosas cuando llegue el momento.

—Correcto —dijo Hood—. Quedará a tu criterio.

—Muchísimas gracias —musitó Coffey.

—Te das cuenta, Paul —intervino Herbert—, de que al ordenar un operativo encubierto, aunque sea civil, tendremos encima durante mucho tiempo a los turcos y al Congreso. Y eso si todo sale bien. Si las cosas salen mal, mandarán fabricar plaquetas de despedida para el gobierno.

—Comprendo —dijo Hood—. Pero mi única preocupación es liberar a Mike.

—Y hay algo más —prosiguió Herbert—. Nuestras fuentes en Ankara nos dicen que el Consejo Presidencial y el gabinete turcos acaban de reunirse para movilizar a los militares. Quieren evitar ataques futuros. El CRO no pasará inadvertido a las patrullas.

—En cuanto saquemos las baterías sólo nos quedarán los ojos y los oídos —dijo Katzen—. Pero los mantendremos muy abiertos.

—Veré si Viens también puede enfocar un ojo satelital sobre el asunto —dijo Herbert.

—Gracias a todos —dijo Hood—. Ahora, si me disculpan, voy a telefonear a la senadora Fox para que no se entere por algún corresponsal del Washington Post en Ankara.

Hood cortó la comunicación. Después de decir que iba a recabar información en las otras agencias sobre el ataque a la represa, Herbert también cortó.

Cuando el equipo del CRO se quedó solo, Katzen se frotó las manos.

—Está bien, entonces —dijo—. Mary Rose, ¿podrías imprimir el mapa? Tú vas a conducir. Sondra, Walter… los tres vamos a tener una sesión de estrategia con datos de la ONR —se dio vuelta para ofrecerle la mano a Coffey—. En cuanto a ti, deséanos suerte y ve a terminar mi pollo por mí.

Coffey miró a los cuatro y sonrió.

—Buena suerte —les dijo—. Realmente van a necesitarla.

—¿Y eso a qué se debe? —dijo Katzen.

—A que puedo tratar con los turcos por teléfono —tomó una gran bocanada de aire—. Voy con ustedes.

16

Lunes, 12:01, Washington D.C.

Paul Hood estaba preocupado por la situación de Mike Rodgers cuando recibió una llamada de la subjefa de Personal Stephanie Klaw de la Casa Blanca. Le ordenaban reportarse al Salón de Situaciones a las trece en punto para discutir la crisis del Éufrates. Salió enseguida y ordenó a su asistente Bugs Benet que le notificara inmediatamente cualquier noticia de Turquía. En ausencia de Hood y Rodgers, Martha Mackall quedaba a cargo del Centro de Operaciones, cosa que a Bob Herbert no le gustaría. Ella era la clase de político de carrera de los que Herbert desconfiaba y renegaba. Pero tendría que adaptarse. Martha sabía muy bien cómo manejarse en los pasillos del poder, tanto en casa como en el extranjero.

A esa hora del día le llevaría por lo menos una hora llegar desde los cuarteles generales del Centro de Operaciones hasta la Casa Blanca. El Centro de Operaciones usualmente tenía un helicóptero disponible para traslados rápidos de quince minutos a la capital. Sin embargo, habían tenido problemas con las hélices de otros Sikorsky CH53E Super Stallions y toda la flota gubernamental estaba en observación. A Hood no le molestaba en absoluto porque siempre había preferido conducir.

Hood enfiló rumbo a Pennsylvania Avenue, localizada a poca distancia al nordeste de la base. Aunque la mayoría de los funcionarios del gobierno tenían automóviles privados con chofer

para ir a la ciudad y sus alrededores, Hood había esquivado ese privilegio. Tampoco lo había aceptado cuando era alcalde de Los Angeles. La sola idea de tener un chofer le resultaba ostentosa. La seguridad no lo preocupaba. Nadie quería matado. O, si querían hacerlo, prefería que lo intentaran abiertamente y no que atacaran a su esposa, sus hijos o su madre. Además, al ser su propio chofer podía manejar las cosas por teléfono. También tenía la posibilidad de escuchar música y pensar. Y ahora estaba pensando en Mike Rodgers.

Hood y su segundo pertenecían a dos clases de hombres muy diferentes. Mike era un autócrata benevolente. Hood era un burócrata pensante. Mike era un militar de carrera. Hood jamás había disparado un arma. Mike era combativo por naturaleza. Hood era diplomático por temperamento. Mike citaba a lord Byron, Erich Fromm, y William Tecumseh Sherman. Hood ocasionalmente recordaba líricas de las citas de Hal David y Alfred E. Neuman en la revista Mad de su hijo. Mike era un introvertido intenso. Hood era un extravertido precavido. Solían estar en desacuerdo, muchas veces apasionadamente. Pero era precisamente por los desacuerdos, porque Mike Rodgers tenía el coraje de decir lo que pensaba, que Hood confiaba en él y lo respetaba. También le gustaba el hombre. Sinceramente le gustaba.

Hood maniobraba pacientemente a través del imposible tránsito del mediodía. Su chaqueta estaba doblada sobre el asiento y el teléfono celular estaba apoyado encima de ella. Quería que sonara.

Dios santo, cómo quería saber qué estaba pasando. Y al mismo tiempo lo horrorizaba enterarse.

Hood se mantenía en su carril a pesar del escaso movimiento del tránsito. Rumiaba el hecho de que la muerte fuera parte inevitable del trabajo de inteligencia. Eso era algo que Bob Herbert había intentado inculcarle en las primeras épocas del Centro de Operaciones. Los agentes secretos de operativos domésticos o extranjeros usualmente eran descubiertos, torturados y asesinados.

Y a veces ocurría a la inversa. Con frecuencia los agentes tenían que matar para evitar que los descubrieran.

Además estaba el Striker, el ala militar del Centro de Operaciones. Los equipos de elite perdían miembros en cada operación secreta. El Striker del Centro de Operaciones había perdido dos, sin ir más lejos. Bass Moore en Corea del Norte y el teniente Charlie Squires en Rusia. Algunas veces asesinaban militares en el país y otras veces les tendían emboscadas en el extranjero. La propia vida de Hood había corrido peligro recientemente cuando, junto con los agentes secretos franceses, había ayudado a destruir una organización neonazi en Europa.

Pero aunque la muerte era un riesgo implícito, la supervivencia era apenas tolerable. Varios Striker habían sufrido serias depresiones reactivas por la muerte del comandante Squires. Durante varias semanas no habían podido cumplir con sus deberes más ordinarios. Los sobrevivientes no sólo habían compartido las vidas y los sueños de sus compañeros, también sentían que les habían fallado en cierto modo a las víctimas. ¿La inteligencia había sido tan confiable como debía? ¿Los planes de refuerzos y estrategias de escape se habían pensado con la suficiente profundidad? ¿Se habían tornado precauciones razonables? Actuar equivalía muchas veces a pagar el precio Impiadoso e inflexible de la culpa.

Hood llegó a la Casa Blanca exactamente a las 12:55; aunque estacionar y pasar por seguridad le llevó varios minutos. Apenas fue admitido, la esbelta y entrecana Stephanie Klaw salió a su encuentro. Codo a codo atravesaron rápidamente el corredor.

—La reunión acaba de comenzar —dijo Stephanie con una voz tan suave como la alfombra verde que estaban pisando—. Imagino, señor Hood, que sigue recorriendo Washington por sus propios medios.

—Imagina bien.

—Realmente debería tomar un chofer —dijo ella—. Le aseguro que en la Contaduría General no pensarían que trata de sacar

ventaja de su posición.

—Sabe que no confío en los choferes, señora Klaw.

—Claro que lo sé —dijo ella—. Y una parte de mí lo encuentra encantador. Pero usted sabe, señor Hood, que los choferes conocen el estado del tránsito y saben cómo maniobrar adecuadamente para llegar a tiempo. También tienen esas sirenas verdaderamente escandalosas para ayudarse. Además, el uso del chofer contribuye a mantener bajas las estadísticas de desempleo. Y aquí nos gusta mucho que esas cifras tengan un aspecto saludable.

Hood la miró. El rostro agradable y algo arrugado de la mujer permanecía impasible. Adivinó que la señora Klaw no se burlaba de él sino de todos los que tomaban limusinas gubernamentales.

—¿Le gustaría ser mi chofer? —preguntó.

—No, gracias —replicó ella—. Cuando estoy detrás de un volante soy Tipo A. Abusaría de la famosa sirena.

Paul sonrió levemente.

—Señora Klaw, usted ha sido el único punto brillante de mi mañana de hoy. Gracias.

—De nada —dijo ella—. Su falta de pretensión siempre es el punto brillante de la mía.

Se detuvieron frente al ascensor. La señora Klaw llevaba una tarjeta colgada del cuello, con una cinta magnética en el reverso y una foto identificatoria en el anverso. La insertó en una ranura a la izquierda de la puerta. La puerta se abrió y Hood entró al ascensor. La señora Klaw dio un paso y apretó un botón rojo. El botón leyó su huella digital y se volvió verde. Mantuvo el botón apretado.

—Por favor no haga enojar al presidente —le dijo.

—Lo intentaré.

—Y haga todo lo posible porque los otros no peleen con el señor Burkow —agregó la mujer—. Está fastidiado con todo esto y ya sabe cómo afectan al presidente sus reacciones.

Se acercó más a Hood para decirle:

—Tiene que defender a su hombre.

—Apruebo plenamente la lealtad —dijo Hood desaprensivamente, mientras la mujer levantaba el pulgar en señal de triunfo y la puerta del ascensor se cerraba. No era fácil estar en paz con el ultra inquisitivo consejero de Seguridad Nacional.

El único ruido que se oía en el ascensor recubierto en madera era el suave ulular del ventilador de techo. Hood alzó el rostro para recibir el aire fresco. En un abrir y cerrar de ojos llegó al subsuelo de la Casa Blanca. Allí estaba el corazón tecnológico del edificio, allí se celebraban conferencias y se mantenía la seguridad del país. La puerta se abrió a una pequeña oficina. Un marine armado lo estaba esperando. Hood le presentó su documento de identidad. Después de examinarlo, el marine le dio las gracias y dio un paso al costado. Hood se dirigió al otro ocupante de la oficina, la secretaria ejecutiva del presidente, quien estaba sentada frente a un escritorio pequeño a la salida del Salón de Situaciones. La mujer avisó por correo electrónico al presidente que Hood había llegado e inmediatamente le permitieron entrar.

El iluminado Salón de Situaciones consistía en una larga mesa de caoba al centro, rodeada de mullidas sillas tapizadas en cuero. También había un nuevo teléfono de seguridad STU-5, una jarra de agua y un monitor de computadora en cada estación, con teclado deslizable debajo. En las paredes había videomapas detallados con la localización de tropas norteamericanas y extranjeras y con banderas para marcar sitios problemáticos. Las banderas rojas indicaban conflicto armado presente y las verdes lugares de peligro latente. Hood advirtió que ya había una bandera roja sobre la frontera turco-siria. En un extremo del salón había una mesa con dos secretarios. Uno tomaba notas en una Powerbook. El otro estaba sentado frente a una computadora y era responsable de conseguir los mapas y datos que fueran necesarios para la reunión.

La pesada puerta de seis paneles se cerró automáticamente.

Sobre la mesa muy lustrada giraban dos ventiladores de techo de aspas marrones. Al entrar, Hood saludó a todos con una leve

inclinación de cabeza, excepto a su amigo Av Lincoln, secretario de Estado, a quien dedicó una rápida sonrisa.

Lincoln le guiñó el ojo. Luego Hood se dirigió al presidente Michael Lawrence.

—Buenas tardes, señor —dijo Hood.

—Buenas tardes, Paul —respondió el alto ex gobernador de Minnesota—. Av estaba poniéndonos al tanto de los acontecimientos.

El presidente estaba evidentemente excitado. Durante sus tres años de mandato no había tenido grandes éxitos en política internacional. Aunque eso no lo llevaría a perder las próximas elecciones, Lawrence era un competidor nato que se sentía frustrado por no haber hallado la combinación exacta entre fuerza militar, músculo económico y carisma para dominar los asuntos internacionales.

—Antes de que continúe, Av —dijo el presidente levantando una mano—; Paul, ¿cuáles son las últimas noticias del general Rodgers?

—No hubo cambios en la situación —dijo Hood, avanzando hacia la única silla de cuero vacía en mitad de la mesa—. El Centro Regional de Operaciones se ha internado en Turquía, rumbo al lugar desde donde telefoneó el general Rodgers —miró su reloj—. Llegarán allí dentro de media hora.

—¿El CRO hará un intento de rescate? —preguntó Burkow.

Hood se sentó.

—Tenemos poder para evacuar a nuestro personal en caso de situaciones inestables —dijo cuidadosamente—. Sin embargo, no sabemos si en este caso será factible.

—Todo es factible si uno quiere pagar el precio —señaló Burkow —. Su gente está autorizada a matar para rescatar rehenes. Tenemos 3700 efectivos en la base aérea de Incirlik, muy cerca de allí.

—Hay dos Striker en el CRO —replicó Hood—. Pero como dije, no tengo idea de qué es factible en este momento.

—Quiero que se me notifique personalmente todo lo que ocurra —dijo el presidente—, esté donde esté.

—Por supuesto, señor —dijo Hood. Se preguntó a qué aludiría el último comentario del presidente.

—Av —prosiguió el presidente—, ¿podría terminar su informe?

—Sí, señor —dijo el secretario de Estado Av Lincoln.

La fornida ex estrella de béisbol miró su anotador. Había hecho una exitosa transición a la política y había sido uno de los primeros en respaldar la candidatura de Michael Lawrence. Era uno de los pocos miembros del entorno presidencial que contaban con la absoluta confianza de Hood.

—Paul —dijo Lincoln—, acabo de informar a los demás sobre la movilización turca. Mi oficina ha estado constantemente en contacto con el embajador Robert Macaluso en nuestra embajada en Ankara, y también con los consulados generales de Estambul y Esmirna y el consulado de Adana. Además hemos hablado con el embajador Kande de la Cancillería turca en Washington. Todos ellos han confirmado la siguiente información:

—A las 12:30 hora norteamericana, Turquía movilizó más de medio millón de hombres del ejército y la fuerza aérea y puso en estado de alerta a cien mil hombres de la marina, incluyendo infantería naval y fuerza aérea naval. Eso equivale casi a la totalidad de su poder militar.

—¿Incluyendo las reservas? —preguntó el presidente.

—No, señor —dijo el secretario de Defensa Colón—. Pueden conseguir otros veinte mil efectivos si es necesario, y luego alistar hombres entre diecinueve y cuarenta y nueve años de edad de sus fuerzas de trabajo para obtener cincuenta mil efectivos más.

—Nos han dicho que el ejército y la fuerza aérea se posicionarán en el Eufrates y a lo largo de la frontera con Siria —prosiguió Lincoln —. La marina se concentrará en el Egeo y el Mediterráneo. Ankara nos ha asegurado que las tropas navales del Mediterráneo no irán más al sur del extremo meridional del golfo de Alejandría.

Hood miró el mapa en el monitor de su computadora. El golfo terminaba unas veinticinco millas al norte de Siria.

—Las fuerzas turcas estarán presentes en el Egeo para asegurarse de que los griegos no se metan en esto —dijo Lincoln—. Todavía no hemos oído nada definitivo de Damasco, aunque el presidente, sus tres vicepresidentes y el consejo de ministros están reunidos en este mismo momento. El embajador Moualem de la Cancillería en Washington asegura que Siria dará una respuesta apropiada.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó el presidente.

—Algún tipo de movilización —dijo el general Ken Vanzandt, director de la Unión de Jefes de Personal—. Siria tiene su mayor concentración de soldados en bases sobre el Orontes al oeste, sobre el Éufrates en Siria central y al este cerca de las fronteras con Turquía e Irak. El presidente sirio probablemente enviará la mitad de esas tropas al norte, tal vez cien mil efectivos.

—¿Hasta dónde llegarán en el norte? —preguntó el presidente.

—Ocuparán todo el norte —dijo Vanzandt—. Se detendrán a un paso de Turquía. Desde que perdieron las alturas del Golán frente a Israel en 1967, los sirios defienden agresivamente su territorio.

—Es interesante que Turquía haya movilizado seiscientos mil hombres —dijo el secretario de Defensa Ernie Colón—. Es casi tres veces el total de efectivos del Ejército Árabe Sirio, la Marina Árabe Siria, la Fuerza Aérea Árabe Siria y la Fuerza de Defensa Árabe Siria combinados. Es obvio que Turquía está diciendo: «Los enfrentaremos uno a uno. Si otras naciones se les unen, también tendremos algo para ellas».

—Eso suena bien en la superficie —dijo el general Vanzandt—. Pero los turcos enfrentan un gran problema. Deben luchar contra esta clase de terrorismo, es obvio. Pero aunque los militares sirios no fueran un factor, un ataque turco contra los curdos sería peligroso. El ataque a la represa tiende a unificar elementos curdos dispersos. Un contraataque turco inspiraría una unidad mayor. Hay de catorce a

quince millones de curdos entre los cincuenta y nueve millones de población turca. Por empezar, ellos no lo verían bien.

—Eso es un supuesto —dijo Lincoln—. En realidad les disparan, los gasean para hacerlos salir de sus casas y los ejecutan sin juicio previo.

—Un momento, Av —intervino Steve Burkow—. Muchos de esos curdos son terroristas.

—Y muchos otros no —replicó Lincoln. Burkow lo ignoró.

—Larry, ¿puedes refrescarnos el tema del mes pasado sobre la Marina Árabe Siria?

Larry Rachlin, director de la CIA, cruzó las manos sobre la mesa.

—Los sirios hicieron un trabajo A-uno para evitar que esto cayera en manos de la prensa —dijo—, pero un espía turco asesinó a un general y sus dos asistentes. Cuando el espía fue capturado, otro espía turco tomó de rehenes a la esposa y dos hijas del general y exigió que lo liberaran. En cambio, le enviaron la cabeza de su colega. Literalmente. Hubo un intento de rescate. Cuando se hubo llevado a cabo, la esposa del general, sus hijas y el otro curdo estaban muertos junto con dos sirios encargados del rescate.

—Si son los turcos los que cometen actos terroristas contra los curdos —dijo el presidente—, ¿por qué atacó a los sirios ese espía?

—Porque —dijo Rachlin— el presidente sirio ha llegado a la admirable conclusión de que sus fuerzas armadas están llenas de infiltrados curdos. Y algunos tienen rangos muy altos. Está decidido a aniquilarlos.

Lincoln se recostó con disgusto en su silla.

—Steve, Larry, ¿qué sentido tiene todo esto?

—El caso es que no podemos desatar una matanza por culpa de los curdos —dijo Burkow—. Están aumentando su militancia, son indómitos y tienen cualquier cantidad de infiltrados entre los militares turcos. Si nos mezclamos en esto, los infiltrados turcos se volcarán sobre las disponibilidades de la OTAN.

—En realidad, las cosas todavía podrían ser peores —dijo Vanzandt—. Los curdos tienen muchos simpatizantes en los partidos fundamentalistas islámicos de Turquía. Individualmente o en conjunto, los curdos y sus simpatizantes podrían sacar ventaja de la confusión de la guerra para derrocar a los líderes laicos de los dos gobiernos.

—Sólo caos deviene del caos —acotó Lincoln.

—Exactamente —dijo Vanzandt—. Se termina con una democracia defectuosa para darle la bienvenida a la opresión religiosa.

—Se termina con los EE. UU. —acotó el secretario de Defensa Colón.

—Terminar no es la palabra adecuada —agregó Rachlin—. Steve tiene razón. Van a darnos caza no sólo en Turquía sino también en Grecia. ¿Recuerdan a todos esos defensores afganos de la libertad que armamos y entrenamos para que pelearan contra los soviéticos? Muchos ya se han unido a los fundamentalistas islámicos. Muchos están dirigidos por el sirio Sheik Safar al-Awdah, uno de los fanáticos religiosos más radicales de la región.

—Dios, cómo me gustaría que alguien borrara de un plumazo a ese hijo de puta —dijo Steve Burkow—. Sus discursos radiales han enviado montones de gente en ómnibus a Israel con bombas atadas a las piernas.

—Sus seguidores en Turquía y Arabia Saudita son particularmente fuertes —prosiguió Rachlin—, y en Turquía se han fortalecido aún más desde que el líder del partido islámico —Necmettin Erbakan— se convirtió en primer ministro de la nación en el verano de 1996. Irónicamente no todas las facciones radicales tienen que ver con la religión. Algunas tienen que ver con la economía. En los años ochenta, cuando Turquía pasó de ser un mercado relativamente cerrado a ser un mercado global, fue muy poca la gente que se enriqueció. El resto quedó pobre o incluso

empobreció. Esa gente adhiere con facilidad a cualquier nueva propuesta.

—Los fundamentalistas y los desclasados de las grandes urbes son aliados naturales —dijo Av Lincoln—. Ambos son minoría y ambos quieren tener lo que tienen los líderes ricos y laicos.

—Larry —dijo el presidente—, mencionaste a Arabia Saudita. ¿Qué pasaría con el resto de la región si las cosas empeoran entre Turquía y Siria?

—Israel es la gran incógnita —dijo Rachlin—. Han tomado muy en serio su acuerdo de cooperación militar con Turquía. Hace dos años que Israel envía misiones de entrenamiento a la Base Aérea Akinci, al oeste de Ankara. También están reemplazando lentamente los viejos 164 Phantom F-4 de Turquía por los sofisticados Phantom 2000.

—Figúrense —señaló Colón— que Israel no lo hace por amor a los turcos. Les pagaron seis millones de dólares para hacerlo.

—Está bien —coincidió Rachlin—. Pero en el caso de una guerra, Israel seguiría abasteciendo a los turcos con repuestos, posiblemente municiones, e inteligencia con seguridad. Es la misma clase de arreglo que Israel firmó con Jordania en 1994. Probablemente no habrá intervención militar directa, siempre y cuando Israel no sea atacada. No obstante, si Israel permite que Turquía sobrevuele su territorio para atacar a Siria desde dos flancos, es indudable que Damasco atacará a Israel.

—Es menester recordar —dijo Vanzandt— que esa idea de arrinconar al enemigo funciona en ambas direcciones. Siria y Grecia han considerado la posibilidad de forjar un vínculo militar para que ambos países puedan atacar a Turquía desde ambos flancos si fuera necesario.

—Han considerado la posibilidad de celebrar un matrimonio en el infierno —dijo Lincoln—. Grecia y Siria no tienen absolutamente nada en común, excepto el odio a Turquía.

—Y eso habla a las claras de lo mucho que odian a Turquía, —intervino Burkow.

—Exacto —dijo el presidente—. ¿Qué pasa con las otras naciones de la región?

—Irán seguramente intensificará los esfuerzos para promover sus partidos títeres en Ankara —acotó Colón—, estimulará las huelgas generales y las marchas, pero no intervendrá militarmente. No tiene necesidad de involucrarse.

—A menos que Armenia se vea implicada —dijo Lincoln.

—Correcto —dijo Colón—, a ese punto quiero llegar. Irak seguramente utilizará la excusa de los movimientos de tropas para atacar a los curdos que estén operando en su frontera con Siria. Y si Irak se haya movilizado existirá la posibilidad siempre latente de que hagan algo para provocar a Kuwait o Arabia Saudita e incluso a su propio enemigo: Irán. Pero, como dijo Av, la gran incógnita es Armenia.

El secretario de Estado asintió.

—Armenia. Es ortodoxa Armenia casi en su totalidad. Si el gobierno armenio llega a temer que Turquía se vuelque al islamismo, no tendrá otra opción que involucrarse en cualquier conflicto que la ayude a proteger sus fronteras. Si eso sucede, Azerbaiyán —una plaza mayormente musulmana— seguramente lo utilizará como excusa para reclamar la región Nagorno-Karabaj, perdida frente a Armenia en las escaramuzas de 1994.

—Y Turquía ha declarado públicamente que esa región pertenece a Azerbaiyán —dijo Colón—. Y eso crea tensiones en Turquía para los que apoyan a sus hermanos de religión en Armenia. Para terminar, podríamos tener una guerra civil en Turquía y problemas varios en dos países vecinos.

—Ésta podría ser una buena oportunidad para impulsar la expansión de la OTAN —señaló Lincoln—. Incluir a Polonia, Hungría y la República Checa para mantener la estabilidad. Usarlos como espolón.

—No podremos hacer que todo eso suceda justo a tiempo —dijo Burkow.

Lincoln sonrió.

—Entonces es mejor empezar ya.

El presidente sacudió la cabeza.

—Av, no quiero que el tema de la OTAN nos distraiga. Esos países se unirán a nosotros y nosotros los respaldaremos. Ahora me preocupa detener esta situación antes de que avance demasiado.

—Está bien —dijo Lincoln, levantando apenas las manos—. Se trataba de una precaución.

Hood miró el nuevo mapa que el secretario del Salón de Situaciones acababa de poner en pantalla. Aparecía Armenia con Turquía al oeste y Azerbaiyán al este. La región en disputa estaba entre Armenia y Azerbaiyán.

—Obviamente —dijo Lincoln—, el mayor peligro no es que Azerbaiyán y Armenia vayan a la guerra. Los dos juntos apenas alcanzan la mitad de Texas y con la población mixta de Los Ángeles. El verdadero peligro es que Irán, —localizado directamente abajo de ellos— y Rusia —situada directamente arriba— comiencen a mover tropas para proteger sus propias fronteras. A Irán le encantaría meter mano en la región. Es rica en petróleo, gas natural, cobre, tierras de cultivo y otros recursos, y a los rusos de la línea dura les encantaría recuperarla.

—También hay cristianos en Armenia —dijo Vanzandt—, y a Irán le gustaría borrarlos del mapa. Si Armenia no estuviera allí para equilibrar la mayoría musulmana de Azerbaiyán, de hecho toda la región sería parte del Irán islámico.

—Tal vez —dijo Lincoln—. Pero hay otros detalles. Por ejemplo, los quince millones de azeríes en las provincias septentrionales de Irán. Si deciden separarse, Irán luchará para retenerlos. Y los cinco millones de caucasianos étnicos en Turquía seguramente pelearán con sus parientes iraníes. Turquía e Irán quedarían en guerra. Y si los caucasianos luchan por su independencia, es muy probable que

el norte del Cáucaso sea desgarrado por otras facciones decididas a resolver conflictos añejos. Los osetas y los ingushes, los osetas y los georgianos, los abjasianos y los georgianos, los chechenos y los cosacos, los chechenos y los laquis, los azeríes y los lezgines.

—Lo más frustrante —dijo Colón— es que tanto el equipo de Bob Herbert en el Centro de Operaciones como el equipo de Grady Reynols en la CIA coinciden con mi gente. Damasco probablemente no tuvo nada que ver con la voladura de la represa. Tendrían que estar locos para cortar más de la mitad de su propio abastecimiento de agua.

—Tal vez deseen granjearse la simpatía internacional —intervino Burkow—. Los videos y fotografías de bebés sedientos y ancianos agonizantes mejorarían instantáneamente la imagen actual de Siria en el mundo. Les granjearían la simpatía y la ayuda financiera de los EE. UU., que se dedicarían a ellos en vez de a Turquía e Israel.

—Pero hay algo más —replicó Burkow—: el muy numeroso y bien pertrechado ejército turco marcharía raudo a aplastarlos. Este incidente de la represa es un acto de guerra. En una guerra semejante, el ejército norteamericano y nuestras instituciones financieras estarían obligados por el tratado de la OTAN a apoyar a Turquía. Israel también apoyaría a los turcos, especialmente si eso les diera la oportunidad de atacar Siria.

—Sólo en el caso de que Siria se meta en la guerra —dijo Burkow —. Turquía podría concentrar todas sus fuerzas en la frontera con Siria. Y Siria podría hacer otro tanto. Pero si Siria elige no responder… no habrá guerra.

—Y el mundo árabe se considerará deshonrado —dijo Colón. No, Steve, eso es demasiado maquiavélico. Es mucho más sensato pensar que el ataque fue obra de sirios curdos.

—¿Por qué querrían los curdos causar una confrontación internacional? —preguntó el presidente—. La desesperación los ha llevado a atacar a las naciones que los acogen. ¿Pero serían capaces de hacer algo a gran escala?

—Durante un tiempo esperamos que los curdos de diferentes nacionalidades se unieran —dijo Larry Rachlin—. Podríamos estar frente a esa unificación. De otro modo corren el riesgo de que los atrapen por separado.

—El Curdistán en diáspora —dijo Lincoln.

—Exactamente —dijo Rachlin.

—La verdad es, Steve —dijo Lincoln—, que el general Vanzandt tiene sobrada razón al preocuparse por lo que puedan hacer los curdos. Tal como están las cosas son uno de los pueblos más perseguidos de la Tierra. Diseminados en Turquía, Siria e Irak., son activamente oprimidos por los gobiernos de esos tres países. Hasta 1991 ni siquiera podían hablar su propio idioma en Turquía. Gracias a la presión de otras naciones de la OTAN, Ankara les garantizó a regañadientes ese derecho… pero nada más. Más de veinte mil turcos han sido asesinados desde que los rebeldes empezaron a luchar por la soberanía en 1984, y los curdos todavía son desterrados por formar cualquier clase de agrupación. No sólo estoy hablando de partidos políticos sino de clubes corales y sociedades literarias. Si hubiera una guerra, inevitablemente los curdos tomarían parte en la batalla e inevitablemente también participarían en el proceso de paz. Es la única manera que tienen de lograr cierta autonomía.

El presidente se volvió hacia Vanzandt.

—Tenemos que apoyar a los turcos. Y también tenemos que evitar que la cosa se convierta en Grecia y Bulgaria.

—Entendido —dijo Vanzandt.

—Entonces debemos contener esta situación antes que intervengan los sirios y los turcos —dijo el presidente—. Av, ¿hay posibilidades de que los turcos entren a Siria para dar caza a los terroristas?

—Bueno, en Ankara están muy molestos —dijo Lincoln—, pero no creo que atraviesen la frontera. No por la fuerza, al menos.

—¿Por qué no? —preguntó Vanzandt—. Han ignorado la soberanía nacional en otras oportunidades. En 1966 organizaron ataques aéreos bastante sangrientos contra los separatistas curdos al norte de Irak.

—Siempre creímos que Turquía actuaba con aprobación iraquí en ese caso —dijo el director de la CIA, Larry Rachlin—. Ya que los EE. UU. no podían permitir que Saddam atacara a los curdos… dejaron que los turcos se encargaran de hacerla.

—De todos modos —dijo Lincoln—, existe otra razón para que los turcos sean renuentes a entrar en Siria. En 1987 Turquía descubrió que Abdullah Ocalan, el líder de la guerrilla curda, estaba viviendo en Damasco. Cómodamente sentado en su departamento, Ocalan ordenaba cruentos ataques contra las aldeas turcas. Ankara pidió a Damasco que permitiera el ingreso de un comando especial para atraparlo. Lo único que debía hacer Siria era mantenerse apartada. Pero Siria no quería empeorar las cosas con los sirios curdos y se negó. Los turcos estuvieron a punto de mandar un comando a Damasco.

—¿Y por qué no lo hicieron? —preguntó el presidente.

—Temieron que Siria hubiera deportado a Ocalan —dijo Lincoln —. Los turcos no querían sitiar el edificio y no encontrarlo allí. Hubiera sido políticamente vergonzante, para decirlo suavemente.

—Yo diría que esta maldita voladura es muchísimo más provocativa que los sucesos de 1987 —señaló Vanzandt.

—Lo es —dijo Lincoln—, pero el problema sigue siendo el mismo. ¿Qué pasa si fueron los turcos curdos y no los sirios curdos los que hicieron el trabajo? Turquía ataca a Siria creyendo que sus enemigos están allí y resulta que sus curdos locales fueron los responsables. Ascienden las acciones de Siria en el foro internacional y las de Turquía caen a plomo. Turquía jamás correrá semejante riesgo.

—Señor presidente, es conveniente recordar —intervino Colón— que esta explosión lastima a Damasco tanto como a Ankara. Considero que los curdos unificados son responsables del ataque.

Intentan desatar una guerra entre Siria y Turquía, obligando a Turquía a entrar en Siria en busca de los terroristas. Y los curdos seguirán haciendo presión hasta lograr su cometido.

—¿Por qué? —preguntó el presidente—. ¿Porque creen que obtendrán una patria gracias al proceso de pacificación?

Colón y Lincoln asintieron simultáneamente. Hood estaba mirando uno de los mapas.

—No comprendo —dijo—. ¿Qué ganaría Siria evitando que Turquía encuentre a los terroristas curdos? Damasco debe garantizar la seguridad de sus otras fuentes de agua, especialmente el río Orontes al oeste. Parece que atraviesa Turquía y desemboca en Siria y el Líbano.

—Así es —dijo Lincoln.

—Entonces, si Turquía quiere detener a los curdos —prosiguió Hood— y Siria necesita detener a los curdos, ¿por qué no unen sus fuerzas? Esto no es como el *affaire* Ocalan. Siria no correría ningún riesgo entregando a los curdos. Parece que ya están al borde de la guerra.

—Siria no puede unir fuerzas con Turquía —dijo Vanzandt— debido al pacto de cooperación militar entre los turcos e Israel. Siria sería más propensa a respaldar los objetivos políticos de los curdos para evitar que sigan volando represas que a unirse a los turcos para erradicar a los curdos.

—Siria preferiría respaldar a un enemigo antes que apoyar al amigo de otro enemigo —aclaró Colón—. Así es la política en Oriente Medio.

—Pero Siria tendría que ceder parte de su propio territorio para que los curdos tuvieran una patria —acotó el presidente.

—Claro, ¿pero lo haría? —preguntó Av Lincoln—. Supongamos que los curdos eventualmente logran lo que anhelan: una patria a horcajadas de Turquía, Siria e Irak. ¿Acaso se les ocurrió pensar que Siria se mantendría fuera de ese nuevo territorio? Imposible, no aceptan reglas de ninguna clase. Usarían el terrorismo para controlar

de facto todo lo que antes fuera su territorio, y también para absorber parte de los ex territorios turcos para la Gran Siria. Eso es exactamente lo que han hecho en el Líbano.

—General Vanzandt, caballeros —dijo el presidente—, debemos encontrar una manera de garantizar la seguridad de las fuentes de agua restantes y también de ayudar a los turcos en la búsqueda de los terroristas. ¿Sugerencias?

—Larry y Paul, después podemos hablar de operativos internos contra los terroristas —dijo el general Vanzandt—. Ofreceremos algunas sugerencias al señor presidente.

Hood y Rachlin asintieron.

—En cuanto al agua —prosiguió Vanzandt—, si trasladamos el portaaviones militar Eisenhower de Nápoles al Mediterráneo oriental podremos vigilar el río Orontes y al mismo tiempo mantener la seguridad de las rutas marítimas para las exportaciones turcas. Debemos asegurarnos de que los griegos no intervengan en esto.

—Eso los dejaría a todos contentos —dijo Steve Burkow—, a menos que los sirios súbitamente decidieran en su paranoia que todo esto es un plan de los EE. UU. para cortarles las reservas de agua. Y, si quieren saber mi opinión, no sería la peor idea del mundo. Damasco se apartaría casi inmediatamente del negocio del terrorismo.

—¿Y cuántos inocentes morirían? —preguntó Lincoln.

—No muchos más de los que matarían los terroristas respaldados por Siria en los próximos años y en el mundo entero —replicó Burkow. Tipeó su contraseña en la computadora y llamó un archivo —. Antes estábamos hablando de Sheik al-Awdah —dijo Burkow mirando la pantalla—. En su discurso de ayer en la radio de Palmira, Siria, dijo lo siguiente: «Pedimos a Dios Todopoderoso que destruya la economía y la sociedad norteamericanas, que transforme sus estados en naciones y que esas naciones combatan entre ellas. La lucha entre hermanos es el castigo de los perversos infieles». Bueno, en lo que a mí respecta, ésa es una declaración de guerra. ¿Tienen

idea de cuántos dementes van a escuchar esto e intentar que suceda?

—Eso no justificaría ataques ciegos y escarmentadores —señaló el presidente—. Nosotros no somos terroristas.

—Ya lo sé, señor —dijo Burkow—. Pero estoy harto de regirme por reglas que nadie más en el mundo parece reconocer. Invertimos decenas de billones de dólares en la economía china, y los chinos usan ese dinero para desarrollar y vender tecnología nuclear militar a grupos terroristas. ¿Por qué debemos permitirlo? Porque no queremos que los negocios norteamericanos sean expulsados de China…

—China no es el tema —dijo Lincoln.

—El tema es un maldito estándar doble crónico —le espetó Burkow—. Tratamos de encontrar una segunda alternativa cuando Irán envía armas a los terroristas musulmanes de todo el mundo. ¿Por qué? Porque algunos de esos terroristas tiran bombas en otros países. De manera perversa, eso nos provee de aliados en la lucha contra el terrorismo. No debemos soportar toda clase de críticas por defendernos si otras naciones también necesitan defenderse. Simplemente quiero decir que ahora tenemos la oportunidad de acorralar a Siria. Si les cortamos el agua, les arruinamos la economía. Si lo hacemos, el Hezbollah y los campamentos terroristas palestinos de Siria y hasta los terroristas curdos se las verán negras.

—Mata el cuerpo y matarás la enfermedad —replicó Lincoln—. Vamos, Steve.

—También evitas que la enfermedad se contagie a otros cuerpos —respondió Burkow—. Si quisiéramos dar el ejemplo con Siria, les garantizo que Irán, Irak y Libia guardarían las zarpas y agradecerían sus ventajas.

—O redoblarían los esfuerzos para destruirnos —dijo Lincoln.

—Si lo hicieran —respondió Burkow— convertiríamos a Teherán, Bagdad y Trípoli en cráteres tan grandes que podrían ser fotografiados desde el espacio.

Se hizo un silencio breve e incómodo. Hood tuvo imágenes mentales del Dr. Strangelove.

—¿Qué pasa si damos vuelta las cosas? —preguntó Lincoln—. ¿Qué pasaría si les tendemos una mano y nos guardamos el puño?

—¿Qué clase de mano? —preguntó el presidente.

—Lo que verdaderamente llamaría la atención de Siria no es una corriente de agua sino una corriente de dinero —dijo Lincoln—. Su economía está en la cuerda floja. Están produciendo apenas la misma cantidad de bienes que hace quince años, cuando tenían un veinte por ciento menos de población. Se han complicado en el fracasado intento de igualar el poder militar de Israel, los árabes les han retirado su ayuda, y el cambio no los favorece para comprar lo que necesitan para levantar la industria y la agricultura. Tienen casi seis billones de dólares de deuda externa.

—Me duele el corazón —dijo Burkow—. No obstante tienen dinero de sobra para solventar el terrorismo.

—En gran parte se debe a que ésa es su única manera de presionar a las naciones ricas —dijo Lincoln—. Supongamos que les damos la zanahoria antes de que respalden nuevos actos de terrorismo. Específicamente, supongamos que les garantizamos crédito norteamericano en el Banco de Importación y Exportación.

—¡No podemos hacer eso! —saltó Burkow—. En primer lugar, el Banco Mundial y el FMI deben aprobar cualquier rebaja en las deudas y…

—Los países acreedores también pueden dar préstamos a naciones terriblemente endeudadas —acotó Hood.

—Sólo si los que reciben el préstamo adoptan estrictas reformas mercantiles monitoreadas por el Banco Mundial y el FMI —le espetó Burkow.

—Hay maneras de lograrlo —replicó Hood—. Podemos permitirles vender depósitos en oro y…

—Y terminar comprándolos nosotros mismos y, por consiguiente, solventando a los terroristas que van a volarnos la cabeza —lo cortó

Burkow—. No, gracias —miró otra vez a Av Lincoln—. Mientras Siria siga encabezando la lista de los países terroristas tenemos prohibido por ley otorgarle ayuda financiera.

—¿Destruir ciudades capitales les parece legal? —preguntó Hood.

—En defensa propia, sí —replicó Burkow con disgusto.

—El informe anual del Departamento de Estado sobre terrorismo no involucra directamente a Siria en ningún atentado de esa índole desde 1986 —dijo Lincoln—, cuando el jefe de inteligencia de la Fuerza Aérea Hafez al-Asad organizó la voladura de un avión de línea de E1 A1 procedente de Londres.

—No la involucra directamente —rió Burkow—. Oh, es muy gracioso, señor secretario. Los sirios son tan culpables de terrorismo como John Wilkes Booth fue culpable de balear a Abraham Lincoln. Y no sólo de terrorismo sino de regentear plantas procesadoras de cocaína y morfina en el valle de Bekaa, de producir excelentes billetes falsos de 100 dólares y…

—El tema es el terrorismo, Steve —dijo Lincoln—. No la cocaína. No China. No la guerra nuclear. El tema es detener el terrorismo.

—¡El *tema* —gritó Burkow— es dar ayuda financiera a los enemigos de este país! Está bien que no quieran exterminarlos, pero de ahí a recompensarlos…

—Una garantía por un préstamo de veinte o treinta millones de dólares no es ninguna ayuda ni tampoco una recompensa —dijo Lincoln—. Es un mero incentivo para saciarles el hambre en busca de cooperación futura. Y si lo hacemos ahora, un gesto como ése podría ayudar a evitar la guerra.

—Ay, Steve —intervino el presidente—, lo único que me interesa ahora es contener y difuminar esta situación particular. —El presidente miró a Hood—. Paul, tal vez desee que usted se encargue de esto. ¿Quién es su consejero en Oriente Medio? Hood fue tomado por sorpresa.

—Localmente tengo a Warner Bicking…

—El chico de Georgetown —dijo Rachlin—. Estuvo en el equipo de box norteamericano para las Olimpíadas del verano del 92. Se involucró en el caso del avión de guerra iraquí que pretendía desertar.

Hood miró a Rachlin con furia soterrada.

—Warner es un colega eximio y muy confiable —le espetó.

—Es una bala perdida —le dijo Rachlin al presidente—. Criticó la política de asilo de George Bush por televisión, vestido con un pantalón rojo y usando guantes de boxeo. La prensa lo llamó «el diplomático peso pluma». Convirtió todo el *affaire* en un chiste.

—Quiero un peso pesado, Paul —dijo el presidente.

—Warner es un buen hombre —dijo Hood—. Pero también hemos usado al profesor Ahmed Nasr.

—Ya escuché ese nombre.

—Lo conoció en la cena para el *sheik* de Dubai, señor presidente —dijo Hood—. El Dr. Nasr se levantó después del postre para ayudar a su hijo con el informe sobre panturquismo.

—Ahora lo recuerdo —sonrió el presidente—. ¿De dónde viene?

—Trabajó para el Centro Nacional de Estudios de Oriente Medio en El Cairo —dijo Hood—. Ahora trabaja en el Instituto para la Paz.

—¿Cómo se desempeñaría en Siria?

—Sería muy bien recibido allí —dijo Hood, todavía confundido—. Es devoto musulmán y pacifista. También tiene reputación de honesto.

—Demonios —dijo Rachlin—, estoy a punto de ponerme del lado de Steve. Señor presidente, ¿realmente queremos que un *boy-scout* egipcio trate de hacer las paces con un estado terrorista?

—Sí, sobre todo cuando los demás no están preparados para hacerlo —dijo el presidente. Miró de reojo a Burkow pero no lo enfrentó. Hood sabía que no lo haría. Eran amigos desde hacía mucho tiempo y habían pasado juntos muchas crisis profesionales y personales. Además, Hood sabía que al presidente le gustaba que Burkow dijera lo que él mismo no podía decir desde su cargo de

comandante en Jefe—. Paul —prosiguió el presidente—, me gustaría que vaya a Damasco con el profesor Nasr.

Hood retrocedió apenas. Larry Rachlin y Steve Burkow se enderezaron en sus asientos. Lincoln sonrió.

—Señor presidente —protestó Hood—, yo no soy diplomático.

—Claro que lo eres —dijo Lincoln—. Will Rogers dijo que la diplomacia es el arte de decir «lindo perrito» hasta que puedas encontrar una piedra. Tú puedes hacer eso.

—También puede hablar con los sirios de bancos e inteligencia —acotó el presidente—. Ésa es exactamente la clase de diplomacia que necesito ahora.

—Hasta que encontremos la bendita piedra —murmuró Burkow.

—Francamente, Paul —prosiguió el presidente—, tampoco puedo enviar a un miembro del gabinete. Si lo hiciera, los turcos se sentirían molestos. En lo personal estoy tan harto de que nos presionen como Steve y Larry. Pero debemos intentar la vía pacífica. La señora Klaw se ocupará de enviarle los informes políticos necesarios para que lea durante el vuelo. ¿Dónde está el Dr. Nasr?

—En Londres, señor —dijo Hood—. Seguramente en algún simposio.

—Entonces puede recogerlo allí —dijo el presidente—. El Dr. Nasr lo ayudará a afinar y vender las propuestas. También puede utilizar a ese muchacho del GU si quiere. Esto también lo pondrá en condiciones de negociar la liberación del general Rodgers si fuera necesario. El embajador Haveles se ocupará de todo lo relativo a seguridad en Damasco.

Hood pensó que iba a perderse el solo de *píccolo* de su hija esa noche en la escuela. Pensó que su esposa temería verlo partir a ese sector del mundo precisamente en ese momento. Y también pensó en el desafío y la presión que implicaba ser parte de la historia y tratar de salvar vidas en vez de arriesgarlas.

—Esta misma tarde tomaré el avión, señor —dijo Hood.

—Gracias, Paul —el presidente miró su reloj—. Son las trece y treinta y dos. General Vanzandt, Steve, tendremos la reunión de jefes unidos y Consejo de Seguridad a las quince en el Salón Oval. ¿Quiere mover el portaaviones, general?

—Creo que sería lo más prudente, señor —dijo Vanzandt.

—Entonces hágalo —dijo el presidente—: También quiero opciones en el caso de aumento de las hostilidades. Debemos evitar que esto se desparrame.

—Sí, señor —dijo el general Vanzandt.

El presidente se levantó para señalar el fin de la reunión. Salió con Burkow y Vanzandt a cada lado, seguidos por Rachlin y Colón. El secretario de Defensa y Hood intercambiaron un saludo amistoso al salir.

Todavía sentado frente a la ahora solitaria mesa de conferencias, Hood intentaba ordenar sus pensamientos. Av Lincoln se le acercó.

—La primera vez que jugué en un equipo de béisbol importante —le dijo el secretario de Estado— no fue porque estuviera preparado para hacerlo. Fue porque los otros tres que podían ocupar el puesto estaban enfermos, lastimados o suspendidos. Tenía dieciocho años y estaba muerto de miedo pero gané el partido. Eres inteligente, eres dedicado, eres leal, y además tienes conciencia, Paul. Vas a ganar este partido para nosotros.

Hood se puso de pie y le tendió la mano.

—Gracias, Av. Espero no deslumbrarlos tanto como para dejarte afuera —dijo Hood.

Lincoln sonrió y juntos salieron del Salón de Situaciones.

—Considerando las apuestas, Paul, espero que lo hagas.

17

Lunes, 20:17; Oguzeli, Turquía

Lowell Coffey veía pasar el campo oscuro por la ventana semicerrada del asiento del acompañante del CRO. Mary Rose conducía tarareando una melodía de Gilbert O'Sullivan y marcando nerviosamente el ritmo contra el volante. Coffey reconoció la melodía, que le pareció muy apropiada para la ocasión: «Corazón débil jamás conquistó bella dama».

Coffey también estaba ansioso, aunque trataba de calmarse entrecerrando los ojos e imaginando que viajaba en auto con su padre y su hermano por el Valle de la Muerte. Los tres hombres Coffey solían hacer largos viajes juntos. Su madre los llamaba cariñosamente «los granos de café» porque siempre andaban juntos en una caja de metal. Hubiera dado cualquier cosa por volver a hacer uno de aquellos viajes. Pero el viejo Coffey había muerto en un pequeño accidente de avión en 1983, y el hermano de Lowell, graduado en Harvard, se había mudado a Londres para trabajar en la embajada norteamericana. Su madre lo había acompañado. Desde entonces Coffey tenía la amarga sensación de no pertenecer a nada ni a nadie. Había ido a trabajar al Centro de Operaciones no sólo para causar cierto impacto sobre la vida ajena, como le había dicho a Katzen, sino para formar parte de un grupo cohesivo. Pero tampoco tenía esa sensación de pertenencia en el CRO.

¿Qué se necesita para crearla?, se preguntó. Su padre le había hablado de la intensa camaradería entre los miembros de la tripulación de un bombardero durante la Segunda Guerra Mundial. Y él había conocido algo parecido en su fraternidad universitaria. ¿Qué era lo que la creaba? ¿El peligro? ¿El encierro? ¿Un objetivo común? ¿Los años de estar juntos? Probablemente un poco de todo eso, decidió. Pero a pesar de la situación que estaban atravesando —¿o tal vez debido a ella?— sentía cierta satisfacción ensoñada al cerrar apenas los párpados e imaginar que su padre estaba sentado allí, a su izquierda, y que las montañas que tanto conocía estaban allá afuera, las Panamint que lo habían dejado boquiabierto cuando era niño.

Phil Katzen estaba sentado frente a la terminal de Mary Rose en el CRO. Observaba el mapa en colores desplegado en el monitor de la computadora. En la pantalla de Mike Rodgers había una imagen de radar de las naves aéreas turcas que operaban en Anatolia central y meridional. Katzen giraba la cabeza para observarlo cada diez segundos. Aparentemente no había aviones en la región. De haberlos, hubiera debido identificarse inmediatamente y hacer lo que le ordenaran. El Manual de Operaciones y Protocolo era explícito acerca de las actividades del CRO en zona de guerra. Katzen releyó su copia.

SECCIÓN 17: OPERACIONES DEL CRO EN ZONA DE GUERRA

SUBSECCIÓN 1: GUERRA NO DECLARADA EN ZONA DE NO-COMBATE

A. Si el CRO estuviera realizando vigilancia u otras operaciones pasivas invitado por un país que fuera atacado por una fuerza externa, o invitado por un gobierno que fuera atacado por fuerzas insurrectas, y su participación en beneficio del país atacado fuera legal de acuerdo con las leyes y la política administrativa de los EE. UU. (ver *Sección 9*), el personal del CRO estará autorizado a operar lejos del o los campo(s) de batalla y a colaborar con los

militares locales para brindar todos los servicios requeridos, factibles u ordenados por el director del Centro de Operaciones o el presidente de los EE. UU. Ver *Sección 9C* para operaciones legales bajo Centro Nacional de Manejo de Crisis.

B. Todas y cada una de las actividades del CRO o del personal del CRO detalladas en la *Sección 17, Subsección 1A*, serán concluidas de inmediato si el CRO recibiera la orden de abandonar la zona de combate por medio de un oficial legalmente autorizado o un representante del gobierno reconocido.

C. Si el CRO fuera invitado por el país atacante y estuviera presente en un conflicto en el que los EE. UU. fueran neutrales, el personal del CRO deberá operar según las leyes norteamericanas (ver *Sección 9A*) y brindar sólo aquellos servicios que no involucren la participación de los EE. UU. en una agresión ilegal (ver *Sección 9B*) o proveer inteligencia destinada a proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos, siempre que dicha acción no entre en conflicto con las leyes norteamericanas (ver *Sección 9A*, *Subsección 3*) y las leyes del país anfitrión.

SUBSECCIÓN 2: GUERRA NO DECLARADA EN ZONA DE COMBATE

A. Si el CRO estuviera presente en una zona donde se declarara un conflicto armado, el CRO y su personal deberán retirarse de inmediato a lugar seguro.

1. Si no fuera posible evacuar el CRO habrá que desactivarlo de acuerdo a la *Sección 1*, *Subsección 2* (auto desactivación) o la *Sección 12*, *Subsección 3* (desactivación externa).

2. Para permanecer en la zona de combate será necesario el permiso del gobierno legal y reconocido con jurisdicción sobre dicha región. Las actividades en esa región se conformarán estrictamente según las leyes norteamericanas (ver *Sección 9A*, *Subsección 4*) y las leyes del país anfitrión.

a. Cuando esas leyes estén en conflicto, los civiles deberán adherir a la ley local. El personal militar seguirá el procedimiento militar y la ley norteamericana.

3. Si el CRO estuviera presente en la zona de combate, o ingresara a la zona de combate después de la declaración de hostilidades, y si el propósito declarado de esa presencia fuera estudiar los acontecimientos que llevaron a/o incluyeran el conflicto armado, sólo el personal militar tendrá permiso de participar activamente en dicha operación del CRO, que operará de acuerdo con los límites establecidos en el código NCMC Striker, *Secciones 3 a 5*.

a. Si hubiera personal no militar en el CRO, incluyendo miembros de la prensa aunque no exclusivamente, éste no deberá participar de las actividades del CRO.

B. Si el CRO ingresara a la zona de combate una vez desatado el conflicto armado, se aplicarán las reglas establecidas en la *Sección 17, Subsección 2A*. Además, el CRO deberá tener permiso expreso del gobierno legal y reconocido o de sus representantes con jurisdicción en la zona de combate para ingresar a dicha región.

1. A falta de ese permiso, el CRO podrá operar exclusivamente como una planta civil cuyo único objetivo sea la protección de las vidas y la seguridad de los ciudadanos norteamericanos.

a. Si dichos civiles estuvieran acompañados por personal militar de los EE. UU., o si dicho personal fuera el único grupo sobreviviente a bordo del CRO, los mencionados no tomarán parte de ninguna manera en el conflicto presente o futuro, ya sea en contra o a favor del país anfitrión o para lograr objetivos, metas o ideales del gobierno de los EE. UU.

1. Dicho personal militar podrá emplear armas sólo para defenderse. Se define el caso de defensa propia como la defensa por medio de armas del personal norteamericano, militar o civil, que intente abandonar la zona de combate sin intervenir para afectar el resultado de dicho combate.

2. Dicho personal militar podrá emplear armas en defensa de ciudadanos locales que intenten abandonar la región, siempre y cuando dichos ciudadanos no intenten afectar el resultado de las hostilidades.

Según Lowell Coffey entendía, la Sección 17, Subsección 2, B-1-a-1, les otorgaba, como civiles, el derecho de entrar al país y rescatar a Mike. Lo que todavía estaba en discusión era si el rescate del coronel Seden equivaldría a «tomar parte en el conflicto». Como Seden era un militar turco que había ingresado a la región con intenciones parciales, la Sección 17, Sub sección 2, B-1-a-2 no lo cubría. Sin embargo, Coffey sostuvo que si el coronel estaba herido su evacuación sería aceptable de acuerdo con el reglamento de la Cruz Roja Internacional. Según la Sección 8, Subsección 3, A-1-b-3, al CRO le estaba permitido actuar según el reglamento de la CRI para evacuar heridos a discreción de la persona a cargo.

Faltando unos quince minutos para llegar a la localización reportada de Mike Rodgers y el coronel Seden, los privados Pupshaw y DeVonne estaban acurrucados en los gabinetes de batería debajo del piso. La mayor parte de las baterías habían sido retiradas y colocadas a los costados para acomodar a los Striker. Debido a eso —y con excepción del radar, la radio y el teléfono— los comandos internos del CRO estaban muertos. Ahora utilizaba nafta en vez de baterías para funcionar.

Los Striker llevaban uniformes de noche de color negro. Cada uno tenía una poderosa M21 y una lente intensificadora de imágenes. Las lentes mellizas iban adosadas al frente del casco. Además de proveer capacidades de visión nocturna estaban conectadas electrónicamente a un sensor infrarrojo en el tope de las M21. Los sensores tenían el tamaño de una cámara de video pequeña y podían identificar blancos a 2200 metros de distancia, incluso detrás del follaje. La información así obtenida era enviada a la lente de la derecha. Como los Striker ocupaban un compartimiento minúsculo no llevaban puestas sus mochilas de computación. En una situación de campo normal las computadoras hubieran enviado un despliegue monocromo de mapas y otras

informaciones a la lente de la derecha. Los Striker también se habían visto forzados a abandonar sus cinturones de equipamiento, municiones extra y máscaras de gas. Todo había quedado guardado en un pequeño armario de almacenamiento de la parte trasera del CRO. Cuando emergieran, la privada DeVonne retiraría inmediatamente los equipos y Pupshaw haría tareas de reconocimiento a través de una ventana espejada en la parte trasera. Aunque Katzen dirigía la misión, había puesto a Pupshaw a cargo del intento de rescate, tal como estaba previsto en el manual del CRO.

—Estamos a cinco minutos del blanco —anunció Katzen.

Los Striker se aplastaron aún más dentro de sus compartimientos. Coffey se acercó y los ayudó a recolocar las tapas de los compartimientos. Después de asegurarse de que ambos Striker estuvieran bien, se aproximó a Katzen.

—Gracias a Dios que no son claustrofóbicos —le dijo.

—Si lo fueran —acotó Katzen— no serían Striker.

Coffey miró avanzar ominosamente el mapa hacia la colina-blanco en el monitor de la computadora. Por lo menos a él le pareció ominoso.

—Tengo una pregunta —dijo Coffey.

—Dispare, consejero.

—Me estaba preguntando, ¿cuál es la diferencia entre una marsopa y un delfín?

Katzen soltó una carcajada.

—En general tiene que ver con la forma del cuerpo y la cara —respondió—. Las marsopas tienen forma de torpedo, dientes como espadas y hocico romo. Los delfines son más pisciformes, tienen dientes como tarugos y un hocico que más parece un pico. Temperamentalmente son casi idénticos.

—Pero los delfines resultan más adorables porque no tienen aspecto de depredadores —observó Coffey.

—Así es —dijo Katzen.

—Tal vez los militares deban considerarlo cuando diseñen la próxima generación de submarinos y tanques —dijo Coffey—. Pueden inducir al enemigo a la complacencia con un submarino parecido a Flipper o un tanque parecido a Dumbo.

—Si yo fuera tú me atendría exclusivamente a las leyes —dijo Katzen. Miró al frente—. Atención, Mary Rose. De acuerdo con el mapa estamos a punto de llegar a la subida…

—Ya la veo —dijo ella.

Un violento escalofrío recorrió la espalda de Coffey. No se parecía en nada a lo que sentía cuando deponía ante un juez o un senador. Esto era miedo. El remolque atravesó una zanja bastante profunda antes de la subida. Coffey se aferró con ambas manos del respaldo del asiento vacío de Mike Rodgers.

—¡*Mierda*! —gritó Mary Rose clavando los frenos.

—¿Qué ocurre? —gritó Katzen.

Coffey y Katzen miraron por la ventanilla. Había una oveja muerta en la mitad del camino. Tenía el tamaño de un gran danés y estaba cubierta por una lana tosca de color blanco sucio. Para seguir viaje por el angosto camino y evitar caer en los zanjones de cada costado era menester pasarle por encima.

—Es una oveja salvaje —dijo Katzen—. Viven al norte, en las colinas.

—Probablemente la atropelló un auto —dijo Mary Rose.

—No creo —dijo Katzen—. Tratándose de un animal de ese tamaño habría marcas de neumáticos en la sangre.

—¿Entonces cuál es tu opinión? —preguntó Coffey—. ¿La mataron y la arrojaron allí?

—No sé —dijo Katzen—. Se sabe que algunas unidades militares usan animales vivos para tiro al blanco.

—Tal vez fueron los terroristas de la represa —dijo Mary Rose.

—No —dijo Katzen—. Ellos se la habrían comido. Es más probable que fuera una unidad militar turca. De todos modos,

tenemos un par de Striker que pronto necesitarán respirar aire fresco. Pásele por encima.

—Esperen —dijo Coffey.

Katzen lo miró de reojo.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó.

—¿No podría estar minada?

Katzen se sobresaltó.

—Ni siquiera lo pensé. Buen consejo, Lowell.

—Un terrorista podría haberla puesto allí para detener tropas mecanizadas —agregó Coffey.

Katzen miró los zanjones a derecha e izquierda del camino.

—Tendremos que salirnos del camino —dijo.

—Siempre que las minas no estén en los zanjones —dijo Coffey —. Tal vez hayan puesto la oveja allí para hacer salir a alguien del camino.

Katzen lo pensó un momento. Luego sacó un reflector de entre los dos asientos delanteros y abrió la puerta del acompañante.

—Esto no nos llevará a ninguna parte —dijo—. Voy a sacar esa maldita oveja del camino. Si vuelo por el aire podrán avanzar sobre seguro.

—Ajá —dijo Coffey—. No te dejaré salir de aquí.

—No tenemos otra opción. El detector de metales está conectado a la computadora principal. Desactivamos esas baterías y no tenemos tiempo de reactivarlas.

—Tendremos que hacernos tiempo —dijo Coffey—. O por lo menos pedirles a los Striker que chequeen ellos el camino.

Katzen pasó por encima del abogado.

—Tampoco tenemos tiempo para eso —dijo saltando al camino de tierra—. Además, van a necesitarlos para salvar a Mike y al coronel. Siempre he sido bueno con los animales —sonrió—. Ésta no se atreverá a lastimarme.

—Por favor, tenga cuidado —suplicó Mary Rose.

Katzen prometió cuidarse y avanzó hacia el motor del remolque. Coffey asomó medio cuerpo por la puerta. Aunque el aire de la noche era asombrosamente fresco, tenía la boca seca y la frente húmeda. Observaba atónito cómo Katzen seguía el haz de luz del reflector hasta unirlo a la luz de los faroles del remolque. Unas cinco yardas al frente se detuvo e iluminó las proximidades del camino.

—No veo ningún cable expuesto —dijo Katzen. Apuntó el reflector al suelo y rodeó lentamente a la oveja muerta—. Tampoco parece que hayan excavado la tierra. —Se acercó a la oveja y la iluminó. La sangre brillaba roja en una herida de casi cuatro pulgadas de diámetro. Katzen tocó la sangre—. No está coagulada. Eso quiere decir que la mataron hace menos de una hora. Y la herida es de bala —Katzen se agachó y miró debajo de la oveja. Deslizó la mano izquierda debajo del cuerpo—. No hay cables ni explosivos plásticos. De acuerdo, compañeros. Voy a moverla.

El latido del corazón y las sienes de Coffey ahogó el suave zumbido del motor del CRO. Coffey sabía que no era necesario que el cuerpo tuviera cables, simplemente podía estar tirado encima de una mina.

El abogado observó cómo Katzen dejaba el reflector a un costado del camino y agarraba las patas traseras del animal. Aunque Coffey estaba asustado, no era el miedo lo que le impedía unirse a su compañero. Se quedaba atrás porque si algo le sucedía a Katzen él tendría que ayudar a Mary Rose y los Striker a llegar a destino.

Mary Rose aferró la mano de Coffey cuando Katzen tiró de la oveja y dio un paso atrás. La oveja se movió una pulgada, luego otra. Katzen la dejó caer, dio la vuelta al cuerpo, se agachó e iluminó la tierra debajo del cuerpo.

—No veo ninguna trampa para tontos —dijo.

Volvió a las patas traseras y tiró de la oveja una vez más.

Después de moverla unas cuantas pulgadas, Katzen volvió a chequear el suelo. No vio nada.

En menos de un minuto el medioambientalista había retirado la oveja del espacio que ocupara previamente. No había nada debajo y Katzen rápidamente la arrastró fuera del camino. Cuando regresó al remolque estaba muy transpirado.

—¿Entonces qué demonios pasa aquí? —se quejó. Coffey observaba la oscuridad reinante.

—Esa oveja muerta pudo ser el resultado de una práctica de tiro al blanco, tal como pensamos antes —dijo—. O tal vez había alguien ahí afuera, vigilándonos. Tal vez quería saber qué tenemos aquí adentro.

Katzen cerró la puerta.

—Bueno, ahora que creen que lo saben —dijo—, vayamos de una vez a esa maldita colina.

Mary Rose encendió nuevamente el motor. Respiró profundamente antes de apretar el acelerador.

—No sé qué les pasará a ustedes, pero yo tengo un nudo en el estómago.

Katzen sonrió apenas.

—Ídem —le respondió.

Mientras Mary Rase los conducía hacia la subida y la colina situada más allá, Coffey se acercó a explicar el motivo de la demora a los Striker. Al arrodillarse comenzó a sentirse embotado y apoyó la frente en la rodilla.

—Eh, Phil —dijo Coffey—, ¿te encuentras bien?

—Me siento un poco mareado, ¿por qué? —dijo Phil.

A Coffey le zumbaban los oídos.

—Porque yo… tengo un problemita aquí. Mareos. Me zumban los oídos. ¿A usted le pasa lo mismo?

Como Katzen no respondía, Coffey volvió a la parte delantera de la camioneta justo a tiempo para ver a Katzen caer pesadamente contra el asiento del acompañante. Mary Rose estaba inclinada hacia adelante, apoyados los antebrazos en el volante, Obviamente luchaba para levantar la cabeza.

—Voy a parar —dijo—. Algo… anda mal.

El remolque se detuvo y Coffey se levantó. Al hacerlo lo sobrecogió una sensación de vértigo que lo obligó a volver al piso. Se arrastró hasta los respaldos de las dos sillas de las estaciones, de computación y luchó para ponerse de pie. Sintió terribles náuseas en el estómago y la garganta y se dejó caer.

Un momento después los ojos de Lowell Coffey se llenaron de nubes negras y pudo sentir que algo lo levantaba en el aire y lo arrojaba pesadamente hacia atrás.

18

Lunes, 20:35, Oguzeli, Turquía

Miran sin ver, pensó Ibrahim.

El joven curdo le había disparado a la oveja salvaje y la había arrastrado al medio del camino para detener el remolque. Cuando la conductora frenó para evitar chocarla, Ibrahim salió de la zanja donde esperaba oculto. Avanzó por el costado del camino hasta la parte trasera del remolque, obstruyó el caño de escape con una remera y se alejó arrastrándose. Las ventanillas estaban cerradas. Apenas cerraran también la puerta. Ibrahim sabía que los pasajeros serían víctimas del monóxido de carbono en menos de dos minutos. Había elegido una parte del camino relativamente plana para que, al desmayarse la conductora, el remolque se detuviera suavemente. Después de sacar la remera del caño de escape, Ibrahim entró al remolque y abrió las ventanillas. Quedó a la vez sorprendido y encantado al encontrarlo lleno de computadoras. Los equipos e incluso la información podrían serle útiles.

Ibrahim chequeó a los tres norteamericanos. Todavía respiraban. Sobrevivirían. Arrastró al hombre inconsciente a la parte delantera del remolque y lo sentó espalda contra espalda con los otros, detrás del asiento del acompañante. Cortó con su cuchillo los cinturones de seguridad y ató a los tres ocupantes del remolque por las muñecas. También les ató las piernas a la altura de los muslos y las pantorrillas.

Echó un último vistazo alrededor del remolque antes de dejarse caer en el asiento del conductor. Al sentarse creyó escuchar algo a sus espaldas. Parecía que alguien regurgitaba. Vio el reflector en medio de los asientos e iluminó la parte trasera del remolque. Por primera vez advirtió que había puertas en el piso. Sacó la pistola .38 del cinturón y avanzó. Se detuvo frente a los compartimientos y miró hacia abajo.

Cada compartimiento era lo bastante grande como para albergar a una persona. Volvió a escuchar el sonido regurgitante. Indudablemente había alguien en el compartimiento del lado izquierdo.

Ibrahim luchó contra la tentación de balear el piso antes de levantar la puerta. Sabía que el que estaba allí adentro habría quedado incapacitado por los efectos del monóxido de carbono igual que los otros tres. Agachándose, apuntó la pistola y abrió la primera puerta de una patada.

Había una mujer adentro. Llevaba puesto un uniforme negro y tenía anteojos de visión nocturna y una M21. Estaba apenas consciente. Había un charco de vómito detrás de su cabeza. Ibrahim abrió la otra puerta. Había allí otro militar vestido igual que la mujer. Estaba inconsciente. Atrapado en el compartimiento cerrado más próximo al caño de escape, obviamente había sido el más afectado de los cinco. Pero todavía estaba vivo.

Así que el oficial norteamericano no los previno, pensó Ibrahim. Evidentemente intentaban infiltrar a esos dos militares para que los mataran. Pero Alá cuidaba de ellos, bendito Su nombre todopoderoso.

Ibrahim tiró del brazo del hombre para sacarlo del compartimiento, le arrancó el casco y le desgarró la camisa negra. Con las tiras ató al hombre al respaldo de la silla y también le ató las manos a las patas delanteras y los pies a las patas traseras. Luego se acercó a la mujer, la arrojó contra el respaldo de la otra silla y la ató con lo que quedaba de la camisa.

Con una sonrisa de autocomplacencia, Ibrahim contempló a todos sus cautivos por última vez antes de meter la pistola en el cinturón y regresar al asiento del conductor. Prendió y apagó tres veces las luces delanteras del remolque para indicarle a Hasan que lo dejara pasar, puso el vehículo en marcha y cubrió rápidamente la distancia que lo separaba de la colina.

19

Lunes, 14:01, Washington D.C.

Se oyó un «ping» en los parlantes laterales adosados a la computadora de Paul Hood. Hood miró el monitor y vio el código de Bob Herbert al pie de la pantalla. Tecleó Control/Ent.

—Sí, Bob.

—Jefe, sé que está apurado —dijo Herbert—, pero hay algo a lo que debe echar un vistazo.

—¿Algo malo? —preguntó Hood—. ¿Mike se encuentra bien?

—Podría involucrar directamente a Mike —dijo Herbert—, y lo lamento; pero sí, tiene muy mal aspecto.

—Envíamelo —dijo Hood.

—Enseguida —replicó Herbert.

Hood se recostó en la silla y esperó. Había estado ocupado copiando información clasificada en diskettes para estudiarla en el avión. Los diskettes estaban especialmente diseñados para ser usados en vuelos gubernamentales y eran de material inflamable. En caso de accidente, tanto los diskettes como la información que contenían quedarían reducidos a chatarra.

La Casa Blanca había enviado a la Base Andrews un helicóptero que lo trasladaría junto con el asistente del subdirector Warner Bicking al vuelo estatal de las 15 horas a Londres. Hood debía encontrarse con el Dr. Nasr en el aeropuerto de Heathrow y tomar el vuelo de British Airways a Siria una hora después. Hood observó

cómo la computadora terminaba de copiar los archivos en diskettes. Aunque el sistema dejó de zumbar, Hood no apartó la vista de la pantalla ya vacía.

—Espera un momento —dijo Herbert—. Quiero que la computadora anime todo el asunto para ti.

—Estoy esperando —dijo Hood con un dejo de impaciencia en la voz. Trataba de imaginar qué podría ser peor que Mike Rodgers capturado por los terroristas.

Mike Rodgers rehén, pensó amargamente. Tú esposa desilusionada de ti. Un nuevo problema que te dará jaqueca.

Apenas habían pasado dos minutos desde que Hood había telefoneado a su esposa para decirle que no podría jugar al Scrabble esa noche con sus buenos amigos Robert y Joyce Waldman del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano. Y que tampoco podría asistir al solo de *píccolo* de su hija Harleigh el miércoles ni al partido por el campeonato de fútbol de su hijo Alexander el jueves. Sharon había reaccionado como solía hacerlo cuando el trabajo se anteponía a la familia. Inmediatamente se había puesto fría y distante. Y Hood sabía que seguiría así hasta que él volviera. Parte de su reacción era preocupación por la seguridad de su marido. Los funcionarios de gobierno y líderes de negocios norteamericanos no eran bien vistos ni tenían un perfil particularmente bajo en Oriente Medio. Y después de las experiencias de su marido con los terroristas Nuevos Jacobinos en Francia, Sharon era menos complaciente que nunca respecto de su seguridad.

Pero gran parte de su reacción adversa se debía a la tantas veces enunciada preocupación de Sharon porque el tiempo transcurría y ellos no lo pasaban juntos. Ellos dos no estaban forjando los recuerdos que ayudaban a enriquecer… y hacían durar los matrimonios. Irónicamente, los horarios prolongados habían sido una de las razones por las que había abandonado la política y los bancos. Se suponía que la dirección del Centro de Operaciones implicaría manejar un equipo humano modesto dedicado a crisis

domésticas. Pero después de estar al borde del desastre en Corea del Norte, el Centro de Operaciones se había convertido en un protagonista a nivel internacional, en la contracara de la burocrática CIA. A resultas de eso, las responsabilidades de Hood habían aumentado drásticamente.

El hecho de trabajar duro no lo convertía en una mala persona. Al contrario, su esfuerzo implicaba una vida muy confortable para su familia y contactaba a sus hijos con gente y acontecimientos de sumo interés. Pero por encima de todo debía enfrentar el hecho de que su libertad de trabajar, y de trabajar duro, ponía celosa a Sharon. Ella se había visto obligada a reducir sus apariciones en el programa de cable de Andy McDonnell a dos veces por semana. Simplemente no había suficiente tiempo para hacer una aparición diaria y enviar a los niños a donde debieran ir y manejar la casa. Y, aunque Hood se sentía mal por su esposa, no había nada que él pudiera hacer.

Excepto llegar a casa a horario, pensó, cosa que suena muy bien en la superficie pero no es práctica. No en una ciudad que opera de acuerdo con el horario internacional.

—Aquí está —dijo Herbert—. Observa el lado izquierdo de la pantalla.

Hood se inclinó hacia adelante. Vio la imagen en movimiento de algo que parecía ser el CRO en la oscuridad. Por los números de identificación en el extremo izquierdo inferior de la imagen Hood supo que se trataba de fotos sucesivas de la ONR tomadas simultáneamente. Había aproximadamente un segundo de diferencia entre una imagen y la otra.

—¿Debo buscar algo en particular? —preguntó Hood—. ¿Ése es Phil?

—Sí —dijo Herbert—. Está sacando algo muerto del camino. Parece un perro o una oveja. Pero no es eso lo que quiero que veas. Mira la parte trasera del CRO, por favor.

Hood obedeció. La oscuridad parecía moverse ligeramente detrás del CRO, aunque ese efecto podría ser causado por determinadas condiciones atmosféricas entre el satélite y el blanco. Súbitamente se produjo un breve resplandor que sólo duró una imagen. Pocos segundos después hubo otro resplandor en un sitio ligeramente diferente.

—¿Qué fue eso? —preguntó Hood.

—He pedido una ampliación computadorizada —dijo Herbert—. Al principio pensamos que podía ser una falena o una obstrucción de la imagen. Pero era definidamente un reflejo, ligeramente cóncavo y probablemente originado en el cristal de un reloj pulsera. Pero… sigue mirando, por favor.

Hood obedeció. Vio que Phil Katzen volvía al remolque y que éste empezaba a avanzar. Luego lo vio detenerse. El remolque permaneció estacionado durante varias imágenes. Hood se acercó más a la pantalla. Luego la puerta se abrió, salió luz del CRO y alguien entró.

—Oh, no —dijo Hood—. Dios mío, no.

Herbert congeló la imagen en el monitor.

—Como puedes ver —dijo—, quienquiera que sea… está armado. Parece que lleva una .38 en la cintura y una Parabellum checa en el hombro. Según Darrell, los curdos sirios le compraron cantidades de Parabellum a Eslovaquia en 1994.

Herbert volvió a poner la imagen en movimiento. Por el momento no podía ver nada más porque la foto había sido tomada casi en línea recta. Pero mientras esperaba sintió culpa y todas las otras prioridades se evaporaron frente a lo que estaba viendo.

—En unos cuatro minutos de tiempo real —dijo Herbert— los faroles delanteros del CRO se prenderán y apagarán tres veces seguidas. Obviamente, el que está en los controles hace señales para alguien más.

—¿Cómo pudo pasar esto? —preguntó Hood—. Mike es incapaz de hablar del CRO.

—No, pensamos que sus captores conocieran previamente la existencia del CRO —dijo Herbert—. Probablemente esperaban que llegara un vehículo cualquiera a buscar a Mike y tuvieron suerte.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Hood.

—Opino que los asaltantes atravesaron algo en el camino. Por precaución gasearon, el CRO. La manera en que se detuvo el remolque parece indicar que los tripulantes sufrieron los efectos del monóxido rápidamente, aunque no inmediatamente. El conductor tuvo tiempo suficiente para frenar. La buena noticia es que el intruso no baleó a nuestra gente al entrar.

—¿Cómo lo sabes?

—Hubiéramos visto los fogonazos —dijo Herbert.

—Sí, por supuesto —replicó Hood. *Ésa fue una pregunta estúpida. Debes prestar atención a lo que está pasando*. Y luego dijo:

—A menos que el gas ya los hubiera matado.

—Es improbable —respondió Herbert—. Muertos no servirían de nada. Vivos pueden servir de rehenes. Tal vez puedan ayudar a los curdos a salir del país o —agregó Herbert con gravedad— tal vez puedan decides cómo usar el CRO.

Hood sabía que Mike Rodgers y los dos Striker morirían antes de enseñar a sus secuestradores a usar el CRO. Pero Hood no sabía si Katzen, Coffey o Mary Rose sacrificarían sus vidas para protegerlo. Tampoco creía que Rodgers fuera a permitírselo.

—No tenemos demasiadas opciones, ¿verdad? —preguntó Hood.

—No —dijo Herbert.

Según los procedimientos prescriptos para el CRO por Rodgers, Coffey, Herbert y sus consejeros, si el CRO era capturado la respuesta inmediata sería tocar los botones de «Freír». Si se marcaba simultáneamente *Control, Alt, Del y Cap «F»* en cualquiera de los teclados se ocasionaría una eclosión de los motores de batería del CRO. La corriente generada por el comando bastaría para quemar los circuitos mayores de computadoras y baterías. A partir de ese

momento el «CRO frito» no sería más que un vehículo de nafta. Si por alguna razón el procedimiento fallaba, el equipo del Centro de Operaciones debía destruir el CRO mediante cualquier medio a su disposición. Si el enemigo obtenía acceso a códigos y nexos de comunicación, la seguridad nacional y las vidas y actividades de decenas de agentes secretos estarían comprometidas.

Sin embargo, y a pesar de haberlo diseñado él mismo, Rodgers admitía que no había manera de saber qué haría él o cualquier otro si el CRO caía en manos enemigas. Como negociador de rehenes experimentado, Herbert había dicho que sería mejor preservar las operaciones si podían ser utilizadas para mantener a los rehenes con vida.

Pero todas eran meras especulaciones, pensó Hood. *Nunca pensamos que de verdad fuera a ocurrir*.

Hood vio encenderse y apagarse tres veces los faroles delanteros del CRO. Luego la pantalla quedó en blanco.

—No podemos ver lo que está ocurriendo ahora —dijo Herbert—, puesto que ocurre en la oscuridad. Viens le ha dado Prioridad A-1 a esta situación e intenta conseguirnos reconocimiento infrarrojo. Pero reprogramar y enfocar el satélite más próximo le llevará por lo menos noventa minutos.

Hood seguía mirando la imagen oscura del monitor. Ésta era una de sus peores pesadillas. Todos sus planes, toda su tecnología habían sido desbaratados por lo que Rodgers denominaba «peleadores callejeros». Gente que peleaba sin reglas y sin miedo. Gente que no temía morir o matar. Hood lo había aprendido de las huelgas legítimas y los terribles levantamientos que Los Ángeles había sufrido cuando él era alcalde: la desesperación vuelve mortífero al enemigo.

No obstante, Hood se dijo que la adversidad fortalecía todavía más a los líderes fuertes. Tendría que tragarse la culpa y la desilusión y hacer a un lado ese deseo repentino de acabar con todo, incluso consigo mismo. Estaba obligado a guiar a su gente.

—Bob —dijo Hood—, hay un comando especial en la Base Aérea Incirlik, ¿correcto?

—Uno muy reducido —dijo Herbert—, pero sólo podemos usarlo dentro de Turquía.

—¿Por qué?

—Porque hay turcos en el comando. Si las tropas turcas y norteamericanas ingresan juntas a una nación árabe, se considerará que fue un operativo de la OTAN. Eso crearía fricciones con nuestros aliados europeos y volvería en contra de nosotros a las naciones árabes amigables.

—Grandioso —dijo Hood. Aclaró la pantalla y llamó un documento. Comenzó a tipiar—. En ese caso —dijo— mandaré al Striker a la región.

—¿Sin aprobación previa del Congreso?

—A menos que Martha pueda conseguírmela en menos de noventa minutos, sí. Sin aprobación. No puedo esperar a que se decidan.

—Eres un gran hombre —dijo Herbert—. Ordenaré que preparen el C-141B para un operativo en el desierto.

—Podemos hacer bajar al Striker en Incirlik si el CRO permanece en Turquía o en Siria Oriental o septentrional —dijo Hood—. Si el CRO se traslada a Siria meridional u occidental o al Líbano tendremos que mandarlos a Israel.

—Los israelíes darán la bienvenida a todo el que vaya a patear el culo de los terroristas —replicó Herbert—. Y yo conozco el lugar exacto para instalar a nuestra gente allí.

Hood tomó una lapicera láser y firmó la pantalla. Su firma apareció en la Orden Nº 9 de Despliegue de Striker. Salvó el documento y lo envió por correo electrónico a Martha Mackall y al coronel Brett August, el nuevo comandante del Striker. Dejó la lapicera y marcó un ritmo con los nudillos en el borde del escritorio.

—¿Estás bien? —preguntó Herbert.

—Claro —dijo Hood—. Probablemente estoy mucho mejor que Mike y esos pobres diablos del CRO.

—Mike sabrá capear este temporal —le aseguró Herbert—. Oye, jefe. ¿Te sentirías mejor volando con los Striker a Oriente Medio? Creo que llegarán antes que tú.

—No —dijo Hood—. Necesito hablar con Nasr acerca de las estrategias sirias. Además, tú y Mike y todos los Striker han usado uniforme. Yo no. No me sentiría cómodo plantándome en un sitial de honor que no me he ganado.

—Te doy mi palabra —dijo Herbert— de que un viaje en C-141B no equivale a un día en Disneylandia. Además no tiene nada que ver con los uniformes. Tú fuiste 1A durante el conflicto armado y simplemente no fuiste convocado. ¿Acaso crees que yo habría ido si el Comité de Selección no me hubiera agarrado del cuello diciendo: «Señor Herbert… el Tío Sam lo necesita»?

—Mira —dijo Hood—, igualmente me sentiría incómodo y eso es lo que cuenta. Por favor informa al coronel August y resuelve los detalles con él. Envía por fax el perfil de la misión a nuestra embajada en Londres y pídeles que me lo alcancen a Heathrow. Bugs tiene mis horarios de vuelo.

—De acuerdo, Paul —dijo Herbert—. Pero sigo creyendo que reaccionas exageradamente respecto del C-141B.

—No puedo evitarlo —dijo Hood—. Si hay noticias llámame directamente. También quiero que nos brindes cierta ayuda *in situ*. ¿Es sensato llevar algunos informantes curdos?

—A mi criterio no —dijo Herbert—. Si nuestros informantes curdos fueran confiables nos hubiéramos enterado de la voladura de la represa antes de que ocurriera. Y ya sabríamos quiénes son estos malditos terroristas.

—Buena observación. En cuanto sepas quiénes son encárgate de pagarles en negro, y págales bien.

—Planeaba hacerlo —dijo Herbert—. Estamos hablando con algunos informantes para saber exactamente adónde se dirigen los

perpetradores. También puedo conseguir un guía para los Striker.

—Excelente —dijo Hood—. Llamaré a Martha desde el auto y le explicaré la situación. Ella tendrá que informar a la senadora Fox y al Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso.

—Sabes bien que a Martha no le gustará nada esto —le advirtió Herbert—. Estamos a punto de montar un operativo secreto sin aprobación previa del Congreso, estamos dando dinero a los curdos enemigos de sus amigos en Damasco y Ankara…

—Amigos que no harán nada para ayudarnos —señaló Hood—. Tendrá que aceptarlo.

—Tendrá que aceptarlo —dijo Herbert— y además aceptar el hecho de que hayamos planeado esto sin ella.

—Ya te dije que voy a llamarla desde el auto para explicarle. Por el amor de Dios, Martha es nuestra asesora política y no una lobista de los turcos o los sirios —Hood se puso de pie—. ¿Me estoy olvidando de algo?

—De una sola cosa —dijo Herbert.

—¿Cuál? —le preguntó Hood.

—Espero que no pienses que me estoy excediendo —dijo Herbert —, pero debes intentar tranquilizarte.

—Gracias, Bob —replicó Hood—. Seis de mis hombres están en manos de los terroristas junto con una llave que puede minar los adelantos de inteligencia norteamericanos. Tal como van las cosas, creo estar bastante tranquilo.

—Bastante tranquilo, sí —dijo Herbert—, pero no lo suficiente. No eres el único con la mano en la brasa. Anoche cené con Donn Worby de la Contaduría General. Me dijo que el año pasado más del sesenta y cinco por ciento del cuarto de millón de sabotajes a computadoras del Ministerio de Defensa, tuvieron éxito. ¿Sabes cuánta información clasificada anda dando vueltas por ahí? El CRO es apenas un frente de la batalla mayor.

—Sí —respondió Hood—, pero es el mío. No me digas que hay seguridad en los números. No en este caso.

—Está bien —dijo Herbert—, pero he pasado más de una situación de este tipo. Paul, siempre está la presión emocional, que es terrible, sumada a la desorientación adicional. Estarás forzado a trabajar fuera de la estructura de nuestro entorno. No habrá listas de chequeo ni procedimientos establecidos. Durante los próximos días o semanas o meses o el tiempo que te lleve esto tendrás que sentirte rehén con Mike… rehén de la crisis, de los caprichos de los terroristas.

—Entiendo —dijo Hood—. Pero eso no quiere decir que me guste.

—No —replicó Herbert—. Pero tienes que aceptar el proceso. Pasa lo mismo con Mike. Él sabe lo que tiene que hacer. Si puede sacar a su gente lo hará. Si no puede los hará jugar juegos de palabras, sacará refranes de Dios sabe dónde, los obligará a hablar de sus familias. Los sostendrá. Soportará ese peso terrible. Y tú tendrás que hacerte cargo del resto. Sales de las gateras con las mejores ideas y debes llegar tranquilo al final de la carrera. Eso puede ser muy difícil. Podemos enterarnos de que nuestra gente está siendo maltratada, sin agua, sin comida, abusada físicamente. Hay dos mujeres en el grupo. Pueden ser violadas. Si no estás flojo y tranquilo te puedes quebrar. Si empiezas a sentir sed de venganza o ira o te autoinculpas… te distraerás de tu misión. Y ahí sí que cometerás graves errores.

Hood sacó los diskettes de su computadora. Herbert tenía razón. Ya tenía ganas de inculpar a Martha, a sí mismo, incluso a Mike. ¿Quién se beneficiaría con eso, excepto los terroristas?

—Prosigue —dijo Hood—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cómo te condujiste tú en situaciones como ésta?

—Demonios, Paul —dijo Herbert—, nunca tuve que liderar un grupo. Siempre fui un solitario. Sólo tuve que dar consejos y eso fue relativamente fácil. Nunca estuve vinculado con la gente para la que trabajé. No como lo estamos con Mike. Lo único que sé es que la gente que lidera eficientemente operaciones como ésta debe

vaciarse de emociones. Tanto de la compasión como del odio. Es decir, supongamos que descubres que uno de esos terroristas tiene una hermana o un hijo en algún lugar. Supongamos que puedes atraparlos. ¿Estás preparado para jugar el mismo juego que ellos nos obligan a jugar?

—Honestamente no lo sé —dijo Hood—. No querría ponerme a su nivel.

—Y esta gente siempre cuenta con eso —replicó Herbert—. ¿Recuerdas Eagle Claw en 1980, cuando la fuerza de rescate Delta intentó liberar a nuestros rehenes en Teherán?

—Sí.

—Los parámetros de misión forzaron a nuestros hombres a establecer el abastecimiento de combustible en una zona moderadamente transitada. Minutos después de aterrizar, nuestros hombres capturaron un ómnibus con cuarenta y cuatro civiles iraníes. El plan era retenerlos durante un día mientras los comandos entraban al país y luego liberarlos en la Base Aérea Manzariyeh que pretendíamos tomar. Lo lamento si sueno un tanto «burkowiano» —dijo Herbert—, pero creo que deberíamos haber retenido a esos iraníes y que deberíamos haberlos maltratado del mismo modo que maltrataban a nuestra gente.

—Los hubiéramos convertido en mártires —dijo Hood.

—No —replicó Herbert—. En prisioneros quebrados. Sin cobertura de prensa, sin quema de banderas iraníes. Simplemente ojo por ojo. Y al enterarse, los terroristas del mundo entero que estaban planeando jugar el mismo juego lo hubieran pensado dos veces antes de agredirnos. ¿Piensas que Israel se mantiene todavía por respetar las reglas? Ajá. Yo he visto lo que se ve desde lo alto del camino y no siempre es lindo. Si permites que la compasión afecte tu juicio, terminarás exponiendo a tu propia gente.

Hood tomó una bocanada de aire.

—Si impido que la compasión afecte mi juicio ya no seré una persona —dijo.

—Entiendo —dijo Herbert—. Por esa razón nunca quise ser el comisario del pueblo. Pagas cada medalla con parte de tu alma y también con tu sangre.

Hood guardó los diskettes en el bolsillo del saco.

—De todos modos —dijo—, no creo que te hayas excedido, Bob. Gracias.

—De nada —dijo Herbert—. Oh, una cosa más.

—¿Qué?

—Sea lo que sea lo que debas enfrentar —dijo Herbert—, no lo enfrentarás solo. Jamás te olvides de eso, jefe.

—No lo olvidaré —dijo Hood, y sonrió—. Gracias a Dios cuento con un grupo humano que no me permitirá olvidarlo.

20

Lunes, 21:17, Oguzeli, Turquía

Mike Rodgers se sentía muy incómodo atado a la parte delantera de la motocicleta. Sus brazos estaban estirados por encima y atrás del cuerpo, fuertemente sujetos al manubrio y totalmente dormidos. Tenía la espalda apretada contra el metal retorcido del guardabarros y los tobillos atados.

Pero el descontento interno que sentía superaba ampliamente la incomodidad. Rodgers no podía adivinar qué querían los terroristas. Sabía que uno de ellos, Ibrahim, había salido al camino rumbo a la subida. Su intérprete Hasan había partido en dirección al este y tal vez estuviera a unas cuatrocientas o quinientas yardas de distancia. Probablemente estarían preparando una estrategia de fuego cruzado: uno de los dos se quedaba cerca de la ruta del blanco, un poco más adelante, y el otro se atravesaba en el camino del vehículo. El conductor no tenía otra opción que volver atrás. Y si los emboscados eran hábiles ni siquiera tendría tiempo de intentado.

El remolque del CRO se acercaba y Rodgers no escuchaba ningún disparo. ¿Los terroristas estarían escondidos simplemente, cubriendo su base en el caso de que el CRO abriera fuego?

El remolque se detuvo e Ibrahim salió de un salto. Pocos segundos después Hasan volvió corriendo de la planicie y lo abrazó. El tercer hombre, Mahmoud, los abrazó a ambos. Se había quedado en la retaguardia y estaba claro que era el líder del grupo. El CRO

estaba frente a Rodgers y él no podía ver qué pasaba adentro. Pero era obvio que estaba en manos de los terroristas. Rodgers sólo esperaba que los Striker hubieran podido salir y estuvieran flanqueando a los terroristas; que era lo que supuestamente debían hacer.

Ibrahim y Hasan entraron al remolque y Mahmoud se aproximó a Rodgers. El sirio llevaba la ametralladora en la mano derecha y un cuchillo de cazador en la izquierda. Mahmoud cortó la soga que lo sujetaba al manubrio pero le dejó atadas las piernas. Luego le indicó que avanzara hacia el remolque. Rodgers se puso en cuatro patas, se levantó y saltó hacia adelante. Hubiera sido más fácil arrastrarse pero ése no era un verbo que Rodgers practicara. Aunque la tierra parecía ansiosa por rechazar sus pies, el general norteamericano se las ingenió para mantener el equilibrio.

Al acercarse al remolque vio a Coffey, Mary Rose y Katzen. Los tres estaban semidesmayados, despatarrados sobre el piso del CRO. Los habían atado por los tobillos a la estructura del asiento del acompañante. Cuando Ibrahim salió para buscar al coronel Seden, Rodgers entró de un salto. Se le heló la sangre al mirar hacia la izquierda, al fondo del remolque.

Pupshaw y DeVonne estaban atados a las sillas de las computadoras. Los Striker estaban atados de pies y manos a las patas de las sillas y recién comenzaban a desperezarse. Rodgers sintió que se le endurecían las entrañas. No parecían soldados… parecían trofeos de caza.

Poco importaba lo que hubiera pasado. El hecho era que los habían capturado a todos, y determinar cómo serían tratados de allí en más implicaría un baile largo y complicado.

Lo primero que Rodgers debía hacer era ayudar a los Striker. Cuando se despertaran del todo y vieran cómo estaban no sólo perderían el entusiasmo combativo sino la dignidad. Todos ellos podrían sobrevivir a las heridas y los abusos físicos. Pero si perdían el orgullo no les quedaría nada cuando por fin fueran liberados, En

los entrenamientos para situaciones de terrorismo y durante sus largas conversaciones con el nuevo comandante de los Striker, el coronel Brett August, quien había estado en Vietnam, Rodgers había aprendido que la mayoría de los rehenes se suicidaban un año o dos después de haber sido liberados y que pocos morían en cautiverio. La sensación de haber sido degradados y deshonrados los sumía en la más profunda vergüenza, y esa sensación aumentaba si las víctimas eran militares. El rango y las medallas implicaban un reconocimiento externo del coraje y el honor, que eran la sangre y el aliento de todo soldado. Cuando esas cualidades se veían comprometidas en situaciones de terrorismo sólo se recuperaban con la muerte, podía ser la muerte de un vikingo que enfrentara al enemigo o al supuesto enemigo espada en mano, o la muerte de un samurai deshonrado que se abriera el vientre en soledad. Pero lo importante era abandonar la vida, no volver a mirarla de frente nunca más.

Por el bien de los Striker, Rodgers tendría que izar al mástil de la bandera el primero de los cuatro recursos militares que le quedaban: tendría que arriesgar su vida. Cuando estaba destinado en la bahía Camranh al sudeste de Vietnam siempre había pérdidas. Las físicas se escribían con sangre; las psicológicas quedaban escritas en el rostro de los soldados. Después de que los soldados habían acunado a un amigo cuyas piernas, brazos o rostro habían sido volados por una mina, o de que habían consolado a un compañero agonizante con una herida de bala en el pecho, la garganta o la espalda, había sólo dos maneras de motivados. Una era estimularlos a la venganza, lo que los psicólogos militares llamaban «índice alto». Arraigado en el odio y no en objetivos claros, era muy útil para golpes rápidos o incursiones veloces en situaciones particularmente brutales. La segunda manera —que Rodgers siempre había preferido— era que el líder arriesgara su propia vida. Eso creaba un imperativo moral que hacía que el pelotón se pusiera de pie para apoyar a su jefe. No

curaba las heridas pero creaba un vínculo, una camaradería mayor que la suma de las partes.

Todo eso evaluó Rodgers mientras miraba a los Striker, sonreía para animar al privado Pupshaw que empezaba a recuperarse y volvía a mirar al frente del remolque.

Mientras Hasan chequeaba a la tripulación en busca de armas ocultas, Rodgers sintió el caño de una pistola contra la cintura. Mahmoud lo empujó a la izquierda, quería que entrara a la parte trasera del remolque.

Rodgers se quedó donde estaba y apartó con un hábil movimiento el caño del arma.

El terrorista escupió unas palabras en árabe y con la mano que le quedaba libre empujó a Rodgers a través de la estrecha abertura. Con las piernas todavía atadas, el general tropezó y cayó en la parte trasera. Inmediatamente intentó ponerse de pie. Mahmoud entró de una zancada y le clavó la pistola en la cabeza para indicarle que debía quedarse quieto.

Rodgers empezó a levantarse. A pesar de la oscuridad vio que los ojos de Mahmoud se agrandaban.

En este momento se definiría su relación con el terrorista o la vida de Rodgers llegaría a su fin. Mientras luchaba para ponerse de pie el general no dejaba de mirar a su captor a los ojos. A muchos terroristas les resultaba fácil poner bombas, pero dispararle a una persona que mira a los ojos era indudablemente más difícil.

Antes de que Rodgers lograra erguirse por completo Mahmoud levantó un pie. Puso el talón contra el pecho de Rodgers y lo empujó hacia atrás con furia. Luego le pateó el costado y volvió a gritarle.

El golpe vació de aire los pulmones de Rodgers pero le dijo lo que necesitaba saber: el hombre no quería matarlo. Aunque eso no significaba que no fuera a hacerlo, significaba que Rodgers podía provocarlo todavía un poco más. Rotando al costado, Rodgers se sentó y metió los pies debajo del cuerpo. Una vez más intentó pararse.

Furioso y farfullando, Mahmoud le lanzó un tremendo puñetazo a la cabeza.

El general no había logrado pararse y simplemente se dejó caer al suelo. El puño siguió de largo.

—¡Bahstahd! —aulló Mahmoud en su chapucero inglés. Retrocedió y apuntó el arma al pecho de Rodgers.

Rodgers giró la cabeza. Ni por un momento apartaba los ojos del árabe.

—¡Mahmoud, la! —gritó Ibrahim—. ¡Basta!

Ibrahim llegó corriendo y se interpuso entre Rodgers y Muhmoud. Discutieron entre murmullos, el recién llegado señalaba a Rodgers, las computadoras y el resto de la tripulación. Después de un largo silencio, Mahmoud dejó caer la mano del arma y se alejó. Ibrahim se unió a él en la puerta y lo ayudó a cargar al coronel Seden. Después le ordenó a Hasan que hablara con Rodgers.

Rodgers se había recuperado del golpe y había logrado pararse. Estaba de pie con los hombros erguidos y el mentón levantado. No miraba a Hasan. En circunstancias como ésa el prisionero procuraba esquivar la mirada del interrogador. Eso creaba un vacío, una distancia que el inquisidor debía intentar quebrar. También evitaba que el prisionero viera a su captor como a un ser humano. Por más benigno o compasivo que aparentara ser, el hombre que hacía las preguntas no dejaba de ser un enemigo.

—Estuvo a punto de morir —le dijo Hasan.

—No ha sido la primera vez —dijo Rodgers.

—Ah —replicó Hasan—, pero podría haber sido la última.

Mahmoud estaba decidido a matarlo.

—Matar a un ser humano es, después de todo, la menor injuria que puede hacérsele —respondió Rodgers. Hablaba con lentitud para asegurarse de que Hasan comprendiera.

Hasan lo observó con curiosidad mientras Mahmoud e Ibrahim terminaban de arrastrar al coronel Seden al interior del remolque. Lo

ataron junto a los demás. Luego Mahmoud se acercó a Hasan. Hablaron un momento y Hasan encaró a Rodgers.

—Nuestra intención es llevar este vehículo a Siria —dijo. Fruncía el entrecejo para concentrarse y expresar fielmente en inglés los deseos de Mahmoud—. Sin embargo, hay cosas que no entendemos sobre el manejo del vehículo. En la parte de atrás hay baterías y en el frente hay comandos fuera de lo común. Mahmoud desea que usted le explique cómo funciona.

—Dígale a Mahmoud que esos instrumentos sirven para encontrar cimientos enterrados, herramientas antiguas y otros artefactos —dijo Rodgers—. También puede decirle que no discutiré el tema a menos que desate a mis dos socios y los siente en esas sillas.

Rodgers habló en voz muy alta para que Pupshaw y DeVonne lo escucharan.

Las arrugas del entrecejo de Hasan se profundizaron.

—¿Estoy entendiendo bien? ¿Usted pretende que ellos sean liberados? —preguntó.

—Insisto en que sean tratados con respeto —replicó Rodgers.

—¿Insiste? —dijo Hasan—. ¿Eso significa exigir?

Rodgers dio media vuelta y miró a los hombres parados junto a la ventana delantera.

—Eso significa —dijo— que si no nos tratan como a personas pueden esperar sentados en el desierto hasta que el ejército turco los encuentre. Lo que ocurrirá al amanecer, si no antes.

Hasan observó a Rodgers un instante y luego se acercó a Mahmoud. Tradujo rápidamente lo que el general le había dicho. Cuando Hasan terminó, Mahmoud se tapó la nariz y sopló. Ibrahim estaba sentado en el asiento del conductor. No se rió. Miraba atentamente a Mahmoud. Un momento después Mahmoud desenfundó su cuchillo de caza. Luego le dijo algo a Hasan. Hasan volvió junto a Rodgers.

Rodgers sabía lo que vendría ahora. Los terroristas habían comprendido que no podían presionado directamente. Mahmoud también había comprobado que no podía presionar a los Striker: toda amenaza de heridos hubiera servido para ennoblecerlos. Tampoco podían darse el lujo de matar civiles porque podían saber algo útil.

Los sirios necesitaban la cooperación del grupo pero Rodgers había hecho una demanda que se negaban a complacer. Ahora tendrían que probar su vena militar: su piel. Tendrían que descubrir si tenía la piel gruesa. ¿Hasta dónde permitiría que torturaran a sus colaboradores civiles, psicológica o físicamente o ambas cosas a la vez? Mientras lo descubrían también intentarían descubrir quién era el más débil y por qué, y cómo manipular a ese individuo.

Hasan encaró a Rodgers.

—En dos minutos —le dijo— Mahmoud le cortará un dedo a la señorita. Luego seguirá amputándole un dedo por minuto hasta que usted se decida a cooperar.

—La sangre no hará andar el remolque —dijo Rodgers. Seguía mirando al frente del CRO. Coffey y Mary Rose estaban casi despiertos y Phil Katzen empezaba a recobrar la conciencia. El coronel Seden seguía inconsciente.

Hasan tradujo para Mahmoud, que giró enfurecido sobre sus talones. Fue a la parte delantera del remolque y liberó la mano izquierda de Mary Rose. Luego le aferró el brazo y lo apretó contra su propio muslo. Puso la hoja del cuchillo entre los dedos medio y anular de la joven. Presionó sólo lo necesario para hacerla sangrar. Mary Rose pegó un salto. Mahmoud miró su reloj con impaciencia.

Mary Rose estaba completamente despierta. Levantó la vista.

—¿Qué está pasando? —preguntó, intentando liberarse.

Mahmoud la sostuvo con fuerza sin apartar los ojos del reloj.

Coffey también se había recuperado. Estaba sentado a la izquierda de Mary Rose y parecieron sorprenderse al ver a Mahmoud.

—¿Qué es esto? —le espetó con indignación leguleya en la voz—. ¿Y quién es usted?

—Quédese quieto —dijo Rodgers con voz suave pero firme.

Mary Rose y Coffey lo miraron por primera vez.

—Quédense tranquilos, los dos —dijo Rodgers. Tenía el entrecejo fruncido y su voz era monótona. Por su modo preocupado aunque seguro de hablar los dos supieron que estaban en problemas y debían confiar en él.

Mary Rose parecía confundida pero hizo lo que se le pedía. A Coffey empezó a pesarle el pecho y un horror creciente reemplazó su reciente expresión indignada. Rodgers imaginaba lo que estaba pensando.

¿Qué estás haciendo, Mike? Conoces las reglas para situaciones como ésta…

Claro que conocía las reglas, eran simples. El personal militar estaba autorizado a dar su nombre, rango y número de serie. Nada más. Sin embargo, el único mandato para los que el Centro de Operaciones eufemísticamente llamaba «detenidos civiles» era sobrevivir. Eso significaba que si los captores requerían información los rehenes podían dársela. En cuanto fueran liberados, al Centro de Operaciones o en su defecto al ejército le quedaba la carga de capturar a los terroristas y proteger, evacuar o destruir los adelantos tecnológicos revelados. Eso era parte del característico síndrome gubernamental: no actuar y luego reaccionar exageradamente.

A Rodgers la sola idea le resultaba repugnante. Civil o militar, la primera lealtad de un individuo se debía a su país, no a su supervivencia. Pero no era su feroz patriotismo lo que le impedía capitular. Era su modesta OPPSI, su «operación psicológica». Debía mostrarse fuerte. Si no se ganaban el respeto de sus secuestradores serían víctimas del abuso y el desprecio mientras durara su captura: horas, días, semanas o meses.

—Sifr dahiya —dijo Mahmoud.

—Le queda un minuto —le informó Hasan a Rodgers. El joven sirio miró a Mary Rose—. Tal vez la señorita no sea tan obcecada como su jefe. ¿Tal vez esté dispuesta a mostrarnos cómo funcionan esos aparatos de conducir? Es decir, mientras esté en condiciones de manipularlos.

—No creo que esté dispuesta —dijo Rodgers.

Los ojos de Mary Rose se ensancharon de terror. Apretó los labios y siguió mirando a Rodgers. Él se mantenía erguido y poderoso; ella estaba dura como una piedra.

Hasan seguía mirando a Mary Rose.

—¿Este hombre habla por usted? —le preguntó—. ¿Acaso él perderá sus dedos uno por uno en medio de terribles dolores? Tal vez usted quiera hablarme. Tal vez usted no desee ser mutilada.

—Los cuchillos están en sus manos, no en las nuestras —acotó Rodgers.

—Es verdad —dijo Hasan, mirándolo de reojo—. Pero el granjero que azota a la mula terca no es cruel. Simplemente hace su trabajo. Nosotros hacemos el nuestro.

—Sin imaginación —dijo Rodgers—. Y ciertamente sin coraje.

—Hacemos lo que debemos, todos nosotros —replicó Hasan.

—Talateen —dijo Mahmoud.

—Treinta segundos —dijo Hasan. Miró a Katzen y a Coftey—. ¿Alguno de ustedes desea colaborar? Si cooperan con nosotros ahora no sólo salvarán a la dama sino que se evitarán horribles sufrimientos.

El abogado miró a Rodgers. Los ojos de Rodgers estaban clavados en el parabrisas.

—¡Ishreen! —ladró Mahmoud.

—Veinte segundos —dijo Hasan. Miró a Coffey—. ¿Usted, quizás? ¿Usted será el héroe, el que salve a la dama?

Mary Rose tenía los ojos llenos de lágrimas. Sonreía débilmente y sacudía la cabeza entre sollozos.

—Ashara… —dijo Mahmoud.

—Diez segundos —dijo Hasan. Se inclinó sobre Mary Rose—. Acaba de hacer un gesto negativo, pero no creo que de verdad quiera eso. Piense, joven mujer. No le queda mucho tiempo.

—Tisa…

—Nueve segundos —le dijo Hasan—. Pronto la bañará su propia sangre.

—Tamanya…

—Ocho segundos —dijo Hasan—. Después pedirá a gritos cooperar con nosotros.

—Saba…

—Siete segundos —dijo Hasan— y con cada dedo que le cortemos el dolor será más insoportable.

Mary Rose respiraba con dificultad. Había terror en sus ojos.

—Ella tiene más coraje que ustedes —dijo Rodgers orgullosamente.

—Sitta… khamsa…

—Ya veremos —dijo Hasan—. Le quedan cinco segundos, jovencita. Luego rogará hablar.

Hasan se había estado burlando un poco durante el conteo.

Pero ahora Rodgers veía que se le había torcido la boca. ¿Acaso el insulto lo habría tocado? ¿O temía no conseguir la información a pesar de todo? ¿O tal vez Hasan no tenía estómago suficiente para derramar sangre a pesar de sus comentarios realistas?

—Arba…

—Cuatro —advirtió Hasan.

Una parte de Rodgers —una gran parte, a decir verdad— necesitaba creer que Mahmoud no proseguiría con esto. Los sirios habían tenido casi dos minutos para repensar su decisión y también para comprobar la fortaleza del equipo norteamericano. Al capturar el CRO los sirios habían perdido toda ventaja sobre los turcos. Si debían salir ahora del país habría patrullas por todas partes. Los sirios necesitaban el CRO y su tripulación y bien podrían estar

preguntándose si no habrían subestimado a sus prisioneros. Si no sería mejor haber hecho lo que Rodgers pedía.

—Talehta…

—Tres segundos —dijo Hasan—. Piense en el cuchillo cortando el hueso y el músculo. Una vez y otra vez más, diez veces por lo menos.

Rodgers oía jadear a Mary Rose. Pero no hablaba, Dios la bendiga. Nunca había estado tan orgulloso de sus soldados como lo estaba de ella.

—Itneyn…

—Dos segundos.

—¡Monstruo! —aulló Coffey y empezó a luchar contra sus ataduras. Los sirios no le prestaron atención. Katzen estaba despierto finalmente e intentaba entender lo que estaba pasando.

—¡Wehid!

—Ha llegado la hora —dijo Hasan. Miró a Mary Rose.

En cambio, Mahmoud miró a Rodgers. Hubo un momento de vacilación y luego algo amargo y vengativo subió a los ojos de Mahmoud. Tal vez miraba en Rodgers a otro enemigo, a algún dolor lejano. Se le curvó el labio superior y en ese instante Rodgers supo que había perdido.

—¡No! —gritó Rodgers cuando el sirio empezaba a hacer la incisión. Seguía con los ojos clavados en el parabrisas, pero asentía para que Mahmoud comprendiera—. No lo haga. Yo los ayudaré a cruzar la frontera.

Hasan repitió lo que Mahmoud ya sabía. Mahmoud apartó el cuchillo. Tenía una mirada de triunfo al envainarlo y Mary Rose estalló en lágrimas.

Hasan se agachó junto a la joven para volver a atarle la mano ensangrentada a la silla. Mahmoud le indicó a Rodgers que se acercara. Rodgers avanzó hacia el sector delantero del remolque pero se detuvo junto a Mary Rose. La joven sollozaba pesadamente con la cabeza apoyada en la silla.

—Estoy muy, pero muy orgulloso de ti —le dijo Rodgers. Coffey ladeó la cabeza hacia Mary Rose y le acarició la mejilla con un mechón de su cabello.

—Todos estamos orgullosos de usted —le dijo—. Y estamos juntos en esto.

Mary Rose asintió débilmente y les agradeció.

Mahmoud miraba tenazmente a Rodgers. Rodgers lo ignoró.

—Hasan —dijo Rodgers—, la dama está sangrando. ¿Cree que podrá vendarle la herida?

Hasan levantó la vista.

—¿Dará otro espectáculo si me niego?

—Si es necesario, sí —replicó Rodgers—. Usted curaría a la mula apenas se moviera, ¿verdad?

Hasan miró la herida de Mary Rose. Pensó un momento, y luego de atar fuertemente la mano de la joven a la estructura, sacó un pañuelo del bolsillo y lo colocó suavemente entre los dedos de Mary Rose. Mahmoud se acercó ágilmente y retiró el pañuelo.

—¡La! —gritó. Arrojó el pañuelo al piso, lo pisoteó y reprendió a Hasan.

Hasan bajó los ojos avergonzado.

—Mahmoud ordena que le diga que la próxima vez que yo acate órdenes de usted amputará sus manos y las mías.

—Lo siento —dijo Rodgers—, pero usted hizo lo correcto. —Miró a Mahmoud. Había llegado el momento de usar su tercer recurso militar: la sorpresa—. Hasan, dígale a su comandante que tendré que recolocar las baterías.

—Yo lo ayudaré —respondió Hasan.

—No podría —mintió Rodgers—. Sólo una persona puede hacerlo. Dígale a Mahmoud que necesitaré la ayuda de la privada DeVonne. Es la mujer que ataron atrás. Dígale que si quiere llegar a Siria tendrá que soltada.

Hasan se aclaró la garganta. Rodgers no podía recordar la última vez que había visto a un hombre tan solo. El sirio informó a su

superior sobre las necesidades de Rodgers. Rodgers vio cómo los ojos de Mahmoud se achicaban mientras se le ensanchaban las narinas. Había sido un golpe certero. Rodgers disfrutó viéndolo enfurecerse al tomar la única decisión que podía tomar.

Mahmoud hizo un gesto con la mano y Hasan entró a la parte de atrás del remolque. Mahmoud hizo caer a Rodgers de una patada. Hasan no se detuvo a ayudar al general caído. Le pasó por encima y se apresuró a desatar a la privada DeVonne. Primero le desató los pies de la silla y luego los ató entre ellos antes de desatarle las manos.

La Striker intentó ayudar a Rodgers a levantarse pero Hasan la obligó a salir. Mientras la arrastraba a los compartimientos de la batería Rodgers se puso de pie. Colocó ambas manos sobre las estaciones de computación y movió los pies de adelante hacia atrás como si estuviera ejercitándose en barras paralelas.

Ésa era la primera parte de la sorpresa. La parte dos llegaría después, cuando recolocaran las baterías y pusieran en marcha los equipos. El satélite ES4 leería inmediatamente el aumento de electromagnetismo y enviaría señales al Centro de Operaciones. Paul Hood tendría un número de opciones, que irían desde observarlos a destruirlos.

Mientras avanzaba hacia donde Hasan y DeVonne lo esperaban, Rodgers pudo sentir la mirada ardiente de Mahmoud insistentemente clavada en él. Eso le agradó mucho porque significaba que su cuarto y último recurso militar había sido eficaz: se las había ingeniado para abrir una brecha ínfima entre el comandante y uno de sus soldados.

21

Lunes, 14:21, Washington D.C.

El coronel Brett August estaba dando una clase de ciencia militar a sus Striker cuando sonó su computadora. Miró el número: era Bob Herbert. Los fríos ojos azules de August volvieron a los diecisiete Striker que ocupaban el salón. Todos estaban sentados muy erguidos frente a sus viejos escritorios de madera. Sus uniformes color caqui estaban limpios y prolijamente planchados. Todos tenían sus computadoras personales abiertas.

El llamado de Herbert interrumpió una clase sobre el sangriento intento de derrocar a un dictador militar llevado a cabo por oficiales japoneses en febrero de 1936.

—Ustedes estarán al mando de las fuerzas rebeldes de Tokio —dijo August avanzando hacia la puerta—. Cuando regrese, quiero que cada uno de ustedes me presente un plan alternativo para llevar a cabo el golpe. Pero esta vez quiero que triunfen. Si quieren pueden retener o anular los asesinatos del ex primer ministro Saito y el ministro de Economía Takahashi. También pueden considerar la posibilidad de ser tomados como rehenes y utilizados para manipular convenientemente la opinión pública y la reacción oficial. Honda, usted quedará a cargo hasta que yo regrese.

El PFC Ishi Honda, el experto en comunicaciones del Striker, se puso de pie e hizo la venia cuando el coronel abandonó el salón.

Mientras atravesaba el oscuro corredor de la Academia del FBI en Quántico, Virginia, ni siquiera se molestó en imaginar qué podría querer Herbert.

August no era propenso a las especulaciones. Tenía el hábito de autoevaluarse: hacer lo mejor posible, considerar lo que se ha hecho y pensar cómo hacerlo mejor la próxima vez.

Pensó en la clase y se preguntó si les habría dado la clave acerca de la toma de rehenes. Probablemente no. Sería interesante ver si alguien la descubría por las suyas.

Sobre todo le agradaba el progreso logrado por el Striker desde su llegada. Tenía una filosofía simple acerca de la conducción de comandos militares. Hacerlos levantar temprano y llevar el cuerpo al límite. Hacerlos levantar pesas, trepar sogas y correr. Hacerlos probar los puños contra pedazos de madera y jugar pulseadas. Hacerlos nadar un rato y luego a desayunar. Cuatro millas de caminata diarias con el uniforme puesto, la primera y la tercera corriendo suavemente. Después una ducha, un descanso breve y clases. Los temas de las clases abarcaban desde estrategia militar a técnicas de infiltración que había aprendido de un colega de los Mista'aravim, los comandos de defensa israelíes disfrazados de árabes. Cuando los soldados llegaban a las clases se sentían felices de sentarse y sus mentes estaban muy alertas. August terminaba el día con un partido de béisbol, basquetbol o voleibol, según el clima y la disposición del equipo.

El Striker había avanzado mucho en pocas semanas. Físicamente los estaba preparando contra cualquier crisis, contra cualquier comando del mundo. Psicológicamente comenzaban a recuperarse de la muerte de Charlie Squires. August había trabajado en colaboración con la psicóloga del Centro de Operaciones, Liz Gordon, para ayudarlos a superar el trauma. Liz se había concentrado en dos terapias posibles. Primero los ayudaba a aceptar la verdad: la misión en Rusia había sido un éxito y los Striker habían salvado miles de vidas. En segundo lugar, basándose en proyecciones

computadorizadas de la misión-tipo, les demostraba que sus pérdidas no eran extraordinarias de acuerdo con lo que los militares consideraban «una escala aceptable». Esa aseveración fría y entrelíneas no podría curar la herida, pero Liz esperaba que aliviara parte de la culpa del grupo y les devolviera la confianza. Hasta el momento parecía funcionar. La semana pasada August había notado que los soldados estaban más concentrados durante el entrenamiento y reían más en los descansos.

El alto y espigado coronel caminaba rápidamente sin prisa aparente. Aunque sus ojos eran amables tenía la mirada clavada en el frente. No reconocía a los oficiales del FBI que pasaban junto a él. Desde que se había hecho cargo del Striker, August había buscado aislarse y aislar a su equipo de toda influencia externa. Más que el extinto Charlie Squires, August creía que un grupo comando no sólo debía ser mejor que cualquier otro grupo militar, sino que debía creerse mejor. No quería quedar colgado de una saliente en la montaña con una fuerza superior cercándolo y su propia gente preguntándose si era lo bastante buena para dispararle al enemigo. Fraternizar con elementos externos diluía la concentración, la sensación de unidad y objetivos.

La oficina de August se encontraba en el corredor ejecutivo del FBI. Ingresó su código en la ranura del umbral y entró. Siempre se sentía muchísimo mejor cuando cerraba la puerta y dejaba atrás lo que denominaba con cierta sorna «las camisas blancas». No era que le desagradaran o no los respetara. Al contrario. Eran inteligentes, bravos y delicados. Amaban a su país tanto como él. Pero temía su destino. Para August eran como las visiones navideñas de Scrooge sobre el porvenir. El coronel detestaba la idea de atarse a un cómodo escritorio y por eso había rechazado la sugerencia de Mike Rodgers de abandonar su puesto como oficial de la OTAN y trasladarse a Washington. Pero como Rodgers era su amigo de la infancia y el Striker era una fuerza singularmente capaz y agresiva, August había aceptado supervisarlos.

Lo atraía el gran desafío de reconstruir y liderar un equipo desmoralizado por la muerte de su comandante. Y además estaba el encanto de volver a estar con Rodgers. Desde niños compartían la pasión por el aeromodelismo y la evocación de antiguas novias. Rodgers había llegado a encontrar a una de las más queridas de August para inducirlo a volver a trabajar en los EE. UU.

La estratagema había funcionado. Cuando August finalmente se reunió con Barb Mathias, la princesa de la secundaria que había sido su primer amor, supo que ya no volvería a la OTAN. Compró un Ford para todos los días y un Rambler para arreglarlo los fines de semana, se mudó a las barracas de Quántico y volvió a prestar servicio como soldado por primera vez después de Vietnam. Los Striker eran jóvenes pero entusiastas y el equipo de alta tecnología resultaba maravillosamente inspirador.

August cerró la puerta tras él. Avanzó hacia el escritorio de metal y tocó el dial automático del teléfono de seguridad. Bob Herbert levantó el tubo.

—Buenas tardes, coronel —dijo Herbert.

—Buenas tardes, Bob.

—Por favor encienda su computadora —dijo Herbert—. Tiene una directiva firmada. Acuse recibo y vuelva a enviarla por correo electrónico.

A August le ardió el estómago de nervios al ingresar su código de identificación. Seguía sin especular, pero era astuto y absolutamente curioso. En pocos segundos la orden de Paul Hood apareció en pantalla. August la leyó. La Orden Nº 9 de Despliegue de Striker simplemente le ordenaba a él y a todo su comando Striker volar en helicóptero desde Quántico a la Base Andrews de la Fuerza Aérea y abordar allí el C-141B que los esperaba. August tomó la lapicera láser del escritorio y firmó la pantalla. Salvó el documento y se lo devolvió a Herbert.

—Gracias —dijo Herbert—. El teniente Essex del equipo del general Rodgers lo recibirá en el campo a las quince horas.

Supervisaremos la misión. Enviaremos todos los detalles cuando estén en vuelo. No obstante tengo algo que decirle, coronel, y me temo que no es agradable. Mike y el CRO han sido capturados por terroristas curdos, aparentemente.

La sensación de ardor subió a la garganta de August.

—O bien usted recupera la planta —prosiguió Herbert—, o según las reglas del juego nos veremos obligados a cerrar el negocio. Tal vez debamos hacerlo antes de que usted llegue allí, pero obviamente intentaremos evitarlo. ¿Entendido?

Cerrar el negocio, pensó August. Destruir el CRO sin tener en cuenta dónde estaba ni quién estaba adentro.

—Sí —dijo el coronel—. Entiendo.

—No comparto criterios con el general Rodgers como usted —prosiguió Herbert— pero lo disfruto y lo respeto plenamente. Es el único tipo que conozco capaz de citar a Arnold Toynbee en una frase y pasar letra de una película de Burt Lancaster en la siguiente. Lo quiero de vuelta. Los quiero a todos de vuelta.

—Yo también —replicó August—. Y estamos preparados para traerlos.

—Usted también es un gran tipo —dijo Herbert—. Buena suerte.

—Gracias —dijo August.

El coronel colgó el teléfono. Un momento después inhaló aire por la nariz con suma lentitud. Se llenó de aire el estómago, como si fuera una botella. El «gran vientre» era un truco que le había enseñado un simpático guardia cárcel cuando era POW en Vietnam. August había sido destinado a Vietnam del Norte para buscar un equipo Scorpion reclutado por la CIA en 1964 entre norvietnamitas católicos perseguidos. Se había supuesto que los trece comandos habían muerto. Pero años después se supo en Saigón que todavía estaban vivos. Enviaron a August a buscarlos junto con otros cinco hombres. Encontraron a los diez Scorpion sobrevivientes en un campo de prisioneros cerca de Haiphong… y se unieron a ellos. El guardia del Vietcong, Kiet, tenía que hacer lo que hacía para dar de

comer a su esposa e hija. Pero era un humanista taoísta que enseñaba en secreto su credo de «supervivencia sin esfuerzo» a los cautivos. Y el enfoque «quietista» de Kiet, junto con su propia y obstinada determinación, permitieron sobrevivir a August.

August exhaló, se quedó quieto un instante, y luego abandonó su oficina. Su paso era más rápido que antes, sus ojos más intensos.

Mientras intentaba asimilar el impacto de lo ocurrido, August no pensó ni un momento en el CRO ni en Mike Rodgers. Sólo pensó cómo trasladar a su gente al avión. Ése era otro truco que había aprendido como POW. Era más fácil enfrentar una crisis tragándola a pedazos de tamaño digerible. Si uno estaba colgado de las muñecas y hundido hasta las narices en una letrina maloliente y cubierta de moscas, o si se estaba cocinando en una jaula del tamaño de un ataúd bajo el sol de mediodía, no debía pensar cuándo iba a salir porque esa clase de pensamiento sólo serviría para enloquecerlo. En cambio, uno debía calcular cuánto demoraba una nube en viajar de una copa de árbol a otra, a qué velocidad cruzaba un espacio abierto una araña grande, e incluso contar cien respiraciones lentas destinadas al Vientre de Buda.

Claro que estaba preparado, se dijo August. Y su equipo también. Al menos sería mejor que lo estuvieran. Porque en menos de un minuto comenzaría a patear culos de Striker como nadie los había pateado antes.

22

Lunes, 15:13, sobre la bahía Chesapeake

El 727 del Departamento de Estado despegó de la Base Andrews a las 15:03 y fue rápidamente engullido por las nubes bajas que cubrían Washington. El avión intentaría permanecer en las nubes el mayor tiempo posible: ése era el procedimiento estándar del Departamento de Estado para evitar entrar al radio visual de los terroristas con base oceánica, que sin duda intentarían derribarlos. El procedimiento garantizaba vuelos más seguros, aunque también más inestables.

Paul Hood sabía muy poco de los otros cuarenta pasajeros. Eran un grupo de silenciosos y corpulentos ASD —agentes de Seguridad Diplomática—, un manojo de periodistas de aspecto cansado y un montón de diplomáticos de carrera con maletines de cuero y trajes negros. El corresponsal de la ABC en el Departamento de Estado, Hully Burroughs, ya estaba organizando la apuesta tradicional de los vuelos. Los que querían jugar ponían un dólar y elegían un número. Se nombraba un cronometrista oficial que, cuando llegaba el momento de aterrizar, contaba los segundos desde la primera orden de ajustarse los cinturones de seguridad hasta el instante en que las ruedas tocaban tierra. El pasajero que hubiera acertado el número exacto de segundos entre ambos eventos ganaba el pozo.

Hood evitó mezclarse. Eligió el asiento de la ventana y puso al joven Warner Bicking en el pasillo pues había comprobado que los

charlatanes crónicos tendían a hablar menos si debían inclinarse un poco para hacerlo. Especialmente después de unos cuantos tragos.

El radiollamado de Hood sonó a las 15:07. Era una llamada de Martha, probablemente para seguir la conversación que habían iniciado en el auto. Martha estaba muy molesta porque el presidente Lawrence había mandado a Hood a Damasco y no a ella. Después de todo, había dicho, ella tenía más experiencia diplomática que todo el Centro de Operaciones junto y conocía a algunos de los participantes. Había propuesto subir con él al avión o encontrarlo en Londres, y Hood había rechazado ambos requerimientos. En primer lugar, había sido idea del presidente, no suya. En segundo lugar, si ella se fuera Bob Herbert quedaría a cargo del Centro de Operaciones y Hood no quería que Herbert se ocupara de nada que no fuera la salvación del CRO y su tripulación. Martha había colgado el teléfono enfurecida.

Hood sabía que estaba prohibido usar teléfonos celulares hasta pasados diez minutos de vuelo, de modo que esperó a que la azafata otorgara el permiso correspondiente. Antes de llamar a Mackall abrió su computadora personal. Como las líneas telefónicas no eran seguras Martha tendría que comunicarle cualquier novedad mediante información codificada en diskettes.

Apenas Martha levantó el tubo Hood supo que ya no estaba tan enojada. Por el sonido monótono de su voz adivinó que algo había ocurrido.

—Paul —dijo Martha—, ha habido un cambio de temperatura.

—¿Qué clase de cambio? —preguntó él.

—Ha subido a setenta y cuatro grados —dijo ella—. Vientos del noroeste. Atardecer rojo.

—Setenta y cuatro grados, vientos del noroeste, atardecer rojo —repitió él.

—Correcto.

—Un momento —dijo Hood.

Buscó su pequeño maletín y sacó el diskette con etiqueta roja de un bolsillo. Eso ya le decía que las cosas andaban mal. La situación tenía código rojo. Ingresó el diskette en la computadora y tipió cuidadosamente el código 74NO. La máquina zumbó unos segundos y luego pidió el código de autorización de Hood. Marcó PASHA —las iniciales de Paul, Alexander, Sharon, Harleigh y Aun (el nombre de su madre)— y volvió a esperar.

La pantalla pasó del azul al rojo. Hood utilizó el mouse para señalar las letras blancas PCO en el extremo superior izquierdo.

—Warner —dijo Hood mientras se abría el archivo—, creo que será útil que tú también veas esto.

Bicking se inclinó para observar los datos del archivo:

PROYECCIÓN CENTRO DE OPERACIONES 74NO/ROJO

1. *Tema*: Primer escenario: respuesta siria a movilización turca.

2. *Escenario de provocación*: curdos sirios y turcos dan un golpe conjunto dentro de Turquía.

3. *Escenario de respuesta*: Turquía mueve entre cincuenta y sesenta mil efectivos a la frontera con Siria para evitar futuras incursiones. (*Acceso 75NO / Rojo para ampliación Respuesta Turquía*).

4. *Resultado*: Movilización siria.

5. *Probable composición de fuerzas sirias*: 30 000 hombres disponibles distribuidos entre el Ejército Árabe Sirio, la Marina Árabe Siria, la Fuerza Aérea Árabe Siria y la Fuerza de Defensa Árabe Siria. Las fuerzas de seguridad y policiales constan de 2000 efectivos, que serían asignados para la defensa de Damasco y del presidente del país. Se reclutarían conscriptos entre las fuerzas de trabajo dentro de los primeros tres días de movilización. En dos semanas se reuniría una fuerza adicional de un millón cincuenta y ocho mil hombres entre 15 y 49 años. Inadecuadamente entrenados, los conscriptos probablemente sufrirían bajas de entre el 40 y el 45% en las dos próximas semanas.

Siria apostaría al hecho de que las guerras tienden a ser breves en esa región.

6. *Esfuerzos diplomáticos turcos*: intensivos. No querrían una guerra.

7. *Esfuerzos diplomáticos sirios*: moderados. Considerando el alto grado de secularidad del gobierno turco, el noventa por ciento de la población musulmana de Siria (11.3 millones de un total de 13 millones) aceptaría la conflagración por considerarla *jihad* o guerra santa.

8. *Marco temporal para la iniciación del conflicto*: dado el entorno emocionalmente cargado creado por las actividades terroristas, hay un 88% de probabilidades de iniciación de hostilidades dentro de las primeras cuarenta y ocho horas. Si la reacción se enfría, hay un 7% de probabilidades de que las hostilidades comiencen en las próximas veinticuatro horas y un 5% de probabilidades de que se inicien después.

9. *Primera ola de iniciación del conflicto*: Turquía no querrá ser el país agresor por miedo a desatar una respuesta de Grecia. Sin embargo, la política aplicada permite la persecución de terroristas por fuerzas especiales si «la naturaleza del crimen admite la persecución». (*Acceso Informe Gubernamental Fuerzas Armadas Turcas 1995-1997*, archivo 566-05/Verde). Para desalentar discordias internas resultantes de inacción o inferida debilidad, se considera probable una respuesta turca mesurada. La respuesta siria a una incursión turca sería rápida y definitiva. Es probable que haya represalias de fuerzas múltiples dentro y fuera de la frontera siria. (*Acceso Informe Gubernamental Fuerzas Armadas Sirias 1995-1997*, archivo 566-87/Verde).

10. *Segunda ola de iniciación del conflicto*: Turquía atacará a cualquier efectivo sitio dentro de su país pero es casi seguro que no entrará a Siria, ya que una acción invasora ofendería a los musulmanes que viven en Turquía.

En este punto ambas partes habrán mostrado intenciones de retirarse y/o permanecer sólo para evitar futuras hostilidades. Se intensificarán los esfuerzos diplomáticos y es posible que prevalezcan.

El factor de incertidumbre (menor) se verá influido ampliamente por la respuesta concomitante de las naciones vecinas (ver 11, abajo).

11. *Proyección de respuesta de los países limítrofes*: se espera que todas las naciones de la región adopten una posición militar defensiva. Es probable que varios den pasos ofensivos.

A. *Armenia*: el gobierno respaldará a Turquía a menos que Turquía respalde a Azerbaiyán. En ambos casos es improbable una respuesta militar contra cualquier objetivo, con excepción de Azerbaiyán. Las fuerzas de seguridad gubernamentales vigilarán de cerca a la minoría curda pero es improbable que tomen medidas militares contra ellos. (*Acceso Informe Gubernamental Armenio*, archivo 364-2120/S/Blanco, para respuesta de EE. UU. a situaciones armenias).

B. *Bulgaria*: De los 21 000 efectivos en actividad es probable que sólo movilicen las Patrullas de Frontera. La población búlgara es un 8.5% turca. No habría razón para que las fuerzas turcas crucen la frontera. Mientras no la crucen, las fuerzas búlgaras evitarán confrontaciones.

C. *Georgia*: el gobierno respaldará a Turquía pero no hará gestos militares.

D. *Grecia*: Aumentarán las patrullas mediterráneas de la Marina helénica. Pueden surgir confrontaciones si encuentran patrullas turcas. Si estalla una segunda ola de hostilidades entre Turquía y Siria, Grecia preferirá permanecer neutral mientras avanza sobre el territorio Egeo reclamado por Ankara y Atenas. (*Acceso Archivo Isleta Imia*, 645/E/Rojo).

E. *Irán*: Es casi seguro que Irán permanecerá inactivo militarmente. Las actividades de quinta columna aumentarán con seguridad.

F. *Irak*: Durante la primera ola de hostilidades Bagdad aumentará sus ataques contra los curdos iraquíes para evitar que se unan a los curdos sirios y turcos. Durante la segunda ola Bagdad intentará instalar antiguos reclamos contra Kuwait. (*Acceso Archivo Wadi al Batin* 335/NO/Rojo).

G. *Israel*: la sociedad entre Israel y Turquía sólo cubre maniobras militares mutuas. No es un pacto de mutua defensa, aunque Israel

pondrá a disposición de Turquía sus recursos de inteligencia. Si estalla una segunda ola de hostilidades Israel podría enviar abastecimientos limitados.

H. *Jordania*: Jordania comparte maniobras de práctica aérea con Israel. Aunque permanecería neutral en una guerra entre árabes e israelíes, se uniría a Turquía en una guerra contra Siria.

Hood vació la pantalla.

—¿Hay posibilidades de nuevos cambios de temperatura? —le preguntó a Martha.

—Aparentemente, el frente 11F-Frank no tendrá lugar —replicó ella.

Hood releyó la información. Repitió lo que Martha acababa de decirle para que Bicking escuchara. Irak no se había movido contra los curdos, pero se sabía que la calma no duraría mucho tiempo. Informes de inteligencia recientes adjudicaban más de cinco millones de efectivos a las fuerzas militares iraquíes. Muchos de ellos eran jóvenes recién llegados ansiosos por vengar la humillación de sus predecesores en la guerra del Golfo Pérsico.

—También pensamos que el 11D-David y el 11D-George pueden moverse más rápido que lo esperado —dijo Martha.

Hood no se sorprendió. En vísperas de elecciones el presidente griego debía hacer algo indiscutiblemente patriótico para ganarse a la derecha. Quitarle territorios largamente disputados a una Turquía en conflicto sería una buena manera de lograrlo. En cuanto a Israel, el gobierno griego aprovecharía la magnífica oportunidad de atacar a un enemigo con el pretexto de defender a un aliado.

—¿Cómo andan las cosas en el frente doméstico? —preguntó Hood.

—Los meteorólogos observan y hablan —dijo Martha—. Se han suspendido algunos *picnics* en el área pero sólo se ha roto una sombrilla.

Eso significaba que el permiso militar en la región había sido cancelado y que las tropas norteamericanas estaban en alerta inferior Defcon Uno.

—Lo mantendré informado —dijo Martha—, pero desde ya puedo decirle que hay un montón de caras largas en el cuartel meteorológico general.

El cuartel meteorológico general era la Casa Blanca.

—Estoy seguro de que les preocupan las tormentas —dijo Hood —, y probablemente tendrán que soportar más de una.

—Podrán sobrevivirlas —dijo Martha—. Lo que les preocupa es el huracán.

Hood le agradeció y colgó. Miró a Bicking. El espigado joven de veintinueve años era un ex profesor de ciencias sociales en la Universidad de Georgetown. Era experto en política del Islam y había sido incorporado recientemente al equipo del Centro de Operaciones para aconsejar a Paul Hood en asuntos exteriores.

—¿Qué opinas de esto? —le preguntó Hood.

Bicking enrolló en su dedo índice un largo rizo de cabello negro.

Hacía lo mismo cada vez que pensaba.

—Hay muchas, muchísimas probabilidades de que la cosa estalle. Y cuando estalle… es muy probable que la onda expansiva arrastre al resto del mundo. De Turquía puede pasar a Grecia y Bulgaria y llegar a Rumania y Bosnia. Debido a la presencia de los iraníes allí, la cosa puede propagarse a Hungría, Austria y después a Alemania. Hay dos millones de turcos viviendo en Alemania. De esos dos millones, medio millón son curdos. Seguramente se sumarán al conflicto. También puede avanzar en la dirección inversa, a través de Rusia meridional.

—No me des tantos datos —dijo Hood—. Quiero la síntesis.

—Lo lamento —dijo Bicking—, pero debemos considerar que los antiguos odios interactúan constantemente: Turquía y Grecia, Siria y Turquía, Israel y Siria, Irak y Kuwait, y muchas otras combinaciones

múltiples. Cualquier nimiedad puede desatar una guerra. Y una vez qua esas langostas empiecen a saltar…

—Tendremos una plaga —dijo Hood.

—La plaga —replicó Bicking.

Hood asintió con tristeza. Era obvio que tendría mucho más que hacer en Damasco que salvar el CRO.

Bicking jugaba nerviosamente con su cabello. Escrutaba a Hood desde sus ojos ocultos bajo gruesas pestañas.

—Tengo una idea —dijo—. Permítame encargarme de la situación del CRO mientras usted y el Dr. Nasr se concentran en evitar la tercera guerra mundial.

—Tal vez no tengamos demasiado tiempo para solucionar la situación del CRO —dijo Hood—. Si existe la más remota posibilidad de que sea utilizado por los curdos, el presidente ordenará que lo encuentren y lo destruyan.

—Pronto —agregó Bicking—. Y encontrarlo no será difícil. En cuanto establezcan conexión los militares tendrán una señal para seguir y…

Hood tomó el teléfono y marcó un número.

—Así ganaremos tiempo.

—¿Cómo?

—Si los captores logran activar el CRO, la señal tendrá que venir vía satélite. Cuando eso suceda, es posible que Matt Stoll encuentre una manera de desactivarlo. Con el CRO desactivado podríamos convencer al presidente de que nos dé tiempo para negociar su devolución.

Bicking enroscaba su cabello rítmicamente.

—Suena bien —dijo.

Hood esperó la comunicación. El plan de destrucción del CRO era simple. No tenía comando de autodestrucción. Había sido diseñado como una disponibilidad completamente desarmada para facilitar su ingreso a muchas naciones extranjeras. No obstante, estuviera donde estuviese sería alcanzado por un misil Tomahawk lanzado

desde tierra, aire o mar y con un alcance de más de trescientas millas. Equipado con computadoras de persecución todo terreno, el misil podía destruir el CRO virtualmente en cualquier parte.

El asistente de Stoll contestó el teléfono y lo llamó inmediatamente.

—¿Estamos seguros? —preguntó Stoll, casi sin aliento.

—No —dijo Hood.

—Está bien, entonces escucha —le dijo el experto en computación—. ¿Recuerdas ese grupo de *rock & roll* desaparecido?

—Sí —dijo Hood. Como no tenían frases codificadas para describir la situación del CRO, Stoll estaba improvisando.

—Hay un nivel que emite radiaciones cuando los amperios se activan —dijo Stoll—. Bob lo perdió porque los rockeros tiraron del enchufe antes de tiempo.

—Entiendo —dijo Hood.

—De acuerdo. Ahora nuestro amigo de alto vuelo, el ES4, está volviendo a captar una señal.

El ES4 era el Sistema Spectrum Electromagnético de Vigilancia Satelital. Los sensores eran apenas un componente en una cadena de satélites multipropósito capaces de leer radiaciones terrestres en frecuencias desde 1029 a cero hertz y en longitudes de onda desde 1013 centímetros al infinito. Esas lecturas incluían rayos gamma, rayos X, radiación ultravioleta, luz visible, rayos infrarrojos, microondas y ondas de radio.

—¿De modo que ahora sabemos exactamente dónde está la banda? —preguntó Hood.

—Sí —respondió Stoll—. Pero no sabemos qué están haciendo.

—Todavía no tenemos audio —dijo Hood.

—Claro —dijo Stoll—. Sin embargo, es muy significativo que el líder de la banda no manifieste interés por volver a entrar en onda.

—¿Cómo lo sabes?

—Según las pruebas realizadas aquí antes de la partida, pueden pasar de cero a sesenta en cuatro minutos y cambiar. ¿Me sigues?

—Sí —replicó Hood. Las baterías del CRO podían ser recolocadas en cuatro minutos aproximadamente.

—Cuando el supremo logre activar todo —prosiguió Stoll—, el vagón de la banda no alcanzará todo su poder y las ruedas no girarán hasta dentro de otros quince minutos. Eso hace un total de veinticinco minutos.

—Lo que significa que la otra banda todavía seguirá a cargo del equipo —dijo Hood.

—Muy probablemente —dijo Stoll.

De modo que Rodgers estaba haciendo tiempo y los curdos tenían el control. Hood también sabía que si Bob Herbert y Matt Stoll estaban sacando esas conclusiones de las lecturas del CRO, lo mismo estarían haciendo la CIA y el Departamento de Defensa. Y si ellos decidían que el CRO estaba operando al máximo de sus posibilidades y en manos enemigas, su destrucción sería inevitable.

—Matt —dijo Hood—, ¿tenemos alguna manera de hacer callar a la banda si entra en línea?

—Seguro —dijo Stoll.

—¿Cómo lo harías?

—Enviaríamos un comando a la conexión superior —dijo Stoll—. Le diríamos que apenas llegue la primera señal de la banda al receptor deberá ignorar toda otra señal que provenga de esa fuente. Eso tomaría aproximadamente cinco segundos.

—Démosle quince segundos al líder de la banda —dijo Hood—. Si deseara hacernos llegar un mensaje, ese tiempo sería suficiente. Luego lo haremos callar. Él comprenderá lo que estamos haciendo y por qué.

—De acuerdo —dijo Stoll—. En cualquier caso seguiríamos observándolos.

—Correcto.

El ES4 podría seguirlos por rastro electromagnético hasta que el satélite de la ONR los captara en pocos minutos. Si Hood lograba

evitar que el presidente lanzara la orden de destruir inmediatamente el CRO al menos tendrían una posibilidad de salvar a la tripulación.

—Matt, quiero que escribas todo esto y se lo hagas llegar a Martha. Pídele que lo envíe a la Casa Blanca con mi recomendación de vigilar y esperar. Mientras tanto quiero que prepares todo para cerrar la puerta si nuestra banda llegara a abrirla.

—Haremos lo mejor posible —prometió Stoll.

Hood colgó e informó a Bicking. Ambos coincidieron en que si el CRO podía ser desactivado el presidente le daría tiempo al Striker para recuperarlo. A pesar de la presión del jefe de Seguridad Nacional Steve Burkow, que creía en la seguridad a cualquier precio, el presidente no intentaría perjudicar a su gente. No si lograban neutralizar el *hardware* del CRO.

Hood y Bicking empezaron a estudiar los informes gubernamentales sirios que tenían en la computadora. Pero Hood tenía la vista cansada y anunció que iba a estirar un poco las piernas. Bicking dijo que empezaría a estudiar las posiciones administrativas durante la ausencia de Hood.

El director del Centro de Operaciones pidió una Pepsi Diet a una de las dos azafatas y la bebió lentamente mientras observaba la cabina. Los asientos acolchados se agrupaban en hileras de dos con un ancho pasillo en el medio. Todos los pasajeros trabajaban en sus computadoras. Lo habitual era trabajar una hora o dos antes de que los tragos, la inquietud y los periodistas desesperados por llenar papeles convirtieran el viaje en una reunión social. En la parte de atrás del avión había dos mesas pequeñas para conferencias y almuerzos de trabajo. En ese momento estaban vacías, pero a las cinco —cuando sirvieran los emparedados— estarían atestadas. Pasando las mesitas se veía la puerta de la modesta oficina y el catre utilizados por el secretario de Estado cuando viajaba.

Hood se preguntaba cómo era posible que la nación más poderosa de la historia de la civilización, dueña de recursos tecnológicos insuperables y un gran ejército, fuera saboteada por

tres hombres con pistola. Era inconcebible. Pero por más que se lo preguntara, Hood sabía que no eran los curdos los que retenían a los rehenes norteamericanos. Eran los propios norteamericanos con su autorrestricción. Hubiera sido sencillo encontrar montones de terroristas curdos y hacerlos volar uno por uno hasta que liberaran a los rehenes. O capturar y asesinar a las familias de sus líderes. Pero los civilizados norteamericanos de fin del siglo XX eran incapaces de aplicar la ley del Talión. Los norteamericanos respetaban las reglas de juego. Y ésa era una de las cualidades que impedían que una superpotencia se transformara en una abominación como el Tercer Reich o la Unión Soviética.

Pero también implica que otra gente abuse de nosotros, pensó Hood. Terminó la gaseosa y aplastó la lata. Volvió a su asiento decidido a hacer todo su trabajo dentro del sistema. Creía apasionadamente que el estilo de vida norteamericano era el mejor del mundo. Y lo consolaba pensar que Mike Rodgers, verdadero conocedor de la historia humana, creía lo mismo.

—Los curdos y los fundamentalistas islámicos no dan pruebas de ardor político —dijo Hood mirando la pantalla de su computadora—. Tratemos de imaginar cómo seguirán las cosas.

—Sí, señor —replicó Bicking, volviendo a jugar nerviosamente con su cabello.

23

Lunes, 22:34, Oguzeli, Turquía

Agazapado en el asiento del conductor, Ibrahim observaba el medidor de energía mientras las baterías iban siendo recolocadas, A medida que los números digitales se incrementaban, Ibrahim probaba distintos botones para ver cómo funcionaban el aire acondicionado, las luces y otros aparatos. Había muchos paneles y botones que no comprendía.

Mahmoud estaba de pie junto a él, apoyado contra el tablero y fumando un cigarrillo. Tenía los brazos cruzados y sus ojos agotados no abandonaban ni por un instante a los norteamericanos ubicados en la parte trasera del remolque. Hasan había vuelto con ellos, llevando un reflector para vigilar cada movimiento que hicieran.

Los otros prisioneros estaban despiertos, sentados en silencio allí donde los curdos los habían dejado. Katzen, Mary Rose, Coffey y el coronel Seden estaban atados a la base del asiento del acompañante. El privado Pupshaw seguía atado a la silla de la computadora. No les habían ofrecido agua ni comida y ellos tampoco habían pedido. Nadie había pedido ir al baño.

Ibrahim miró por la ventana. En cuanto la energía empezó a volver a los controles, Ibrahim había abierto la ventana para que saliera el humo del cigarrillo de Mahmoud. El tabaco beduino que Mahmoud prefería era horriblemente dulzón, como un repelente de

insectos. Ibrahim no entendía por qué su hermano lo disfrutaba tanto.

Pero lo cierto es que tampoco entendía por qué su hermano disfrutaba tantas otras cosas. Por ejemplo las confrontaciones. A Mahmoud le había gustado el episodio con el norteamericano. Ambos habían perdido un poco de estatura a raíz de eso e Ibrahim estaba seguro de que su hermano pronto buscaría revancha.

Por su parte, Ibrahim sabía que su trabajo era necesario aunque él no lo disfrutara. Se vio reflejado en el espejo retrovisor y estudió sus rasgos con una curiosa mezcla de satisfacción y odio. Ese día habían hecho un buen trabajo, ¿pero qué derecho tenía a estar vivo? Walid había luchado tanto y con tanta diligencia. De estar vivo, esa noche hubiera agradecido a Alá con una plegaria, no a título personal.

Mientras se miraba, Ibrahim advirtió por primera vez que el espejo tenía forma de plato y cierto grado de convexidad que permitía ampliar la vista del camino. Pero el marco también era redondeado, más allá de los dictados del estilo. Curioso, sacó el cuchillo y lo metió detrás del espejo.

El líder norteamericano, al que llamaban Kuhnigit, dejó de hacer lo que estaba haciendo y le dijo algo a Ibrahim: Hasan respondió algo. El norteamericano volvió a hablar. Kuhnigit no parecía tan confiado como antes e Ibrahim se preguntó si no ocultaría algo. Hasan señaló la abertura del piso y dijo algo en inglés. El norteamericano se agachó y volvió a trabajar. Ibrahim siguió con el espejo.

El cristal estaba suelto a los costados pero permanecía sujeto al centro. Sólo que no era cristal sino un material mucho más liviano. Casi como un celofán plateado. Ibrahim se asomó por la ventana para ver mejor. Había algo atrás del espejo… una especie de bocina. Parecía un transmisor.

No, pensó, un transmisor no. Un radar como los que usaban en la fuerza aérea, sólo que de tamaño reducido.

Ibrahim recolocó el espejo y miró hacia atrás. El norteamericano había dejado de recolocar las baterías y lo estaba mirando. Hasan le ordenaba:

—Trabaja… ¡trabaja!

El norteamericano se irguió vacilante sobre sus pies atados por un instante, y luego se apoyó contra una de las computadoras apagadas. Hasan avanzó hacia él, lo aferró del hombro y lo arrojó de vuelta a la abertura del piso.

Ibrahim saltó del asiento con el cuchillo en la palma de la mano.

—Algo anda mal aquí —le dijo a Mahmoud.

Mahmoud chupó su cigarrillo por última vez y lo tiró al piso.

—¿Qué podría andar mal aquí, fuera del paso de tortuga del norteamericano?

—No sé —dijo Ibrahim—. Si dejara volar mi imaginación diría que el marco de ese espejo parece un transmisor de radio muy pequeño —utilizó el cuchillo para señalar—. Y además están todas esas computadoras y monitores. Supongamos que no las usan para encontrar ciudades enterradas. Supongamos que estos tipos no son científicos. Supongamos que todo esto es un disfraz.

Mahmoud se irguió de golpe. El cansancio pareció abandonarlo.

—Continúa, hermano mío.

Ibrahim señaló a Rodgers con la punta de su cuchillo.

—Ese hombre no actuó como un científico. Sabía muy bien hasta dónde llegar cuando amenazaste a la chica.

—Como si hubiera hecho lo mismo otras veces, quieres decir —dijo Mahmoud—. Aywa… sí. Tuve la misma sensación pero no sabía por qué.

—Todos están demasiado tranquilos —dijo Ibrahim—. Nadie ha suplicado, ni siquiera han pedido de beber —señaló a Pupshaw y DeVonne—. Esos dos soportaron las ataduras sin una queja.

—Como si estuvieran entrenados —dijo Mahmoud. Miró el remolque oscuro a su alrededor como si lo viera por primera vez—.

Pero si no es para investigación, ¿qué demonios es este lugar? —preguntó.

—Una estación de reconocimiento —dijo tentativamente Ibrahim. Luego, con más confianza, dijo:

—Sí. Casi estoy convencido de que lo es.

Mahmoud aferró el brazo de su hermano.

—Loado sea el Profeta, podríamos usarla para…

—¡No! —gritó Ibrahim, desasiéndose—. No…

—Pero podría servirnos para salir de Turquía —dijo Mahmoud—. Tal vez podamos interferir conversaciones militares.

—O ellos interferir las nuestras —replicó Ibrahim—. Y no desde tierra sino desde allá arriba —señaló el espejo retrovisor con el cuchillo—. Es muy posible que ya nos estén vigilando, que estén esperando para ver hacia dónde vamos.

Mahmoud miró a su hermano y luego a Rodgers quien, inclinado sobre la abertura del piso, estaba terminando de recolocar las baterías.

—¡Abadan! —gritó el sirio—. ¡Nunca! De una u otra manera… los cegaré.

Se apoderó del cuchillo de Ibrahim y avanzó hacia Mary Rose. Se agachó y cortó la cuerda que la mantenía atada a la silla. La chica todavía estaba atada de pies y manos y Mahmoud la empujó hacia adelante, de cara al piso.

Luego le devolvió el cuchillo a Ibrahim y se arrodilló junto a ella. Le aferró el cabello con tanta fuerza que Mary Rose aulló de dolor. Mahmoud sacó la .38 del cinturón y le clavó el caño del arma en la nuca.

Rodgers dejó de trabajar por segunda vez. No intentó levantarse.

—¡Hasan! —gritó Mahmoud—. Dile al norteamericano que ya sabemos para qué sirve su vehículo. Dile que quiero saber cómo funciona —Mahmoud sonrió burlonamente— y dile que esta vez solo contaré hasta tres.

24

Lunes, 15:35, sobre Maryland

El teniente Robert Essex estaba esperando al coronel August cuando el helicóptero que transportaba al Striker aterrizó en la Base Andrews de la Fuerza Aérea. El teniente le entregó un diskette cubierto con una cinta de plata sensible a la presión. Sólo la huella digital del pulgar de August escaneada por su computadora le permitiría acceder a la información.

Mientras August recibía el diskette, el sargento Chick Grey silbó a los dieciséis soldados del comando Striker para indicarles que abordaran el C-141B. El avión —un C-141A Lockheed Starlifter transformado— tenía un fuselaje de 168 pies y cuatro pulgadas de longitud: treinta y tres pies y cuatro pulgadas más largo que su predecesor. El rediseño de la nave había permitido agregar un equipo de reabastecimiento de combustible durante el vuelo que aumentaba su alcance operativo normal de 4080 millas.

Los cinco tripulantes del avión ayudaron a los Striker a acomodar sus equipos. Menos de ocho minutos después de la llegada de los soldados, los cuatro poderosísimos motores Pratt & Whitney alzaron la nave a los cielos.

El coronel August sabía que el coronel Squires acostumbraba a discutir todo con la tripulación, desde sus novelas favoritas hasta el sabor del café. August comprendía que eso ayudaba a relajar a la gente y la hacía sentir más próxima y deferente hacia su

comandante. Pero ése no era su estilo. Y tampoco era el estilo que enseñaba como profesor invitado en el John F. Kennedy Special Warfare Center. En lo que a él concernía, una de las claves del liderazgo era que la gente nunca llegara a conocer del todo a su líder. Si no sabían qué botón apretar, cómo complacerlo, tendrían que seguir probando. Y su viejo carcelero vietcong solía decirle: Nos mantenemos juntos manteniéndonos separados.

La cabina pobremente aislada era ruidosa y el asiento era duro. Así lo prefería August. Un viaje en avión frío y turbulento. Un aterrizaje en aguas tormentosas. Una marcha larga y extenuante bajo la lluvia. Ésas eran las cosas que fortalecían a los soldados.

Guiados por el privado de Primera Clase David George, los Striker comenzaron a estudiar el inventario de todo lo que había a bordo del avión. El Centro de Operaciones tenía un depósito de equipamiento en la Base Andrews donde se guardaban uniformes para todo tipo de clima y equipos para toda clase de misión. En el cargamento de este viaje se habían incluido los uniformes de faena camuflados estándar, y también pasamontañas y sombreros. Los equipos incluían chalecos antibala Kevlar, cinturones de enganche, botas de asalto ventiladas para climas calurosos, antiparras con lentes a prueba de astillamientos, y bolsas con dispositivos especiales para llevar en la cintura. Había compartimientos para suplementos de municiones, un reflector, granadas de mano, granadas de fragmentación M560, un equipo de primeros auxilios, ganchos y anillos para escalar, y vaselina para aplicar en zonas lastimadas por las caminatas, los escalamientos, las marchas cuerpo a tierra y las correas demasiado tirantes. Las armas destinadas al equipo eran pistolas Beretta 9mm con depósitos de cartuchos extendidos y ametralladoras Heckler & Koch MP5 SD3 9mm. Las MP5 tenían silenciador integral y gran capacidad de aniquilamiento. Desde la primera vez que los había usado, August estaba convencido de que los silenciadores resultaban a la vez inteligentes y eficaces. El primer paso absorbía los gases y el segundo se encargaba del estallido y la

llama. El ruido del disparo era ahogado por amortiguadores de goma. A quince pies de distancia el arma era mortalmente silenciosa.

Era obvio que Bob Herbert preveía algunos encuentros cercanos.

El comando también estaba equipado con seis motocicletas de motor silencioso y un cuarteto de VAR. Cada uno de los Vehículos de Ataque Rápido podía llevar tres pasajeros. Habían sido diseñados para atravesar el desierto a velocidades superiores a las ochenta millas por hora. El conductor y un acompañante ocupaban la parte delantera y el tirador adicional ocupaba el asiento trasero elevado. Los VAR estaban equipados con ametralladoras calibre .50 y lanzadores de granadas de 40mm.

El coronel August ya se había formado una idea del lugar al que se dirigían al apoyar el pulgar en el diskette. La cinta grabó la huella digital, la ranura «A» de la computadora leyó la impresión, y el diskette fue ingresado.

Contenía un resumen breve de lo que había pasado con el CRO, junto con las fotografías que Herbert le había mostrado a Hood. La evidencia recogida por Herbert indicaba como perpetradores a los curdos sirios, posiblemente en connivencia con los curdos turcos. La confirmación aparente de esa hipótesis había llegado hacía una hora, cuando Herbert supo por un agente ultrasecreto que operaba con los curdos sirios que había habido reuniones secretas entre ambos grupos, varias veces durante los últimos meses. En una de esas reuniones se había discutido la posibilidad de atacar una represa.

Como August había supuesto, los destinarían a Ankara o Israel. Si iban a Ankara aterrizarían en la base de la OTAN al norte de la capital. Si el Striker iba a Israel, aterrizarían en la base aérea secreta Tel Nef cerca de Tel Aviv. August había estado allí un año atrás y la recordaba muy bien. El perímetro estaba rodeado por alambrados de alta tensión. Pasando el alambrado, cada veinte pies, había una casilla de ladrillo con un centinela y un ovejero alemán. Quince pies

más allá, también rodeando el perímetro, había cinco pies de arena fina y blanca. La arena estaba minada. En más de un cuarto de siglo eran pocos los que se habían atrevido a intentar irrumpir en la base. Ninguno había vivido para contarlo.

Desde Ankara el equipo volaría en dirección este, hacia una zona de maniobras dentro de Turquía. Desde Tel Nef los Striker volarían o irían por tierra a la frontera de Turquía o Siria. Si, como creía Herbert, el CRO estaba en poder de curdos sirios, era muy probable que se dirigieran al valle de Bekaa en Siria occidental. El valle era la fortaleza de las operaciones terroristas y allí el CRO sería de suma utilidad. Si los curdos sirios estaban aliados con los curdos turcos tal vez planearan quedarse en Turquía y dirigirse a las fortalezas orientales curdas alrededor del monte Ararat. Sin embargo, ese derrotero sería riesgoso. Ankara todavía estaba embarcada en una guerra extraoficial contra los curdos escondidos en las provincias de Diyarbakir, Mardin y Slirt al sudeste y en la provincia de Bíngol al este.

Debido al apoyo otorgado por el gobierno sirio a otros grupos terroristas del Bekaa, particularmente al Hezbollah, ése era un destino más adecuado. Herbert estaba convencido de que los sirios jamás permitirían el ingreso del Striker a esa región.

—Vayan donde vayan —escribió Herbert—, todavía no tenemos la aprobación del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso para la incursión. Martha Mackall espera conseguirla, aunque tal vez llegue demasiado tarde. Si los terroristas siguen en Turquía, esperamos conseguirles un permiso para entrar al país y establecer un centro de control e información hasta obtener la aprobación del Congreso. Si los terroristas entran a Siria, el Striker no tendrá autorización para ingresar a ese país.

A August se le fruncieron ligeramente las comisuras de la boca. Releyó el fragmento «… no tendrá autorización…». Lo que Herbert había escrito no significaba que el Striker no entraría al país. Apenas llegado al Centro de Operaciones, Mike Rodgers había instigado a

August a pasar varias noches en vela revisando el lenguaje de los comunicados entre el Centro de Operaciones y el Striker. Con frecuencia las órdenes estaban implícitas en lo que no se decía más que en lo que sí se decía. Para August eso no era ninguna novedad.

No obstante, August había descubierto que cuando Bob Herbert o Mike Rodgers no querían que el Striker avanzara siempre escribían: «… no está autorizado…».

Claramente —o más bien oblicuamente— en este caso Herbert deseaba que el Striker actuara.

El resto del material del diskette consistía en mapas, rutas posibles hacia diversos lugares y estrategias de salida en caso de que turcos y sirios no cooperaran. Llegarían a Tel Nef en quince horas. August comenzó a revisar los mapas y luego echó un vistazo a los planes de rescate en zonas montañosas o desérticas.

Gracias a los años pasados en la OTAN, August estaba familiarizado con la geografía de la región y también con los diversos escenarios de misiones militares. Las tácticas del Striker eran las mismas que utilizaban las diversas ramas del ejército norteamericano de las que provenían sus miembros. Pero a August no le resultaba familiar tener que evacuar a alguien tan próximo. Sin embargo, Kiet le había enseñado que no hay por qué temer aquello que no nos es familiar. Simplemente se trata de algo nuevo.

Mientras el coronel seguía estudiando los mapas, Ishi Honda se acercó. August levantó la vista. Honda le traía el teléfono seguro TAC-SAT, que había sido conectado a la radio del C-141B.

—¿Sí, privado? —preguntó August.

—Señor —dijo el joven—, creo que debe escuchar esto.

—¿De qué se trata?

—Un informe que llegó al LA hace cuatro minutos —dijo Honda.

El LA era el receptor de línea activa, una línea telefónica que vinculaba directamente a Bob Herbert y al operador de radio del Striker cuando sonaba. Si el Striker estaba en misión la llamada pasaba al TAC-SAT. Muy pocas personas tenían el número del LA: la

Casa Blanca, la senadora Fax y diez funcionarios jerárquicos del Centro de Operaciones.

August miró a Honda.

—¿Por qué no fui informado apenas llegué? —exigió duramente.

—Lo siento, señor —dijo Honda—, pero deseaba descifrar el mensaje primero. No quería hacerle perder tiempo con información incompleta.

—La próxima vez hágame perder tiempo —dijo August—. Hasta podría serle útil.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—¿Qué tenemos entonces? —preguntó August.

—Una serie de bips —dijo Honda—. Alguien discó nuestro número y luego marcó otros números que siguen repitiéndose.

August tomó el tubo del teléfono y se tapó la oreja libre con el dedo índice para poder escuchar. Había nueve tonos seguidos de una pausa y luego se repetían los mismos nueve tonos.

—No es un número de teléfono —dijo August.

—No, señor —dijo Honda.

August prestó atención. Era una melodía extraña y discordante.

—Supongo que cada tono corresponde a una letra del teléfono —dijo.

—Sí, señor —dijo Honda—. Hice todas las combinaciones posibles pero ninguna tiene sentido.

Honda le entregó un papel a August. El coronel lo leyó y luego lo releyó: 722528573. August miró el tubo. Las posibles combinaciones numéricas eran prácticamente incalculables. El coronel volvió a mirar el mensaje. Definitivamente se trataba de un código, y sólo una persona podía estar mandando un comunicado codificado vía LA: Mike Rodgers.

—Privado —dijo August—, ¿esto podría provenir del CRO?

—Sí, señor —replicó Honda—. Podrían haber utilizado uno de los teléfonos instalados en las computadoras.

—Para eso tendría que haber estado encendida, y alguien tendría que haber tipiado el mensaje en el teclado.

—Correcto, señor —dijo Honda—. Pero también podrían haber conectado un teléfono celular a la computadora y mandado el mensaje a través del radar. Ese procedimiento hubiera sido más fácil de hacer en privado.

August asintió. El CRO había vuelto a ser activado. Probablemente uno de los tripulantes lo habría re activado. Para eso habría tenido que usar las manos y así, con las manos libres, había podido enviar un mensaje.

—El Centro de Operaciones también habrá recibido este mensaje —dijo August—. Infórmese al respecto.

—Enseguida —respondió Honda.

El operador de radio se sentó cerca de August. Mientras telefoneaba a la oficina de Bob Herbert, August ni siquiera se molestó en mirar los mapas que tenía en el regazo. Lo único que quería era saber qué habían hecho en el Centro de Operaciones con el mensaje. Pero el hecho de que estuviera en código y fuera tan breve lo obligaba a preocuparse seriamente por la situación de Mike Rodgers.

25

Lunes, 22:38, Oguzeli, Turquía

Esta vez Mike Rodgers no tenía opción.

Mahmoud sentía deseos de matar, Rodgers podía verlo en sus ojos. Por eso ni siquiera esperó que terminara de contar hasta tres y apenas Hasan tradujo la orden de cooperar levantó las manos.

—Está bien —dijo con firmeza—. Voy a decirle todo lo que quiera saber.

Hasan tradujo. Mahmoud titubeó. Rodgers lo miró directamente a los ojos.

Era obvio que a Mahmoud le gustaba tener acorralado a Rodgers, y Rodgers le había permitido disfrutar todavía más su poder al capitular enseguida. El sirio obtendría todo lo que deseaba y ya no podría matar a Mary Rose por venganza o resentimiento. Sin embargo, todavía quedaba una manera de detener a los curdos, especialmente si el Centro de Operaciones recibía y comprendía el mensaje telefónico de Rodgers. El general había retirado su teléfono celular del bolsillo de la camisa donde Hasan lo había guardado temprano esa mañana e inmediatamente lo había programado mientras trabajaba en la abertura del piso del remolque. Unos minutos después, al apoyarse contra la mesa de la computadora, había colocado el teléfono en el soporte y de ese modo lo había conectado automáticamente al radar. La conexión anulaba la batería

interna del teléfono, que no comenzaría a discar el número indicado hasta que se reactivara la computadora.

Al volver a la abertura del piso, Rodgers conectó la batería a varios de los sistemas más ruidosos del CRO. Cuando la computadora volvió a la vida también revivieron el acondicionador de aire y el sistema de seguridad que sonaba intermitentemente cada vez que abrían una ventana. Los sirios no oyeron el lánguido clic del discado y rediscado del teléfono. Dos minutos después todas las baterías estaban conectadas y las piernas de Rodgers se balanceaban en el pozo de la batería.

—Hasan —dijo Rodgers amablemente—, por favor dígale a su colega que todo está en orden y que voy a cooperar. Dígale que lamento haberlo engañado respecto de la naturaleza del remolque. Prometo que no volverá a ocurrir.

Rodgers miró subrepticiamente a Mary Rose. La pobre mujer respiraba con dificultad. Parecía esforzarse por evitar un vómito.

Mahmoud la arrastró del cabello.

—¡Hijo de puta! —gruñó el privado Pupshaw, luchando contra sus ataduras.

—Silencio, privado —le advirtió Rodgers. Trataba de ignorar el nudo de ira en sus entrañas.

Hasan asintió aprobatoriamente en dirección a Rodgers.

—Me agrada que ahora vea las cosas a nuestro modo. Rodgers no dijo nada. No ganaría nada explicando lo que sentía al ver a un hombre armado amenazar y maltratar a un civil atado y desarmado. Lo único que el general quería era que los terroristas se quedaran en la parte delantera del remolque, lejos de las computadoras.

Mahmoud le entregó la muchacha a Ibrahim, quien la sujetó fuertemente contra su pecho con un brazo. El líder sirio se acercó a Rodgers. El general saltó hacia adelante y se paró delante de la computadora opuesta a la que había conectado el teléfono. Apoyó la mano sobre el hombro de Pupshaw para animarlo.

Mahmoud le dijo algo a Hasan y Hasan tradujo.

—Mahmoud desea que usted hable —dijo Hasan.

Rodgers miró a Mahmoud. La ira había abandonado en parte su rostro, y eso era bueno. Rodgers quería hacer las cosas con lentitud y verbosidad para que el Centro de Operaciones tuviera tiempo de recibir y decodificar el mensaje. También quería ganar tiempo para que enfocaran un satélite al CRO si todavía no lo habían hecho, y sospechaba que si les decía parte de lo que podía hacer el CRO, los sirios no imaginarían que podía hacer mucho más: por ejemplo acceder a las computadoras de alta seguridad de Washington. Si los terroristas aprendían todas las capacidades del CRO, la seguridad nacional y las vidas de muchos agentes secretos quedarían comprometidas. Y Rodgers no tendría otra opción que pararse frente a cada teclado y marcar Control, Alt, Del y Cap F: freír el equipo, costara lo que costase.

—Éste es un equipo de vigilancia de los EE. UU. —dijo Rodgers—. Escuchamos comunicaciones de radio.

Mientras Hasan traducía para Mahmoud, Rodgers sintió un pellizcón de Pupshaw.

—General, matémoslos ahora mismo —murmuró el Striker.

—Tranquilo —lo reprendió Rodgers.

Hasan volvió junto a Rodgers.

—Mahmoud quiere saber si usted sabía lo que hicimos hoy.

—No —dijo Rodgers—. Ésta es la primera vez que usamos nuestro equipo. Todavía estamos trabajando en él.

Hasan tradujo. Mahmoud dijo algo y señaló la pequeña fuente satelital.

—¿Puede enviar un mensaje desde aquí? —preguntó Hasan.

—¿Un mensaje satelital? —preguntó Rodgers, esperanzado—. Sí. Claro que podemos.

—¿Pueden enviar mensajes con la computadora y también mensajes hablados? —inquirió Hasan.

Rodgers asintió. Si Mahmoud quería usar el CRO como megáfono personal, tanto mejor. El Centro de Operaciones podría seguirles el

rastro observándolos y/o escuchándolos.

Mahmoud sonrió y le dijo algo a Ibrahim. Ibrahim respondió confiadamente. Mahmoud volvió a hablar y esta vez Ibrahim rodeó con su otro brazo el pecho de Mary Rose y la arrastró fuera del remolque.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Mary Rose, aterrorizada—. ¡General! General…

—¡Déjenla en paz! —exigió Rodgers—. ¡Estamos haciendo todo lo que nos piden!

Comenzó a saltar hacia la puerta del remolque.

—Si quieren a alguien, llévenme a mí —dijo.

Hasan lo obligó a volver atrás. Rodgers aferró al sirio por el cabello pero no pudo mantener el equilibrio. Hasan lo arrojó al pozo de batería más próximo. Sondra se acercó a ayudado pero él le indicó que no lo hiciera. Si iban a golpear a alguien Rodgers quería que fuera a él. Ella se sentó en el borde del pozo.

—¡Lo he tratado bien! —gritó Hasan y escupió en la cara del general—. ¡Animal! ¡Usted no lo merece!

—Traiga a la chica —le pidió Rodgers—. Estoy haciendo lo que me piden.

—¡Cállese!

—¡No! —gritó Rodgers—. Creí que teníamos un acuerdo.

Mahmoud avanzó y apuntó a Rodgers con el arma. El rostro del líder sirio era impasible mientras hablaba con Hasan.

Hasan se pasó los dedos por el cabello.

—Me hizo enojar por nada, señor Rambo —le dijo—. Ibrahim ha llevado a la mujer a la motocicleta del turco. Nos seguirá a cierta distancia. Mahmoud ha ordenado que utilice estas computadoras para desactivar el satélite. Si alguien nos detiene le arrancaremos los ojos y la abandonaremos en el desierto.

Rodgers se maldijo en silencio. Había transgredido los límites y convertido a Hasan en su enemigo. Debía dar un paso atrás y tratar de pensar con lógica.

Hasan sacó a Rodgers del pozo de la batería y lo arrojó a la única silla libre frente a la computadora. Mahmoud dijo algo.

—Mahmoud dice que usted ha perdido demasiado tiempo —le dijo Hasan—. Queremos ver este remolque desde un satélite.

Rodgers sacudió la cabeza.

—No tenemos esa capaci…

Mahmoud dio media vuelta y pateó a Sondra en la cara. Ella vio venir la bota y se echó hacia atrás acompañando el movimiento para amortiguar el impacto. Cayó hacia el costado pero se rehizo rápidamente con mirada desafiante.

Rodgers sintió la patada como si la hubiera recibido. La patada había arrojado la lógica a una zona remota y última. Miró a Hasan.

—Dígale a Mahmoud que si vuelve a tocar a uno de los míos no obtendrá nada, absolutamente nada, nunca.

Mahmoud habló apresuradamente con Hasan.

—Mahmoud dice que la golpeará hasta matarla si usted no obtiene la capacidad que le estamos pidiendo —replicó Hasan.

—Ustedes están en una propiedad de los EE. UU. —dijo Rodgers —. Dígale a Mahmoud que no obedecemos a dictadores, a ningún precio —Rodgers clavó la vista en Hasan—. Dígaselo, maldito sea.

Hasan obedeció. Cuando terminó, Mahmoud fue a patear a Sondra por segunda vez. Como ella tenía las manos libres pudo cruzar los brazos y frenar el golpe. Al mismo tiempo giró las manos hacia adentro y le agarró el pie. Luego le tiró de la pierna y lo hizo caer hacia atrás.

—Grandioso, privada —dijo Coffey por lo bajo.

Aullando de furia, Mahmoud pisó la rodilla derecha de la mujer y acto seguido le pateó el mentón. Ella no pudo reaccionar con suficiente rapidez a los golpes y cayó contra la pared. Mahmoud corrió hacia ella y le pateó el vientre. Ella se llevó los brazos a los costados intentando respirar.

—¡Por el amor de Dios, basta! —gritó Katzen.

Mahmoud pateó a Sondra dos veces más en el pecho y en esta oportunidad la mujer gimió. Después le pateó la boca. Con cada golpe los ojos de Katzen ardían con más furia, primero contra los sirios y luego contra Rodgers.

—Va a matarla —dijo Katzen—. ¡Dios santo, haga algo! Rodgers estaba orgulloso de su Striker. Sondra estaba decidida a dar la vida por su país. Pero él no podía permitido. La democracia estaría mejor servida por muchas Sondra DeVonne vivas, no muertas.

—Está bien —dijo Rodgers—. Haré lo que me pide.

Mahmoud se detuvo y Sondea trató de sentarse. Tenía sangre en la boca y las mejillas. Abrió los ojos y miró a Katzen, que exhaló trémulo.

Tomándose de la mesa, Rodgers se dejó caer en la silla vacía. Puso las manos sobre el teclado. Titubeó otra vez. Si sólo se tratara de él y de Pupshaw, incluso de Katzen y Coffey, podría mandar al infierno a los sirios. Pero al ceder a la primera demanda les había demostrado que tenía la piel débil. Al atacar a Hasan, Rodgers había perdido toda posibilidad de dividir a los terroristas. Había cometido una estupidez. Pero estaba cansado y temía por Mary Rose y así habían sucedido las cosas. Ahora sólo le quedaban dos recursos: su propia vida y el factor sorpresa. Mientras hiciera funcionar el CRO para esos hombres seguiría vivo. Y mientras siguiera con vida podría sorprenderlos.

Siempre que conserves la astucia, recordó Rodgers. Basta de exabruptos.

Mahmoud habló y Hasan asintió.

—Queremos ver a Ibrahim en la imagen —dijo Hasan—. Asegúrese de que aparezca.

Hasan y Mahmoud miraron por encima de su hombro y Rodgers abrió el *software* del CRO. Siguió las indicaciones de la pantalla, ingresó las coordenadas y pidió una panorámica del lugar. Contuvo el aliento cuando la computadora indicó que su pedido «ya estaba en marcha».

Maldito sea, pensó Rodgers. *Maldito sea*. El sirio también podía leer en inglés.

—Ya está en marcha —dijo Hasan. Tradujo para Mahmoud y luego dijo:

—Eso significa que alguien más ha pedido esta información.

¿Quién?

—Podría haber sido cualquier oficina militar o de inteligencia en Washington —respondió Rodgers sinceramente.

Menos de veinte segundos después se estaban viendo desde el espacio. La imagen abarcaba un cuarto de milla, la distancia estándar de vigilancia.

Mahmoud parecía complacido. Le dijo algo a Hasan.

—Mahmoud desea que usted averigüe quién más nos está mirando.

No tenía sentido seguir mintiendo. Sólo golpearían a Sondra hasta matarla y luego matarían a algún otro. Rodgers señaló el ícono luminoso del satélite y apareció una breve lista de salidas para imágenes compartidas donde sólo figuraban los nombres del Centro de Operaciones y la Oficina Nacional de Reconocimiento.

Hasan explicó lo que decía en la pantalla y luego Mahmoud habló.

—Tendrá que cerrar el ojo del satélite —dijo Hasan.

Rodgers no vaciló. Una de las claves del juego de rehenes era saber cuándo subir las apuestas pero también cuándo retirarse. Había llegado el momento de retirarse, al menos por esta mano.

El CRO no podía desactivar el 30-45-3. La orden de desactivación sólo podía provenir de la ONR. Sin embargo, podía enviar una corriente constante de ruido digital que cubriría un área de aproximadamente diez millas. Eso tornaría invisible al CRO para toda forma de reconocimiento electrónico, desde luz normal a electromagnética.

Rodgers accedió al *software* diseñado para evitar que el CRO fuera visto por satélites enemigos. Después de abrirlo y desactivar los

códigos de seguridad del sistema lo único que le restaba hacer era marcar «Enter».

—Está preparado —dijo Rodgers.

Hasan tradujo. Mahmoud asintió. Rodgers apretó el botón. Los tres hombres observaron cómo el monitor se densificaba por la estática hasta que la imagen desapareció. Hasan se inclinó sobre Rodgers y cliqueó el ícono del satélite. El Centro de Operaciones y la ONR desaparecieron inmediatamente de la lista de imágenes compartidas.

Mahmoud se echó hacia atrás y sonrió. Habló con Hasan largamente y luego sacó su bolsa de tabaco del bolsillo de la camisa.

Hasan miró a Rodgers.

—Mahmoud quiere que me asegure de que usted haya hecho lo que prometió.

—Claro que lo hice —dijo Rodgers—. Pudo verlo con sus propios ojos.

—Vi cómo desaparecía una imagen —dijo Hasan. Señaló el bolsillo de la camisa de Rodgers—. Use ese teléfono. Llame a sus cuarteles generales. Yo hablaré con ellos.

Rodgers estaba muy nervioso pero debía aparentar calma. Tal vez Hasan lo estuviera señalando a él y no al bolsillo donde había puesto el teléfono. Asintió y, como quien no quiere la cosa, buscó el teléfono al costado de la computadora. Lo retiró del soporte e inmediatamente trató de apretar el botón de *Stop*. Lo último que quería era que los sirios escucharan el pulso de los números que había enviado.

La mano de Hasan cruzó velozmente el aire y aferró la muñeca de Rodgers. El general todavía no había apretado el botón.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Hasan—. ¿Dónde está su teléfono?

—Lo perdí en algún sitio —dijo Rodgers.

—¿Dónde lo perdió? —preguntó Hasan.

—No sé —replicó Rodgers—. Afuera, supongo. O aquí, en el piso. Pudo ocurrir cualquiera de las veces que fui arrastrado, empujado o golpeado.

Hasan frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—¿Eso qué? —preguntó Rodgers.

Hasan miró el teléfono.

—Está discando.

—No, claro que no —Rodgers sonrió benignamente. Debía lograr que Hasan sintiera que era una tontería seguir con esa clase de preguntas—. Hace clic debido a la estática que estamos mandando al satélite. Si fuera un número telefónico alguien hubiera contestado. Escuche. Cuando marquemos un número el sonido desaparecerá.

Hasan no parecía dispuesto a creerle. Pero se distrajo cuando Mahmoud dijo algo con aspereza. A Rodgers le pareció que estaba presionando a Hasan, y que Hasan respondía con displicencia.

Hasan exhaló ruidosamente y miró a Rodgers.

—Marque el número y preséntemе —dijo—. Yo me encargaré del resto.

Rodgers esperó que Hasan le soltara la muñeca. Luego tocó el botón de *Stop*, esperó el tono de discado y marcó el número de Bob Herbert. Dado que la fuente principal del remolque estaba en uso para crear ruido digital, la fuente «espejo» crearía la conexión con el satélite de comunicaciones utilizado por el Centro de Operaciones.

En menos de diez segundos, el azorado asistente de Bob Herbert le pasaba el llamado telefónico.

26

Lunes, 15:52, Washington D.C.

Martha Mackall había estado discutiendo con la jefa de prensa del Centro de Operaciones, Ann Farris, sobre la mejor manera de presentar en los medios la misión de Paul Hood. Martha estaba sentada detrás de su escritorio y Ann se había apoltronado sobre un sofá de cuero con su computadora personal estratégicamente colocada encima de las rodillas. Las dos mujeres incluían frases como «intercesión exploratoria» y «mediación interpositiva» en el borrador de prensa de Ann. El truco consistía en posicionar la misión posdiluvio de Hood como un acto diplomático y no de inteligencia, no obstante ser Paul Hood el director del Centro de Operaciones.

De pronto pareció que un segundo diluvio inundaba el despacho de Martha. Primero llegó Bob Herbert, diciendo que habían descifrado el código telefónico repetitivo enviado por el CRO.

—Desciframos la señal del pulso —dijo orgullosamente—. Los «bips» representan los números 722528573. Eso tiene que equivaler a CR2BKVKRD, que podría traducirse como «El CRO rumbo al valle de Bekaa con curdos». Están llevando a nuestra gente a la fortaleza de los curdos sirios en el valle de Bekaa.

Cuando Herbert estaba explicando el código sonó el teléfono de su silla de ruedas. Era Chingmy Yau, uno de sus asistentes, para informarle que habían perdido al CRO en todos los satélites.

—¿Cómo es posible? —chilló Herbert—. ¿Está seguro de que no es una falla técnica de nuestra parte?

—Positivo —respondió Chingmy—. Es como si alguien hubiera obstruido el área en diez millas a la redonda. Sólo captamos una cosa: estática.

—¿Qué pasa con el Rhyolite? —preguntó Herbert. El Rhyolite era un pequeño telescopio de órbita radial en una órbita geoestacionaria de 22 300 millas de altura que podía detectar las más leves señales electrónicas. Entre esas señales, la más común era la de los rayos radiogoniométricos que se expandían en ángulos desde la fuente principal. Los especialistas usualmente podían descifrar los mensajes a partir de los contenidos de esa dispersión.

—El Rhyolite también ha desaparecido —respondió Chingmy.

—Habrá interferencia en el CRO —dijo Herbert.

—Es lo que pensamos —dijo Chingmy—. Estamos trabajando para restablecer contacto. Pero es como si alguien hubiera instalado un programa de bloqueo en las computadoras del CRO. No quieren dejarnos entrar.

Herbert le ordenó a su asistente que lo mantuviera informado en cualquier caso. Menos de un minuto después, antes de que pudiera retomar la conversación sobre el mensaje del valle del Bekaa con Martha, su teléfono volvió a sonar.

—¿Sí, Ching? —dijo Herbert. Pero esta vez no se trataba de su asistente.

—Aquí hay alguien que desea hablar con usted —dijo el que había llamado.

Herbert tocó el *speaker* y lanzó una mirada a Martha.

—*Mike* —murmuró.

Martha volvió al teclado de su computadora y tipió:

Prioridad uno: llamada triangular al teléfono celular de Bob Herbert.
Dar curso.

Envió el mensaje por correo electrónico al director de Reconocimiento Radial John Quirk y prestó atención a la conversación de Herbert.

—¿Qué ve cuando busca su remolque? —preguntó el que había llamado.

—Primero dígame algo —dijo Herbert—. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Con alguien que está en poder de su remolque y sus seis tripulantes —dijo la voz—. Si desea que sigan siendo seis y no cinco, por favor responda.

Herbert tuvo que tragarse la indignación.

—No vemos nada cuando buscamos el remolque —respondió.

—¿Nada? Describa esa nada.

—Vemos el color de la estática —dijo Herbert—. Algo como el confite, brillante.

Herbert miraba a Martha. Ella recibió la respuesta «mapa en progreso» de parte de Quirk. A partir de ahora el DRR tardaría veinte segundos en posicionar al que llamaba.

—¿Podemos hacer algo por ustedes? —preguntó Herbert intentando ser amable, con su acento lento de la vieja Filadelfia, Mississippi—. ¿Tal vez podamos hablar acerca de ésta, eh… esta situación? Encontrar una manera de ayudarlos.

—La única ayuda que pedimos es la siguiente. Queremos que ustedes se aseguren de que el gobierno turco no nos impedirá llegar a la frontera y cruzarla —dijo la voz.

—Seguramente, señor, usted comprenderá que no tenemos autoridad para hacer eso.

—Hágalo —dijo la voz—. Si tengo que volver a llamado será para hacerle escuchar el sonido de la bala que acabará con la vida de uno de sus espías.

Un momento después se cortó la comunicación. Martha levantó los pulgares en señal de triunfo.

—El CRO está exactamente donde lo ubicó el ES4 —dijo—. Justo en las afueras de Oguzeli, Turquía. No se ha movido.

—Pero se moverá —dijo Herbert.

Martha hizo girar su silla de respaldo alto para quedar de espaldas a los demás. Luego telefoneó a su asistente y le pidió que llamara al despacho del embajador turco en la Cancillería de Washington.

Mientras esperaba, Herbert marcaba un ritmo con los dedos sobre los apoyabrazos de su silla de ruedas.

—¿Qué está pensando, Bob? —le preguntó Ann.

—Estoy pensando que no puedo enviar a nadie a tiempo a Oguzeli para seguir al CRO —respondió Herbert—. Y si tratamos de vigilarlo desde el espacio lo único que conseguimos son diez millas de basura auditiva y visual.

—¿Hay algo más que podamos hacer? —preguntó Ann.

—No sé —dijo Herbert con furia. Estaba furioso consigo mismo por lo que había ocurrido. Seguridad era una de sus áreas de responsabilidad.

—¿Qué pasa con los rusos? —preguntó Ann—. Paul está muy próximo al general Orlov. Tal vez sus centros operativos de San Petersburgo puedan detectarlo.

—Instalamos un dispositivo especial en el CRO para que no pudieran —dijo Herbert—. Paul puede estar próximo a Orlov, pero Washington y Moscú apenas han empezado a conocerse —se dio un puñetazo en la palma de la mano—. La unidad de inteligencia móvil más sofisticada del mundo y queda aislada. Peor aún, los terroristas tienen acceso a nuestro nuevo SCUTA-V.

—¿Qué es eso? —preguntó Ann.

—El Sistema de Canal Único para Tierra y Aire VHF —dijo Herbert —. Es una radio que salta azarosamente por una amplia escala de frecuencias durante una única emisión. La mayoría de los SCUTA-V, como los usados por el ejército norteamericano, hace varios saltos por segundo. Nuestras unidades pueden dar siete mil saltos. Aunque

sean captados por un satélite enemigo son virtualmente imposibles de decodificar. La gente del CRO tiene tanto el transmisor como el receptor.

Martha les hizo señas para que se callaran mientras hablaba con la secretaria ejecutiva del embajador. Herbert se hundió en un silencio caviloso. Cuando Martha terminó de hablar hizo girar la silla nuevamente. Tenía el ceño fruncido.

—Hay ciertas contrariedades —dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó Ann.

—En quince minutos estaré hablando con el embajador Kande acerca del pedido de no intervención de los terroristas —dijo Martha —. Pero su secretaria no cree que podamos obtener ninguna clase de trato para ellos. El embajador ha recibido órdenes tajantes de hacer todo lo necesario para encontrar a los atacantes de la represa y apresados, vivos o muertos. El hecho es que me presionarán muchísimo para que les diga a los turcos todo lo que sabemos.

—No puedo culparlos —dijo Herbert, todavía caviloso—. Podríamos tener algo de ese espíritu en este lugar.

—¿Justicia ciega? —preguntó Martha—. ¿La justicia de las turbas linchadoras?

—No —replicó Herbert—. La querida y vieja justicia, simplemente. Sin preocuparnos por las repercusiones, por ejemplo qué nación va a cortarnos el abastecimiento de petróleo si hacemos esto, o qué grupo de interés especial se sentirá molesto si aplicamos mano dura con algunos de sus cofrades más desequilibrados. Esa clase de justicia.

—Desafortunadamente —dijo Martha—, esa clase de justicia y esta clase de país no están hechos el uno para la otra. El proceder correctamente es una de las cosas que han hecho grande a este país.

—Grande… y vulnerable —… dijo Herbert. Exhaló—. Sigamos esta discusión frente a una mesa de yogur congelado cuando todos

hayamos terminado —señaló la computadora de Martha—. ¿Traerá un mapa de Turquía para mí?

Ella asintió y Herbert se dirigió al escritorio.

—Hay cerca de trescientas millas de frontera entre Turquía y Siria —dijo—. Si hemos interpretado correctamente el mensaje secreto de Mike, y creo que ha sido así, el CRO va rumbo al valle de Bekaa. El valle comienza unas doscientas millas al sudoeste de Oguzeli.

Martha midió la distancia con el pulgar y el índice. La comparó con la escala del extremo inferior del mapa.

—Lo que equivaldría a menos de cien millas de frontera entre Oguzeli y el Mediterráneo —dijo.

—Y el CRO estaría entrando a un corredor mucho más angosto que ése —dijo Herbert—. Con el Eufrates inundado por la maldita explosión probablemente deberán quedarse al oeste del río y luego bajar directamente. Eso les daría una abertura de setenta millas de frontera para intentar escapar.

—Sigue siendo una zona difícil de cubrir, ¿verdad? —preguntó Ann.

—Difícil y sobrevolada por aviones y helicópteros turcos que no tendrán perfil bajo precisamente —dijo Martha.

—Tal vez no necesitemos reconocimiento aéreo —dijo Herbert—, y setenta millas no está tan mal si uno no sabe dónde mirar —se acercó a la computadora y trazó una línea descendente de Turquía al Líbano—. Gran parte de este territorio no demostrará amistad al CRO sino todo lo contrario. En la región sólo hay uno o dos caminos buenos. Si puedo encontrar a alguien con contactos en esos caminos podremos interceptarlos.

—Un Racman —dijo Martha. Herbert asintió.

—Perdón —dijo Ann—. ¿Un qué?

—Un Racman —dijo Herbert—. Era el que gritaba: «Vienen las Casacas Rojas» durante la Guerra de Secesión. Sólo que en vez de Paul Revere, Samuel Prescott y William Dawes cabalgando a todo galope para prevenir a las milicias de Lincoln y Concord, nosotros

tenemos una red telefónica de gente que vigila desde las ventanas, las cimas de las colinas o los mercados. Esa gente reporta el progreso del blanco al Racman, quien a su vez nos informa. Es un sistema primitivo pero eficaz. Usualmente el único problema potencial con el sistema son los infiltrados, los que pueden advertirle al blanco que es exactamente eso: el blanco.

—Ya veo —dijo Aun.

—Pero eso no constituye un problema con la gente que estoy pensando en usar —replicó Herbert. Observó el mapa—. Si nuestra arena es el Bekaa, el Striker tendrá que aterrizar en Tel Nef. Suponiendo que obtengamos la aprobación del Congreso para seguir avanzando, se dirigirán al norte, hacia el Líbano y Bekaa. Si un Racman lograra interceptarlos allí, tendríamos al menos una posibilidad de salvar a nuestra gente.

—Y tal vez podríamos salvar también el CRO —agregó Martha. Herbert dio la vuelta con su silla.

—Es un intento —dijo avanzando rápidamente hacia la puerta—, un intento muy bueno. Las mantendré informadas al respecto.

Cuando Herbert salió, Aun sacudió la cabeza.

—Es sorprendente —dijo—. Pasa de James Bond a Huckleberry Finn y a Speed Racer en pocos minutos.

—Es el mejor que hay —reconoció Martha—. Sólo espero que sea lo bastante bueno para hacer lo que hay que hacer en este caso.

27

Lunes, 23:27, Kiryat Shmona

Esto es mejor, pensó Falah Shibli.

El joven trigueño se paró frente al espejo de su departamento de un ambiente y se ajustó el *kaffiyeh* tribal a cuadros verdes y rojos. Se aseguró de que el tocado estuviera en el centro exacto de su cabeza. Luego sacó unas hilachas del cuello de su uniforme policial verde claro.

Esto es mucho mucho mejor.

Después de prestar servicio durante siete largos y difíciles años en el Sayeret Ha'Druzim, la Unidad de Reconocimiento Drusa de Israel, Falah estaba necesitando un cambio. Ni siquiera podía recordar la última vez que había usado un uniforme limpio antes de unirse a la policía local. El verde más oscuro del uniforme del Sayeret Ha'Druzim siempre estaba manchado de tierra, sudor o sangre. Algunas veces de su propia sangre, más a menudo de la sangre ajena, y también solía llevar puesto un casco verde, raramente el que le hubiera correspondido por tamaño. En cualquier caso prefería llevar el casco antes que un israelita ansioso lo confundiera con un infiltrado y lo baleara cuando asomaba la cabeza por un agujero de zorro o por encima de un muro.

Falah echó un último vistazo a su atuendo. Estaba tan orgulloso de su herencia como de su tierra adoptiva. Apagó la luz del espejo y el ventilador y abrió la puerta.

El aire fresco de la noche era reconfortante. Cuando el joven de veintisiete años había ingresado a la pequeña fuerza policial de esa polvorienta ciudad septentrional, lo primero que había pedido era un puesto nocturno de agente de tránsito. Su trabajo con el Sayeret Ha'Druzim había sido tan intenso —por no mencionar el horrible calor— que necesitaba un descanso. Necesitaba dejar a un lado tantos años de exposición al sol para que las arrugas que le rodeaban los ojos no fueran tan evidentes. Necesitaba dejar que las viejas heridas sanaran: no sólo las cicatrices de las heridas de bala sino los pies todavía encallecidos por los interminables patrullajes, la carne desgarrada de tanto arrastrarse contra piedras filosas y espinas para capturar terroristas, el espíritu desolado por haber tenido que dispararle a un compañero druso.

Pocos terroristas atravesaban esa ciudad kibbutz. Preferían cruzar las planicies desiertas al este y al oeste. Con la excepción del ocasional conductor ebrio, el inevitable robo de la motocicleta o el esperable accidente automovilístico, su nuevo trabajo era benditamente tranquilo. Era tan tranquilo que la mayoría de las noches se dedicaba a intercambiar media hora de chismes con el propietario del bar local, un ex comandante del Sayeret Ha'Druzim. Usaban el estilo de los comandos especiales: parados bajo la luz de la calle en veredas opuestas se pasaban la información en código morse.

Cuando Falah saltó sobre la tarima de madera —demasiado pequeña para ser considerada un porche y donde sin embargo cabía una silla plegadiza para todo uso—, el teléfono sonó. Falah titubeó. Tenía dos minutos de caminata hasta la estación de policía. Si salía ahora llegaría a tiempo. Si era su madre la que llamaba tardaría más de diez minutos sólo para decirle que debía irse. Por otra parte, podía tratarse de su adorable Sara que había estado considerando la posibilidad de tomarse un día libre. Tal vez quisiera verlo en la mañana…

Falah volvió al departamento y levantó el tubo del viejo teléfono negro de disco.

—¿Cuál de mis damas es la que llama? —preguntó.

—Ninguna —respondió una voz masculina al otro extremo de la línea.

El joven alto y de cabello oscuro juntó rápidamente los talones e irguió los hombros. Había ciertos condicionamientos que jamás se perdían, sobre todo cuando era un ex comandante el que llamaba.

—Sargento jefe Vilnai, señor —dijo Falah y guardó silencio.

Después de reconocer un llamado los soldados del Sayeret Ha'Druzim respondían a sus superiores con atención silenciosa.

—Oficial Shibli —dijo el sargento Vilnai—. Un *jeep* de la gendarmería llegará a su departamento en aproximadamente cinco minutos. El conductor se llama Salim. Por favor vaya con él. Se le proveerá todo lo que necesite.

Falah seguía en posición de firme. Quería preguntarle a su ex superior: ¿Todo *lo que necesite para ir adónde y por cuánto tiempo*? Pero hubiera sido una impertinencia. Además estaban en línea insegura.

—Señor —dijo Falah—, tengo trabajo aquí…

—Ya se han hecho cargo de su guardia —le informó el sargento.

Y también de mi trabajo, pensó Falah. *Ocupe su puesto, Falah, —había dicho el sargento—. Eso lo mantendrá en forma*.

—Repita sus órdenes —dijo el sargento.

—Jeep de gendarmería, conductor Salim. Me recogerá en cinco minutos.

—Lo veré a la medianoche, Falah. Le deseo un buen viaje.

—Sí, señor. Gracias, señor.

El sargento cortó y Falah hizo lo propio un segundo después. Se quedó allí parado sin mirar nada en particular. Sabía que este día llegaría, ¿pero por qué tan pronto? Sólo habían pasado unas semanas. Unas pocas semanas. Apenas había tenido tiempo de sacarse de los ojos el ardiente sol de West Bank.

¿Alguna vez podré hacerlo?, se preguntó mientras salía.

Perturbado por la pregunta, Falah se dejó caer pesadamente en la silla y miró las estrellas resplandecientes del cielo oriental. Además estaba furioso por haber contestado el teléfono. Aunque nada hubiera cambiado las cosas.

El sargento Vilnai se hubiera subido a un *jeep* para ir a buscarlo en persona a la estación de policía. El sargento siempre obtenía lo que deseaba.

El *jeep* color gris tiza llegó a la hora señalada. Falah se levantó de un salto y avanzó en dirección al conductor.

—¿Identificación? —le dijo al conductor, que tenía cara de bebé y un corte en la mejilla.

El conductor sacó una tarjeta plastificada del bolsillo de su camisa. Falah la examinó a la luz del tablero y se la devolvió.

—¿Su identificación, oficial Shibli? —preguntó el conductor. Falah frunció el ceño y sacó una pequeña billetera de cuero del bolsillo de su pantalón. La abrió donde estaban su identificación e insignia policiales. Los ojos del conductor fueron de Falah a la foto y viceversa.

—Soy yo —dijo Falah…—, aunque preferiría no serlo. El conductor asintió.

—Suba por favor —dijo, inclinándose por encima del asiento para abrir la puerta.

Falah entró. No había alcanzado a cerrar la puerta cuando el conductor dio un giro de noventa grados.

Los dos hombres se dirigían al norte en silencio por el antiguo camino de tierra. Falah oía cómo los guijarros escapaban ruidosamente de los neumáticos del *jeep*. Hacía tiempo que no escuchaba ese sonido: el sonido de la prisa, de la inminencia de las cosas. Decidió que no lo extrañaba y que tampoco había esperado volver a oído tan pronto. Pero en el Sayere Ha'Druzim tenían un dicho: *Firma una vez y firmarás para toda la vida*. Así había sido desde la guerra de 1948, cuando los primeros musulmanes drusos

junto con los circasianos rusos expatriados y los beduinos se ofrecieron como voluntarios para defender su recién nacida nación contra el enemigo árabe aliado. En aquel entonces todos los no judíos fueron alistados en el grupo de infantería llamado Unidad 300 de la Fuerza de Defensa de Israel. Sólo después de la Guerra de los Seis Días de 1967 —guerra en que la Unidad 300 fue pieza clave para hacer retroceder el ejército del rey Hussein de Jordania a West Bank—, la. FDI y Mohammed Mullah —líder de la Unidad 300— formaron un comando de reconocimiento druso de elite: el Sayeret Ha'Druzim.

Como hablaban árabe fluidamente y eran paracaidistas calificados, los soldados de reconocimiento drusos solían ser llamados al servicio activo e infiltrados en las naciones árabes para reunir inteligencia. Estos asignamientos podían durar de pocos días a varios meses. Los oficiales preferían asignar soldados retirados porque eso les ahorraba efectivos de unidades activas. Y aún más preferían a los soldados que hubieran peleado con la FDI durante la invasión al Líbano en junio de 1982. El Sayeret Ha'Druzim había estado en la línea del frente de todas las batallas alrededor de los campos de refugiados palestinos. Muchos de los drusos israelíes se habían visto obligados a luchar contra sus parientes alistados en las fuerzas armadas libanesas. Más aún, el Sayeret Ha'Druzim había sido forzado a apoyar a los feroces enemigos históricos de su pueblo, los cristianos falangistas maronitas, que luchaban contra los drusos libaneses. Ésa había sido la prueba definitiva de patriotismo y no todos los miembros del Sayeret Ha'Druzim la habían pasado. Los que la pasaron fueron reverenciados y recibieron la absoluta confianza del resto de los israelíes. Vilnai lo había expresado sordamente: «El haber probado nuestra lealtad nos da el honor de ocupar la primera línea de las víctimas en las próximas conflagraciones».

Falah era demasiado joven para haber servido en la invasión de 1982, pero había trabajado secretamente en Siria, el Líbano e Irak, y corrido peligro abiertamente en Jordania, que había sido su último

asignamiento, y además el más breve y arduo. Mientras patrullaban un sector fronterizo del valle del Jordán, después de un ataque terrorista a la ciudad de Mashav Argaman, Falah —que encabezaba su pequeña fuerza militar— advirtió que habían hecho un agujero en las espesas capas de alambrado que rodeaban la frontera: obvia señal de infiltración. Las únicas huellas visibles volvían a Jordania. Temeroso de perder al terrorista, Falah había avanzado solo, internándose un cuarto de milla en las colinas desiertas. Allí, siguiendo las huellas y su olfato, se metió en una hondonada. Avanzando cautelosamente avistó a un hombre que encajaba con la descripción del asesino que había baleado a un político local y a su hijo. Falah no vaciló. No se podía vacilar en ese lugar del mundo. Preparó su CAR-15. El jordano se dio vuelta y lo apuntó con su AK-47. Las armas dispararon simultáneamente y los dos hombres cayeron. Falah resultó herido en el hombro y el brazo izquierdos. El jordano estaba muerto.

Huyendo de una patrulla jordana que había oído los disparos Falah esperó que cayera la noche para volver cuerpo a tierra a la frontera. Estaba pálido y muy débil cuando su unidad finalmente lo encontró todavía dentro de Jordania.

Le dijeron que obtendría una medalla, pero lo único que Falah quería era un café con cardamomo. Recibió las dos cosas… primero el café, afortunadamente. Se recuperó rápidamente y en nueve semanas volvió al servicio activo de patrullaje. Cuando su compromiso terminó Falah decidió que era tiempo de intentar otra línea de trabajo. No había considerado la posibilidad de hacerse oficial de policía. Aunque había gran demanda de personal con entrenamiento militar, la paga era escasa y los horarios demasiado extensos. Pero el sargento Vilnai le había conseguido el puesto. Vilnai se había ocupado personalmente y Falah no pudo rechazarlo… aunque sabía que el verdadero motivo del sargento era mantenerlo en buenas condiciones físicas y cerca de la base regional del Sayeret Ha’Druzim en Tel Nef.

El viaje a Tel Nef llevó apenas media hora. Una vez dentro de la inidentificable base, Falah fue conducido a un pequeño edificio de ladrillo de un solo piso. Estaba vacío. El verdadero despacho estaba en un búnker subterráneo reforzado de concreto. Sólo en ese lugar quedaba libre de la artillería siria, los Scud iraquíes y muchas otras armas convencionales que podían atacarlo. Toda clase de armas habían tenido por blanco la base durante sus veinte años de historia.

Falah pasó el control de la escalera y entró al pequeño despacho compartido por el teniente Maton Yarkoni y el sargento jefe Vilnai. Un soldado raso cerró la puerta tras él y los dejó solos.

El teniente Yarkoni no estaba presente. Solía estar en el campo con sus tropas y por eso Vilnai pasaba mucho tiempo en el despacho. Falah estaba convencido de que todos los miembros de la brigada tomaban demasiado sol en el desierto, salvo Vilnai. La falta de sol contribuía a su malhumor crónico. Estudiar mapas y comunicados, seguir movimientos de tropas y procesar inteligencia en ese agujero oscuro y maloliente enfurecería hasta a los profetas del desierto.

El corpulento Vilnai se levantó cuando Falah entró al despacho.

El ex soldado de infantería hizo la venia y el sargento le ofreció la mano por encima de su escritorio metálico.

—Usted ya no está en servicio —le recordó Vilnai. Falah sonrió y le estrechó la mano.

—¿Ya no?

—No oficialmente —admitió el sargento, señalando una silla de madera—. Siéntese, Falah. ¿Quiere un cigarrillo?

El israelí frunció el ceño y se dejó caer en la silla. Sabía lo que ese ofrecimiento significaba. Falah sólo consumía tabaco cuando estaba entre árabes, porque los árabes acostumbraban fumar sin cesar. Eligió un cigarrillo de la cigarrera que estaba sobre el escritorio. Vilnai le ofreció fuego. Falah tosió con la primera pitada.

—Ha perdido la práctica —observó el sargento.

—Bastante. Tendría que volver a casa.

—Si es su deseo —dijo Vilnai.

Falah lo miró a través del humo.

—Usted es demasiado amable, sargento.

—Claro que sí —dijo Vilnai—, sólo que tendrá que pasar bajo el alambre de púas y el campo minado que rodea la base.

—Solía hacerla diariamente en los precalentamientos —sonrió Falah.

—Ya lo sé —dijo Vilnai—. Usted era el mejor.

—Me está adulando.

—Adular suele ser útil —dijo Vilnai.

Falah dio otra pitada a su cigarrillo. Esta vez el humo bajó con más suavidad.

—El maestro titiritero mueve sus marionetas —dijo. Vilnai sonrió por primera vez.

—¿Eso es lo que soy? ¿Un maestro titiritero? Hay un solo titiritero, amigo mío —miró al cielo raso blanco y se sentó—. Y algunas veces —no, la *mayoría* de las veces— siento que Alá no puede terminar de decidir si estamos representando una tragedia o una comedia. Lo único que sé es que la obra es tan impredecible como siempre.

Los pensamientos de Falah acerca de su propio bienestar se evaporaron instantáneamente. Miró escrutando a su ex superior.

—¿Qué ha pasado, sargento? —preguntó con un hilo de voz. El sargento acarició el escritorio con la punta de los dedos y se quedó mirándolos.

—Poco antes de llamarlo a usted hablé con el general Bar-Levi de Haifa y con un oficial de inteligencia norteamericano, Robert Herbert, del Centro Nacional de Manejo de Crisis de Washington D. C.

—Oí hablar de ese grupo —dijo Falah—. ¿Por qué?

—Tomaron parte en la cacería de los Nuevos Jacobinos de Toulouse.

—Sí —dijo Falah con entusiasmo—. Los juegos de odio neonazi en Internet. Hicieron un gran trabajo.

Vilnai asintió.

—Muy bueno. Tienen buen equipamiento y una soberbia fuerza de choque. Y ahora acaban de tropezar con una fuente en Turquía. ¿Oyó hablar del ataque terrorista a la represa Ataturk?

—No hablan de otra cosa en Kiryat Shmona —dijo Falah—. De eso y de un diamante en bruto que el viejo Nehemiah encontró en la arena del kibbutz. Probablemente se le haya caído a un contrabandista, pero todos están convencidos de que hay una veta debajo de las casas.

Vilnai lo observó disgustado.

—Lo siento —dijo Falah—. Prosiga por favor.

—Los norteamericanos estaban probando una nueva unidad de inteligencia móvil en la región —dijo Vilnai—. Muy sofisticada, capaz de acceder a satélites y escuchar toda clase de comunicaciones electrónicas. Los terroristas de la Ataturk —al menos los norteamericanos creen que se trata de los mismos terroristas— capturaron la unidad cuando intentaban regresar a Siria. Además de este Centro Regional de Operaciones, los sirios capturaron a toda la tripulación —Vilnai consultó sus notas—. La tripulación constaba de dos efectivos comando, el general Michael Rodgers, un técnico que colaboró en el diseño de la unidad y puede ayudar a los sirios a manejarla, dos oficiales NCMC y un oficial de seguridad turco.

—Como dirían los norteamericanos: «Un gran golpe» —observó Falah—. Damasco celebrará esta noche.

—Damasco aparentemente no está detrás de esto —dijo Vilnai.

—¿Los curdos?

Vilnai asintió.

—No me sorprende —dijo Falah—. Hace más de un año que hay rumores de una nueva ofensiva.

—También escuché esos rumores —admitió Vilnai—. Pero los descarté. Casi todos los descartaron. Creíamos que no podrían salvar

sus diferencias para forjar una unión eficaz.

—Bueno, las han salvado. Y ese ataque fue una demostración impresionante.

—Una primera demostración impresionante —corrigió Vilnai—. Nuestro amigo norteamericano, el señor Herbert, cree que el remolque y la tripulación del CRO todavía están en Turquía, pero rumbo al valle de Bekaa. Han despachado un comando de ataque desde Washington para intentar recuperarlo.

—Ah —dijo Falah—. Y necesitan un guía —sonrió, señalándose.

—No —dijo Vilnai—. Lo que necesitan, Falah, es alguien que lo encuentre.

28

Martes, 12:45, Barak, Turquía

Mientras Ibrahim conducía las veinticinco millas hasta Barak, Hasan se había encargado de hacer el inventario del CRO y Mahmoud había ocupado el asiento del acompañante con cuatro prisioneros a sus pies. Estaba aprendiendo a usar la radio. Si tenía alguna duda, Mary Rose la evacuaba a través de Hasan. Rodgers le había ordenado responder. No quería enfrentarse otra vez con los terroristas. No todavía. En pocos minutos Mahmoud descubrió la frecuencia utilizada por las patrullas de frontera turcas. Mary Rose le mostró cómo comunicarse con ellas. Pero él no lo hizo.

La ciudad fronteriza turca de Barak se levanta al oeste del Éufrates. Cuando el CRO llegó allí, las aguas de la represa habían cubierto los pisos de las casas de madera, las tiendas y una mezquita en el sector nordeste. La ciudad estaba desierta, excepto por algunas vacas y carneros y un anciano sentado en el porche de su casa con los pies metidos en el agua. Evidentemente no había querido moverse de allí.

Ibrahim atravesó rumbo al sur el pueblo casi sin vida y detuvo el CRO a menos de tres yardas de los alambrados de púas, cuyos postes medían seis pies de alto. Le dijo algo a Hasan, quien asintió y avanzó en dirección a Rodgers.

El general estaba atado entre las dos sillas de las computadoras, de rodillas y de cara al fondo del remolque. El privado Pupshaw

todavía estaba atado a una de las sillas y Sondra había sido devuelta a la otra. La única concesión de los sirios había sido permitir que Phil Katzen curara la herida de bala del coronel Seden. Aunque el turco había perdido bastante sangre, la herida en sí misma no era grave. Rodgers sabía que no lo habían hecho por piedad. Probablemente querían a Seden con vida para algo importante. A diferencia de otros terroristas que suavizaban el trato con sus rehenes a medida que el tiempo pasaba, estos tres no parecían entender de concesiones ni compromisos. Ciertamente no practicaban la misericordia. Al contrario, habían demostrado tener disposición a lastimar y matar. Era imposible adivinar lo que harían una vez en su tierra natal, rodeados de sus camaradas. Aunque no los mataran, había grandes posibilidades de que los hombres y las mujeres del CRO sufrieran serios abusos.

Rodgers comprendió que tendría que moverse rápidamente contra sus captores.

Hasan miró a Pupshaw.

—Usted vendrá conmigo —dijo el sirio, cortando las sogas que ataban las piernas del privado Pupshaw.

—¿Adónde lo lleva? —preguntó Rodgers.

—Afuera —replicó Hasan, arrastrando al norteamericano fuera del remolque.

Cuando vio que Hasan ataba las manos de Pupshaw a la manija de la puerta del conductor y le ordenaba que se parara en el angosto guardabarros lateral, Rodgers supo cuáles eran los planes de los sirios.

Sólo quedaba otro cuarto de milla de «tierra de nadie» entre ese alambrado y el de la frontera siria. Rodgers sabía que ambos estaban electrificados. Los sirios probablemente lo sabían también. Si no lo sabían de antes, los insectos calcinados les darían la clave. Si el alambrado era cortado en algún lugar el circuito se desactivaba y hacía sonar la alarma en el puesto de control más próximo. Los gendarmes turcos acudirían por aire o tierra antes de que nadie

pudiera cruzar la frontera en cualquier dirección. En este caso Rodgers no sabía si la visión de los rehenes impediría que los turcos atacaran el remolque o si les importaría un bledo. Probablemente estarían tan ansiosos por detener a los terroristas de Ataturk que primero dispararían y luego pedirían documentos.

Rodgers debatía consigo mismo la posibilidad de enseñar a los sirios otras capacidades del CRO. Si seguían aprendiendo, los terroristas cada vez tendrían menos razones para devolver el remolque. Pero las vidas de los suyos corrían peligro.

Cuando Hasan volvió a buscar a Sondra, Rodgers lo llamó.

—No tienen necesidad de hacer esto —le dijo—. El remolque es a prueba de balas.

—Las ruedas no.

—Sí, las ruedas también —dijo Rodgers—. Están recubiertas de Kevlar. No le pasará nada al remolque.

Hasan lo pensó un momento.

—¿Por qué debería creerle?

—Haga la prueba. Dispárele a una rueda.

—Usted quiere que lo haga —dijo Hasan—, para que los turcos oigan el disparo.

—Y así nos maten a todos —dijo Rodgers.

Hasan volvió a pensar.

—Si es verdad que sus ruedas son a prueba de balas podríamos atravesar directamente el alambrado. ¿Correcto?

—No —dijo Rodgers—. Cuando el remolque choque contra el alambrado, el chasis metálico conducirá la electricidad y moriremos todos.

Hasan asintió.

—Mire —dijo Rodgers—, atar a mi gente a los costados del remolque no detendrá a los turcos. Y usted lo sabe. La gendarmería los atravesará a tiros para matarlos a ustedes. Déjelos adentro y todos estaremos a salvo.

Hasan sacudió la cabeza.

—Tal vez no disparen. Verán a uno de los suyos atado al vehículo y querrán interrogarnos.

Hasan se inclinó sobre Sondra y comenzó a desatarla.

—Conozco a esa gente —aulló Rodgers—. Se lo advierto, intentarán hacer pedazos el remolque sin importarles quién muera en el proceso, aunque sea uno de los suyos. ¿Y ustedes qué harán si los persiguen dentro de Siria?

—Es problema del ejército sirio.

—No si quedamos en medio del fuego cruzado de artillería —dijo Rodgers—. Si me da un poco de tiempo cruzaremos la frontera sin que los turcos se den cuenta.

Hasan dejó de desatar a Sondra.

—¿Cómo? —preguntó.

—Tenemos cable aislado para ingresar a conexiones satelitales —dijo Rodgers—. Déjeme hacer un arco a lo largo del alambrado para no quebrar el circuito. Luego cortaré el alambrado y podrán pasar exactamente debajo del cable. Apenas crucemos el campo haré lo mismo del otro lado. Me portaré bien. Nada de alarmas ni patrullas.

—¿Por qué debería confiar en que usted haga lo que promete? —dijo Hasan—. Si usted decidiera romper el circuito no nos enteraríamos hasta que llegaran los turcos.

—Yo no ganaría nada atrayendo a los guardias turcos para que nos atrapen —dijo Rodgers—. Aunque ellos no nos mataran, ustedes matarían a mi gente para vengarse. ¿Por qué haría yo semejante cosa?

Hasan consideró la situación y fue a informar a Mahmoud.

Hubo un breve diálogo y poco después Hasan regresó a la parte trasera del remolque.

—¿Cuánto demorará en hacer esas conexiones?

—Tres cuartos de hora como mucho —dijo Rodgers—. Tardaré menos si usted me ayuda.

—Lo ayudaré —dijo Hasan, volviendo a atar a Sondra y empezando a desatar al general—. Pero le advierto que si intenta

escapar lo mataré, y mataré a uno de los suyos. ¿Entendido?

Rodgers asintió.

Hasan terminó de desatar la soga y la guardó en su bolsillo trasero. Después buscó las tenazas para cortar cable en la caja de herramientas. Rodgers extendió la mano para tomarlas y Hasan titubeó. Mahmoud quitó el seguro de su pistola y apuntó a la cabeza de Mary Rose. Hasan entregó las tenazas a Rodgers.

Mientras Hasan buscaba el cable, Rodgers usó una argolla para unir dos alfombrillas «apoya-mouse» de goma y así se fabricó un guante aislante protector. Cuando terminó de hacerlo salió del remolque con Hasan.

Rodgers trabajó velozmente bajo la luz de los reflectores. Al agacharse al borde del alambrado no pudo evitar pensar en lo que estaba haciendo. Pero no pensaba en la parte práctica, que conocía de memoria. Hasan y el general cortaron el cable en dos pedazos de diez pies de largo, pelaron los extremos y usaron el guante para envolverlo cuidadosamente alrededor del alambrado. Luego tendieron el cable en tierra y cortaron el alambrado de púas electrificado, Rodgers usó nuevamente el guante para abrir el alambrado y llevar los extremos a los postes.

No, lo que Rodgers pensó durante esos veintisiete minutos de faena fue que su trabajo consistía precisamente en detener a esos bastardos terroristas. Y allí estaba ahora, ayudándolos a escapar. Trató de justificar su proceder diciéndose que probablemente pasarían sin ser vistos. Y gracias a eso su gente no saldría lastimada. Pero la idea de convertirse en colaboracionista, por cualquier razón que fuera, se le atragantó en la garganta y ya no salió de allí.

Cuando terminaron Hasan le hizo una seña afirmativa a Mahmoud. El líder les indicó que volvieran al remolque. Al entrar, Rodgers se quitó el guante y se detuvo un momento para liberar a Pupshaw.

Hasan clavó su pistola en la sien del general.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó ásperamente.

—Tratando de recuperar a mi hombre.

—Usted se anticipa demasiado —dijo Hasan.

—Pensé que teníamos un acuerdo —replicó Rodgers—. Yo abría el alambrado y mi gente volvía al remolque.

—Es verdad —dijo Hasan—, tenemos ese acuerdo. —Arrancó las tenazas de las manos de Rodgers—. Pero no es usted el encargado de liberarlo.

—Lo lamento —dijo Rodgers—. Sólo quería acelerar las cosas.

—No finja estar de nuestro lado —dijo Hasan—. Su mentira nos insulta a ambos.

Hasan bajó el arma y la usó para empujar a Rodgers al interior del remolque.

Rodgers observaba el arma por el rabillo del ojo. Al subir al guardabarros lateral su sentido del deber comenzó a atenazarlo nuevamente. Eso y la humillante realidad de que le hubieran apuntado un arma a la cabeza. Rodgers era un soldado norteamericano. Debería intentar escapar y no recibir órdenes de terroristas y apoyar a los enemigos de un aliado de la OTAN.

El general consideró rápidamente sus opciones. Si daba media vuelta y se arrojaba contra Hasan podría apoderarse del arma, dispararle al sirio y balear a los otros dos. Ciertamente tendría bastantes posibilidades de lograrlo en la oscuridad. Y si esperaba a que el privado Pupshaw fuera liberado, el privado tomaría la iniciativa y atacaría a Mahmoud, que estaba justo detrás de él en el remolque.

Con suerte, sólo Pupshaw y él mismo correrían peligro. Y si ambos perdían la vida en el intento, los otros seguirían siendo rehenes valiosos. Por esa única razón los sirios no los matarían.

Pupshaw también pensaba en actuar, Rodgers lo sabía por cómo lo seguían sus ojos oscuros, claramente a la espera de una orden. En ese momento Rodgers supo que si no actuaba no sólo se odiaría a sí mismo sino que perdería el respeto de sus subordinados. Sólo

tenía un instante para decidirse. También sabía que si lograba apoderarse del arma no podría titubear.

Mahmoud dijo algo. Hasan asintió y sacó una cuerda del bolsillo. Empujó a Rodgers con el caño del arma.

—Dese vuelta —le ordenó—. Debo atarlo hasta que lleguemos al próximo alambrado.

Mierda, pensó Rodgers. Esperaba que lo dejaran suelto mientras desataban a Pupshaw. Si actuaba ahora tendría que hacerlo solo… y con Pupshaw atado en la línea de fuego. Rodgers miró al privado, pero la mirada de Pupshaw era inescrutable.

Rodgers extendió las manos para que Hasan se las atara. El sirio guardó el arma en el cinturón y deslizó la cuerda entre las muñecas del general norteamericano. Rodgers tenía las palmas hacia arriba. Lentamente, imperceptiblemente unió los dedos de su mano izquierda de modo que las falanges formaran una punta. Luego apretó con fuerza los dedos y empujó la sólida línea de falanges contra la garganta de Hasan. El sirio sintió que se ahogaba e intentó aferrar la mano del general. Cuando lo hizo, Rodgers lanzó la mano derecha hacia abajo y se apoderó del arma. Disparó dos veces contra el pecho de Hasan. El sirio cayó débilmente a tierra y Rodgers entró de un salto al remolque, apuntando el arma a Mahmoud.

—¡Úseme de escudo! —gritó Pupshaw.

Rodgers no tenía la menor intención de hacerlo. Pero antes de que pudiera disparar esquivando al privado, Ibrahim encendió el motor. Rodgers cayó al piso y el CRO avanzó a toda velocidad. La puerta del acompañante todavía seguía abierta con Pupshaw atado a la manija. La velocidad hizo caer al privado del guardabarros lateral y la parte inferior de su cuerpo quedó bajo la puerta y fue arrastrado.

Mahmoud saltó de su asiento y se arrojó sobre Rodgers. Mientras el norteamericano intentaba alcanzar la pistola, el sirio desenvainó el cuchillo. Rodgers sólo atinó a desviar el brazo de Mahmoud hacia un costado. Pero con increíble velocidad el sirio literalmente deslizó el

cuchillo hasta la punta de los dedos, aferró la empuñadura entre el pulgar y el índice, dio vuelta el cuchillo y lo tomó nuevamente en sentido inverso. Otra vez el cuchillo apuntaba a Rodgers, quien se vio obligado a olvidarse de la pistola para concentrarse en la mano armada de Mahmoud. El general le aferró la muñeca con una mano y trató de aflojar los dedos que sostenían la empuñadura con la otra.

De pronto, Ibrahim clavó los frenos. Mahmoud y Rodgers fueron arrojados contra los prisioneros atados a la base del asiento del acompañante. El ruidoso remolque se tornó mortalmente silencioso cuando Ibrahim amartilló su arma. Le gritó algo a Mahmoud y apuntó a la cabeza de Rodgers.

Mary Rose gritó.

Antes de que Ibrahim pudiera disparar se oyó el ulular de una sirena del otro lado de la planicie. Una patrulla debía de haber oído los primeros disparos. Sin vacilar, Ibrahim puso marcha atrás. Cuando llegaron junto al cuerpo de Hasan, Mahmoud saltó a tierra y lo arrastró dentro. Estaba muerto. Tenía los ojos abiertos y sin mirada. La sangre que mojaba su camisa caía lentamente a los costados de su cuerpo inmóvil.

Los sirios discutieron la posibilidad de matar a Rodgers. Aunque Ibrahim temblaba de ira, los terroristas llegaron a la obvia decisión de que un nuevo disparo sólo serviría para indicarles a los turcos dónde estaban.

Mahmoud metió al abotagado y sangrante Pupshaw en el remolque y lo ató a la silla mientras Ibrahim pateaba a Rodgers en la cabeza antes de atarlo a la pata de la silla, de espaldas al piso. Abandonaron el lugar a toda velocidad.

Mahmoud golpeó varias veces a Rodgers mientras seguían avanzando. Cada vez que estrellaba el puño contra la mandíbula del norteamericano le escupía en la cara. Sólo se detuvo cuando llegaron al segundo alambrado. Mahmoud se apoderó de los guantes y las tenazas y salió a cortar el alambrado electrificado. Ya no había

razones para actuar subrepticiamente y Mahmoud realizó todo el procedimiento con celeridad.

Rodgers levantó sus ojos cubiertos de sangre. Vio que Sondra luchaba por liberarse de sus ataduras.

—No lo haga —le ordenó con la mandíbula destrozada. Sacudió la cabeza lentamente—. Usted tendrá que sobrevivir… para guiarlos.

Cuando el último alambre fue cortado, Ibrahim pisó el acelerador y el remolque cruzó la frontera. Sólo aminoró la marcha un instante para que Mahmoud pudiera subir. El sirio, obviamente satisfecho con el castigo infligido a Rodgers, se dejó caer en su asiento.

Ibrahim se adentró en la noche a toda velocidad. Mahmoud, sentado en silencio a su lado, retiraba pacientemente pedazos de carne ensangrentada de su anillo.

29

Lunes, 18:41, Washington D.C.

—No necesita decírmelo —dijo Martha Mackall al ver entrar a Bob Herbert en su despacho—. El CRO ha entrado a Siria.

La silla de ruedas de Herbert se reflejaba infinitamente en los discos de oro enmarcados y colgados de las paredes que el padre de Martha, Mack Mackall, había ganado durante su larga carrera de cantante. Herbert estacionó con el ceño fruncido frente al escritorio de la mujer.

—Obtuvimos la descripción gracias a una emisión radial de la gendarmería turca. ¿Lo adivinó por mi expresión? —preguntó Herbert.

—No —golpeó suavemente el monitor de su computadora con la punta del lápiz—. Esto me lo dijo. Estuve vigilando las líneas de computación que tendimos en Turquía y otros lugares. Me recordó las épocas de la caída del mercado en el otoño del 87, con todo ese comercio computadorizado irrumpiendo y empeorando las cosas.

—Se parece al comercio computadorizado —dijo Herbert—. Pero es equipo de guerra computadorizado. Lo llaman RAC.

—Esto sí que es nuevo para mí —dijo Martha, restregándose los ojos—. ¿Le molestaría traducir?

—RAC es la sigla de Respuesta Armada Computadorizada —dijo Herbert—. Todos los gobiernos eligen la respuesta apropiada basándose en sus propios programas de simulacro.

Martha hizo una mueca.

—Si eso es RAC, entonces aquí tenemos tráfico de paragolpes a paragolpes. Las fuerzas de seguridad turcas dicen que su patrulla de frontera cruzó a Siria, perdió el blanco y se retiró. Como resultado del cruce, Siria está llamando a sus reservas y Turquía está movilizando más tropas y enviándolas a la frontera. Israel ha entrado en alerta máxima, Jordania está a punto de trasladar sus tanques a la frontera, e Irak está empezando a mandar tropas hacia Kuwait con intenciones de reconquista.

—¿Con intenciones de reconquista? —preguntó Herbert.

—Están pertrechados para una larga jornada —dijo Martha—, como antes de Desert Shield. Y encima de todo, Colón acaba de notificarnos que el Departamento de Defensa ha mandado la flota de portaaviones norteamericana al mar Rojo.

—¿Defcon…?

—Dos —dijo ella.

Herbert parecía aliviado.

—Han empezado a formarse líneas de abastecimiento desde el océano Índico por si fuera necesario, Públicamente estamos mostrando nuestro apoyo a nuestro aliado de la OTAN. Privadamente estamos preparados para patear todos los culos que sea necesario para contener la maldita situación en caso de que estalle. El presidente está decidido a impedir que esta locura se propague a Turquía y/o Rusia.

—Estará probablemente tan decidido a impedir su propagación como Siria e Irán a propagarla —replicó Herbert.

—Ellos son un manojo de oportunistas —dijo Martha—, pero no quieren que la región se convierta en zona de guerra. No olvide que Siria estuvo de nuestro lado en Desert Storm.

—Nos dieron un par de aviones y permiso para dejarnos matar defendiendo sus reservas de agua —dijo Herbert—. No tiene importancia. Lo más frustrante es que nadie desea que esto suceda.

Y la mayoría de los implicados empieza a comprender que ha sido burlada por una pequeña banda de curdos.

—Eso está en *La casa que Jack construyó* —replicó Martha.

—¿Qué cosa?

—Es un pequeño epigrama de mi coleto —dijo Martha—. Ésas son las ratas que pellizcaron al gato, cruzaron la frontera y despertaron al perro, que persiguió al gato que despertó a las fieras que arrasaron todo en la casa que Jack construyó.

Herbert suspiró.

—*Más bien parece La casa de la colina embrujada* —dijo—. Una pesadilla tras otra.

—Nos movemos en círculos culturales muy diferentes —replicó Martha enarcando una ceja.

—De otro modo la vida sería muy aburrida —dijo Herbert—. En todo caso, la buena noticia es que mi amigo el capitán Gunni Eliaz de la Primera Brigada de Infantería de Israel me ha puesto en contacto con un detective privado que conoce el Bekaa mejor que nadie. Ya se dirige hacia allá disfrazado de liberacionista curdo para ver qué descubre. Matt está trabajando sobre vistas geográficas de la región en busca de posibles destinos para el CRO.

—¿Qué está buscando?

—Principalmente cuevas —dijo Herbert—. Irónicamente, al bloquear nuestra visión satelital los sirios nos dieron la clave para localizar el CRO. Sabemos que siempre está dentro de las diez millas que no podemos observar. Cotejaremos toda esa información con bases de operación PKK reconocidas y veremos si podemos elegir el lugar más probable. Hasta esperamos obtener alguna pista extra mediante comunicaciones radiales o telefónicas.

—Entonces ese israelita amigo suyo y los Striker tendrán que encargarse de liberarlos —dijo Martha—. O tal vez lo haga un Tomahawk.

Mientras Martha hablaba sonó el teléfono de Bob. Levantó el tubo y un momento después se tapó la oreja libre con la mano.

—¿Que hay qué? —exigió. Sus ojos ausentes iban del piso a Martha y de Martha al cielo raso—. ¿Qué más? ¿Encontraron algo más allí? —volvió a mover los ojos—. ¿Absolutamente nada? Está bien, Ahmet. Tessekur. Muchísimas gracias —colgó—. Mierda.

—¿Qué pasó? —preguntó Martha.

—Hay una zona angosta entre dos alambrados de púas electrificados en la frontera sirio-turca —dijo Herbert—. La gendarmería turca oyó un disparo en esa zona y corrió a ver qué pasaba. Allí habían avistado el CRO. Cuando volvieron también encontraron sangre fresca en seis profundos abanicos de neumático.

—¿Abanicos de neumático?

—Una huella de neumático con tierra encima en forma de abanico de papel —dijo Herbert—. Es ocasionada por un arranque rápido y repentino.

—Ya veo —dijo Martha—. Seis neumáticos. Era el CRO, indudablemente.

Herbert asintió.

—Y estaba escapando de algo.

—Ya habían abandonado territorio enemigo —dijo Herbert—. Los turcos dicen que el CRO atravesó un alambrado electrificado mediante un arco anulatorio. Y lo atravesó antes de que los turcos oyeran el disparo y supieran dónde estaban. El CRO escapó mucho antes de que llegara la patrulla turca. Fue otra cosa lo que provocó la estampida del CRO.

—Bob, estoy totalmente confundida —dijo Martha con impaciencia—. Primero, ¿quién creen que fue baleado y por qué?

—No saben quién —dijo Herbert, cerrando los ojos—. Yo tampoco lo sé. Tengo que pensar. ¿Por qué saldría huyendo el CRO? ¿Porque temían que alguien hubiera escuchado el disparo? Es posible. Pero eso no es lo que importa. La pregunta del millón es: ¿a quién le dispararon? Si hubieran matado a uno de los rehenes, probablemente los sirios hubieran arrojado el cadáver al camino.

—¿Y si alguien estuviera herido? —preguntó Martha.

—Es improbable —dijo Herbert.

—¿Cómo puede estar seguro?

—Los turcos dicen que el disparo hizo eco —dijo Herbert—. El CRO es a prueba de sonido y hubiera ahogado la mayor parte del estallido. Para ser herido, el rehén debería haber intentado huir en la oscuridad. Le hubieran disparado, el rehén hubiera caído y el CRO hubiera acudido al lugar de la caída. No fue así. Fue justo al borde del alambrado. No —dijo Herbert—. Conozco a Mike Rodgers. Supongo que decidió atacarlos cuando estaban a punto de entrar a Siria.

—Y falló —le espetó ella llanamente. Herbert la fulminó con la mirada.

—No hable como si Rodgers fuera un inútil. El hecho de que él o alguien más haya intentado detenerlos es maravilloso. Verdaderamente maravilloso.

—No quise faltar el respeto —dijo Martha con indignación.

—Sí, bueno, sonaba como…

—Cálmese, Bob —dijo Martha—. Lo lamento.

—Seguro —dijo él—. Los generales de escritorio siempre lo lamentan. Perdí mi esposa y mis piernas por un error de cálculo militar. Eso es malo, tan malo como todo lo demás. Realmente es fácil ser zaguero cuando uno mira el partido televisado, pero la cosa se pone difícil cuando uno está en el campo de juego.

—Nunca dije que nada de esto fuera fácil —protestó Martha. Golpeó suavemente el escritorio con sus uñas largas y redondeadas —. ¿Quiere ver si podemos volver a pelear contra el enemigo?

—Sí, está bien —Herbert tragó un suspiro—. Tengo que repensar todo esto.

—Empecemos con alguna hipótesis —dijo Martha—. Supongamos que Mike hirió o mató a alguno de los secuestradores. Habría repercusiones…

—Correcto —dijo Herbert—. La pregunta es: ¿contra quién?

—¿Tendría que ser contra uno de los rehenes?

—No necesariamente —dijo Herbert—. Hay tres opciones. Primero de todo, no matarán a Mike. Aunque no conozcan su rango militar deben saber que es el líder del grupo. Es un rehén valioso y querrán conservarlo. Aunque pueden torturarlo para que los otros no intenten escapar. No obstante, eso rara vez funciona. Si uno ve cómo golpean a un compañero de prisión lo único que desea es encontrar un modo de escapar —Herbert apoyó la nuca en el apoya-cabeza estilo peluquería de su silla de ruedas—. Entonces nos quedan dos posibilidades. Si el que murió era terrorista querrán ejecutar a uno de los rehenes. Lo echarían a la suerte, la persona que tuviera el fósforo más corto recibiría un balazo en la nuca. Mike tendría prohibido participar en el sorteo, aunque lo obligarían a presenciar el asesinato.

—Dios —dijo Martha.

—Sí, es una alternativa espantosa —coincidió Herbert—. Pero también crea una sensación de resistencia entre los rehenes. Los terroristas sólo la utilizan cuando deben enviarle un cadáver a alguien para demostrar que quieren negociar. Y hasta el momento Washington no ha sido siquiera notificado de la captura de nuestro equipo.

—Entonces la alternativa dos es improbable —dijo Martha, esperanzada.

Herbert asintió.

—Pero los terroristas no pueden darse el lujo de dejar impune un intento de huida. ¿Qué harán entonces? Ir a la opción tres, la vieja favorita de los terroristas de Oriente Medio. Atacan un blanco de igual importancia que el que perdieron. En otras palabras, si les mataron un teniente matarán un teniente en algún lugar. Si les mataron a un líder civil, matarán a una figura política.

Martha dejó de golpear con las uñas.

—Si los curdos están detrás de todo el operativo, no tendrán demasiadas opciones rápidas.

—Correcto —dijo Herbert—. No creemos que se hayan infiltrado en nuestras bases de ultramar, y aunque lo hubieran hecho no se delatarían por tan poco. Probablemente atacarán una embajada.

—Tienen muchísimos seguidores en Turquía, Siria, Alemania y Suiza —dijo Martha. Luego miró a Herbert con preocupación creciente.

—¿Tendrán conocimiento del viaje de Paul? —preguntó él.

—Damasco ha sido informada —dijo Martha—, pero el viaje no será anunciado públicamente hasta que aterrice en Londres.

Herbert empezó a avanzar hacia la puerta.

—Me encargaré de las embajadas de Oriente Medio —dijo Martha —. Y… ¿Bob? Lamento lo de antes. Realmente no quise faltarle el respeto a Mike.

—Lo sé —dijo Herhert—. Pero eso no equivale a respetarlo. Herbert salió y Martha quedó preguntándose por qué demonios se preocupaba tanto.

Porque te dejaron a cargo de esto, por eso, se dijo. Pero la diplomacia no debía ser agradable sino eficaz.

Martha llamó a su asistente Aurora y apartó de su mente todo lo que no fuera la seguridad de los diplomáticos norteamericanos. Y en cuanto Aurora llegó la puso a hacer llamadas de ultramar, empezando por Ankara y Estambul.

30

Martes, 2:32, Membij, Siria

Ibrahim no detuvo el remolque hasta haber avanzado diez millas dentro de Siria. No estaba seguro de que la gendarmería turca no los hubiera seguido. No los había oído, pero eso no significaba que no estuvieran siguiendo las huellas del remolque. Sin embargo, aunque vinieran tras ellos, los turcos no se atreverían a llegar a Membij. Membij era la primera ciudad importante de ese lado de la frontera, e incluso a esa hora de la madrugada la intrusión no autorizada de extranjeros provocaría la resistencia de los ciudadanos.

La llegada del enorme remolque blanco despertó a gran parte de los pobladores, que se asomaron a puertas y ventanas y quedaron embobados al ver pasar el extraordinario vehículo. Ibrahim no se detuvo y siguió rumbo al sur, pasando Membij, porque lo que menos quería era llamar la atención. Los cautivos y el remolque no eran un trofeo sirio sino un premio curdo. E Ibrahim pretendía que todo siguiera siendo así.

Sólo cuando clavó los frenos, sólo cuando miró a Mahmoud inclinado protectoramente sobre el cadáver de Hasan, sólo entonces Ibrahim se permitió llorar por su camarada caído en la batalla. Mahmoud ya había rezado una plegaria e Ibrahim comenzó a decir su parte del Corán.

Arrodillándose y bajando la cabeza, Ibrahim rezó suavemente:

—Él enviará guardianes que te protegerán y llevarán tu alma sin pecado cuando la muerte te llegue. Entonces todos los hombres serán devueltos a Dios, a su verdadero Señor.

Y luego, Ibrahim volvió sus ojos cargados de lágrimas al hombre que había cometido el acto monstruoso. El norteamericano estaba acostado de espaldas en el piso del remolque, exactamente donde Mahmoud lo había dejado. Tenía la cara hinchada por los golpes pero en sus ojos no había tristeza. Los malditos ojos miraban hacia arriba, indignados e impasibles.

—Esos ojos no serán desafiantes por mucho tiempo —prometió Ibrahim. Buscó su cuchillo—. Le arrancaré los ojos, y luego el corazón.

Mahmoud le aferró la muñeca vengadora.

—¡No lo hagas! Alá nos está viendo y nos juzga. La venganza no es la senda más adecuada en este momento.

Ibrahim tironeó para liberar su brazo.

—Deja que el mal sea recompensado como el mal merece, Mahmoud. El Corán lo dice. El hombre debe ser castigado.

—Este hombre se someterá muy pronto al juicio de Dios —dijo Mahmoud—. Nosotros podemos darle otra utilidad.

—¿Qué utilidad? Tenemos rehenes de sobra.

—En este remolque hay mucho más de lo que sabemos. Lo necesitamos para que nos informe.

Ibrahim escupió el suelo.

—Está destinado a morir pronto. Y yo voy a matarlo, hermano mío.

—Alguien morirá por lo que le ocurrió a Hasan. Pero ahora estamos en casa, hermano mío. Podemos llamar por radio a los otros y pedirles que busquen y maten a uno de nuestros enemigos. Este hombre debe sufrir por el solo hecho de estar vivo, por ver sufrir a sus compañeros. Ya viste cómo se quebró antes, cuando amenacé cortar los dedos de la mujer. Piensa tan sólo en los terribles días que le esperan.

Ibrahim seguía mirando a Rodgers, y el solo verlo lo colmaba de odio.

—De todos modos le arrancaría los ojos.

—Todo a su tiempo —dijo Mahmoud—. Ahora estamos extenuados y de duelo. No pensamos con la claridad debida. Contactemos al comandante y dejémosle decidir cómo vengar las muertes de Hasan y Walid. Luego les taparemos los ojos a nuestros prisioneros, terminaremos el viaje y descansaremos. Nos lo hemos ganado en buena ley.

Ibrahim miró a su hermano y volvió a mirar el cuerpo yacente de Rodgers. Con gesto renuente, envainó el cuchillo.

Por ahora.

31

Martes, 7:01, Estambul, Turquía

Situada en el Bósforo azul resplandeciente donde convergen Asia y Europa, Estambul es la única ciudad del mundo que abarca dos continentes. Conocida como Bizancio en los primeros días de la cristiandad, cuando la ciudad fue construida a lo largo de siete grandes colinas, y como Constantinopla hasta 1930, Estambul es la ciudad más grande y el puerto más próspero de Turquía. Su población de ocho millones de personas aumenta diariamente, ya que las familias de zonas rurales emigran a la ciudad en busca de trabajo. Los recién llegados invariablemente arriban de noche y levantan chozas en los límites de la ciudad. Esas casas, conocidas como *gecekondu* o «construidas de noche», están protegidas por una antigua ley otomana que declara que todo techo levantado durante la noche no puede ser derribado. Eventualmente tiran abajo los pueblitos de chozas y levantan en su lugar nuevos monoblocks, que al poco tiempo son rodeados por nuevas chozas. Esas viviendas miserables marcan un dramático contraste con los departamentos ricos, los restaurantes de moda y las *boutique* elegantes de los distritos Taksim, Harbiye y Nisantasi. Los *istanbullus* que viven allí manejan orondos sus BMW, usan joyas de oro y diamantes, y pasan los fines de semana en sus *yali*, enormes mansiones de madera erigidas a orillas del Bósforo.

La subjefa de Misión Eugenie Morris había sido huésped de honor del carismático magnate turco de los automóviles, Izak Bora. Como el consulado de los EE. UU. en Estambul desempeñaba un papel secundario respecto de la embajada en Ankara, los intereses políticos y comerciales se trataban allí de manera menos formal y también menos burocrática. La diplomática norteamericana, de cuarenta y siete años de edad, había concurrido a una cena en el *yali* del señor Bora con representantes comerciales de los EE. UU. y se había quedado hasta la partida del último invitado. Luego había despedido a su chofer y a un segundo automóvil con dos miembros de la Agencia de Seguridad Diplomática. Esos hombres literalmente iban armados de escopetas para defender a los funcionarios en todas sus salidas públicas y privadas. Los agentes de la ASD estaban autorizados a usar la fuerza para proteger a los funcionarios cuya seguridad tenían a cargo. Y como siempre estaban vinculados a una embajada o consulado gozaban también de inmunidad diplomática para sus actos.

Cuando los dos autos regresaron a las siete en punto a la mañana siguiente, Eugenie los estaba esperando en el vestíbulo del *yali* con el señor Bora. Un mayordomo de librea les abrió la puerta y siguió camino a los vehículos, llevando la maleta de la invitada de honor. Un agente de la ASD esperaba fuera de los bajos portales de hierro de la mansión y observaba cómo el acaudalado hombre de negocios acompañaba a la diplomática por el corto sendero de piedra. El otro agente estaba sentado al volante, con el motor en marcha. Detrás de la mansión el Bósforo centelleaba pálidamente bajo la temprana luz matinal. Las hojas de los árboles y los pétalos de las flores del jardín también brillaban, resplandecientes bajo la luz.

Cuando su anfitrión se detuvo Eugenie hizo otro tanto. Agitó las manos para espantar a una avispa que parecía tener intenciones de anidar en su nariz aguileña. El agente de la ASD se paró frente a él con las manos en los bolsillos de su chaqueta oscura, listo para sacar

su .38 si era necesario. En el auto, detrás del vidrio a prueba de balas casi opaco, su compañero disponía de una ametralladora de caño recortado y un Uzi.

El señor Bora hizo unos movimientos desgarbados y luego observó con aire triunfal cómo la avispa regresaba volando al agua. Eugenie aplaudió su maniobra y continuaron su camino hacia el portón.

Se oyó el rugido de una motocicleta en la distancia. El agente de la ASD apostado en la entrada giró a medias para observarla mientras se aproximaba. El conductor era un muchacho de campera de cuero negra y casco blanco, muy erguido en su asiento. Llevaba una bolsa de mensajería colgada del cuello de la que asomaban varios sobres. El agente de la ASD trató de ver si tenía bultos delatores bajo la campera o en los bolsillos. El hecho de que la campera fuera muy ajustada al cuerpo volvía improbable la presencia de un arma oculta. El agente clavó la vista en la bolsa de sobres. El motociclista pasó junto a ellos a toda velocidad, sin aminorar la marcha.

El agente volvió a vigilar la mansión. Repentinamente, algo cayó de la espesa copa de los árboles. Eugenie y el señor Bora se pararon a mirar el objeto que rodó contra las piedras y se detuvo a sus pies.

El agente de la ASD intentó abrir el portón sin dejar de vigilar la copa de los árboles. No pudo.

—¡Atrás! —gritó. Un instante después explotaba la granada de mano.

Antes de que la pareja atinara a moverse una nube blanco grisácea irrumpió en el camino. El estallido de la granada fue inmediatamente seguido por los sordos *trucs* y metálicos *clangs* de las esquirlas que golpeaban contra los árboles, el hierro y la carne humana. El agente de la ASD cayó lejos del portón. Tenía el pecho destrozado. Eugenie y el señor Bora cayeron como si los hubieran segado. Ambos se retorcieron al caer.

Un momento después de la explosión, el chofer de la mansión puso en marcha su automóvil. Abrió el portón con el paragolpes de acero reforzado y se detuvo junto al cuerpo de la subjefa de Misión. Inmediatamente después llegó el auto de la ASD. El conductor lo estacionó a un costado y bajó armado de una escopeta. Protegido por el auto, disparó contra las copas de los árboles. Los proyectiles abrieron un amplio hueco entre las ramas y una lluvia de hojarasca húmeda cubrió al agente de la ASD.

Una ráfaga de ametralladora proveniente del árbol obligó al chofer a refugiarse detrás del auto. El francotirador, cuyo rostro estaba protegido por una máscara de esquiar, disparó contra la subjefa de Misión, abriendo un sendero de sangre a lo largo de la blusa y la falda blanca de Eugenie. La mujer se sacudió cuando las balas la penetraron y luego dejó de moverse. El atacante ignoró al señor Bora, que intentaba arrastrarse hacia la mansión apoyándose en su costado derecho. Su mayordomo ya estaba allí, acuclillado en el vestíbulo, con el tubo del teléfono pegado a la oreja.

El chofer de la ASD salió de su escondite atrás del auto. Mientras se preparaba para descargar una nueva ráfaga contra los árboles oyó un sordo *clunk* y miró hacia abajo. Una segunda granada de mano rodó hacia él. Sólo que ésta había venido de atrás. Cuando volvía al auto vio al motociclista parado en el camino, detrás de un árbol.

La granada explotó, y la explosión hizo que el auto saltara apenas. Pero ya antes de que explotara el agente había tomado el Uzi de la guantera. Ahora necesitaba velocidad de disparo, no sólo poder. Rodó hacia afuera, se aplastó contra el suelo y apuntó al motociclista. El hombre avanzaba hacia él a toda velocidad entre los autos, usándolos como escudo protector.

El agente apuntó hacia el costado y disparó debajo del chasis. Hizo explotar los neumáticos y la motocicleta cayó de costado y se estrelló contra el auto.

Cuando estaba a punto de arrastrarse bajo el auto para atrapar al motociclista oyó un *thunk* en el techo. Levantó la vista y vio al atacante de los árboles. Acababa de saltar y lo estaba apuntando con un revólver. Antes de que pudiera disparar, el chofer de Eugenie sacó su .45 y le disparó dos tiros desde atrás. Una de las balas atravesó ambos muslos del hombre, que cayó pesadamente a un costado, se deslizó por el capó del automóvil y rebotó en tierra. Varias granadas de mano cayeron de los profundos bolsillos de su tricota negra.

El agente de la ASD pasó arrastrándose bajo la puerta abierta del automóvil, se detuvo junto al capó del vehículo y desarmó al gimiente francotirador. Desactivó las granadas extra y las colocó en el interior del auto. Luego avanzó cautelosamente en dirección al joven de la motocicleta. El esbelto muchacho estaba de espaldas, tenía roto el brazo derecho y el fémur de la pierna izquierda le asomaba por el pantalón desgarrado. Otras siete granadas de mano se habían deslizado de su bolsa de mensajería.

Tenía otra en la mano izquierda, sobre el pecho. Había sacado el anillo y el dispositivo de seguridad.

—¡Abajo! —aulló el agente de la ASD.

El chofer golpeó contra la tierra al caer detrás de su auto y el agente de la ASD saltó por encima del capó de su propio vehículo. Un instante después explotó la primera granada, y la siguieron las otras siete en una serie de explosiones sucesivas.

El auto saltaba y se sacudía por los golpes de las esquirlas, las ruedas chillaban al reventar. El agente de la ASD avanzaba arrastrándose tras una de ellas cuando un pedazo de metal le desgarró el talón. Pero siguió avanzando cuerpo a tierra, apoyándose contra el auto para ofrecer un perfil lo más protegido posible.

Cuando terminaron las explosiones, se irguió dolorosamente detrás de su Uzi.

Los dos asesinos estaban muertos, despedazados por sus propias granadas. El chofer del auto de Eugenie se sostenía el brazo en el que cargaba el arma, pero al menos estaba de pie. El señor Bora se las había ingeniado para volver a la casa y estaba tendido en el vestíbulo, asistido por su mayordomo. El resto del personal de la mansión estaba de pie tras ellos, oculto en la sombra.

Un momento después las sirenas interrumpían la súbita quietud, tan parecida a la muerte. Llegaron cuatro furgones de la policía nacional turca, con las Smith & Wesson calibre .38 desenfundadas. Los policías rodearon la casa y los alrededores. El agente de la ASD apoyó su Uzi sobre el techo del auto para que los turcos supieran que pertenecía al bando de los buenos. Luego se acercó a su colega caído. Estaba muerto, al igual que la subjefa de Misión.

El chofer empezó a avanzar, sosteniéndose todavía el brazo ensangrentado con el arma. Un oficial lo miró y él le señaló la herida. El oficial le anunció que la ambulancia llegaría enseguida.

Los dos hombres se metieron en sus autos para informar por radio a sus superiores en la embajada. La reacción frente a la muerte fue fría y económica. Siempre se reprimían las emociones en situaciones como ésta. Había que impedir que la prensa, y a través de ella el enemigo, supiera lo molesto o asustado que uno estaba.

Cuando terminaron de reportarse, los dos hombres se reunieron junto al auto del agente de la ASD.

—Gracias por derribar a ese tipo del techo —dijo el agente. El chofer asintió y se apoyó con sumo cuidado contra la puerta trasera.

—Sabes, Brian, no podrías haber hecho más que lo que hiciste —le espetó.

—Mierda —dijo—. Deberíamos haber entrado a buscarla. Se lo dije a Lee, pero él dijo que a la dama no le gustaba sentirse asfixiada. Bueno, carajo. Mejor asfixiada que muerta.

—Y si hubiéramos entrado estaríamos todos muertos —dijo el chofer—. Ellos esperaban que la buscáramos adentro. ¿Cuántas tenían, quince granadas entre los dos? La seguridad de la casa fue la

que falló. Apuesto que ese tipo estaba en el árbol desde anoche, esperando a la señora Morris. Y el imbécil de la motocicleta debe de habernos seguido.

Llegaron tres ambulancias y mientras varios paramédicos se ocupaban de las heridas de los hombres, otros corrieron a la casa para revisar al señor Bora. Lo sacaron en camilla, quejándose en turco de que el ataque jamás hubiera sucedido de no haber sido él un internacionalista.

—Así es como ganan estos miserables —dijo el agente de la ASD mientras lo subían a la ambulancia junto con el otro norteamericano —. Asustan a los tipos como ése y los obligan a jugar exclusivamente con el equipo local.

—No se necesita mucho para asustar a un tipo como el señor Bora —replicó el chofer, mirando el suero inyectado en su brazo—. Ya veremos qué ocurre cuando tengan que vérselas con los Estados Unidos de Norteamérica.

32

Martes, 5:55, Londres, Inglaterra

Paul Hood y Warner Bicking fueron recibidos en el aeropuerto de Heathrow por un automóvil oficial y un vehículo de la ASD con tres agentes. Los norteamericanos esperaban pasar en el aeropuerto las dos horas que mediaban entre ambos vuelos. Sin embargo, un funcionario del aeropuerto recibió a Hood en la entrada con un fax urgente de Washington. Hood buscó la protección de un rincón para leerlo. Bob Herbert había hecho los arreglos necesarios para que se dirigieran, acompañados por un funcionario diplomático, a la embajada norteamericana en Londres. El fax decía que era muy importante que Hood utilizara el teléfono seguro de la embajada. Bicking y Hood fueron conducidos a un área segura de la terminal aérea, exclusiva para dignatarios internacionales y sin control de aduana.

El trayecto hasta el 2431 de Grosvenor Square fue plácido debido al escaso tránsito propio de esa hora de la mañana. Hood estaba asombrosamente alerta. Había podido dormir tres horas en el avión y todavía podía saborear las dos tazas de café demasiado liviano que había bebido antes de aterrizar. Por ahora, esas dos tazas bastarían para tenerlo en pie. Si podía dormir dos o tres horas más en el próximo vuelo estaría en perfectas condiciones al llegar a Damasco. Hood también estaba alerta gracias a su innata curiosidad y su obvia

preocupación por el misterioso fax. De haber sido buenas las noticias, Herbert se lo habría anticipado.

Bicking iba sentado al lado de Hood, con las piernas cruzadas y el pie balanceándose ansiosamente. Aunque había trabajado ininterrumpidamente durante las siete horas de vuelo, estudiando los diversos escenarios, estaba más despierto que Hood.

Bicking es muy joven, por eso puede hacerlo, maldito sea, pensó Hood mientras veía disiparse la primera niebla matinal. En otra época Hood también podía quedarse despierto trabajando, cuando era banquero. Desayunaba en Nueva York o Montreal, cenaba en Estocolmo o Helsinki, y a la mañana siguiente desayunaba en Atenas o Roma. En esa época podía pasarse cuarenta y ocho horas sin dormir. Incluso desdeñaba el hecho de dormir por considerarlo una pérdida de tiempo. En la actualidad, muchas veces se metía en la cama y ni siquiera toleraba que su esposa lo tocara. Solamente quería acostarse y disfrutar el sueño que se había ganado.

Poco después de iniciado el viaje, el conductor le entregó a Hood un sobre sellado de parte del embajador. Contenía su itinerario local e indicaba que el Dr. Nasr se encontraría con ellos a las 7 en punto en la embajada.

Habitualmente, Hood disfrutaba Londres. Sus bisabuelos habían nacido en Kensington y él respondía de manera casi espiritual a la historia y el carácter de esa ciudad. Pero a medida que el auto avanzaba entre los edificios centenarios —todavía hechizados o acechados por fantasmas de valientes y nefandos— Hood sólo podía pensar en Herbert, en el CRO y en el auto de la ASD que iba pegado al de ellos. Habitualmente, los vehículos de seguridad diplomática los seguían manteniendo una distancia equivalente al largo de uno o dos automóviles. Hood también se preguntaba por qué había tres agentes en el auto en vez de dos. El hombre que los acompañaba, un simple asistente de embajador, sólo ameritaba dos.

Las preguntas de Hood obtuvieron respuesta en cuanto lo condujeron a una oficina del antiguo edificio de la embajada y pudo

llamar a Herbert. El jefe de inteligencia le habló del asesinato en Turquía y de lo que parecía ser un intento fallido de fuga cuando el CRO había entrado a Siria. También especuló con la posibilidad de que el asesinato fuera una respuesta a eso. Cuando Hood le preguntó por qué, Herbert le relató algunos hechos que todavía no podían ser divulgados por la prensa.

—Un miembro del personal doméstico del señor Bora es curdo turco —dijo Herbert—. Él dejó entrar a los asesinos.

Hood miró el reloj.

—Eso pasó hace menos de una hora. ¿Cómo pueden saber con certeza quién hizo qué?

—Los turcos hicieron un montón de preguntas con mangueras de goma y picanas —replicó Herbert—. El sirviente admitió recibir órdenes de Siria. Pero excepto por el nombre en clave Yarmuk, no sabía de quién ni de dónde. Lo único que se me ocurre es una batalla del año 636, cuando los árabes derrotaron a los bizantinos y recuperaron Damasco.

—Parece que alguien les estuviera dando propina —dijo Hood.

—Pienso exactamente lo mismo —dijo Herbert—. Pero no podemos permitir que Damasco se entere por una razón: podrían no creernos. Y por otra: si nos creyeran podrían aliarse con los curdos sólo para mantener la paz.

—¿Y qué se sabe del motociclista? —preguntó Hood—. ¿Era curdo o *freelancer*?

—Oh, era uno de ellos —replicó Herbert—. Hasta el caracú. Vivía en una choza en los suburbios de Estambul desde hacía cuatro semanas. Suponemos que fue enviado desde las zonas de combate orientales turcas como parte de un equipo destinado a atacar blancos en Estambul después del ataque inicial a la represa. Sus huellas digitales estaban en los archivos policiales de Ankara, Jerusalén y París. Tiene un récord impresionante para ser un joven de veintitrés años. Todo como liberacionista curdo. Y las granadas que llevaba eran de la misma clase que usan los curdos en el este

de Turquía. Al viejo estilo, sin dispositivo de seguridad, provenientes de Alemania oriental.

—Probablemente los curdos tengan quintacolumnistas preparados para actuar en otras ciudades —dijo Hood.

—Indudablemente —replicó Herbert—. Aunque los de Ankara deben haberse desparramado como cucarachas. He notificado al presidente. Pienso que los curdos probablemente intentan convertir Ankara, Estambul y Damasco en campos de matanza como parte de un plan más abarcativo.

—Desatar una guerra que les dé una patria como parte de las condiciones para la paz —dijo Hood—. Hemos hablado del tema en la Casa Blanca.

—Pienso que es una idea correcta —dijo Herbert—. La única buena noticia que puedo darte es que nos las ingeniamos para meter un soldado druso en el valle de Bekaa, cuya misión es localizar el CRO. Aunque tenemos una paja de diez millas de ancho metida en el ojo del satélite, nuestro veterano del Sayeret Ha'Druzim tendría que poder encontrar el CRO. El Striker llegará a Israel en un par de horas y podrá ser destinado al Bekaa.

—¿Qué noticias tienes de Damasco y Ankara? —preguntó Hood.

—Ankara anda buscando información igual que nosotros, pero en Damasco están empezando a ponerse nerviosos. El general Bar-Levi de Haifa ha entrado en contacto con su personal judío más secreto: el Mista'aravim.

—¿Son los que se disfrazan de árabes?

—Correcto —dijo Herbert—. En realidad son agentes especialmente entrenados que ven y oyen casi todo lo que ocurre. Dicen que ha habido un desastre sin precedentes entre los curdos. Arrestos, reportes de golpizas, malos tratos, etcétera. Tengo la sensación de que todo va a empeorar rápidamente —Herbert hizo una pausa—. Sabes, Paul, es acerca de Mike. Si realmente derramó sangre para recuperar el CRO… bueno, espero que el ataque a la subjefa de Misión Morris sea la respuesta a su ataque.

—¿Por qué?

—Porque eso significaría que los curdos querían darle su merecido sin lastimado directamente —dijo Herbert—. ¿Sabes quién acostumbraba hacer eso todo el tiempo?

—Sí, lo sé —dijo Hood—. Cecil B. DeMille. Si quería que una actriz sintiera temor de Dios insultaba a su maquillador o vestuarista personal. La asustaba sin dejar ninguna marca.

—Muy bien, Paul —dijo Herbert—. Estoy impresionado.

—Son cosas que se escuchan cuando uno es alcalde de Los Ángeles —dijo Hood. Miró el reloj y se fastidió consigo mismo. No había pasado un minuto desde que lo había mirado por última vez—. Tengo que irme, Bob. Debo encontrarme con el Dr. Nasr en el aeropuerto y tú sabes que atraigo los embotellamientos de tránsito.

—Como Job atrae las aflicciones.

—Exacto. Y por si eso fuera poco… me siento horriblemente inútil.

—No más inútil de lo que me siento yo —le retrucó Herbert—. Advertí a todas nuestras embajadas en cuanto tuve pautas del incidente del CRO en la frontera. En todas mandaron a los ASD, pero la señora Morris se escapó de la red. Los bastardos conocían el paño y fueron atrás de la oveja descarriada.

—No es tu culpa —dijo Hood—. Respondiste rápida y correctamente.

—Y predeciblemente —dijo Herbert—, y eso es algo que debo cambiar. Cuando el enemigo sabe dónde está tu gente y cómo llegar a ella, y en cambio tú no lo sabes, es obvio que tendrás problemas.
—Veinte a veinte de percepción tardía…

—Sí —lo interrumpió Herbert—. Ya sé. La mayor parte de las veces aprendes a hacer negocios perdiendo dinero. Pero en nuestro trabajo aprendemos perdiendo vidas. Apesta, pero así es.

Hood hubiera deseado poder responder algo, pero Herbert tenía razón. Discutieron algunos de los parámetros del Striker, incluyendo el hecho de que el comando llegaría a Israel antes de que el

Congreso se reuniera. Y que podría ser necesario que el Striker se moviera antes de que el Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso tuviera oportunidad de aprobar sus acciones. Hood le dijo a Herbert que firmaría una Orden Directiva haciéndose cargo de todas las responsabilidades legales por las acciones del Striker. No tenía la menor intención de permitir que el Striker esperara sentado en el desierto si tenía alguna chance de rescatar a Rodgers y al equipo. Herbert le deseó buena suerte en su misión a Damasco y colgó. Sentado a solas en la habitación oscura y silenciosa, Hood se dio un momento para considerar lo que estaba decidido a hacer. Para salvar a seis personas que ni siquiera sabía si estaban vivas todavía estaba dispuesto a arriesgar las vidas de dieciocho jóvenes comandos. Los cálculos no cerraban… ¿entonces por qué le parecían correctos? ¿Porque ésa era la tarea del Striker, la tarea que querían cumplir y para la que se entrenaban con ahínco? ¿Porque el honor nacional lo exigía y también por lealtad a sus propios colegas? Había muchas y excelentes razones, aunque ninguna de ellas neutralizaba la terrible carga de dar órdenes y la ejecución de esas órdenes.

¿Dónde está Mike Rodgers, el caminante de Bartlett, ahora que lo necesitas?, musitó Hood, levantándose de la pesada silla laqueada.

La alfombra persa ahogó el sonido de los pasos de Hood, cuando atravesó el salón y se reunió con Warner Bicking, que lo estaba esperando en la oficina externa. Una secretaria de la embajada le ofreció un café, que Hood aceptó agradecido. Un momento después, Hood, Bicking y un joven oficial empezaron a discutir los pormenores de la situación de Turquía mientras esperaban al Dr. Nasr.

Nasr llegó a las siete menos cinco. Entró al *hall* principal y avanzó rápidamente en dirección a ellos. El nativo egipcio era más bien bajo de estatura, pero caminaba como un gigante. Tenía la cabeza y los hombros echados hacia atrás y su mentón afilado y barbado apuntaba al frente como una lanza. Los ojos de Nasr eran astutos detrás de los lentes de vidrio grueso, y su traje gris liviano tenía casi el mismo color mate de su cabello ondeado. Esbozó una ancha

sonrisa al ver a Hood y extendió su mano pequeña y regordeta a medio salón de distancia. Ese gesto le daba un carácter paternal antes que vanidoso.

—Mi amigo Paul —dijo Nasr mientras Hood se ponía de pie para saludado. Se estrecharon fuertemente la mano y Nasr palmeó a Hood en la espalda—. Es tan bueno volver a verlo.

—Usted tiene muy buen aspecto, doctor —dijo Hood—. ¿Cómo está su familia?

—Mi querida esposa está muy bien, preparándose para una nueva serie de recitales —replicó Nasr—. Todo Liszt y Chopin. Escuchar la *Procesión fúnebre de góndolas NE. 2* me hace llorar. El *recitando* de mi mujer es glorioso… y el *Estudio revolucionario*… ¡soberbio! Tocará en Washington hacia fin de año. Ustedes serán nuestros invitados especiales, por supuesto.

—Gracias —dijo Hood.

—Dígame —dijo Nasr—. ¿Cómo están la señora Hood y sus pequeños hijos?

—Hasta mi último llamado telefónico todos estaban contentos y no eran tan pequeños —dijo Hood con aire culpable. Se volvió hacia Warner Bicking, que estaba parado a sus espaldas—. Dr. Nasr, no creo que haya tenido oportunidad de conocer al señor Bicking.

—No —dijo Nasr—. Sin embargo leí su informe sobre la creciente defensa de la democratización en Jordania. Ya hablaremos en el avión.

—Será un gran placer para mí —replicó Bicking, tendiéndole la mano.

Mientras caminaban hacia el auto —Nasr iba en medio de los otros dos—, Hood les informó rápidamente los últimos acontecimientos. Subieron al Sedan y Bicking ocupó el asiento delantero. Cuando el automóvil se puso en marcha, Nasr comenzó a tironear suavemente de la punta de su barba con el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Creo que tienen razón —dijo Nasr—. Los curdos quieren y exigen una nación propia. La cuestión no es saber hasta dónde están dispuestos a llegar para conseguida. Está claro que sin patria perecerán.

—¿Entonces cuál es la pregunta? —preguntó Hood. Nasr dejó de jugar con su barba.

—La cuestión, mi amigo, es saber si la voladura de la represa fue su gran golpe… o si nos tienen reservado algo aún más grande.

33

Martes, 11:08, valle del Bekaa, Líbano

El valle del Bekaa es un valle elevado que atraviesa Siria y el Líbano. También conocido como El Bika y Al Biqa, el Bekaa está situado entre las cadenas montañosas del Líbano y el Anti-Líbano. De setenta y cinco millas de longitud y con un ancho que oscila entre las cinco y las nueves millas, el Bekaa es una continuación del valle de la Gran Grieta en África y es una de las regiones de cultivo más fértiles de Oriente Medio. Los romanos la llamaron «Coele Siria», «La Hueca Siria». Desde el comienzo de la historia hubo guerras por el dominio de viñas y trigales, de nogales y albaricoques.

A pesar de la prodigalidad del valle, cada vez son menos los campesinos que trabajan las zonas más fértiles y remotas. Esas regiones están bordeadas por los picos más altos y los bosques más densos. A pesar de la autopista Beirut-Damasco, las montañas y los árboles crean allí una sensación de aislamiento muy palpable. A muchos lugares se llega por un solo camino cuando se viaja por tierra. Desde las cimas o desde el aire esos mismos lugares quedan ocultos por riscos y follaje perenne.

Durante siglos esos lugares ocultos dieron refugio a sectas e intrigas religiosas. En la era moderna, el primer grupo que buscó refugio allí estaba compuesto por dos hombres que ayudaron a planear el asesinato del general Bake Sidqi, el líder opresor de Irak, que fue apuñalado en agosto de 1937. En sus inicios, las guerrillas

palestina y libanesa usaron el valle para entrenar y confabular contra la creación del Estado de Israel, y luego contra el estado mismo. También conspiraron allí contra el sha de Irán, contra Jordania, Arabia Saudí, y todos los otros gobiernos que abrazaron a los infieles de Occidente. Aunque los arqueólogos ya no acuden al valle en busca de ruinas griegas y romanas, los soldados han descubierto más cuevas que todos los arqueólogos juntos. Venden las antigüedades que encuentran para ganar dinero y usan las cavernas como cuarteles generales para montar sus campañas militares y organizar su propaganda. Armas e impresoras, botellas de agua y generadores a gas conviven codo a codo en las frías cavernas.

Con la bendición de los sirios, el PKK opera en el valle del Bekaa desde hace casi veinte años. Aunque los sirios se oponen a la idea de una nación curda, los curdos sirios han invertido mucho tiempo y esfuerzo en ayudar a sus hermanos turcos e iraquíes a sobrevivir a las fuerzas enviadas contra ellos. Al luchar contra Ankara y Bagdad los curdos y los sirios fortalecieron a los rebeldes de Damasco. Cuando Damasco comprendió que también podría transformarse en blanco de los ataques terroristas, los curdos estaban demasiado bien escondidos, demasiado bien atrincherados en el Bekaa para ser fácilmente expulsados. Y así los líderes sirios se dedicaron a ver qué sucedía con la esperanza de que el embate más fuerte de cualquier ataque cayera al norte o al este.

Irónicamente, fue la presión de las Naciones Unidas sobre Ankara y Bagdad para que suavizaran los ataques contra los curdos lo que permitió a éstos montar por primera vez una ofensiva unificada. Luego siguió una serie de reuniones en Base Deir, en las más profundas cuevas del Bekaa septentrional. Ocho meses después los representantes de los curdos iraquíes, sirios y turcos pergeñaron la Operación Yarmuk, un plan que se valía del agua y la actividad quirúrgica militar para instalar el desorden en Oriente Medio. Un curdo turco de cincuenta y siete años, educado en California, estaba al mando de la base y el operativo. Su nombre era Kayahan Siriner.

Walid al-Nasri, amigo de toda la vida de Siriner, era uno de sus hombres de confianza.

Mahmoud había usado la radio de Hasan para avisar que estaban entrando a Base Deir. Usaban la misma frecuencia utilizada por los campesinos más prósperos de la región —que se comunicaban por radio con sus pastores— y se valían de nombres codificados. De ese modo, si alguien hacía espionaje auditivo electrónico no podría identificados. Mahmoud había informado a Siriner que llegaban con varios bueyes: enemigos desarmados. Si le hubiera dicho que llevaba toros, eso hubiera significado que los enemigos estaban armados y los curdos eran los rehenes. Pero Siriner también sabía que podrían haber obligado a mentir a Mahmoud. El líder curdo no correría ningún riesgo.

La aparición del CRO fue anticipada por el sonido que hacía al subir la suave loma. Piedras y ramas secas crujían sordamente bajo los neumáticos, el motor zumbaba y hacía eco… hasta que por fin apareció entre los árboles. El CRO avanzó zigzagueando hacia la cueva, evitando las minas enterradas y frenando cuando los árboles eran demasiado espesos. Cuando la puerta del acompañante se abrió por fin cuatro curdos armados la rodearon velozmente. Llevaban *kaffiyeh* negros, uniformes de faena camuflados, y cada uno portaba una vieja ametralladora modelo 1968. Antes de que se posicionaran Ibrahim apagó el motor del remolque y Mahmoud salió, levantando la pistola y disparando tres tiros al aire. Si lo hubieran tomado de rehén no tendría un arma cargada. Agradeciendo a los gritos a Dios y a Su Profeta, Mahmoud guardó la pistola y caminó hacia el hombre más próximo. Mientras Mahmoud lo abrazaba y le contaba al oído la muerte de Hasan, los otros tres guardias corrieron hacia la puerta abierta del remolque. Ibrahim no los abrazó. Sólo prestaba atención a los prisioneros con los ojos vendados y no se relajó hasta que los llevaron uno por uno a la caverna. Cuando estuvieron bien atados Ibrahim se acercó a Mahmoud, que estaba solo al lado del remolque. Los guardias regresaron con montones de

telas color tierra que comenzaron a arrojar rápidamente sobre el remolque.

Ibrahim abrazó a su hermano.

—Hemos pagado demasiado caro por esto —sollozó.

—Lo sé —le dijo Mahmoud al oído—. Pero fue la voluntad de Dios, y Walid y Hasan están con Él ahora.

—Preferiría que estuvieran aquí, con nosotros.

—También yo —dijo Mahmoud—. Ahora ven. Siriner querrá saberlo todo sobre la misión.

Mahmoud y su hermano caminaron abrazados hacia la caverna.

Era la primera vez que Ibrahim llegaba al refugio de los liberacionistas curdos unificados. Siempre había esperado llegar allí en otras circunstancias. Humildemente, casi invisiblemente, como observador. Como un simple testigo de la historia. No como un héroe que más bien se sentía un fantoche.

Base Deir debía su nombre a la palabra siria para monasterio. Era la manera que tenía Kayahan Siriner de reconocer la vida solitaria y sacrificada que su gente y él llevaban allí. Los cuarteles generales estaban situados en un sector subterráneo de la cueva. Habían cavado un túnel en el suelo y usado bloques de carbón para formar escalones. El túnel estaba cubierto por una puerta-trampa que, cerrada, era imposible de ver en el suelo de la caverna oscura. La puerta estaba recubierta de gruesas tiras de caucho de modo que si alguien caminaba sobre ella sus pasos no sonaran a hueco. Más allá de la puerta-trampa la cueva continuaba al norte. Allí docenas de soldados PKK dormían en catres y comían sentados a una mesa de *picnic*. Pasando los improvisados dormitorios la caverna se bifurcaba. La bifurcación este era casi una continuación directa del túnel con dirección norte. De un extremo a otro podía verse la luz del día. En ese lugar se guardaban las armas y los generadores a gas. El comandante de campo del grupo, Kenan Arkin, tenía una estación de radio allí y otra en los cuarteles generales. El turco alto y desvaído mantenía contacto constante con las muchas y diversas facciones

del PRK La cueva natural terminaba allí mismo, pero los soldados habían cavado hasta llegar a una pequeña hondonada situada más atrás y cubierta por riscos que impedían que se la viera desde el aire, por lo que era un lugar ideal para entrenarse. En la bifurcación oeste de la caverna había diez pozos pequeños y oscuros cubiertos por mallas de alambre y rejas circulares de hierro. Las rejas estaban sostenidas por barras de hierro y cada extremo de barra encajaba en una argolla empotrada, también de hierro. Los pozos, de ocho pies de profundidad, eran usados como celdas y cada uno podía alojar a dos personas. Los sanitarios consistían en grandes pozos fétidos también cubiertos por mallas de alambre.

Había bombitas eléctricas colgadas a lo largo del techo del angosto pasadizo, y el búnker de los sirios estaba protegido por una puerta de hierro. La puerta había sido hecha con la escotilla y la plancha blindada de un tanque sirio destruido por los israelíes. Hacía frío diez pies más abajo de la superficie de la caverna, y dentro del búnker propiamente dicho un par de grandes ventiladores movía el aire mohoso. El búnker era casi cuadrado y apenas alcanzaba las dimensiones de un ascensor de carga. Las paredes estaban desnudas y el cielo raso bajo había sido cubierto con plástico claro. El plástico estaba muy estirado y atado en los extremos para proteger el búnker en caso de bombardeos de artillería. Había alfombras sobre el piso de tierra, un pequeño escritorio de metal y sillas plegadizas con almohadones bordados. Aliado del escritorio había una cortadora. Al lado de la cortadora había una radio con sus correspondientes auriculares y taburete.

El comandante Kayahan Siriner estaba parado tras su escritorio cuando Mahmoud e Ibrahim entraron. Llevaba puesto un uniforme verde seco y un *kaffiyeh* blanco con banda roja, y una .38 en el cinturón. Siriner era de complexión y estatura mediana, y tenía la piel oscura y los ojos claros. Usaba un bigote muy fino sobre el labio superior y un anillo en el índice izquierdo. Era un anillo de oro con dos enormes dagas de plata cruzadas bajo una estrella. Igual que

Walid, el comandante Siriner tenía una cicatriz. La suya era profunda y dentada e iba desde el puente de la nariz a la mitad de la mejilla derecha. Lo habían herido cuando era líder de las bandas de comida curdas en Turquía. Su tarea era mandar pequeñas bandas contra aldeas no curdas con el fin de obtener comida. Si los aldeanos no les daban la comida voluntariamente los curdos la tomaban por la fuerza. Los soldados turcos siempre eran asesinados, se resistieran o no.

El comandante Siriner no abandonaba la caverna a menos que fuera necesario. Incluso de noche se temía que fuera asesinado por francotiradores turcos o iraquíes apostados en los picos que rodeaban la base.

Era a la vez un alivio y un honor que Siriner los esperara de pie. Un honor porque el comandante les estaba demostrando su respeto por lo que habían logrado. Un alivio porque eso significaba que no los culpaba por la pérdida de Walid y Hasan.

—Doy gracias a Alá porque han regresado sanos y salvos y por el éxito de la misión —dijo Siriner y su voz profunda y resonante llenó la habitación—. Tengo entendido que han traído un trofeo.

—Sí, comandante —dijo Mahmoud—. Un vehículo que los norteamericanos usan para espiar.

Siriner asintió.

—¿Y están seguros de que al traerlo aquí no fueron espiados? —inquirió.

—Lo usamos para cegar el satélite, comandante —dijo Ibrahim—. No hay dudas, los norteamericanos no pueden vernos.

Siriner sonrió.

—Así lo indica el hecho de que estén sobrevolando constantemente la región —miró a Mahmoud—. Tú llevas el anillo de Walid. Dime qué les sucedió a él y a Hasan.

Mahmoud dio un paso adelante. Hasan había reportado por radio la muerte de Walid y el guardia acababa de informar a Siriner la muerte de Hasan. A Mahmoud le correspondía dar los detalles. El

comandante se mantuvo de pie mientras hablaba y sólo se sentó cuando Mahmoud terminó su relato.

—¿El norteamericano está aquí, prisionero? —preguntó Siriner.

—Sí —replicó Mahmoud.

—¿Sabe cómo manejar el equipo que han capturado?

—Sabe —dijo Mahmoud—. Varios de los prisioneros parecen saber bastante al respecto.

Siriner pensó largo tiempo y luego llamó a un soldado que cumplía las funciones de jefe disciplinario. El corpulento joven entró apresuradamente al despacho e hizo la venia. Las formalidades militares eran estrictamente observadas entre los veinticinco soldados destinados permanentemente en la base.

El comandante devolvió el saludo.

—Sadik —le dijo—, quiero que el líder norteamericano sea torturado donde los demás puedan oír.

Ibrahim no estaba seguro de que Rodgers se quebrara. No obstante, no ofreció una opinión que nadie le había pedido. Las únicas respuestas que Siriner aceptaba de su gente eran *Sí, señor* y *Lo lamento, señor*.

—Sí, señor —respondió el jefe disciplinario.

—Mahmoud —dijo Siriner—, ¿también hay prisioneras mujeres?

—Sí, señor.

Siriner miró a Sadik.

—Elige a una mujer para que vea la tortura. Ella será la segunda. Quiero ese vehículo en marcha para la próxima parte de nuestro operativo. Puede servirnos para guiar a los infiltrados.

—Sí, señor.

Siriner despidió a su jefe disciplinario y se volvió hacia Ibrahim y Mahmoud.

—Mahmoud, veo que llevas puesto el anillo de Walid.

—Sí, señor. Él mismo me lo dio antes de… dejarnos.

—Era mi más viejo amigo —dijo Siriner—. Su muerte será vengada.

Siriner salió de atrás del escritorio. Su expresión era una extraña mezcla de pesar y orgullo. Ibrahim había visto antes esa expresión en los rostros de aquellos que habían perdido amigos, hermanos, esposos o hijos por defender una causa que también pertenecía a los deudos.

—Tal como esperábamos, los efectivos del Ejército Árabe Sirio han comenzado a desplazarse hacia el norte. Mahmoud, ¿estás familiarizado con el rol que Walid debía desempeñar en la segunda fase de nuestra operación?

—Sí, señor —replicó Mahmoud—. Walid iba a relevar al comandante de campo Kenan. Kenan va a comandar el ataque contra el puesto de avance del Ejército Árabe Sirio en Quteife.

Siriner se paró frente a Mahmoud y escrutó sus ojos.

—Ese ataque es vital para nuestro plan. No obstante, Alá es generoso. Te ha devuelto a nosotros. Veo una señal en tu retorno, Mahmoud al-Raschid. Una señal que indica que eres tú y no Kenan quien tomará el lugar de Walid.

Mahmoud enarcó ligeramente sus cejas ya extenuadas.

—¿Comandante? —musitó.

—Me agradaría que comandes el grupo de Base Deir que atacará Quteife y después Damasco. Nuestro hombre allí está esperando la señal. Únete a los otros y se la daré.

Mahmoud todavía estaba sorprendido. Inclinó la cabeza con humildad.

—Por supuesto, comandante. Me siento muy honrado. Siriner abrazó a Mahmoud y le palmeó la espalda.

—Sé que debes estar cansado. Pero es importante que en Damasco me represente un verdadero héroe de nuestra causa. Ve a ver a Kenan. Él te dará sus instrucciones. Podrás dormir mientras esperas a los sirios.

—Nuevamente, señor, me siento honrado. Siriner se acercó a Ibrahim.

—Estoy igualmente orgulloso de ti, Ibrahim —le dijo.

—Gracias, señor.

—Te necesito especialmente por el papel que has desempeñado en este día de victoria —dijo Siriner—. Quiero que te quedes conmigo.

La boca de Ibrahim se curvó de amargura.

—¡Señor! ¡Quisiera tener permiso para acompañar a mi hermano!

—Es comprensible —dijo Siriner, abrazando a Ibrahim—. Pero necesito tener aquí a un hombre que haya tratado con los norteamericanos y su remolque. No es una cuestión de coraje sino de eficiencia.

—Pero, comandante, Hasan era el que hablaba…

—Te quedarás aquí —dijo Siriner con firmeza y dio un paso atrás —. Tú manejaste el remolque desde Turquía hasta aquí. Seguramente habrás visto muchas cosas que pueden sernos útiles y tienes experiencia con máquinas. Eso es mucho más de lo que sabe la mayoría de mis soldados.

—Entiendo, señor —dijo Ibrahim. Miró de reojo a su hermano, sin mover la cabeza. Era evidente que hacía grandes esfuerzos para ocultar su decepción.

—Voy a hablar con los norteamericanos —le dijo Siriner—. Por ahora quiero que descanses. Te lo has ganado.

—Gracias, señor —replicó Ibrahim.

Siriner miró a Mahmoud.

—Buena suerte —dijo secamente y regresó a su escritorio.

Acababa de despedirlos.

Ibrahim y Mahmoud dieron media vuelta y regresaron al túnel.

Allí se pararon frente a frente.

—Lo siento —dijo Ibrahim—. Mi lugar está a tu lado.

—Estarás a mi lado —dijo Mahmoud, tocándose el pecho—. Estarás aquí adentro. Quiero estar orgulloso de ti, hermanito.

—Lo estarás —prometió Ibrahim—. Y tú… cuídate.

Los hermanos se abrazaron largamente. Un momento después Mahmoud se internaba en la caverna para encontrarse con el

comandante de campo.

Ibrahim caminó hacia las precarias barracas. Al llegar se sentó en un catre vacío y se quitó las botas. Se acostó lentamente, estirando los brazos y los músculos de las piernas felizmente liberados de su carga. Cerró los ojos y oyó cómo los soldados avanzaban en dirección a las celdas.

Siriner iría a «hablar» con los norteamericanos. Los torturaría.

Ellos se quebrarían. Y luego él no tendría otra cosa que hacer que ayudar a los otros curdos a operar las computadoras y conducir el remolque.

No era glorioso. Ni siquiera estaba seguro de que fuera útil.

Pero estaba cansado y tal vez no pudiera pensar con claridad.

En cualquier caso, esperaba que el norteamericano *si se quebrara*. Deseaba que capitulara, que gritara, que gimiera. ¿Qué derecho tenía un extranjero a interferir en la lucha por la libertad curda?, y el hecho de haber segado la vida de un luchador que había demostrado compasión y heroísmo por igual era absolutamente imperdonable.

Escuchó a los soldados abrir las rejas de hierro y sacar a los tirones a dos prisioneros mientras los demás gritaban en sus celdas. Esos gritos eran como una fogata en una noche fría, le daban calor. Luego su mente volvió a los acontecimientos del día y a las visiones de la tormenta que desatarían antes de que ese día terminara. Pensó en su hermano y en el orgullo que sentía por lo que iba a hacer. Y una calidez extraña lo cubrió como una manta mientras se dormía.

34

Martes, 11:43, valle del Bekaa, Líbano

Cuando era niña, Sondra DeVonne solía ayudar a su padre Carl en la cocina de su departamento de South Norwalk, Connecticut. Durante el día, Carl DeVonne manejaba un restaurante de comida rápida en el concurrido Post Road. Por la noche mezclaba ingredientes diversos para preparar una receta de flan que sería mucho más sabroso que cualquier otro comprado en el mercado. Después de dos años obtuvo un helado liviano que su esposa vendía los fines de semana en kermeses y reuniones. Y un año después dejó su trabajo y abrió una heladería sobre la ruta 7, en Wilton, Connecticut. Pocos meses antes de que Sondra se uniera a la Fuerza Aérea de los EE. UU. abrió su decimosegundo «El Flan de Carl» y fue distinguido como el Hombre de Negocios Afro norteamericano de Connecticut de ese año.

Mirando a su padre noche tras noche, la niña de diez años aprendió el difícil arte de la paciencia. También aprendió dedicación y silencio. Su padre trabajaba como un artista, intensamente, y le molestaban las distracciones de cualquier índole. Sondra siempre recordaba la vez que tenía tanto azúcar impalpable en la cara que parecía un mimo. Ella solía pasar casi una hora sentada sobre una pequeña mesa de cocina, haciendo girar la manija de la heladora y conteniendo la risa. De haber sucumbido a la tentación de reírse su padre se hubiera sentido profundamente ofendido. Durante esa hora

siempre demasiado larga Sondra mantenía los ojos cerrados y cantaba para sí misma en voz muy baja… cualquier canción que le viniera a la memoria y la hiciera olvidar de su padre.

Pero esto no era su pequeña cocina de South Norwalk y el hombre que estaba frente a ella no era su padre. No obstante, Sondra tuvo la sensación de ser otra vez pequeña y frágil cuando le tiraron de las manos hacia atrás para esposarla a una argolla de hierro que le llegaba a la cintura. Frente a ella, en el otro extremo de la cueva, alguien cortaba la camisa de Mike Rodgers con un cuchillo de caza, le levantaba las manos por encima de la cabeza y lo esposaba a una argolla que pendía del techo de piedra de la caverna. Sus pies apenas tocaban el suelo y el hombre del cuchillo tuvo la ocurrencia de dibujarle un bigote fino sobre el labio superior con la hoja filosa.

Sondra podía verle la cara a Rodgers a la luz de la única bombita eléctrica. El general miraba en su dirección, pero no la miraba a ella. Mientras la sangre espesa corría por las comisuras de su boca y le bajaba por el mentón él se concentraba en algo completamente diferente: ¿un recuerdo?, ¿un poema?, ¿un sueño? Al mismo tiempo conservaba la energía para enfrentar sufrimientos futuros.

Pocos minutos después llegaron dos hombres. El primero llevaba un pequeño soplete de butano, con la sibilante llama blanco azulada ya encendida. El otro entró con paso decidido. Tenía las manos aferradas a la espalda y sus ojos claros iban de Rodgers a Sondra y viceversa. En sus ojos no había remordimiento, tampoco goce. Sólo decisión fría.

El hombre se detuvo de espaldas a Sondra.

—Soy el comandante —dijo, con acento marcado—. Su nombre no me importa. Si usted muere no me importa. Lo único que me importa es que nos diga todo lo que sabe sobre el manejo de su vehículo. Si no lo hace rápidamente morirá allí mismo, donde está ahora, y nosotros nos ocuparemos de la joven. Ella sufrirá un castigo diferente —volvió a mirarla—, mucho más humillante —volvió a

mirar a Rodgers—. Cuando terminemos con ella nos encargaremos de otro miembro de su grupo. Si elige cooperar volverá a su celda. Aunque asesinó a uno de los nuestros, usted hizo lo que hubiera hecho cualquier buen soldado. No tengo interés en castigarlo y será liberado lo antes posible. ¿Está dispuesto a decirnos lo que sabe?

Rodgers no dijo nada. El hombre sólo esperó unos segundos.

—Sé que toleró la llama de un encendedor en el desierto —dijo el hombre—. Muy bien. Entonces ya sabrá lo que puede esperar esta vez: le quemaremos la carne de los brazos y el pecho. Luego le sacaremos los pantalones y bajaremos por las piernas. Gritará hasta que le sangre la garganta. ¿Está seguro de que no quiere hablar?

Rodgers no dijo nada. El comandante suspiró e hizo un gesto afirmativo al hombre del soplete, quien dio un paso adelante, lo apuntó hacia la axila izquierda de Rodgers y comenzó a llevarlo muy lentamente hacia adelante.

El general endureció la mandíbula, abrió mucho los ojos y levantó los pies de un salto. En pocos segundos el olor del vello y la carne quemados enrareció aún más el aire. Sondra tuvo que respirar por la boca para no vomitar.

El comandante se acercó a Sondra y le tapó la boca para obligarla a respirar por la nariz. Simultáneamente le empujaba la mandíbula hacia arriba para evitar que lo mordiera.

—Por mi experiencia sé —dijo el hombre— que un miembro de la partida siempre nos dirá lo que queremos saber. Si habla ahora puede salvarlos a todos. Incluyendo a este hombre. Su gente fue oprimida. Todavía lo es —retiró la mano—. ¿Acaso no simpatiza con nuestra lucha?

Sondra sabía que no debía hablar con sus captores, pero él le había dado una oportunidad y ella intentaría hacerlo entrar en razón.

—Con la lucha sí. Con esto no.

—Entonces póngale fin a esto —dijo el comandante—. Usted no es arqueóloga, usted es un soldado —señaló a Rodgers con la cabeza—. Este hombre ha sido entrenado. Puedo verlo. Puedo

sentirlo —se aproximó más a Sondra—. No me divierte hacer esto. Háble me. Ayúdeme, y ayúdelo. Ayude a mi pueblo. Si nos ayuda, salvará muchas vidas.

Sondra no dijo palabra.

—Entiendo —dijo el comandante—. Pero no permitiré que docenas de mujeres y niños mueran cada día porque otros no aprueban nuestra cultura, nuestro idioma, nuestra forma de practicar el Islam. Centenares de curdos están en las cárceles sirias donde son torturados por el Mukhabarat, la policía secreta. Seguramente usted comprenderá mi deseo de ayudarlas.

—Comprendo —replicó Sondra— y comparto. Pero la crueldad de los otros no justifica la propia.

—Esto no es crueldad —dijo él—. Me gustaría parar. Yo he sido torturado. He sufrido interminables horas con cables de electricidad metidos en el cuerpo para que no quedaran marcas. Un animal muerto colgado del cuello en una celda llena de vapor hirviente no deja marcas. Tampoco las moscas que atrae ni los vómitos que provoca. Mi esposa fue violada hasta morir por todo un regimiento turco. Yo encontré su cadáver en las colinas. Fue violada de maneras tales que son imposibles de imaginar —volvió a mirar a Rodgers—. Otras naciones han hecho esfuerzos a medias para ayudarnos. El enviado especial de los EE. UU. trató de unificar las facciones Talabani y Barzani en Irak. No tenía presupuesto ni armas para ellos. Fracasó. La Fuerza Aérea norteamericana intentó evitar que los iraquíes bombardearan a los curdos en el norte. La misión tuvo éxito, y entonces los iraquíes envenenaron las reservas de agua. La Fuerza Aérea no pudo evitarlo. Ha llegado el momento de que nosotros mismos nos ayudemos, de que sea uno de nosotros el que nos guíe.

Por eso no debemos hablar con ellos, pensó Sondra. El curdo hablaba con mucho sentido y tenía razón en una cosa: alguien hablaría. Pero no podría ser ella. Ella había hecho un juramento de lealtad y parte de ese juramento implicaba obedecer órdenes.

Rodgers no quería que hablara. No podía hacerlo. No lo haría. Vivir con esa vergüenza sería todavía peor que morir.

Siguió mirando al comandante mientras las esposas de Rodgers chocaban contra la argolla de hierro. Un minuto después el soldador fue apuntado a la otra axila de Rodgers. Esta vez el general saltó junto con la llama. Ya no apretaba la mandíbula con tanta fuerza, tenía la boca entreabierta, los ojos perdidos y le temblaba todo el cuerpo. Retorcía las puntas de los pies con desesperación, pero no gritaba.

El comandante contemplaba la escena con expresión relajada y plena de confianza mientras la llama avanzaba hacia la espalda del general. Rodgers se arqueó temblando y cerró los ojos. Abrió aún más la boca y emitió un sonido ahogado por la garganta. Apenas tuvo conciencia del sonido, Rodgers apretó los labios con fuerza.

Aunque las lágrimas le anegaban los ojos y el miedo le secaba la boca, Sondra seguía negándose a hablar.

De pronto, el comandante dijo algo en árabe. El torturador se apartó de Rodgers y apagó el soldador. El comandante se dirigió a Sondra.

—Le daré unos minutos para pensar sin tener que ver sufrir a su amigo —le dedicó una sonrisa—. ¿Su amigo… o su superior? No importa. Piense en toda la gente a la que podría ayudar. Gente suya y gente mía. Le pido que piense en el pueblo alemán durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Fueron patriotas los que cumplieron las órdenes de Hitler o aquellos que hicieron lo correcto?

El comandante esperó un momento. Al ver que Sondra no decía nada se alejó por el túnel. El torturador salió tras él.

Cuando se apagó el sonido de los pasos Sondra miró a Rodgers.

El general levantó la cabeza con dificultad.

—No les diga… nada —le ordenó.

—No lo haré —dijo ella.

—No estamos en la Alemania nazi —jadeó Rodgers—. Esos hombres… son terroristas. Usarán el CRO para matar. ¿Me…

comprende?

—Sí —replicó Sondra.

La cabeza de Rodgers volvió a caer a un costado. A través de las lágrimas Sondra pudo ver las quemaduras oscuras y brutales bajo sus axilas. Rodgers tenía razón. Esos hombres habían asesinado miles de personas al volar la represa. Matarían todavía más si pudieran usar el CRO para observar movimientos de tropas o escuchar comunicaciones. Los curdos estaban oprimidos, ¿pero acaso estarían mucho mejor bajo la égida de un señor de la guerra como ése? Sí, ese hombre había sufrido, y aún así estaba dispuesto a quemar a sus rehenes y meterlos en pozos para obtener lo que deseaba. Si él fuera sirio, ¿toleraría acaso a los curdos turcos? Y si fuera turco, ¿toleraría a los curdos iraquíes?

Sondra no podía saberlo. Pero si Mike Rodgers estaba dispuesto a morir para decirle «no» a ese hombre, ella también lo estaba.

Y entonces oyó los pasos que regresaban y vio que Mike Rodgers respiraba profundamente para recobrar el coraje y la resolución y sintió que se le aflojaban las piernas. Tiró de las esposas y deseó poder morir luchando contra sus secuestradores.

El torturador reapareció sin el comandante. Encendió el soplete y volvió a acercarse a Mike Rodgers. Impasiblemente, como si estuviera prendiendo el fuego de un asado, aplicó la llama contra el esternón de Rodgers.

Y después de golpear la cabeza contra la pared y luchar para mantener los dientes apretados, el general finalmente aulló de dolor.

35

Martes, 3:55, Washington D.C.

Bob Herbert iba por la cuarta taza de café y Matt Stoll estaba terminando su séptima lata de Tab. Salvo las inevitables excursiones al baño ninguno de los dos hombres había dejado la oficina de Stoll, ni siquiera cuando el personal nocturno había llegado a relevarlos.

Ambos estaban examinando fotografías del valle del Bekaa tomadas desde 1975 hasta la fecha por satélites, infiltrados y fuerzas paramilitares del Sayeret Tzanhanim israelí. Sabían que el CRO estaba en algún lugar del valle… pero no dónde. El sobrevuelo del F-16 del Incirlik no les había proporcionado ninguna pista, el camuflaje y la espesura de los árboles dificultaban las tareas de reconocimiento visual y, excepto por el programa de destrucción satelital a bajo voltaje, el CRO aparentemente había sido desactivado o escondido en una cueva. De otro modo, la búsqueda con rayos infrarrojos habría dado resultado. El avión de la Fuerza Aérea también había estado enviando señales de microondas para interceptar el radar reflector activo-pasivo del CRO. Si Rodgers hubiera podido acceder al tablero y activar el «transponder» del CRO, éste hubiera respondido con un mensaje codificado. Pero hasta el momento la única respuesta era un desalentador silencio.

Como no tenían elementos suficientes para proseguir el rastreo, Herbert y Stoll se dedicaron a mirar fotografías. Herbert no estaba seguro de lo que estaba buscando, pero Stoll intentaba pensar como

el enemigo a medida que las fotografías iban llenando su monitor de veinte pulgadas.

Según el informe de inteligencia turca —confirmado por inteligencia israelí—, había casi quince mil soldados del PKK. Unos diez mil vivían en las colinas al este de Turquía y al norte de Irak. El resto estaba dividido en grupos de diez a veinte combatientes. Algunos estaban asignados a áreas específicas de Damasco, Ankara y otras ciudades mayores. Otros estaban a cargo del entrenamiento, las comunicaciones y el mantenimiento de las líneas de abastecimiento en el valle del Bekaa. En este momento el Bekaa aparentemente albergaba una nueva y agresiva unidad curda siria que trabajaba con o tal vez se había unido a los curdos de Turquía e Irak.

—Entonces los terroristas capturan el CRO y… —dijo Herbert. Stoll dejó caer la cabeza sobre sus brazos, cruzados sobre el escritorio.

—Otra vez no, Bob —musitó.

—Sí, otra vez —dijo Herbert.

—Podríamos probar con otra cosa —se quejó Stoll—. Los granjeros de las afueras se comunican mediante teléfonos celulares. Escuchémoslos. Tal vez hayan visto algo.

—Mi equipo ya lo está haciendo. Con resultado nulo —Herbert bebió un trago de café caliente de un jarro resquebrajado y manchado que había pertenecido al jefe OSS Wild Bill Donovan—. Entonces los terroristas capturan el CRO y se reportan a sus cuarteles generales. Dado que no podemos encontrar a los terroristas… tendremos que encontrar la base comando. La pregunta es: ¿qué estamos buscando?

—Un centro comando debe tener acceso a agua, generadores de electricidad, un radar para comunicaciones y probablemente un tupido techo de árboles para seguridad —zumbó Stoll—. Hemos dicho lo mismo un trillón de veces. El agua puede ser ingresada por camiones o por aire, el escape del generador puede tener salida a

algún otro lugar para que el sensor de calor de nuestros aviones no lo registre, y un radar es fácil de esconder.

—Si llevaran el agua en helicóptero tendrían que hacer un montón de vuelos —dijo Herbert—. Los suficientes para correr el riesgo de ser detectados.

—¿Incluso de noche?

—No —dijo Herbert—. De noche correrían el riesgo de estrellarse contra alguno de esos picos, especialmente si usan un helicóptero de veinte o treinta años de antigüedad. En cuanto a los camiones… sólo podrían usados si hubiera un camino cerca de la base. Entonces, si la base no está cerca de una corriente de agua —y hay muy pocas en esa región—, necesariamente debe estar cerca de la carretera o de algún camino de tierra.

—Seguro —dijo Stoll—. Pero aún así nos quedan entre treinta y cuarenta localizaciones posibles para una base terrorista. Seguimos examinando las mismas fotografías y magnificando diferentes sectores y haciendo análisis computadorizados de la geología de la región… para no llegar a nada.

—Eso es porque obviamente no estamos buscando lo que deberíamos buscar —dijo Herbert—. Toda actividad humana deja huellas.

Bob estaba furioso consigo mismo. Sentía que era su deber encontrar esas huellas, incluso sin los satélites de alta tecnología y herramientas de vigilancia que normalmente tenía a su disposición. Wild Bill Donovan lo habría hecho. Las vidas de muchas personas y la seguridad nacional dependían de eso.

—Está bien —dijo—. Sabemos que el centro comando está en algún lugar allá afuera. ¿Qué otros pertrechos podría tener?

Stoll levantó la cabeza.

—Alambre electrificado oculto en viñas, cosa que no hemos visto. Minas, que de todos modos no podemos ver. Colillas de cigarrillo, que podríamos ver si tuviéramos un satélite sobre el área. Ya hemos analizado todo esto.

—Entonces considerémoslo de otro modo —dijo Herbert.

—Está bien, acepto mi papel.

—Usted es un líder terrorista —dijo Herbert—. ¿Qué es lo que más necesita en su base?

—Aire. Comida. Sanitarios. Imagino que eso es lo básico.

—Hay una cosa más —dijo Herbert—. Y es muy importante. Seguridad. Una combinación perfecta entre capacidad de defensa e inexpugnabilidad.

—¿Contra qué? —preguntó Stoll—. ¿Espías o atacantes? ¿Por aire o por tierra? ¿Asalto o retirada?

—Seguridad en caso de bombardeo aéreo —dijo Herbert—. Los sobrevuelos y el fuego de artillería son las maneras más fáciles y seguras de tomar una base enemiga.

—De acuerdo —dijo Stoll—. ¿Y adónde nos lleva todo esto?

—Sabemos que la mayoría de esas cuevas están hechas de… ¿cómo lo llamó Phil en su análisis?

—No me acuerdo —dijo Stoll—. Roca porosa, roca esponjosa, algo que uno podría romper con un buen golpe de karate.

—Exacto —dijo Herbert—. El caso es que esa clase de roca sólo protege a los terroristas de la detección aérea, no del ataque. Entonces, ¿qué los protege?

—¿Qué los protege del ataque? Usted dijo que los terroristas del Bekaa se mueven muchísimo —dijo Stoll—, como Scud móviles. Su mejor defensa es evitar que los demás sepan dónde están.

—Exacto —dijo Herbert—. Pero en este caso puede ser diferente.

—¿Por qué?

—Logística —replicó Herbert—. Si estos terroristas están coordinando movimientos en por lo menos dos naciones necesitan permanecer centralizados para distribuir armas, partes de bombas, mapas, información.

—Todo eso puede transportarse mediante computadoras y teléfonos celulares —señaló Stoll.

—Tal vez, en el caso de los pertrechos —concedió Stoll—. Pero estos hombres deben estar entrenándose para misiones muy específicas. —Bebió otro trago de café y la borra se le quedó en las encías cuando llegó al fondo. Con gesto ausente la escupió en el jarro—. Volvamos a pensar esto. Cuando un grupo comando se entrena para una misión específica construye réplicas de las localizaciones.

—Indudablemente no construyeron una maqueta de la represa Ataturk, Bob.

—No —coincidió Herbert—. Tampoco hubiera sido necesario.

—¿Por qué no?

—Esa parte fue puro músculo. Los terroristas no tuvieron necesidad de desarrollar técnicas ni sutilezas estratégicas porque lo único que hicieron fue volar hasta la represa, arrojar las bombas y huir. Pero si ése fue simplemente un incidente precipitador —y es casi seguro que lo fue— probablemente habrán planeado otros ataques progresivos. Ataques que tendrán que ensayar.

—¿Por qué? —preguntó Stoll—. ¿Qué le hace pensar que los nuevos ataques no serán puro músculo también?

Herbert sorbió el jarro de café. Otra vez la borra invadió su boca. Volvió a escupirla en el jarro antes de empujarlo a un costado del escritorio.

—Porque históricamente, Matt, el primer golpe de una guerra o de una fase de una guerra es grande, sorprendente y estratégico… como Pearl Harbor o la invasión a Normandía. Desestabiliza e impacta. Después del primer golpe el enemigo estará preparado… de modo que es necesario apelar a un estilo más metódico. Ataques quirúrgicos, muy cuidados.

—Como apoderarse de ciudades importantes o matar a líderes de la oposición.

—Exactamente —dijo Herbert—. Eso requiere entrenamiento en lugares específicos. Si se combina con los restantes factores de

comunicaciones, abastecimiento y órdenes… cae de lleno que se necesita una base más o menos permanente.

—Puede ser —dijo Stoll, y señaló el monitor—. Pero no en cuevas de roca porosa como las que tenemos aquí. Es imposible reforzarlas. Mírelas. Para empezar no son muy grandes, apenas unos siete pies de alto y cinco de ancho. Si metemos dentro cierta cantidad de soportes de madera y hierro no queda lugar para moverse.

Herbert masticó un poco de borra de café que le había quedado en la boca y luego la escupió en su mano con aire ausente.

—Un momento —dijo, mirando la borra—. Tierra.

—¿Qué? —preguntó Stoll.

Herbert le mostró la borra en la palma de su mano. Luego la limpió.

—Tierra. No se puede construir casi nada dentro de esas cuevas… pero sí se puede excavar. Los norvietnamitas lo hicieron todo el tiempo.

—Un búnker subterráneo —dijo Stoll. Herbert asintió.

—Es la solución perfecta. Y también achica nuestro espectro de búsqueda. Es imposible dinamitar para abrir un túnel en una cueva de éstas porque el techo se vendría encima…

—Pero se puede cavar un túnel —lo interrumpió Stoll muy excitado—. Necesariamente hay que cavar un túnel.

—¡Correcto! —dijo Herbert—. Y para cavar se necesita tierra.

—Por las descripciones de las fotos —dijo Stoll—, la mayoría de estas cuevas fueron abiertas en la roca subyacente por corrientes subterráneas.

—La mayoría —dijo Herbert, haciendo correr la información—, pero quizá no todas.

Stoll cerró el archivo fotográfico del Bekaa y llamó los registros geológicos que Katzen había organizado antes de partir. Herbert se inclinó frente al monitor mientras Stoll ordenaba la búsqueda de la palabra «suelo». Obtuvo treinta y siete referencias a la composición del suelo. Los dos hombres comenzaron a leer detenidamente cada

referencia en busca de datos que pudieran sugerir una excavación reciente. Atravesaron dificultosamente un laberinto de números, porcentajes y términos geológicos hasta que algo llamó la atención de Herbert.

—Un momento —dijo. Puso la mano sobre el mouse y retrocedió una página—. Mire esto, Matt. Un estudio agronómico sirio de enero de este año —comenzó a bajar el cursor—. El equipo reportó una anomalía en la región de los robles, en las montañas Chouf.

Stoll miró sus apuntes recientes.

—Dios mío. Es el área donde está el CRO. Herbert siguió leyendo.

—Aquí dice que el horizonte A o capa superior del suelo se caracteriza allí por una actividad biótica inusualmente alta y también por la abundancia de materia orgánica que típicamente se encuentra en el horizonte B o capa inferior. Suele haber movimiento del horizonte A al horizonte B, y ese movimiento arrastra hacia abajo un barro de consistencia muy fina. Esta concentración de material en la capa inferior sugiere dos cosas. Primero, que se intentó enriquecer el suelo con más tierra activa y luego se abandonó la empresa… y segundo, que podría ser el resultado de una excavación arqueológica en las proximidades. El nivel de actividad biológica sugiere que los depósitos fueron colocados allí hace cuatro o seis semanas a lo sumo.

Stoll miró a Herbert.

—Una excavación arqueológica —dijo—, o la construcción de un búnker.

—Absolutamente posible —replicó Herbert—. Y el espectro temporal coincide.

Encontraron el sedimento hace cuatro meses. Eso significa que la excavación se hizo hace cinco o seis meses, lo que deja el suficiente margen de tiempo para instalar una base y entrenar un equipo comando.

Stoll empezó a tipiar órdenes en la computadora.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Herbert.

—La ONR fotografía el Bekaa por rutina —respondió Stoll—. Estoy llamando los archivos de reconocimiento de la región de los últimos seis meses. Si alguien estuvo excavando, no lo habrá hecho a punta de pala todo el tiempo.

—Sí, esas cuevas podrían tener la altura y el ancho suficiente —dijo Herbert—. Y si llevaron un taladro neumático o una rasadora, incluso de noche…

—Habrá profundas huellas de neumáticos —dijo Stoll—. Si no del equipo mismo, del camión o el remolque donde lo transportaron.

Cuando los archivos estuvieron cargados, Stoll ingresó un programa de gráfica. Abrió un archivo y tipió: *Huellas de Neumáticos*. Cuando apareció el menú tipió: *No Automóviles*. La computadora empezó a trabajar. Apenas un minuto después ofreció una selección de tres fotografías. Stoll pidió verlas. Las tres mostraban huellas de neumáticos muy definidas frente a la misma cueva. Era la cueva donde habían excavado el suelo.

—¿Dónde está esa cueva? —preguntó Herbert.

Stoll le pidió a la computadora que encontrara la cueva en su archivo geográfico. Unos segundos después aparecieron las coordenadas en pantalla.

Stoll levantó en alto su lata de Tab.

—La tierra está ante sus ojos —dijo, bebiendo lo que quedaba en la lata con gesto triunfal.

Herbert asintió rápidamente. Tomó su teléfono celular, llamó al general Bar-Levi de Haifa y le habló del mapa que iba a enviarle vía módem.

36

Martes, 13:00, Damasco, Siria

Durante los últimos veinte años Paul Hood había estado en docenas de aeropuertos atestados en muchísimas ciudades. El de Tokio era inmenso pero ordenado, repleto de hombres de negocios y turistas a una escala que jamás hubiera imaginado. El de Veracruz, en México, había resultado pequeño, atascado, demodé y húmedo más allá de lo imaginable. Los nativos tenían demasiado calor para apantallarse mientras esperaban leer las salidas y llegadas de los aviones en la pizarra.

Pero Hood jamás había visto algo semejante a lo que vio al entrar a la terminal del Aeropuerto Internacional de Damasco. En cada centímetro cuadrado de la terminal había una persona. La mayoría estaba bien vestida y se comportaba correctamente. Llevaban el equipaje sobre la cabeza porque no había lugar suficiente para ponerlo al costado del cuerpo. La policía armada montaba guardia frente a la puerta de llegada para contener a la gente si era necesario y ayudar a los pasajeros a salir de los aviones y entrar a las terminales correspondientes. Después del desembarco las puertas de entrada se cerraban y los pasajeros debían arreglarse solos.

—¿Toda esta gente viene o se va? —le preguntó Hood a Nasr.

Tuvo que gritar para ser oído por encima de las voces de las personas que llamaban a sus familiares a los gritos o daban

instrucciones a amigos o asistentes.

—¡Aparentemente se están yendo! —gritó Nasr—. ¡Pero jamás he visto nada igual! Debe haber pasado algo…

Hood se abrió paso a codazos entre la multitud que se agolpaba frente a la entrada. Creyó sentir que una mano le palpaba el bolsillo interno de la chaqueta. Retrocedió y se pegó a Nasr. Tanto su pasaporte como su billetera resultarían invalorables para alguien que deseara salir de Siria. Con los brazos apretados a los costados del cuerpo se puso en puntas de pie. A unas cinco yardas de distancia se veía un pedazo de cartón blanco con su nombre escrito en letras negras.

—¡Vamos! —les gritó a Nasr y Bicking.

Los tres hombres literalmente avanzaron a empujones en dirección al joven de traje negro que portaba el cartón.

—Soy Paul Hood —dijo. Señaló a los otros dos—. Ellos son el doctor Nasr y el señor Bicking.

—Buenas tardes, señor. Soy el agente Davies de la ASD y ésta es la agente Fernette —gritó el joven, señalando con la cabeza a una mujer que estaba a su derecha—. Permanezcan junto a nosotros.

Debemos pasar por la aduana.

Yul y Madeleine dieron media vuelta y empezaron a caminar codo a codo. Hood y los demás los siguieron. Los escoltas alternativamente se abrían paso entre la multitud a codazos y empujones. A Hood no lo sorprendió que no hubieran enviado un contingente de seguridad sirio dado que no tenía jerarquía suficiente para merecerlo. Pero sí lo sorprendía que hubiera tan pocos policías en el aeropuerto. Se moría por saber qué había ocurrido pero no quería distraer a sus escoltas.

Les llevó casi diez minutos atravesar la terminal principal en esas condiciones. El área de equipajes estaba relativamente vacía. Mientras esperaban el suyo, Hood les preguntó a los agentes qué había sucedido.

—Hubo un enfrentamiento en la frontera, Sr. Hood —replicó la agente Fernette. Tenía el cabello corto y cobrizo, la voz metálica, y aparentaba unos veintidós años.

—¿Muy grave? —preguntó Hood.

—Muy grave. Las tropas sirias rodearon a las tropas turcas que habían cruzado la frontera en busca de los terroristas. Los sirios fueron atacados y respondieron al ataque. Tres soldados turcos resultaron muertos antes de que el resto de la patrulla de frontera pudiera regresar a Turquía.

—Los ha habido peores —acotó Nasr—. ¿El pánico es por eso? Fernette volvió sus negros ojos hacia el doctor.

—No, señor —respondió—. Por lo que siguió. El comandante sirio persiguió a los turcos hasta la propia Turquía y literalmente los exterminó. Ejecutó a los soldados que se rindieron.

—¡Dios mío! —gritó Bicking.

—¿De qué origen es el comandante sirio? —preguntó Nasr.

—Curdo —respondió Fernette.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Hood.

—El comandante fue destituido y los sirios se retiraron —dijo la mujer—. Pero sólo aceptaron irse cuando los turcos movieron efectivos y tanques hacia la frontera. Ésas son nuestras últimas noticias al respecto.

—Y por eso todos están intentando salir de Siria —dijo Hood.

—No todos, a decir verdad —dijo Fernette—. La mayoría de los que están aquí son jordanos, saudíes y egipcios. Sus respectivos gobiernos están enviando aviones para evacuarlos. Ellos temen que sus países puedan ponerse del lado de los turcos y no quieren estar aquí cuando eso suceda.

Después de recoger su equipaje, Hood y sus compañeros fueron llevados a una pequeña habitación en el extremo norte de la terminal. Allí pasaron rápidamente por la aduana y se encaminaron hacia un automóvil que los estaba esperando. Al subir a la inmensa limusina con chofer norteamericano Hood sonrió para sus adentros.

El presidente había tenido que mandarlo al otro extremo del planeta para hacerla subir a una limusina.

El trayecto a la ciudad fue rápido y fácil. El tránsito en la autopista era liviano y el chofer rodeó la ciudad populosa para llegar a la calle Shafik al-Mouaed. Giró hacia el oeste, rumbo a la calle Mansour. La embajada norteamericana se localizaba en el número dos. La calle estaba vacía.

Nasr sacudió la cabeza mientras entraban por el angosto sendero.

—Me he pasado la vida viniendo aquí —dijo con voz temblorosa —, y nunca he visto la ciudad tan vacía. Damasco y Alepo son las ciudades antiguas más habitadas del mundo. Verla así es terrible.

—Entiendo que en el norte es todavía peor, Dr. Nasr —dijo la agente Fernette.

—¿Todos han abandonado la ciudad o están metidos en sus casas? —preguntó Hood.

—Las dos cosas —respondió Fernette—. El presidente ha ordenado que se mantengan las calles vacías por si el ejército o su propia guardia de palacio deben movilizarse.

—No comprendo —dijo Hood—. Toda la actividad está teniendo lugar a ciento cincuenta millas al norte de aquí. Los turcos no serían tan osados como para atacar la capital.

—No lo son —dijo Bicking—. Apuesto a que los sirios tienen miedo de sus propios curdos, como el oficial que comandó el ataque en la frontera.

—Exactamente —dijo Fernette—. Hay toque de queda a las cinco en punto de la tarde. El que sale después de esa hora se arriesga a ir a la cárcel.

—Un lugar en el que nadie quiere estar en Damasco —acotó el agente Davies—. Allí tratan muy mal a la gente.

Al llegar a la embajada Hood fue recibido por el embajador H. Peter Haveles. Hood lo había conocido como abogado de comercio internacional en una recepción de la Casa Blanca. Haveles

se estaba quedando calvo y usaba lentes muy gruesos. No era demasiado alto, y sus hombros demasiado robustos lo hacían parecer más bajo todavía. Se comentaba que había obtenido la embajada porque era amigo del vicepresidente. En su momento, el predecesor de Haveles había declarado que un hombre de bien sólo entregaría esa embajada a su peor enemigo.

—Bienvenido, Paul —dijo Haveles, avanzando por el lujoso pasillo.

—Buenas tardes, señor embajador —replicó Hood.

—¿El vuelo fue placentero? —preguntó Haveles.

—Escuché viejos temas musicales en el canal cuatro y me dormí —dijo Hood—. Ésa, señor embajador, es mi definición perfecta de lo placentero.

—Suena bastante convincente —dijo Haveles sin convicción. Mientras le daba la mano a Hood sus ojos se clavaron en Nasr—. Es un honor tenerlo aquí, Dr. Nasr.

—Es un honor estar aquí —replicó Nasr—, aunque desearía que las circunstancias fueran menos desagradables.

Haveles estrechó la mano de Bicking pero sus ojos volvieron inmediatamente a Nasr.

—Son aún más desagradables de lo que usted cree —dijo Haveles—. Vamos. Hablaremos en mi despacho. ¿Les agradaría beber algo, señores?

Los hombres hicieron un gesto afirmativo y Haveles extendió la mano en dirección al pasillo. Todos avanzaron lentamente; Haveles, entre Hood y Nasr, y Bicking al lado de Hood. Sus pasos hacían eco en el corredor mientras el embajador hablaba de las vasijas antiguas que allí se exhibían. Tenían el extremo superior iluminado y un aspecto absolutamente dramático frente a los murales del siglo XIX que describían acontecimientos del reino de los califas Umayyad durante el siglo I d. C.

El despacho circular de Haveles estaba en el sector más apartado de la embajada. Era pequeño pero ornado, con columnas de mármol

en todas las paredes y un cielo raso central abovedado que recordaba la catedral de Bosra.

La luz entraba por una enorme claraboya en la parte superior de la cúpula. No había más aberturas. Los huéspedes se sentaron en cómodos sillones de grueso tapizado ocre. Haveles cerró la puerta y se sentó tras su macizo escritorio. El tamaño del escritorio lo hacía parecer casi enano.

—Tenemos informantes en el palacio presidencial —sonrió— y sospechamos que ellos tienen informantes aquí. Por eso es mejor hablar en privado.

—Por supuesto —coincidió Hood.

Haveles cruzó las manos sobre su regazo.

—En el palacio creen que hay un escuadrón de la muerte en Damasco. La mejor información que tienen indica que el mencionado comando atacará esta tarde.

—¿Esa información ha sido corroborada? —preguntó Hood.

—Esperaba que usted nos ayudara a hacerlo —dijo Haveles—. O por lo menos que su gente pudiera ayudarnos. Verá, he sido invitado a visitar el palacio esta misma tarde —miró el antiguo reloj de marfil sobre su escritorio—. Dentro de noventa minutos, a decir verdad. Me han invitado a pasar allí el resto del día hablando con el presidente. Nuestra charla será seguida de una cena…

—Es el mismo presidente que una vez hizo esperar dos días a nuestro secretario de Estado para concederle una audiencia —interrumpió Nasr.

—Y también tuvo al presidente francés sentado en la recepción durante cuatro horas —agregó Bicking—. Y el presidente sigue sin aprender.

—¿Aprender qué? —preguntó Hood.

—Las lecciones de sus ancestros —dijo Bicking—. Durante la mayor parte del siglo XIX solían invitar enemigos a sus tiendas y los seducían con amabilidades. Las almohadas y los perfumes ganaron más guerras aquí que las espadas y el derramamiento de sangre.

—Y, sin embargo, tantas victorias no han podido unir a los árabes —acotó el Dr. Nasr—. El presidente no busca seducimos con amabilidades. Abusa de los extranjeros para intentar seducir a sus hermanos árabes.

—Sinceramente —intervino Haveles—, creo que ambos están desacertados. Si me permiten terminar lo que había comenzado a decirles, el presidente también ha invitado a los embajadores de Rusia y Japón a este encuentro. Sospecho que estaremos con él hasta que haya pasado la crisis.

—Por supuesto —asintió Hood—. Si algo le pasa a él, también le pasará a usted y a los otros dos.

—Suponiendo que el presidente se digne a aparecer —señaló Bicking—. Incluso puede no estar en Damasco.

—Es posible —admitió Haveles.

—Si se produce un ataque —intervino Nasr—, incluso con el presidente fuera del palacio, a Washington, Moscú y Tokio les resultará imposible respaldar a los atacantes, sean curdos o turcos.

—Exactamente —dijo Haveles.

—Hasta podrían ser soldados sirios disfrazados de curdos —dijo Bicking—. Y matar oportunamente a todos… salvo al presidente. El presidente sobrevive y se transforma en héroe para millones de árabes que detestan a los curdos.

—Eso también es posible —dijo Haveles. Miró a Hood—. Y es por eso, Paul, que toda tarea de inteligencia será más que bienvenida.

—Me pondré en contacto con el Centro de Operaciones inmediatamente —dijo Hood—. Mientras tanto, ¿qué pasa con mi encuentro con el presidente?

Haveles miró a Hood.

—Está todo arreglado, Paul.

A Hood le desagradó la torva amabilidad con que el embajador había pronunciado esas palabras.

—¿Cuándo? —preguntó hoscamente.

Haveles sonrió por primera vez.

—Lo han invitado a visitar el palacio conmigo.

37

Martes, 13:33, valle del Bekaa, Líbano

Phil Katzen se acuclilló sobre el piso de alambre del pozo oscuro. Se había acostumbrado rápidamente al olor rancio de su celda diminuta. Al hedor del sudor y las deposiciones de los que habían sido encarcelados antes que él. Pero toda la incomodidad morosa que había sentido terminó abruptamente cuando empezaron a torturar a Rodgers. Entonces fue el olor de la carne quemada lo que llenó sus orificios nasales y sus pulmones.

Katzen había llorado al oír aullar de dolor a Rodgers… y todavía seguía llorando. A su lado, Lowell Coffey permanecía sentado con el mentón contra las rodillas y los brazos rodeándole las pantorrillas. Tenía la mirada perdida.

—¿Dónde estás, Lowell? —preguntó Katzen.

Coffey levantó la vista.

—De vuelta en la facultad de abogacía —respondió—. Defendiendo a un obrero despedido de una fábrica que había tomado al patrón de rehén. Creo que ahora manejaría el caso de otra manera.

Katzen asintió. El sistema educativo no preparaba a las personas para la vida verdadera. Después de graduarse había tomado cursos especializados como parte de su entrenamiento para realizar visitas prolongadas a otros países. Uno de los cursos había constado de un semestre de conferencias por el profesor invitado Dr. Bryan Lindsay

Murray, del Centro de Rehabilitación e Investigación para Víctimas de Guerra en Copenhague. En ese momento, exactamente hacía una década, cerca de medio millón de víctimas de torturas —exclusivamente— estaba viviendo en los EE. UU. Eran refugiados de Laos y Sudáfrica, de Chile y Filipinas. Muchas de esas víctimas hablaron con los estudiantes. A casi todos les habían golpeado despiadadamente las plantas de los pies y debido a ello habían perdido el sentido del equilibrio. Les habían perforado los tímpanos y arrancado los dientes, les habían metido fósforos encendidos debajo de las uñas de las manos y los pies, y les habían empujado punzones contra la garganta. Una mujer había sido encerrada en la campana, una cúpula de vidrio que se había cerrado sobre ella hasta que el sudor le llegó a las rodillas. Supuestamente, el objetivo del curso era ayudar a los estudiantes a comprender la tortura y capacitarlos para enfrentarla si alguna vez los atrapaban. Ahora sabía que aquello había sido tan sólo un grosero simulacro intelectual.

Pero también sabía que al menos una de las cosas que había aprendido en las conferencias era verdad. Si sobrevivían a esto, las cicatrices más profundas no serían las corporales sino las emocionales. Y cuanto más se prolongara el cautiverio, menos tratables serían los desórdenes postraumáticos. De todo lo que habían sufrido devendrían ataques de pánico o abatimiento crónico. Los desórdenes podrían desatarse por el olor de la tierra o por un grito de dolor. Por la oscuridad o por un empujón. Por la transpiración en las axilas. Por cualquier cosa.

Katzen miró a Coffey y se vio reflejado en la posición fetal y la mirada distante del abogado. El tiempo que habían pasado atados en el CRO les había permitido atravesar la primera fase del largo camino emocional que recorren todos los rehenes: la negación. Ahora se movían bajo el estupidizante peso de la aceptación. Esa fase duraría varios días y sería seguida por recuerdos momentáneos

de tiempos más felices —Coffey ya parecía estar acercándose a eso — y finalmente por una etapa de auto motivación.

Eso… si llegaban a vivir tanto.

Katzen cerró los ojos pero las lágrimas no cesaron. Rodgers había empezado a gruñir como un perro enjaulado. Sus cadenas chirriaban cuando se golpeaba contra ellas. La privada DeVonne intentaba tranquilizarlo y ayudarlo a concentrarse.

—*Estoy con usted* —le decía con voz suave y trémula—. *Todos estamos con usted…*

—¡Todos nosotros! —gritó el privado Pupshaw desde el pozo situado a la izquierda de Katzen—. Todos nosotros estamos con usted.

Los gruñidos de Rodgers pronto se transformaron en alaridos.

Alaridos cortos, furiosos y agonizantes. Katzen ya no podía oír la voz de Sondra por encima de los gritos de dolor. Pupshaw estaba maldiciendo ahora y Katzen oyó gemir a Mary Rose en el pozo de la derecha. Tenía que ser ella. Seden todavía estaba inconsciente.

No se escuchaba ningún sonido humano digno, civilizado. En pocos minutos los terroristas habían transformado a un grupo de gente educada e inteligente en un montón de animales desesperados o aterrados. De no haber sido uno de ellos, Katzen hubiera admirado la simple destreza con que lo habían logrado.

No podía quedarse allí sentado. Dándose vuelta, hundió los dedos en la malla metálica y logró ponerse de pie.

Coffey lo miró, como atontado.

—¿Phil? —musitó.

—Sí. ¿Lowell?

—Ayúdame a pararme. También quiero estirarme pero mis malditas piernas parecen de goma.

—Claro —dijo Katzen, colocó las manos bajo las axilas de Coffey y lo ayudó a pararse. En cuanto estuvo de pié, Katzen lo soltó tentativamente.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —dijo Coffey—. Gracias. ¿Y tú?

Katzen miró la malla metálica del pozo.

—Como la mierda. Lowell, tengo que decirte algo. No me levanté para estirar las piernas.

—¿Qué quieres decir?

Katzen miró la reja. Rodgers se sacudía entre sollozos entrecortados. Luchaba denodadamente contra el dolor y estaba perdiendo la batalla.

—¡Por el amor de Dios, basta! —suplicó Katzen. Bajó la vista y movió la cabeza de un lado a otro—. Dios mío, haz que se detenga.

Coffey se secó la frente con el pañuelo.

—Es una ironía —dijo—. Estamos en el patio de la casa de Dios y Él ni siquiera nos escucha. O, si nos escucha —agregó en tono de disculpa—, tiene un plan de rescate que yo no alcanzo a comprender.

—Yo tampoco —dijo Katzen—. A menos que nosotros estemos equivocados y esta gente tenga razón. Tal vez Dios esté del lado de ellos.

—¿Dios del lado de estos monstruos? —protestó Coffey—. No creo. —Dio dos pasos en el pozo y se detuvo junto a su compañero de trabajo—. ¿Phil? ¿Por qué te levantaste del suelo? ¿Qué pensabas hacer?

—Pensaba acabar con esto.

—¿Cómo? —preguntó Coffey.

Katzen apoyó la cabeza contra la pared del pozo.

—He dedicado mi vida a salvar animales y ecosistemas en peligro de extinción —bajó la voz hasta convertirla en un murmullo—. He actuado para lograrlo, arriesgando mi vida.

—Tienes fibras de acero —dijo Coffey—, me lo he dicho muchas veces. ¿Y yo? Tendré que pedirte prestado un poco de ese acero a la brevedad. Y no sé si podré moverme debajo de semejante peso —miró rápidamente hacia arriba y enseguida bajó los ojos. Se arrimó a Katzen con aire conspirativo—. Pero si estás pensando en salir de

aquí… estoy contigo. Prefiero morir peleando a pudrirme en esta celda. Sé que soy lo bastante fuerte para eso.

Katzen miró a Coffey bajo la paupérrima luz que entraba desde arriba.

—No estoy pensando en declarar una guerra, Lowell. Estoy pensando en terminar ésta.

Cerró los ojos al oír aullar a Rodgers más fuerte que nunca.

Fue apenas un grito corto porque el general se mordió los labios, pero bastó para desgarrarle las entrañas.

—No es correcto quedarse aquí sin hacer nada —dijo Katzen—. ¿Condenaremos con nuestra inacción a Mike Rodgers y al resto de nosotros? ¿Por qué, Lowell?

—Por otras vidas —replicó Coffey—. Por la gente que morirá si el CRO cae en manos enemigas.

—Ésa es tan sólo una suposición —dijo Katzen—. Yo hablo de lealtad a nuestros amigos.

—¿Y dónde queda la lealtad a nuestro país? —preguntó Coffey. Katzen se acercó aún más.

—Cuando el CRO sea activado, cuando esté funcionando completamente, el localizador también se activará… y el Centro de Operaciones lo ubicará inmediatamente. Cuando lo hayan encontrado, los militares lo harán volar en mil pedazos… y a los terroristas con él. No podrán usarlo contra nadie. Pero si nosotros no actuamos ahora, no viviremos para verlo.

—Ésa es otra suposición —dijo Coffey—. Además, ya estamos todos muertos. Los terroristas aparentemente no se preocupan por *Amnesty International*. No les importa dejar marcas en el cuerpo de Mike porque de todos modos nadie volverá a verlo.

—Razón de más para actuar —le espetó Katzen—. Están quemando vivo a Mike y sabe Dios qué le harán a Sondra. Si tomamos alguna iniciativa tendremos una oportunidad de salir vivos de esto o al menos de morir con dignidad.

—Ayudar a esos bastardos no es morir con dignidad —dijo Coffey —. Es traición.

—¿Traición a qué? —preguntó Katzen—. ¿A un libro de leyes?

—A tu país —dijo Coffey—. Phil, no hagas esto.

Katzen le dio la espalda a Coffey, se estiró y aferró las rejas con los dedos. Coffey dio la vuelta para encararlo.

—He fracasado de muchísimas maneras —le dijo—. Ahora no puedo. No podría vivir con eso.

—Tú no tienes que hacer nada —dijo Katzen. Se elevó hasta apretar la boca contra el hierro helado—. ¡Terminen con eso! —aulló —. Vengan a buscarme. Yo les diré todo lo que quieren saber.

El silencio podía cortarse con tijeras. Primero Pupshaw, después el susurro del quemador, luego Rodgers y DeVonne. Al instante fue roto por el crujir de unas pisadas sobre la tierra. Alguien enfocó un reflector en dirección a Katzen. El medioambientalista se dejó caer al fondo del pozo.

—¿Está decidido a hablar? —preguntó una voz profunda.

—Sí —dijo Katzen—. Estoy decidido.

Coffey se apartó de él y volvió a sentarse.

—¿A qué se dedica este grupo? —exigió la voz profunda.

—La mayoría de estas personas son investigadores del medio ambiente —dijo Katzen. Levantó una mano para proteger sus ojos del poderoso resplandor—. Estaban aquí estudiando los efectos de la construcción de represas sobre el ecosistema del Éufrates. El hombre que están torturando es un mecánico, no el «superior» de nadie. Yo soy el que ustedes quieren.

—¿Por qué? ¿Quién es usted?

—Soy un oficial de inteligencia de los Estados Unidos. El coronel turco y yo vinimos a usar parte del equipo del remolque para espiar Ankara y Damasco.

El hombre guardó silencio un instante.

—El hombre que está a su lado. ¿Cuál es su especialidad?

—Es abogado —dijo Katzen—. Vino con nosotros para asegurarse de que no violáramos ninguna ley internacional.

—La mujer que tenemos aquí afuera —dijo el hombre—. ¿Usted dijo que es científica?

—Sí —dijo Katzen. Le suplicó a Dios que el hombre le creyera…

—¿Cuál es su especialidad?

—Sustancias gelatinosas que contienen nutrientes en los que se cultivan microorganismos o tejidos para investigación científica —dijo Sondra—. Mi padre tiene patentes en esas áreas. Yo trabajo con él.

El hombre apagó el reflector y dijo algo en árabe. Un momento después levantaron la reja y sacaron a Katzen a punta de revólver. Lo empujaron frente a un hombre de piel oscura con una cicatriz en la cara. A la izquierda, por el rabillo del ojo, pudo ver a Rodgers colgando de las muñecas. Sondra estaba atada a la pared de la derecha.

—No creo que ustedes sean medioambientalistas —dijo el comandante—. Pero no tiene importancia… siempre que esté dispuesto a mostrarnos cómo funciona el equipo.

—Estoy dispuesto —le aseguró Katzen.

—¡*No les diga nada*! —murmuró Rodgers.

Katzen miró directamente a Rodgers. Se le aflojaron las piernas al ver la boca del general todavía contraída por el dolor. Después miró las zonas oscuras de carne quemada, achicharrada.

Rodgers escupió sangre.

—¡Quédese donde está! ¡No recibimos órdenes de líderes extranjeros!

El hombre de piel oscura reaccionó violentamente y le asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula. La cabeza del general cayó sonoramente hacia atrás.

—Claro que recibe órdenes de un líder extranjero… si es su huésped de honor —le espetó, y se volvió hacia Katzen. Ahora era menos amigable—. Su vida depende de que a mí me guste lo que me muestre.

Katzen miró a Rodgers.

—Lo siento —dijo—. Sus vidas son más preciosas que los principios para mí.

—*¡Cobarde!* —rugió Rodgers.

Sondra tiró de sus cadenas con furia.

—¡Traidor! —murmuró entre dientes.

—No les preste atención —dijo el comandante—. Usted los ha salvado a todos. Y también ha salvado su propia vida. Eso se llama lealtad, no traición.

—No necesito su aprobación —gruñó Katzen.

—Lo que necesita es un pelotón de fusilamiento —dijo DeVonne —. Jugué su juego porque pensé que tenía un plan. —Miró al comandante—. Este hombre no sabe nada del remolque. Y yo no soy científica.

El comandante avanzó decididamente hacia ella.

—Usted es tan joven y extravertida —le espetó—. Después de ver qué es lo que sabe este caballero, mis soldados y yo volveremos a hablar con usted.

—¡No! —gritó Katzen—. ¡Si alguno de mis amigos resulta lastimado no habrá trato!

El comandante giró sobre sus talones con la velocidad del rayo y abofeteó a Katzen.

—Nunca vuelva a decirme no —inmediatamente recuperó la compostura—. Usted me mostrará cómo operar ese maldito vehículo. ¡Y lo hará sin demora! —Deslizó la mano izquierda detrás de la cabeza de Sondra y la sujetó con fuerza. Luego le tomó el mentón con la mano derecha para obligarla a formar una «O» con la boca—. ¿O cree que trabajará mejor oyéndola gritar mientras le arrancamos los dientes con un cuchillo… uno por uno… uno por uno…?

Katzen levantó las manos.

—No lo hagan —suplicó. Las lágrimas volvían a bañarle el rostro —. Por favor, no lo hagan. Voy a cooperar.

El comandante liberó a Sondra y un hombre empujó a Katzen desde atrás. Katzen tropezó hacia adelante. Cuando pasó junto a la Striker, sus ojos enrojecidos de furia le resultaron más letales que el arma apuntada a su espalda. Semejantes a dos tajos oscuros, lo maldijeron hasta el fondo del alma.

Katzen entrecerró los ojos al salir de la cueva a la luz del sol.

Las lágrimas seguían corriendo. No era un cobarde. Había protegido a las focas escudándolas con su propio cuerpo. Simplemente no podía permitir que sus amigos sufrieran y murieran. Aunque supiera que después de ese día esos hombres y mujeres que habían sido tan importantes para él durante más de un año ya no volverían a ser sus amigos.

38

Martes, 12:43, Tel Nef, Israel

Poco después del mediodía el C-141B aterrizó en los campos que rodeaban la base militar. El coronel August y sus dieciséis soldados llevaban puestos sus uniformes de faena para desierto y sus pasamontañas y sombreros camuflados. Fueron recibidos por efectivos israelíes que los ayudaron a levantar carpas para ocultar su cargamento.

El capitán Shlomo Har-Zion recibió al coronel August con un mensaje codificado, escrito en tinta mate color gris marfil sobre un fondo blanco que reflejaba el sol. August tenía experiencia con esa clase de documentos de campo. El medio garantizaba que la información no fuera leída por el personal de reconocimiento que podría estar posicionado en las colinas vecinas. Los detalles no se mencionaban porque los infiltrados árabes utilizaban permanentemente vigilancia electrónica y lectores de labios.

August atenuó el reflejo moviendo el papel para poder leer el mensaje. Éste indicaba que el Centro de Operaciones había descubierto una localización probable para el CRO y los rehenes. Un agente israelí había sido enviado al área para tareas de reconocimiento previas a la llegada del Striker. El agente tenía órdenes de contactar inmediatamente al capitán Har-Zion. Si la inteligencia resultaba correcta el Striker debería moverse de

inmediato. August agradeció al oficial superior y le dijo que se uniría a él en breve.

August ayudó a los Strikers y a los israelíes a descargar y aprestar los vehículos. Las seis motocicletas fueron deslizadas bajo un pabellón de camuflaje y guardadas en las carpas. Luego siguieron los cuatro VAR o Vehículos de Ataque Rápido. Chequearon las conexiones de los motores para asegurarse de que nada se hubiera aflojado durante el vuelo. Las ametralladoras calibre .50 y los lanzadores de granadas de 40 mm también fueron cuidadosamente examinados para garantizar que los mecanismos y visores estuvieran perfectamente limpios y alineados. El C-141B partió rápidamente después de cargar combustible, para evitar ser detectado desde las colinas o por los satélites rusos. La información obtenida hubiera sido transmitida inmediatamente a las capitales hostiles de la región y posteriormente utilizada contra Washington.

Mientras los Strikers examinaban el equipo, August y el sargento Grey se dirigieron a un edificio seguro y sin ventanas situado en la base. Acompañados por consejeros israelíes, los dos Strikers revisaron mapas de la región del Bekaa y discutieron acerca de los probables peligros en el área, entre ellos los terrenos minados y los campesinos que podían formar parte de una red de advertencias a los terroristas. Los israelíes prometieron escuchar todas las transmisiones de onda corta y atrapar tantos colaboracionistas como pudieran.

No quedaba nada por hacer… excepto lo que August no sabía hacer de ningún modo.

Esperar.

39

Martes, 13:45, valle del Bekaa, Líbano

Falah había caminado casi toda la noche y dormido apenas antes de la salida del sol. El sol era su reloj despertador y nunca le había fallado. Y la oscuridad era su cobija. Que tampoco le había fallado jamás.

Afortunadamente, Falah nunca había necesitado dormir mucho.

Cuando era niño en Tel Aviv siempre había sentido que perdía algo si dormía. En la adolescencia estaba convencido de que perdía algo cada vez que caía el sol. Y ya adulto, tenía mucho que hacer en la oscuridad.

Algún día te atrapará, pensó mientras avanzaba.

También era indicio de buena suerte que, después de ser conducido a la frontera libanesa, Falah hubiera podido hacer la mayor parte del camino antes de descansar. Era un trayecto de diecisiete millas hasta la boca del Bekaa y Falah había encontrado un monte de olivos bastante lejos del camino de tierra. Cubierto por hojas caídas para darse calor y ocultarse, Falah tenía las montañas del Líbano al oeste y los comienzos de la cadena Anti-Líbano al este. Se aseguró de que hubiera una abertura en los picos antes de echarse a descansar. La abertura permitiría que el sol naciente lo besara antes de iluminar las montañas y despertar al resto del valle.

Todas las aldeas de Siria y Líbano tienen su propio estilo de vestimenta. Mantos, chaquetas, pantalones y faldas con diseños

exclusivos, colores vibrantes, borlas y atavíos cuya variedad excede a la de cualquier otro lugar del mundo. Algunos estilos se basan en la tradición, otros en la función. Entre los curdos del Bekaa meridional la única prenda de vestir tradicional es el turbante. Antes de abandonar Tel Nef, Falah había entrado al vestidor —un cuarto profusamente equipado con toda clase de atuendos— para vestirse adecuadamente para su papel de campesino itinerante. Eligió una bata de color negro arratonado, sandalias negras y un turbante característico de color negro, rígido y con borlas. También escogió unos anteojos de sol con un pesado armazón negro. Debajo de la bata floja y harapienta llevaba un ajustado cinturón de goma con dos bolsas impermeables adheridas. La de la cadera derecha contenía un pasaporte turco falso con nombre curdo y la dirección de una aldea curda. Según el pasaporte, Falah era Aram Tunas de Semdinli. En la bolsa también había una pequeña radio bidireccional. En la otra bolsa había un revólver Magnum .44 sacado a un prisionero curdo. En la bolsa de la radio había agregado un mapa codificado impreso con tinta vegetal en una piel de cordero seca. En caso de ser capturado, Falah se comería el mapa. También le habían dado una contraseña para que los miembros del equipo de rescate norteamericano lo identificaran. Era una frase que Moisés había pronunciado en *Los Diez Mandamientos*: «Moraré en esta tierra». Bob Herbert había pensado que la contraseña para la misión del CRO en Oriente Medio debía aludir a algo sagrado, aunque no debía ser nada del Corán o la Biblia que cualquiera pudiera decir inadvertidamente. Si lo interrogaban, después de pronunciar la frase, Falah debía decir que era el Sheik de Midian. Si lo capturaban y lograban sacarle la contraseña era probable que el impostor no pensara en una segunda parte. Así, el impostor se daría a conocer al responder que su nombre era el que figuraba en el pasaporte de Falah.

El israelí también llevaba una gran cantimplora de cuero de vaca sobre el hombro izquierdo. Del hombro derecho le colgaba una

mochila con una muda de ropa, comida y un EAR: Escalón Audio Receptor. La unidad estaba compuesta por una pequeña fuente parabólica desarmable, un receptor-transmisor de audio y una computadora compacta. La computadora contenía un grabador digital y un programa de filtro basado en los principios del efecto Doppler. Permitía que quien la usara eligiera sonidos por escalón o capa. Al apretar una tecla del teclado, el primer audio que llegaba al receptor era eliminado para dar lugar al próximo. Si la acústica era lo suficientemente buena, el EAR podía oír bastante. La información de audio también podía ser almacenada para transmisiones posteriores.

Cinco minutos después de despertar Falah estaba inclinado sobre un arroyo, bebiendo agua con ayuda de un sorbete de caña. Mientras saboreaba el agua fresca su radio vibró. Arrojándole una ramita podría haberla hecho sonar. Sin embargo, cuando trabajaba como agente encubierto o rastreaba a un enemigo que podía estar oculto en cualquier parte, no era propenso a emplear esa clase de procedimientos.

En cuclillas, Falah masticó la punta de la caña antes de responder. Nunca se sentaba en lugares abiertos. Si había una emergencia le llevaría más tiempo levantarse.

—*Ana rahgil achmel muzehri* —respondió en árabe—. Soy campesino.

—*Inta mineyn*? —preguntó el que había llamado—. ¿De dónde eres?

Falah reconoció la voz del sargento jefe Vilnai, tal como Vilnai debía haber reconocido la suya. Por seguridad siguieron intercambiando códigos de esa manera.

—*Ana min* Beirut —replicó Falah—. Soy de Beirut. —De haber estado herido hubiera contestado: *Ana min* Hermil. Si lo hubieran capturado hubiera dicho: *Ana min* Tiro.

Apenas Falah afirmó ser de Beirut, el sargento Vilnai dijo:

—Ocho, seis, seis, diez, cero, diecisiete.

Falah repitió los números. Luego sacó el mapa de la bolsa.

Había un dibujo del valle con una grilla en el extremo superior. Los primeros dos números de la secuencia lo condujeron a una caja en la grilla. El segundo par de números indicaba un lugar exacto dentro de la grilla. Los dos últimos números aludían a una localización vertical. Eso quería decir que la cueva que buscaba estaba situada a diecisiete millas sobre la ladera de un risco, probablemente a lo largo de un camino.

—Ya lo veo —dijo Falah. No sólo lo veía, sino que era el lugar perfecto para una base militar. Detrás había una barranca donde fácilmente se podían acomodar helicópteros e instalaciones para entrenamiento.

—Tienes que ir allí —replicó Vilnai—. Harás tareas de reconocimiento y emitirás una señal en caso afirmativo. Luego debes esperar.

—Entendido —dijo el joven—. *Sahl*.

—*Sahl* —respondió Vilnai.

—*Sahl* quería decir «fácil» y era la contraseña individual de Falah.

Había elegido esa palabra por lo irónica. Debido al alto porcentaje de éxitos de Falah sus superiores solían afirmar que había escogido esa palabra porque en su caso era verdad. Como resultado, constantemente lo amenazaban con asignarle misiones cada vez más peligrosas. Sin echarse atrás, Falah los desafiaba a encontrar misiones peligrosas para él.

Después de recolocar la radio Falah se tomó un momento para estudiar el mapa. Lanzó un gruñido. La cueva que buscaba estaba a unas catorce millas de distancia. Dada la pendiente de las colinas y la aspereza del terreno —y teniendo en cuenta un brevísimo descanso— le llevaría aproximadamente cinco horas y media llegar a destino. También sabía que apenas entrara al valle su radio dejaría de funcionar. Para comunicarse con Tel Nef tendría que utilizar la red EAR.

Escupió la caña que había estado masticando y recogió algunas más para después. Las guardó en la profunda bocamanga de su

bata y empezó a caminar. Mientras caminaba se comió el mapa como desayuno.

Falah no estaba en buen estado físico. Cuando llegó a la cueva poco después del mediodía sentía las piernas como bolsas de arena y sus pies otrora rudos sangraban en los talones. Tenía grandes callosidades en las plantas y la piel grasosa por el sudor. Pero olvidó todas las incomodidades al llegar a destino. A través de los tupidos matorrales vio varias hileras de árboles y una cueva. Entre los bosques y la cueva, sobre un escarpado camino de tierra, estaba el remolque blanco cubierto por un camuflaje y vigilado por dos centinelas con semiautomáticas. A un cuarto de milla de distancia había un atajo que llevaba a la parte de atrás de la montaña.

Falah se agachó detrás de una roca enorme a unas cuatrocientas yardas de la cueva. Se quitó la mochila del hombro y cavó un hoyo pequeño. Cuidadosamente juntó la tierra en un montoncito compacto junto al hoyo. Luego miró a su alrededor en busca de un gran manojo de pasto. Cuando encontró lo que buscaba, lo arrancó y lo puso encima del montoncito de tierra.

Una vez listo, Falah concentró toda su atención en la cueva.

Estaba a unos sesenta pies de altura sobre la pendiente de un risco, justo encima de las hileras de árboles. Sólo era accesible por un escarpado camino de tierra. Echó un rápido vistazo al terreno de los alrededores. Sabía que había minas adentro y alrededor de los matorrales, aunque no tendría mayores problemas para localizarlas. Cuando los Striker llegaran él se entregaría a los curdos. Ellos se acercarían caminando a capturarlo y allí donde pisaran obviamente no habría minas.

Mientras vigilaba, Falah vio salir a un hombre de la cueva. Llevaba puestos una camisa y un *short* color caqui. Lo seguía otro hombre, que le clavaba un revólver en la espalda. Había alguien más allí, pero no salió de a cueva. Se quedó en las sombras de la entrada, vigilando. El prisionero fue llevado al remolque.

Falah abrió la mochila y sacó las tres partes del EAR. La computadora era ligeramente más grande que una casete. La apoyó sobre la roca. Luego sacó la fuente satelital que plegada tenía aproximadamente el tamaño de un paraguas pequeño. Al apretar un botón, la fuente de color negro se abrió como un paraguas. Falah apretó un segundo botón y apareció un trípode en el otro extremo. Lo apoyó en la roca para conectarlo a la computadora. Sacó los auriculares, los conectó, activó la unidad y calculó la distancia hasta la cueva. Después de sintonizar el aparato a menos de un metro de la entrada, Falah escuchó atentamente.

Oyó hablar en turco a la entrada de la cueva. Le ordenó a la computadora que pasara a la capa siguiente. Alguien estaba hablando en sirio.

—… está el horario? —preguntó un hombre.

—No sé —respondió otro—. Pronto. Le ha prometido el líder a Ibrahim y la mujer a sus lugartenientes.

—¿No era para nosotros? —protestó un tercer hombre.

Ésta es una evidencia de colaboración entre curdos turcos y sirios, pensó Falah. No estaba sorprendido, apenas gratificado. Cuando terminara transmitiría la grabación a Tel Nef. Desde allí la transmitirían a Washington. El presidente norteamericano probablemente informaría a Damasco y Ankara.

La conversación también era evidencia de que había otros cautivos en ese lugar. Antes de comunicarse con Tel Nef, Falah decidió probar otras capas sonoras de la cueva.

Entró a diez pies de profundidad. Escuchó más sirio, más turco, y finalmente inglés. El sonido era ahogado y difícil de entender. Conociendo los procedimientos de los curdos en terrenos montañosos no era difícil suponer que los prisioneros estaban encerrados en pozos hediondos. Sólo pudo captar tres o cuatro palabras.

—*Traición… morirá pronto*.

—… morirá.

Escuchó un instante más y luego programó nuevas coordenadas en la computadora. Apoyada tenazmente en su trípode, la fuente satelital empezó a girar. El satélite de comunicaciones israelí que Falah necesitaba contactar estaba en una órbita geoestacionaria directamente sobre el Líbano y el este de Siria.

Mientras Falah esperaba que la fuente estableciera la conexión, uno de los árabes salió corriendo del remolque y se acercó a la figura oscura parada a la entrada de la cueva.

Falah apretó el botón «cancelar». Luego levantó la fuente, la apuntó hacia la entrada de la cueva e ingresó la distancia correspondiente en la computadora. Escuchó.

—… activó una computadora adentro —decía el hombre que había salido del remolque—. Nos dijo que había una fuente satelital aquí afuera.

Sin perder la calma, el hombre oculto en las sombras preguntó dónde estaba.

—Al sudoeste —respondió el otro hombre—, dentro de un radio de quinientas yardas…

Eso era todo lo que Falah necesitaba escuchar. Sabía que no podría huir de los curdos ni tampoco atraparlos. Sólo le quedaba una opción. Maldiciendo entre dientes apretó un botón para enviar una señal silenciosa a la base. Luego desarmó la fuente satelital y el trípode y ocultó la unidad completa en el hoyo que había cavado. Buscó en la bolsa que colgaba de su cinturón y también arrojó la radio al hoyo. Por último se sacó las sandalias y las dejó caer. Rellenó el hoyo con tierra y luego colocó la mata de pasto encima. A menos que alguien estuviera buscando algo, jamás se darían cuenta de que el suelo debajo del pasto había sido alterado. Falah aferró su mochila y empezó a arrastrarse en dirección nordeste. Mientras avanzaba hacia la cueva vio salir de ella más de una docena de soldados curdos. Se dividieron en columnas de tres, evitando cuidadosamente las minas.

Falah avanzaba arrastrándose sobre el pasto y las piedras para dejar la menor cantidad de huellas posible. Cuando estuvo a unas cien yardas del lugar donde había enterrado la fuente satelital y la radio apoyó la mochila en tierra y se puso las otras sandalias para que sus huellas fueran distintas de las que rodeaban la roca. Después levantó la mochila y salió corriendo, rememorando una vez más los detalles biográficos de Aram Tunas de Semdinli.

40

Martes, 14:03, Quteife, Siria

La base del Ejército Árabe Sirio en Quteife constaba apenas de unos edificios de madera y varias hileras de carpas. Había dos torres de vigilancia de veinte pies de altura, una mirando al nordeste y la otra al sudoeste. El perímetro estaba rodeado por un alambrado de púas sostenido por postes de diez pies de alto. La base había sido construida diez meses atrás, después de que las tropas curdas del valle del Bekaa atacaran reiteradamente Quteife para abastecerse. Desde entonces los curdos se habían mantenido apartados de la gran aldea.

El capitán Hamid Moutamin, un oficial de inteligencia de veintinueve años de edad, sabía que tanto los ataques como la paz posterior eran intencionales. Cuando el comandante Siriner decidió establecer su propia base en el Bekaa pretendía que los sirios establecieran una base semejante en las proximidades. El acceso a las instalaciones militares sirias era parte importante de los planes de Siriner. Cuando la base fue terminada, el capitán Moutamin utilizó sus diez años de impecable servicio militar para ser transferido a Quteife. Ese traslado también era importante para los planes de Siriner. Cuando ambos objetivos fueron alcanzados, el comandante Siriner estableció su propia base en el Bekaa.

Moutamin no era curdo. Ésa era su fuerza. Su padre había sido un dentista itinerante que prestaba servicios en varias aldeas curdas.

Hamid era hijo único y solía acompañarlo en viajes cortos al salir de la escuela o en época de vacaciones. Una noche tarde, cuando Hamid tenía catorce años, el automóvil de su padre fue detenido por efectivos del Ejército Árabe Sirio en las afueras de Raqqa, al norte. Los cuatro soldados se apoderaron del oro con que su padre rellenaba las caries y también de su bolsa de tabaco y su anillo de bodas. Después les ordenaron seguir su camino. Hamid quiso resistirse pero su padre lo impidió. Poco después, el más viejo de los Moutamin detuvo el auto. Allí, en el camino desierto, bajo la luna brillante, sufrió un ataque cardíaco y murió. Hamid regresó a la casa de uno de los pacientes curdos de su padre, un imprentero anciano llamado Jalal. Telefoneó a su madre y uno de sus tíos fue a buscado. El funeral estuvo cargado de tristeza y odio.

Hamid se vio obligado a dejar la escuela y trabajar para mantener a su madre y su hermana. Trabajó en una fábrica de radios porque eso le dejaba tiempo para pensar. Así alimentó diariamente su odio contra los militares sirios. Siguió visitando a Jalal quien, después de dos años, lo presentó cautelosamente a otros jóvenes que debían saldar cuentas con los militares sirios. Todos los demás eran curdos. Mientras intercambiaban historias de robos, asesinatos y torturas, Hamid llegó a creer que no sólo el ejército sino todo el gobierno sirio estaba formado por criminales. Era necesario detenerlos. Uno de los amigos de Jalal le presentó a un joven turco que estaba de visita, Kayahan Siriner. Siriner estaba decidido a crear una nueva nación en la región, donde los curdos y otros pueblos oprimidos pudieran vivir en paz y libertad. Hamid le preguntó cómo podría ayudarlo. Siriner le dijo que la mejor manera de debilitar una entidad era desde adentro. Le pidió a Hamid que se transformara exactamente en lo que más detestaba: debía unirse al ejército sirio. Debido a su experiencia en la fabricación de radios, Hamid fue asignado al cuerpo de comunicaciones.

Durante diez años Hamid había servido a sus comandantes sirios con aparente lealtad y entusiasmo. Pero todo el tiempo había

comunicado secretamente los movimientos de las tropas a los curdos sirios. Esa información los ayudaba a evitar enfrentamientos, robar reservas o emboscar patrullas.

Ahora enfrentaba la misión más importante de su carrera. Debía informar al comandante de la base que había interceptado casualmente un mensaje de un curdo turco. El hombre estaba solo, en el sector oriental de la cadena Anti-Líbano, a un cuarto de milla al oeste de la aldea de Zebdani, dentro de la frontera siria. Aparentemente, afirmó Hamid, el hombre había estado allí varios días con el objetivo de reportar los movimientos de las tropas sirias. Dio al comandante de la base la localización exacta del infiltrado.

El comandante sonrió. Indudablemente obtendría un traslado a una base más prestigiosa si lograba encontrar y capturar a un curdo que espiaba para los turcos. Despachó una unidad de doce hombres en tres *jeeps* con órdenes de rodear y atrapar al prisionero.

Hamid sonrió para sus adentros. Luego se tomó un descanso para asegurarse de que la motocicleta que pensaba utilizar tuviera suficiente combustible.

41

Martes, 14:22, Zebdani, Siria

Mahmoud fue despertado suavemente tras haber dormido más de dos horas. Abrió los ojos y escrutó un rostro oscuro enmarcado por un cielo cerúleo.

—Los soldados están cerca —dijo Majeed Ghaderi—. Están viniendo, tal como dijo Hamid.

—Alá sea loado —replicó Mahmoud. Se tomó un momento para desperezarse en su cama de césped y luego se puso de pie. No había descansado, pero la siesta lo había ayudado a superar la fatiga que lo abatía. Levantó la cantimplora y bañó su rostro con un chorro de agua fresca. Se restregó vigorosamente los párpados y miró a Majeed.

Majeed era el primo de Walid y había sido su ayudante devoto.

Había recibido la orden de no despertar a Mahmoud hasta que fuera hora de atacar. El adolescente había permanecido en silencio mientras atravesaban la montaña y sus ojos todavía estaban enrojecidos de llorar a su primo muerto. Pero ahora que se acercaba el momento había fuerza en sus ojos y decisión en su voz. Mahmoud estaba orgulloso del chico.

—Vamos —dijo, y siguió a Majeed.

Juntos atravesaron surcos cubiertos de nieve sucia y retrocedieron cautelosamente entre enormes rocas rumbo a la posición del PKK.

Había catorce francotiradores turcos desplegados en las cumbres bajas. Habían instalado un aparato de radio aliado de una roca baja. Habían encendido y apagado una fogata. Los sirios detectarían todo eso. Luego, siguiendo la rutina, bajarían de sus *jeeps* y se agacharían detrás para protegerse. Un soldado, cubierto por los demás, avanzaría para examinar el sitio. Y así se encontrarían atrapados en un fuego cruzado y mortal desde una altura de cincuenta pies. Los sirios encargados de cubrir las cimas serían los primeros en caer. Cuando los otros apuntaran hacia arriba ya estarían muertos. La mayoría de los sirios recibiría un disparo en la cabeza para no manchar de sangre los uniformes. Los curdos necesitaban por lo menos diez.

Mahmoud se unió a los demás. Vieron cómo los *jeeps* se acercaban. Levantaron sus armas. Esperaron a que los soldados salieran y ocuparan sus puestos. Cuando Mahmoud hizo un gesto afirmativo levantaron los rifles. Cuando asintió por segunda vez… abrieron fuego.

Muchos de los curdos del risco cazaban pavos salvajes, verracos y conejos para alimentar a sus familias y, como las balas escaseaban, estaban acostumbrados a acertar al blanco con el primer disparo. La primera ráfaga salió de las armas de diez curdos que dispararon contra los soldados más próximos a las colinas, incluyendo el que se había adelantado a examinar el falso campamento. Nueve de los diez sirios murieron instantáneamente. El décimo llevaba puesto un casco. Recibió dos disparos en la garganta antes de caer. Los sirios restantes miraron hacia arriba. Se detuvieron en seco al detectar a los francotiradores. En ese instante los curdos abrieron fuego. Los sirios restantes cayeron.

Pistola en mano, Mahmoud guió a un contingente de curdos montaña abajo. Todos los sirios estaban muertos. Mahmoud hizo señas a los curdos de las colinas y todos bajaron corriendo. Diez cadáveres fueron despojados de sus uniformes y todos los muertos fueron apilados en un *jeep*. Vestidos como efectivos del Ejército

Árabe Sirio, los diez curdos se treparon a los dos *jeeps* restantes. Mientras el resto del equipo hacía desaparecer todas las señales del enfrentamiento, Mahmoud sopló la tierra de sus insignias de coronel y guió a su gente a través de la árida llanura.

Como Siria y Turquía habían cerrado sus fronteras a turistas y viajeros, la autopista M1 estaba relativamente despejada. Al llegar a la carretera, Mahmoud y sus nueve hombres giraron en dirección al sur. Los esperaba un viaje de veinte minutos rumbo a Damasco… y el fin de más de ochenta años de sufrimiento.

42

Martes, 13:23, Tel Nef, Israel

El sargento jefe Vilnai y el coronel Brett August permanecieron en la sala subterránea de radio durante más de una hora. La mayor parte del tiempo habían estudiado detalles de mapas aéreos del Bekaa en la pantalla de la computadora. Junto a ellos, la operadora de radio Gila Harareet esperaba noticias de Falah.

Pocos minutos antes el comandante de la base, teniente Maton Yarkoni, se había unido a ellos. El veterano de la guerra de Yom Kippur de 1973 tenía cara de toro y contextura compacta aunque poderosa. August había oído decir que sentía inclinación por los desafíos. Apenas llegó, Yarkoni comenzó a discutir el estado de alerta israelí cuando Siria envió sus fuerzas al norte. Si se desataba una guerra, Israel estaba listo para ayudar a los turcos.

—Ni Israel ni la OTAN pueden tolerar que Turquía sea desgarrada por dos facciones en pugna —dijo Yarkoni—. La OTAN necesita una empalizada contra el fundamentalismo islámico. Y, al igual que Siria, Israel necesita el agua. Vale la pena hacer la guerra ahora para mantener intacta la nación.

—¿Qué hará la OTAN? —preguntó Vilnai.

—Acabo de hablar con el general Kevin Burke en Bruselas —dijo Yarkoni—. Además del aumento de la presencia militar norteamericana en el Mediterráneo, las tropas de la OTAN en Italia han pasado de Defcon Tres a Defcon Dos.

—Una movida inteligente —dijo August—. Antes de unirme al Striker trabajé para la OTAN en Italia. Apuesto diez contra cinco a que el cambio a Defcon Dos es para obligar a Grecia a tomar partido. O se unen a sus aliados de la OTAN para defender a Turquía… o se ponen del lado de Siria. Y si Grecia se une a Siria recibirá una patada de la bota italiana en pleno trasero.

El sargento Vilnai sacudió la cabeza lentamente.

—Oriente Medio entra en guerra y la OTAN se fractura. El mundo está demasiado micro alineado. Una nación toma partido por otra nación, pero las facciones dentro de esas naciones simpatizan con las facciones de otras naciones. Pronto dejará de haber naciones.

—Sólo habrá intereses particulares —dijo el coronel August—. Un mundo de guerreros y reyes en guerra.

Mientras hablaban, una luz roja titiló en la consola. La operadora de radio escuchó atentamente mientras un grabador digital captaba el mensaje, que consistía de dos «bips» cortos y uno largo seguido por otro largo. Se repitió una vez y luego se cortó.

La operadora se quitó los auriculares y miró la computadora junto a la radio.

—¿Y bien? —preguntó Yarkoni con impaciencia.

—Fue una señal de emergencia codificada —replicó la joven.

Repitió el mensaje grabado directamente en la computadora. En el monitor apareció el mensaje ya decodificado. Gila leyó:

—Rehenes aquí. Fuerzas enemigas se acercan. Intento escapar.

—Entonces lo descubrieron —acotó Yarkoni.

El único cambio visible en el semblante de August fue un ligero endurecimiento de la mandíbula. No era un hombre afecto a mostrar sus emociones.

—¿Podremos volver a comunicarnos con él? —preguntó.

—Es improbable —dijo Vilnai—. Si Falah está en peligro habrá abandonado la radio. No puede darse el lujo de que lo descubran con ella. Si tiene posibilidades de escapar de sus perseguidores lo intentará. Si lo logra, volverá a recuperar la radio. Si se siente

acorralado adoptará su identidad curda y se presentará a la gente del PKK como un nuevo recluta potencial.

August miró el aparato de radio pero no vio a la joven operadora. En su mente estaban las caras de los tripulantes del CRO. Durante la espera lo había atormentado un único pensamiento: cuando finalmente llegaran al CRO sería demasiado tarde. Había sido sensato esperar los resultados de inteligencia… pero dado que no llegarían ya no había razones para demorarse.

—Teniente —dijo August—, me gustaría ir allí con mi gente. Yarkoni lo miró directamente a los ojos.

—Sabemos dónde está la cueva —prosiguió August—, y el sargento Vilnai y yo hemos estudiado posibilidades de entrada por el este y el oeste —el coronel se acercó más al teniente. Su voz era tensa, apenas por encima del suspiro—. Teniente, no sólo la tripulación del CRO está en peligro. Si ésa es la cueva donde funcionan los cuarteles generales del PKK podremos apresarlos. Tenemos ante nosotros la posibilidad de terminar esta guerra antes de que empiece.

Yarkoni bajó el mentón. La oscuridad de sus ojos de toro se profundizó.

—De acuerdo —musitó—. Vaya. Y que Dios los proteja.

—Gracias —dijo August. Intercambiaron saludos y el norteamericano subió las escaleras corriendo.

El sargento jefe Vilnai copió los mapas en diskettes y luego siguió a August a la zona de preparativos dentro de los límites de la barricada con alambre de púas.

Diez minutos después los cuatro Vehículos de Ataque Rápido atravesaban el desierto a ochenta millas por hora. Avanzaban en formación prisma: dos VAR al frente y los otros dos atrás, a un ángulo de 45 grados. Las seis motocicletas especiales para desierto avanzaban en dos hileras de tres. Las ametralladoras calibre .50 y los lanzadores de granadas de 40mm estaban armados y los

tiradores listos para repeler cualquier ataque, primero con disparos de advertencia y luego tirando a matar.

El coronel August iba en el VAR guía. Desde Tel Nef, el viaje a la frontera duraba veinte minutos. Los aviones caza israelíes despegarían de Tel Nef en cinco minutos y cruzarían la frontera para distraer al enemigo. Cuando las tropas sirias y libanesas se alejaran, el coronel August y sus Strikers podrían entrar. Desde la frontera, tardarían alrededor de media hora en llegar a destino.

Los mapas generados por satélite habían pasado de los diskettes a las computadoras operadas por código de los VAR. Mientras el comando Striker avanzaba a toda velocidad por el árido territorio israelí, August y el sargento Grey revisaban opciones de ataque y estrategias de retirada. Si había algún indicio de que los rehenes estaban vivos los Strikers usarían todos los medios a su alcance para rescatarlos. Si era posible salvar el CRO lo harían. En otro caso lo destruirían. Si tenían que matar para alcanzar cualquiera de los objetivos propuestos… August estaba decidido a hacerlo.

Cuando terminaron de revisar todo, el coronel Brett August se puso sus anteojos de sol. No había estado en misión de combate desde Vietnam… pero estaba listo. Contempló las montañas brumosas. En algún lugar de esas montañas Mike Rodgers estaba prisionero. El Striker rescataría a Mike o, si su viejo amigo había sido asesinado, August haría algo más.

Se encargaría personalmente del hijo de puta que lo había matado.

43

Martes, 14:24, Damasco, Siria

Paul Hood tenía la impresión de que Damasco era una mina de oro. Tal vez había sido alcalde de la turística Los Ángeles demasiado tiempo, o tal vez estaba rendido. Las mezquitas y los minaretes, los patios y las fuentes eran espectaculares con sus fachadas ornamentadas y meticulosos mosaicos. Los muros blancos y grises que rodeaban la Ciudad Vieja en el sector sudeste de Damasco eran a la vez ruinosos y majestuosos. Habían ayudado a proteger la ciudad de los ataques de los cruzados en el siglo XIII y todavía mostraban señales de esos antiguos asedios. Largas franjas de los muros habían sido destruidas o estropeadas y no las habían reparado por considerarlas reliquias históricas.

Mientras contemplaba la ciudad a través de los vidrios polarizados de la limusina oficial, Hood no pensaba en el pasado. Sólo podía pensar que si esa región del mundo estuviera en paz, si esa nación no apoyara el terrorismo, y si toda la gente pudiera entrar y salir libremente del país, Damasco sería uno de los destinos turísticos más populares del mundo. Y con ese dinero Siria podría encontrar maneras de desalinizar el agua del Mediterráneo e irrigar el desierto. Podrían construir más escuelas, crear empleos e incluso invertir en naciones árabes más pobres.

Pero lamentablemente no son así las cosas, se dijo Hood. Aunque Damasco era internacional seguía siendo una ciudad cuyos líderes

tenían planes. Y esos planes eran lograr que Siria gobernara a las naciones vecinas.

El encuentro con el presidente tendría lugar en el corazón de la Ciudad Vieja, en el palacio erigido por el gobernador Assad Pasha al-Azem en 1749. Eso se debía en parte a razones de seguridad. Era más fácil proteger al presidente detrás de los muros aún formidables de la Ciudad Vieja. También servía para recordar a los ciudadanos que, estuvieran ellos de acuerdo o no con su presidente, un sirio los gobernaba desde un palacio construido por un gobernador otomano. Los extranjeros eran los únicos enemigos.

La mayor parte era pura propaganda y paranoia. Aunque, irónicamente, hoy era verdad. Como había dicho Bob Herbert cuando Hood llamó al Centro de Operaciones desde la embajada: «Es como el reloj roto que da la misma hora dos veces al día. Hoy por hoy, los curdos turcos y sirios son el enemigo».

Herbert informó a Hood que los agentes de Damasco habían reportado movimientos en el submundo curdo. Esa mañana, a partir de las 8:30, la mayoría había comenzado a abandonar las cinco casas seguras en distintos lugares de la ciudad. Las «casas seguras» eran casas que Siria les permitía ocupar para complotar contra los turcos. Poco antes del mediodía, al advertir que podría haber un complot que involucrara a los curdos unificados, las fuerzas de seguridad sirias acudieron a las mencionadas casas seguras. Todas estaban vacías. La gente de Herbert se las había ingeniado para seguirles el rastro a algunos de los cuarenta y ocho curdos. Todos estaban en las vecindades de la Ciudad Vieja. Algunos se encontraban a orillas del río Barada, que corría a lo largo del muro septentrional. Otros estaban visitando el cementerio musulmán a lo largo del muro meridional. Ninguno había pasado del otro lado de los muros.

Herbert dijo que no había pasado esa información a los sirios por dos razones. Primero, porque podría exponer a sus informantes de inteligencia en Damasco. Segundo, porque podría desatar el pánico

entre los curdos. Si había un complot contra el presidente, sólo el presidente y los muy cercanos a él serían el blanco. Si los curdos se veían forzados a actuar prematuramente podría haber tiroteos en las calles. Y era imposible calcular cuántos damascenos resultarían muertos.

Hood no se molestó en decirle a Herbert que él mismo podía ser uno de esos blancos cercanos al presidente.

La limusina de la embajada entró al sector sudoeste de la Ciudad Vieja. Una franja de quinientas yardas de muro había sido derribada y la seguridad era extremadamente densa. Los *jeeps* estacionados uno junto a otro a lo largo de los bordes del muro sólo dejaban una brecha de cincuenta yardas en el medio. En esa brecha había más de una docena de soldados armados con pistolas Makarov y rifles de asalto AKM. Se chequeaban los pasaportes de los turistas y los locales tenían que mostrar documentos.

La limusina del embajador fue detenida por un cabo de aspecto rudo que recogió todos los pasaportes y llamó por teléfono al palacio. Cuando todos los pasajeros de la limusina fueron revisados y aprobados, el vehículo fue autorizado a seguir viaje. Antes de ingresar al área de palacio, el chofer esperó que autorizaran al automóvil de la ASD que los escoltaba. Luego tomaron la calle al-Amin en dirección nordeste hasta la calle Straight a la izquierda. Giraron a la derecha en Souk al-Bazuriye y avanzaron trescientas yardas. Pasaron los más antiguos baños públicos de Damasco, los Hamam Nur al-Din, y también el Khan de nueve cúpulas de Assad Pasha, primera residencia del constructor del palacio.

El palacio estaba localizado exactamente al sudoeste de la Gran Mezquita o Mezquita de los Umayyad. La mezquita, que debe su nombre a los musulmanes que la renovaron a comienzos del siglo VIII, fue erigida sobre las ruinas de un antiguo templo romano. Anteriormente, hace más de tres mil años, en ese mismo lugar se erguía un templo dedicado a Hadad, el dios arameo del sol. Aunque

incendiada y atacada repetidamente con el correr de los siglos, la mezquita sigue en pie y es uno de los sitios sagrados del Islam.

El palacio no es menos imponente que la Gran Mezquita. Tres alas separadas rodean el gran patio, un silencioso retiro con un gran estanque y abundantes árboles cítricos. Una de las alas está destinada a la cocina y el personal doméstico, otra a los huéspedes, y la tercera a los moradores. En el lado sur del palacio hay una espaciosa zona pública de recepción con paredes y piso de mármol y una enorme fuente.

El palacio estaba habitualmente abierto al público, aunque los departamentos privados fueron cerrados al llegar el presidente. Ese día todo el palacio estaba cerrado y las fuerzas de seguridad del presidente patrullaban los alrededores.

Después de estacionar en el sector noroeste del palacio, los agentes de la ASD fueron conducidos a la sala de seguridad del palacio mientras el embajador y sus acompañantes eran llevados a una enorme sala de recepciones.

Los pesados cortinajes estaban recogidos y la imponente araña de cristal resplandecía. Las paredes estaban cubiertas por paneles de madera oscura, con imágenes religiosas cuidadosamente talladas. El mobiliario era verdaderamente suntuoso. En el centro de la pared opuesta a la puerta había un gran *mahmal* o pabellón que contenía una copia centenaria del Corán. Diseñado para ser llevado a lomo de camello, el *mahmal* estaba cubierto de terciopelo verde bordado con hilos de plata. En su extremo superior había una enorme bola de oro con orlas de plata. El oro era auténtico.

El embajador japonés Akira Serizawa ya había llegado, junto con sus colaboradores Kiyoji Nakajima y Masaru Onaka. El entrecano colaborador presidencial Aziz Azizi también estaba presente. Los japoneses se inclinaron cortésmente cuando entró la delegación norteamericana. Azizi sonrió abiertamente. El embajador Haveles, seguido por sus acompañantes, estrechó la mano de todos. Luego presentó a Hood, el Dr. Nasr y Warner Bicking, en ese orden.

Después de la presentación, Haveles llevó aparte al embajador japonés. Sin perder la sonrisa, Azizi se dirigió al contingente norteamericano. Tenía anteojos con armazón negro y mandíbula fuerte y usaba un audífono blanco cuyo cable corría discretamente detrás del cuello de su camisa hasta el interior de su chaqueta blanca.

—Estoy encantado de conocerlos —dijo Azizi en perfecto inglés—. No obstante, sólo conozco la reputación del distinguido Dr. Nasr. Acabo de leer su libro *Tesoro y Pesar*, sobre las antiguas caravanas a La Meca.

—Es un honor para mí —replicó Nasr con una ligera inclinación de cabeza.

La sonrisa de Azizi permaneció inmutable.

—¿De verdad cree que los beduinos hubieran atacado la caravana y dejado morir veinte mil personas en el desierto si no hubieran sido víctimas del hambre y la desesperación?

Nasr levantó lentamente la cabeza.

—Los beduinos de aquella época y lugar eran bárbaros y codiciosos. Sus necesidades tenían poco que ver con sus fechorías.

—Si mis ancestros del siglo XVIII eran bárbaros y codiciosos, como usted dice —replicó Azizi—, es porque estaban oprimidos por los otomanos. La opresión suele ser una motivación poderosa.

Bicking había estado mordiéndose la cara interna de la mejilla. Dejó de hacerla y miró a Azizi.

—¿Poderosa hasta qué punto? —preguntó.

Azizi no perdió la sonrisa.

—El deseo de libertad puede hacer que la frágil hierba cuartee el camino y la raíz rompa la piedra. Es muy poderoso, señor Bicking.

Hood no estaba seguro de estar asistiendo a una discusión histórica, a una anunciación del porvenir, o a ambas cosas a la vez. Con todo, Azizi parecía un gato subido a una cerca y Nasr tenía el aspecto de alguien que ha perdido un zapato. Excusándose por la

oportuna llegada del contingente ruso, el asistente presidencial emprendió la retirada.

—¿Alguno de ustedes podría explicarme qué ocurrió? —preguntó Hood.

—Siglos de rivalidad étnica acaban de chocarse —dijo Bicking. Egipcios versus beduinos. Apuesto lo que quieran a que el Sr. Azizi es un Hamazrib. Logran adaptarse muy bien a las culturas dominantes… pero son muy muy orgullosos.

—Demasiado orgullosos —farfulló Nasr—. Ciegos a la verdad. Ese pueblo tiene una historia de crueldad.

—Ciertamente sus enemigos están convencidos de eso —dijo Bicking con tono provocador.

Hood miró a Azizi por el rabillo del ojo. Estaba caminando con los rusos. No había hecho lo mismo cuando entró el grupo de Haveles.

—¿Este discursito acerca de la libertad podría haber sido una advertencia sobre los curdos? —preguntó rápidamente.

—Los beduinos y los curdos son rivales encarnizados —dijo Bicking—. No se ayudarían mutuamente, si eso es lo quieres decir.

—No es eso lo que quiero decir —dijo Hood—. Ya viste cómo se molestó el Dr. Nasr. Tal vez el embajador Haveles dio en la tecla cuando dijo que podrían usarnos de anzuelo.

—Tal vez sólo estuviera siendo un poquito paranoico —dijo Bicking.

—Los embajadores siempre lo son —acotó Nasr.

Después de presentar al grupo de cuatro rusos, Azizi anunció que el presidente se reuniría con ellos en breve. Luego dio media vuelta y caminó hacia un criado parado junto a la entrada. El criado se acercó a alguien que estaba a un costado, fuera del alcance de la vista. Hood tuvo una visión fotográfica de terroristas camuflados corriendo de un lado al otro con semiautomáticas y asesinándolos a todos. Se sintió aliviado cuando varios hombres de librea blanca entraron al salón portando bandejas con bebidas.

Todo porque el presidente todavía no ha llegado, pensó. Por lógica, en ese momento deberían llegar también los terroristas.

El embajador ruso había encendido un cigarrillo y, acompañado de su traductor, se había unido a los otros dos embajadores en un rincón del salón. Azizi caminó hasta la entrada y se quedó parado allí mientras el resto de los hombres se mezclaba y comía shawarma —trozos de cordero cortado muy fino— y khubz —pasta de pollo frito sobre pan sin levadura—. Mientras todos especulaban sobre la naturaleza de los bombardeos en Turquía y las ramificaciones de los movimientos de tropas, Hood advirtió que Azizi apoyaba el dedo índice sobre su audífono. El asistente presidencial escuchó un momento y luego miró hacia el salón.

—Caballeros —dijo—. El presidente de la República Árabe Siria.

—Entonces realmente va a aparecer —dijo Bicking acercándose a Hood—. Estoy azorado.

—Tenía que aparecer —dijo Nasr—. Debe demostrar que no tiene miedo.

Todos dejaron de hablar y miraron hacia la puerta al oír pasos en el corredor de piso marmolado. Un momento después el anciano presidente entró al salón. Era alto y llevaba puesto un traje gris, camisa blanca y corbata negra. Tenía la cabeza descubierta y el cabello casi blanco peinado hacia atrás. Estaba flanqueado por un cuarteto de guardaespaldas. Azizi se mezcló con el grupo presidencial que se acercaba al de embajadores.

De pie entré Bicking y Nasr, Hood frunció el ceño.

—Un momento —dijo—. El guardaespaldas de la izquierda… tiene los pantalones pegados a las piernas.

—¿Y? —intervino Bicking.

El guardaespaldas miró a Hood, que lo seguía mirando.

—Eso es electricidad estática —dijo Hood. Comenzó a acercarse al guardaespaldas para ver mejor—. En el avión leí un boletín israelí por correo electrónico. Decía que se usaban fusibles

electromagnéticos en los bolsillos de los pantalones para disparar bombas que se llevan en la cintura o…

Súbitamente, el guardaespaldas gritó algo que Hood no entendió. Antes de que los otros guardaespaldas pudieran cerrar filas el hombre fue engullido por una bola de fuego. La explosión hizo caer a todos y destrozó los cristales de la magnífica araña. A Hood le zumbaron los oídos. Un humo negro llenó el salón y llovieron esquirlas de cristal por todos los rincones. Hood no podía oír su propia tos. Estaba tendido en el suelo y gemía.

Sintió que una mano le tiraba de la manga de la chaqueta. Miró a su derecha. Bicking intentaba apartar la humareda. Gritó algo. Hood no pudo oírlo. Bicking asintió. Señaló a Hood y levantó el pulgar, luego lo bajó. Hood comprendió. Movió los brazos y las piernas. Luego levantó el pulgar.

—¡Estoy bien! —gritó.

Bicking asintió. El Dr. Nasr se acercó a ellos gateando entre el humo. Tenía sangre en el cuello y la frente. Hood se arrastró hasta él y le revisó la cara y la cabeza. Nasr había estado cerca de la explosión pero la sangre no era suya. Hood le indicó que se quedara donde estaba. Luego dio media vuelta y golpeó suavemente a Bicking en la cabeza.

—¡Ven conmigo! —dijo Hood. Se señaló a sí mismo, luego a Bicking, y luego al lugar donde había estado la gente del presidente. Bicking asintió. Hood le hizo señas al joven para que permaneciera cuerpo a tierra en caso de que se produjera un tiroteo. Bicking volvió a asentir. Juntos avanzaron arrastrándose hasta la puerta de entrada.

A medida que se acercaban al lugar de la explosión eran invadidos por el olor acre y característico del nitrito… semejante al de un fósforo recién encendido. Un instante después la carnicería se hizo visible a través del humo ascendente. Había regueros de sangre sobre las paredes de mármol y charcos en los pisos. El primer cuerpo que encontraron fue el del terrorista.

Había estallado encima de los otros. Sus manos y piernas habían desaparecido. Bicking tuvo que detenerse y mirar hacia otro lado. Hood siguió avanzando. Mientras se abría paso apoyándose sobre los codos y tratando de hacer a un lado las partículas de vidrio pulverizado, Hood se preguntó por qué no había venido nadie a investigar la explosión. Consideró la posibilidad de mandar a Bicking a pedir ayuda afuera pero decidió no hacerlo. No quería que se abalanzara sobre unas fuerzas de seguridad sobreexcitadas que podrían abatirlo a disparos por error.

Todos los guardaespaldas estaban muertos. La explosión había despedazado los chalecos antibalas de los dos hombres que estaban más cerca. Los otros dos tenían los chalecos puestos pero sus cabezas y miembros habían sido atravesados por clavos de dos pulgadas y pequeñas bolas de plomo: los proyectiles predilectos de los terroristas suicidas. Hood pasó arrastrándose entre ellos para llegar donde estaban Azizi y el presidente. El presidente estaba muerto. Hood se acercó a Azizi. Estaba vivo pero inconsciente, y le sangraban el pecho y el costado derecho. De rodillas junto a él, Hood comenzó a retirar con extrema delicadeza pedazos de ropa ensangrentada. Quería ver si podía detener la hemorragia.

Azizi se estremeció y gimió.

—Sabia… sabía que esto iba a pasar —murmuró.

—Quédese quieto —le dijo Hood al oído—. Está herido.

—El presidente… —dijo Azizi.

—Está muerto —le informó Hood.

Azizi abrió los ojos.

—¡No! —gritó.

—Lo lamento —dijo Hood. A través del frustrante zumbido que lo ensordecía parcialmente pudo oír disparos. Parecían provenir de afuera del palacio. ¿Serían más terroristas intentando entrar o guardias disparando contra los cómplices fugitivos del primer atacante? El tiroteo se hacía cada vez más intenso. Hood empezó a sentir que los disparos se dirigían contra el palacio, no hacia afuera.

Azizi tembló de dolor.

—Ése no es… —Azizi se ahogaba—. Ése no es el presidente. Hood seguía retirando pedazos de chaqueta bañados en sangre.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó.

—Era… un doble —dijo Azizi—. Un señuelo para atraer… a los enemigos.

Hood sintió un escalofrío al escucharlo. *Un punto a favor de la paranoia*, pensó.

Palmeó a Azizi en el hombro con suavidad.

—No se agite —dijo—. Intentaré detener la hemorragia y luego llamaré una ambulancia.

—¡No! —dijo Azizi—. Ellos van a… venir aquí. Hood lo miró.

—Los hemos estado esperando —prosiguió Azizi débilmente—. Los hemos estado… vigilando.

—¿A quiénes?

—A muchos… más —replicó Azizi.

Hood retrocedió espantado al retirar los últimos restos de camisa del pecho de Azizi. La sangre manaba a chorros de media pulgada de alto. No sabía qué hacer por el pobre hombre. Sentándose sobre los talones, sostuvo la mano de Azizi.

—¿Por qué no quiere que llame a un médico? —le preguntó.

—Ellos tienen que… venir.

—Ellos —dijo Hood—. ¿Cree que puede haber más terroristas?

—Muchos —susurró Azizi—. El de la bomba… era curdo. Faltan… muchos curdos. Todavía en… Damasco.

De manera repentina aunque tranquila, casi en cámara lenta, la cabeza del sirio se deslizó hacia un costado. Su respiración fue apaciguándose, pero la sangre no dejaba de manar a borbotones de su pecho. Un instante después los ojos de Azizi se cerraron. Hubo una prolongada exhalación y luego un profundo silencio.

Hood dejó caer la mano del muerto y miró a la derecha. Nasr avanzaba arrastrándose entre la humareda seguido por los tres embajadores. El ruso parecía atontado. Haveles lo llevaba del codo.

El embajador japonés iba caminando tras ellos, un poco inestablemente. Sus asistentes, en su mayoría brutalmente impactados por lo ocurrido, caminaban unos pasos atrás.

—Dios mío —dijo Haveles—. El presidente…

—No —dijo Hood, y sintió que se le destapaban los oídos—. Es un sosia. Por eso las fuerzas de seguridad presidenciales no han entrado todavía. Usaron a este hombre como señuelo para los terroristas.

—Bravo por el presidente —dijo Haveles—. Esperaba ganar aliados matándonos a nosotros y conservando su propia vida.

—Lo hubiera logrado si el terrorista no hubiera entrado en pánico —dijo Hood.

—¿Pánico? —dijo Haveles—. ¿Qué quiere decir con eso?

Hood vio cómo la sangre dejaba de manar del pecho de Azizi.

—El infiltrado contaba con que los otros guardaespaldas miraran al frente y no lo detectaran. Pero no contó con que alguien aquí adentro advirtiera la carga estática que se produjo cuando armó el fusible electromagnético —Hood señaló los restos esparcidos del terrorista—. Debe de haber practicado años para conseguir esto.

—¿Quién era? —preguntó Haveles.

—Azizi cree… creía que era un curdo —dijo Hood—. Coincido con él. Aquí está pasando algo más grave que el intento de provocar una guerra entre Siria y Turquía.

—¿Qué? —preguntó Haveles.

—Honestamente, no lo sé —dijo Hood.

Los disparos fuera del palacio eran cada vez más fuertes y cercanos.

—¿Dónde están nuestros agentes de seguridad? —gritó en inglés el embajador ruso.

—Tampoco lo sé —dijo Hood, más para sí mismo que para responderle al ruso. No obstante, temía lo peor. Espió a través de la densa humareda—. Embajador Andreyev, ¿su gente se encuentra bien?

—*Da* —respondió el embajador.

—¡Embajador Serizawa! —gritó Hood—. ¿Ustedes se encuentran bien?

—¡Estamos ilesos! —gritó un miembro del contingente japonés a través del humo.

Hood revisó a las otras víctimas de la explosión. Todos estaban muertos. Media docena de personas y un terrorista habían dado su vida para hacer salir de sus guaridas a otros terroristas. Era una locura.

—¡Warner! —gritó Hood—. ¿Puedes oírme?

—¡Sí! —La respuesta ahogada llegó desde la derecha. Probablemente, Bicking estaba respirando a través de un pañuelo.

—¿Tienes ahí tu celular? —preguntó Hood.

—¡Sí!

—Llama al Centro de Operaciones —dijo Hood. Oyó más explosiones a lo lejos. Pensó en los curdos que la gente de Herbert había detectado en las proximidades del palacio—. Informa a Bob Herbert sobre lo que pasó. Dile que estamos sitiados aquí.

Se puso de pie bajo la humareda creciente y avanzó hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Haveles.

—A ver si tenemos alguna posibilidad de salir de este infierno.

44

Martes, 14:53, valle del Bekaa, Líbano

Falah no podía entenderlo. Estaba corriendo a toda velocidad.

Pero por más rápido que corriera —siguiendo un sendero sinuoso entre las colinas— no lograba dejar atrás a los curdos. Era como si tuvieran un vigía en las montañas que les dijera hacia dónde se dirigía. Pero la idea del vigía era altamente improbable. El follaje era muy tupido en esa zona y Falah andaba más bajo los árboles que fuera del escudo protector que formaban. No obstante, los curdos se las ingeniaban para seguir pisándole los talones.

Finalmente, exhausto y mordido por la curiosidad, se detuvo.

Se quitó el turbante empapado en sudor, recogió una rama y buscó un poco de pasto. Armó una pequeña carpa con la tela del turbante, metió la cabeza debajo y fingió prepararse para una siesta reparadora. Menos de un minuto después llegaron los curdos y lo rodearon formando un amplio círculo que luego comenzó a achicarse lentamente. Falah abrió los ojos, se sentó y levantó las manos.

—¡Ala malak! —gritó—. ¡Deténganse!

Los curdos siguieron avanzando entre los árboles y los pastos bajos. Los ocho hombres sólo se detuvieron después de haber formado un estrecho círculo alrededor de Falah, hombro con hombro y a punta de revólver.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Falah—. ¿Qué quieren?

Uno de los hombres le ordenó colocar las manos detrás del cuerpo y ponerse lentamente de pie. Falah obedeció y volvió a preguntarles qué se proponían. Le ordenaron callarse. Falah volvió a obedecer. El hombre le ató las manos con el extremo de una soga y luego le deslizó el otro extremo debajo de la garganta. Después lo empujó al suelo, le sacó el arma y el pasaporte y se los entregó a un soldado que se había adelantado. Después, de cara al cielo, Falah fue conducido a través de las colinas rocosas a la cueva. Falah trataba de pisar lo más fuerte posible sobre el camino de tierra porque, si los Strikers decidían acudir, por sus huellas podrían saber dónde no había minas.

Lo hicieron pasar junto al remolque y por fin pudo ver lo que no había podido siquiera avistar desde su escondite: el remolque emitía sonidos y las luces estaban encendidas en su interior. O los comandos sabían lo suficiente de electrónica como para activar las computadoras —cosa que dudaba—, o alguien había hablado bajo tortura. En cualquier caso, ya sabía cómo habían logrado rastrearlo. Lo alegraba no haber podido enviar un mensaje hablado a Tel Nef. El remolque lo hubiera captado. En cambio, era probable que el breve mensaje codificado que había logrado enviar hubiera pasado inadvertido. Aunque no fuera así, de todos modos no significaría nada para ellos.

Falah fue llevado al interior de la cueva.

El joven israelí sabía varias cosas sobre los grupos que trabajaban en esa parte del mundo. Los grupos palestinos Hamas y Hezbollah tendían a instalarse en aldeas y granjas donde, si eran atacados, inevitablemente morirían civiles. El Frente Libanés de Liberación —consagrado a derrocar al gobierno sirio en el Líbano— trabajaba en grupos nómades y poco numerosos. El PKK trabajaba en grupos más grandes, aunque también tendía a la movilidad. Obligado a mirar al frente al entrar en la cueva, lo que vio Falah no fue una unidad móvil. Fueron dormitorios de campaña, luces eléctricas, armeros y abastecimiento. También pudo echar un rápido

vistazo a lo que en el Sayeret Ha'Druzim acostumbraban llamar «Huellas de Satán»: los pozos hediondos que llevaban directamente del cautiverio al infierno, ya que nadie había salido vivo de allí jamás. Lo único que Falah no se preguntó es si saldría vivo de esa cueva. Su entrenamiento en el Sayeret Ha'Druzim no sólo enfatizaba el pensamiento positivo: lo exigía.

Todavía atado, Falah fue obligado a bajar un tramo de escalera que terminaba en lo que obviamente era el centro de comando. La terminación del cuarto lo sorprendió. Era evidente que esa gente no esperaba ser expulsada. Se preguntó si era allí donde los curdos esperaban forjar el corazón de una nueva nación. No en el sector oriental de Turquía, donde había estado hacía siglos, sino al oeste. Atravesando Siria y el Líbano y con acceso al Mediterráneo.

Un hombre leía documentos sentado detrás de un escritorio.

Otro, sentado detrás de él, se balanceaba sobre un banco bajo mientras escuchaba mensajes radiales y tomaba notas manuscritas. El hombre que había conducido a Falah hasta allí hizo la venia. El hombre del escritorio devolvió el saludo e ignoró a Falah para seguir estudiando lo que parecían ser transcripciones de mensajes radiales. Después de dos o tres minutos, el hombre del escritorio recogió el pasaporte de Falah. Lo abrió, lo estudió un instante y lo dejó a un costado. Miró al prisionero. Una sinuosa cicatriz rojiza le atravesaba el puente de la nariz y desaparecía en el centro de su mejilla derecha. Sus ojos eran mortalmente claros.

—*Isayid Aram Tunas* —dijo el comandante Siriner—. Señor Aram Tunas.

—*Aywa, akooya* —replicó Falah—. Sí, hermano mío.

—¿Yo soy tu hermano? —preguntó Siriner.

—Aywa —respondió Falah—. Los dos somos curdos —levantó el puño en alto—. Los dos luchamos por la libertad.

—Entonces es por eso que has venido aquí —prosiguió Siriner—. ¿Para combatir a nuestro lado?

—Aywa —replicó Falah—. Supe lo de la represa Ataturk. Se rumoreaba que los atacantes tenían sus cuarteles generales en el Bekaa. Pensé que podía buscarlos y unirme al grupo.

—Es un honor —Siriner tomó en sus manos el revólver de Falah —. ¿Dónde conseguiste esto?

—Es mío, señor —dijo Falah orgullosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que es tuyo?

—Lo compré hace dos años en el mercado negro de Semdinli —respondió Falah. En parte era verdad. El arma había sido adquirida dos años atrás en el mercado negro, aunque no era Falah quien la había comprado.

Siriner apoyó el revólver sobre el escritorio. El operador de radio dejó nuevas transcripciones. El comandante seguía mirando a Falah.

—Detectamos a alguien con un equipo de radio en las colinas —dijo Siriner—. ¿Por casualidad viste u oíste algo extraño?

—No vi a nadie, señor.

—¿Por qué estabas corriendo?

—¿Yo, señor? —dijo Falah—. No estaba corriendo. Descansaba cuando tus hombres me rodearon.

—Transpirabas copiosamente.

—Porque hacía mucho calor —dijo Falah—. Prefiero viajar cuando está más fresco. Tontamente, no me di cuenta de que estaba tan cerca de mi meta.

Siriner observó al cautivo.

—Entonces quieres luchar junto con nosotros, Aram.

—Sí, señor. Claro que sí.

El comandante miró al soldado parado junto a Falah.

—Desátalo, Abdolah —dijo.

El soldado obedeció. En cuanto le desataron la cabeza, Falah la hizo rotar de un lado a otro. Cuando le desataron las manos flexionó los dedos. Siriner señaló el revólver de Falah.

—Tómalo —le dijo.

—Gracias —dijo Falah.

—Tengo mucho que hacer aquí —dijo Siriner—. Si decides servirme tendrás que cumplir órdenes sin vacilaciones ni cuestionamientos.

—Entiendo —dijo Falah.

—Tayib —dijo Siriner—. Muy bien. Abdolah, llévalo con los prisioneros.

—¡Sí, señor! —replicó el soldado.

—Dos de ellos son militares norteamericanos, Aram —dijo el comandante—. Un hombre y una mujer. Me gustaría que le des un tiro en la nuca a cada uno con tu revólver. Cuando termines te daré instrucciones para disponer de los cadáveres. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna, satior —dijo Falah. Miró el arma. La levantó de golpe, apuntó a la cabeza del comandante y disparó. El gatillo sonó en una cámara vacía.

Siriner sonrió. Falah sintió el caño de un revólver contra la nuca.

—Te vimos desde el remolque norteamericano —dijo Siriner—. Tiene una variedad de aparatos electrónicos destinados a observar al enemigo. Te vimos correr. Sabíamos que nos estabas espiando.

Falah se maldijo en silencio. Había visto el remolque que los norteamericanos tanto ansiaban recuperar. Debería haber adivinado para qué servía. Ésa era la clase de error que solía costar vidas. Incluyendo, al parecer, la suya.

—Muy interesante, ¿verdad? —dijo Siriner—. La mayoría de los espías israelíes hubieran llegado a cometer los asesinatos. De modo que tú debes ser druso o beduino. Tienes una naturaleza más sensible.

Siriner tenía razón. Los agentes israelíes que trabajaban encubiertos durante mucho tiempo estaban obligados a hacer lo que fuera para ganar acceso. Era un sacrificio doloroso pero necesario en busca de un bien mayor. Los agentes de reconocimiento y rastreadores drusos y beduinos no trabajaban de ese modo.

Siriner sonrió y le arrebató el arma calibre .44 a Falah.

—Ah, olvidaba decirte que yo mismo las vendo en el mercado negro de Semdinli. Aram Tunas era uno de mis mejores clientes. Tú no te le pareces en nada. Tampoco piensas como él. Sólo vacié una cámara para que el arma no te pareciera demasiado liviana. Deberías haber vuelto a disparar.

Falah se sintió un tonto. El comandante tenía razón. Debería haber disparado una segunda vez.

Siriner lo miró escrutadoramente.

—¿Tendrías la amabilidad de decirme quién es Veeb?

—¿Perdón?

Siriner buscó algo debajo del escritorio. La radio de Falah.

—Veeb —dijo—. Alguien con quien tratabas de comunicarte por radio.

Falah no tenía la menor idea al respecto, pero poco importaba.

Si decía la verdad nadie le creería. Por consiguiente no se molestó en responder.

—No importa —dijo Siriner y llamó a un tercer hombre, al que le entregó el .44. Lleva a éste espía afuera y ejecútalo. Que su cadáver sea devuelto a los israelíes. Además, quiero que uses el remolque para informar a los norteamericanos que los cadáveres de su gente seguirán a éste si hay un nuevo intento de rescate.

Con dos revólveres apuntados a la nuca, Falah fue obligado a subir la escalera. En el Sayeret Ha'Druzim lo habían entrenado para apoderarse de un revólver apuntado a la nuca. Había que darse vuelta en el sentido de las agujas del reloj si el revólver estaba en la mano derecha, o en sentido contrario si estaba en la izquierda. Antes de girar se acomodaba el codo del mismo lado a la altura de la cintura. Al girar se usaba el codo para empujar la mano del revólver en la dirección opuesta. El giro lo dejaba a uno de frente al atacante y con el arma apuntada hacia otra parte.

La maniobra funcionaba aun con las manos atadas… siempre que se tratara de un solo revólver. Siriner obviamente lo sabía y por eso eran dos los revólveres que apuntaban al prisionero. Mientras lo

trasladaban de la cueva a la brillante luz del sol, Falah supo que le quedaba una única opción. En cuanto estuvieran afuera intentaría «barrer» a los dos hombres. Se dejaría caer al suelo, extendería las piernas hacia atrás y luego con fuerza hacia los costados. Afuera había suficiente lugar para hacerlo, aunque Falah sabía que sería muy difícil barrer a los dos hombres sin que al menos uno de ellos disparara antes.

Aunque se había acostumbrado a vivir con la muerte jamás había logrado acostumbrarse al fracaso. Si algo lamentaba, era eso. Eso y el hecho de que Sara, su amada conductora de ómnibus, jamás sabría qué le había pasado. Aunque los israelíes encontraran su cadáver no dirían nada al respecto. No podían admitir que Falah había estado en el Bekaa. Falah odiaba la sola idea de que ella pudiera pensar que la había abandonado.

Sintió el agradable calor del sol lánguido del atardecer. Los hombres lo obligaron a detenerse en el camino de tierra, justo frente a la entrada de la cueva. Había un guardia a unas pocas yardas de distancia, al lado del remolque. Tenía una .38 y miraba desaprensivamente a los tres hombres.

Después de bendecir a sus padres y a Dios, Falah estuvo listo para morir tal como había vivido.

Peleando.

45

Martes, 14:59, Damasco, Siria

Los dos *jeeps* atravesaban la calle Straight a toda velocidad rumbo a Souk al-Bazuriye. A medida que se aproximaban, Mahmoud pudo ver el humo que ascendía desde las ventanas del sector sudeste del palacio. Sonrió. Los curdos ya estaban apostados al nordeste y al sudoeste del muro, disparando contra la policía. Los turistas, compradores y comerciantes de la Ciudad Vieja huían en todas direcciones, sumando caos al caos. Los curdos sabían quiénes eran sus blancos. En cuanto a los escasos policías, cualquiera entre los centenares de personas que corrían, caminaban o se arrastraban podía ser enemigo.

Mahmoud se paró sobre el asiento del acompañante. Quería que su gente lo viera, que vieran lo orgulloso que estaba. Después de décadas de espera, años de esperanza y meses de hacer planes… la libertad estaba finalmente en sus manos. Por la radio del *jeep* se había enterado de que la temida policía secreta Mukhabarat había detenido a sospechosos rebeldes curdos en busca de armas. Pero los curdos habían escondido todas sus armas hacía varios días. Habían enterrado algunas armas de fuego en el cementerio y otras habían ido a parar al lecho del río en cajas impermeables. Desde la mañana los combatientes del PKK estaban apostados cerca de las armas fingiendo estar de duelo o paseando a las orillas del Barada. No las

habían sacado hasta oír la explosión que indicaba la muerte del tiránico presidente sirio y el comienzo de una nueva era.

Los disparos cruzaban el aire en todas direcciones. Aunque se suponía que Mahmoud y su grupo debían estar exactamente en la entrada del palacio al iniciarse el ataque, el joven curdo no estaba preocupado. Su gente peleaba con bravura y agresividad. El leal Akbar no hubiera detonado la bomba de no haber tenido la certeza de matar al presidente. Akbar era un oficial turco, curdo por parte de madre y secretamente consagrado a la causa. Había dejado una nota suicida en su ropero donde afirmaba que ésta era su manera de vengar décadas de genocidio contra el pueblo curdo.

Después del movimiento de Akbar, el hombre del PKK apostado en la oficina de seguridad habría eliminado a todos los agentes que acompañaban a los visitantes extranjeros. Lo único que tendrían que hacer Mahmoud y su equipo sería acabar con los agentes de seguridad presidencial que quedaran vivos y tomar el palacio. Una vez hecho esto, Mahmoud se quitaría el disfraz de sirio y notificaría al comandante Siriner que viniera a Damasco. Con las fuerzas sirias reunidas a lo largo de la frontera con Turquía en el norte e Irak aprovechando la distracción del momento para asediar a Kuwait, los curdos de las tres naciones podrían avanzar con toda libertad sobre Damasco. Con la poderosa voz de miles de gargantas reunidas los curdos recordarían los crímenes de los sirios, los turcos y los iraquíes. Con los ojos y los oídos del mundo entero vueltos hacia ellos, los curdos exigirían algo más que justicia: exigirían el renacimiento de su nación. Algunos países condenarían los métodos utilizados para lograrlo. No obstante, desde la revolución norteamericana a la creación del Estado de Israel, ninguna nación había nacido sin violencia. Por último, las otras naciones responderían a la justicia de la causa antes que a los métodos usados para obtenerla.

La policía saltó al costado del camino para dejar pasar a los *jeeps* y los oficiales hicieron la venia al ver pasar a Mahmoud. La policía

siria probablemente pensara que Mahmoud iba de pie para infundirles esperanza y coraje.

Que piensen lo que quieran, pensó a su vez Mahmoud. Él estaba aquí para ayudarlos de la misma manera que las autoridades habían ayudado siempre a su pueblo, con el asesinato y la represión.

Los *jeeps* entraron al sector oeste del palacio. Mahmoud saltó del *jeep* seguido por sus soldados. Los diez hombres parecían majestuosos al enfrentar el fuego cruzado rumbo a la ornada reja de hierro. Fueron recibidos por un guardia oculto detrás de un camello de mármol de tamaño mediano. El guardia era un empleado civil que no formaba parte de las fuerzas de seguridad presidenciales.

—¿Qué está pasando? —preguntó Mahmoud mientras las balas rozaban el pasto oscuro bajo sus pies. Los atacantes curdos sabían quién era y no dispararían contra él ni contra sus hombres.

El guardia volvió a esconderse detrás del camello cuando una bala le pasó cerca.

—Hubo una explosión —dijo—. En la sala de recepciones del ala este.

—¿Dónde estaba el presidente?

—Creemos que estaba allí.

—¿Cómo que creen? —ladró Mahmoud.

—No hemos tenido ninguna noticia desde antes de la explosión —dijo el guardia—. La última fue cuando uno de los guardias de seguridad avisó por radio a otro que el presidente salía rumbo a un encuentro.

—¿Uno de los guardias de seguridad avisó por radio? —preguntó Mahmoud—. ¿No fue la guardia personal del presidente?

—Fue uno de los policías del palacio —dijo el centinela. Mahmoud estaba azorado. Cuando el presidente se movía, dentro del palacio o de la nación, todo el aparato de comunicaciones y seguridad quedaba a cargo de su propio equipo de elite.

—¿Han pedido una ambulancia?

—No escuché nada —dijo el guardia.

Mahmoud miró el palacio. Habían pasado más de cinco minutos desde la explosión. Si el presidente estuviera herido habrían mandado llamar a su médico personal. Y ya habría llegado. Era obvio que algo andaba mal. Muy mal.

Mahmoud hizo una seña con la pistola a sus hombres para indicarles que lo siguieran y corrió rápidamente hacia la entrada del palacio.

46

Martes, 7:07, Washington D.C.

Martha Mackall se despertó de golpe cuando sonó el pager. Miró el número. Era Curt Hardaway.

Martha había pasado la noche en el Centro de Operaciones, durmiendo de a ratos en la espartana sala de empleados. No había logrado pegar un ojo hasta las tres de la madrugada. Debía admitirlo: cuando algo le molestaba era como un perro con un hueso. Y tener que entregarle el Centro de Operaciones al relevo nocturno de Paul Hood —el susodicho Hardaway— le molestaba muchísimo. Los acontecimientos de ultramar eran demasiado delicados como para dejarlos en sus toscas manos. Cuando Hardaway se había presentado a ocupar su puesto esa noche, Martha había llegado al extremo de consultar a Aideen Marley, sub asistente de Lowell Coffey, acerca de quién tomaría las decisiones si ocurría algo. Cuando se quedaba después de hora, Paul Hood tenía más poder de decisión que su relevo nocturno. Pero el reglamento no establecía las mismas condiciones para el director suplente. Por lo tanto, hasta las 7:30 de la mañana el Centro de Operaciones pertenecía a Curt Hardaway.

Martha esperaba que no hubiera ocurrido nada grave. Hardaway era primo y protegido del director de la CIA Larry Rachlin y su designación había sido fruto de la conveniencia necesaria. Para proteger al Centro de Operaciones de la influencia de la CIA el

presidente había nombrado director a un personaje externo. No obstante, lo habían presionado para que pusiera un veterano detrás de Hood con el fin de apaciguar a la comunidad de inteligencia. Aunque Hardaway, nativo de Oklahoma, era un hombre afable que contaba con todo lo necesario para ocupar el puesto, Martha creía que carecía del poder de inspirar y ser inspirado, y también tenía cierto talento peculiar para hablar antes de pensar. Afortunadamente para el Centro de Operaciones, el poderoso triunvirato formado por Hood, Rodgers y Herbert establecía políticas muy rígidas durante el día y Hardaway jamás había tenido posibilidades de echar a perder las cosas durante la noche.

Martha usó el teléfono apoyado al otro extremo de la mesa junto al sofá. Hardaway atendió enseguida.

—Será mejor que venga —dijo—. Este desastre también la manchará a usted.

—Ya voy —dijo Martha y colgó. Hardaway había mostrado el mismo tacto de siempre.

La sala de empleados estaba cerca del Tanque, una sala de conferencias sin ventanas dentro de una red electrónica. No existía aparato espía en la tierra que pudiera escuchar lo que se discutía allí adentro. Girando a la izquierda al salir de la sala de empleados y bordeando la pared combada, Martha hubiera pasado junto al Tanque y llegado a las oficinas de Bob Herbert, Mike Rodgers y Paul Hood, en ese orden. Pero giró a la derecha. Con paso rápido dejó atrás su propia oficina, la de Darrel McCaskey, el área de computación de Matt Stoll —«el pozo de la orquesta» como él la llamaba—, y los sectores legal y de medio ambiente donde trabajaban Lowell Coffey y Phil Katzen. Luego seguían las divisiones psicológica y médica, la sala de radio, la pequeña oficina donde Brett August se ocupaba del Striker, y el departamento de prensa de Ann Farris.

Mientras avanzaba rápidamente, Bob Herbert se unió a ella en su silla de ruedas.

—¿Curt ya le informó lo que está pasando? —preguntó Herbert.

—No —dijo Martha—. Sólo me dijo que hay un desastre y que va a manchar de sangre mi escritorio.

—La descripción es un poco brutal… pero verdadera —dijo Herbert—. Damasco es un infierno. Recibí una llamada de Warner. Un hombre-bomba suicida atacó el palacio de Azem y mató al doble del presidente.

—¿Así de simple?

Herbert asintió.

—Entonces es probable que el presidente ni siquiera esté en Damasco —dijo Martha—. ¿Qué pasó con el embajador Haveles?

—Estaba en el palacio —dijo Herbert—. Está conmovido pero ileso. En este momento el palacio está sitiado. Desafortunadamente, Warner todavía está en el salón donde explotó la bomba y no pudo decirnos demasiado. Lo comuniqué con Curt. Estamos manteniendo abierta esa línea.

—¿Y Paul? —preguntó Martha.

—Abandonó el salón para buscar a los agentes de la ASD que los acompañaban.

—No debió hacerlo —dijo Martha—. Podrían aparecer mientras los está buscando y abandonar el lugar sin él.

—No creo que puedan salir tan fácilmente —acotó Herbert—. A menos que conozcan algunos atajos de memoria. El satélite de reconocimiento israelí muestra combates por todas partes. Parece que hay cuarenta o cincuenta atacantes intentando atravesar el muro. Los efectivos del ejército sirio sólo defienden el palacio. Son diez en total.

—Eso les pasa por mandar las tropas al norte —dijo Martha—. ¿Qué significa todo esto?

—Parte de mi gente opina que se trata de un ataque turco con apoyo israelí —dijo Herbert—. Los iraníes dicen que nosotros estamos detrás del asunto. Larry Rachlin quería derrocar desde hace

tiempo al presidente debido a los vínculos entre Siria y el terrorismo, pero jura que los agentes de la CIA no tienen nada que ver con esto.

—¿Y usted qué piensa? —preguntó Martha golpeando la puerta de Hardaway. El cerrojo se destrabó por circuito electrónico. Martha vaciló antes de abrir.

—Yo apuesto todo mi dinero a los curdos —dijo Herbert.

—¿Por qué?

—Porque son los únicos que pueden ganar algo con esto —respondió él—. Y también por eliminación. Mis contactos israelíes y turcos parecen tan genuinamente sorprendidos como nosotros por lo que está pasando.

Martha asintió y juntos entraron a la oficina de Hardaway. El delgado y barbado Curtis Sean Hardaway estaba sentado detrás de su escritorio, con los ojos clavados en la computadora. Tenía profundas ojeras y el cesto de los papeles estaba lleno de envoltorios de goma de mascar. El reemplazo de Mike Rodgers, el joven y elegante teniente general William Abram, estaba sentado en un sillón de respaldo alto con una laptop abierta sobre las piernas. Fruncía el entrecejo con mirada alerta, aunque su boca de labios finos estaba relajada entre sus mejillas sonrosadas.

Hardaway escupió su goma de mascar y levantó la vista.

—Buen día, Martha. Bob, no he sabido nada de Warner desde que lo comunicaste conmigo.

—Sólo disparos —dijo Abram con tono bajo y monótono— y estática de las comunicaciones militares.

—De modo que no sabemos si Paul pudo encontrar a los agentes de la ASD —dijo Martha.

—No lo sabemos —dijo Hardaway—. El presidente quiere un resumen de opciones para las 7:15 y, francamente, no hay muchas. Tenemos los marines en la embajada, pero no tienen jurisdicción fuera de ella…

—Aunque siempre pueden actuar primero y responder preguntas después —acotó Abram.

—Es cierto —dijo Hardaway—. También tenemos un equipo Delta en Incirlik. Podrían llegar al techo del palacio en cuarenta minutos.

—Eso nos crearía problemas si los turcos están detrás del atentado —dijo Abram—, porque estaríamos disparando contra nuestros aliados.

—Para salvar a nuestro embajador —intervino Martha.

—No si él no es el blanco del ataque terrorista —señaló Abram—. Hasta el momento no tenemos indicios de que él o alguno de los otros embajadores esté en peligro.

Hardaway miró su reloj.

—Hay otra opción: llamar al Striker y enviarlo a Damasco. Ya hemos hablado con Tel Nef. Pueden hacerlos volver y llevarlos en helicóptero al palacio en treinta minutos.

—¡No! —dijo Herbert enfáticamente.

—Un momento, Bob —intervino Martha—. Adeen ya obtuvo la autorización del Comité de Supervisión de Inteligencia del Congreso para que vayan a Oriente Medio. De los tres grupos, ellos son el único autorizado a moverse en la zona.

—Absolutamente no —replicó Herbert—. Los necesitamos para sacar a nuestra gente del Bekaa.

Martha lo miró.

—No vuelva a decirme «absolutamente no», Bob —dijo—. No mientras Paul y nuestro embajador estén en la línea de fuego…

—No sabemos si están en peligro inminente —protestó Herbert.

—¿Peligro inminente? —gritó Martha—. ¡Robert, el palacio está siendo atacado!

—¡Y el CRO y su tripulación están en poder de los terroristas! —gritó Herbert—. Ése es un peligro real y el Striker debe rescatarlos lo antes posible. Permitámosles cumplir la misión para la que fueron convocados. Por Dios, ni siquiera deben tener una planta del palacio. No podemos mandarlos a ciegas.

—Armados y equipados como están, nadie diría que van a ciegas —dijo Martha.

—Pero han estudiado el Bekaa —prosiguió Herbert—. Están preparados para esa misión. Mire, tenemos a Warner en línea. Esperemos a que Paul regrese y nos llame personalmente.

—Usted ya sabe lo que dirá Paul —replicó Martha.

—Claro que lo sé —saltó Herbert—. Le dirá que deje al Striker donde está y le aconsejará acortar las riendas de su ambición.

—¿Mi ambición?

—Sí —dijo Herbert—. Usted salva al embajador y gana puntos con el Departamento de Estado. ¿Qué cree, Martha, que no conozco el mapa de su carrera?

Martha ardía de ira al mirar a Herbert agazapado en su silla.

—Si sigue hablándome así encontrará algunos obstáculos en su propio mapa…

—Martha, cálmese —intervino Hardaway—. Y tú también, Bob. No han pegado un ojo en toda la noche. Y a mí se me está acabando el tiempo. En este momento, el tema Striker puede transformarse en una discusión bizantina. Y el presidente planea decidir esta misma mañana, hacia las 7:30, si destruye o no el CRO con un misil Tomahawk lanzado desde el USS Pittsburgh en el Mediterráneo.

—¡Dios santo! —dijo Herbert—. ¡Se suponía que nos daría tiempo!

—Nos dio tiempo. Ahora teme que los curdos usen el CRO contra los sirios y los turcos.

—Claro que lo harán —dijo Abram—, si ya no lo están haciendo.

—Dan por sentado que *saben cómo* usarlo —dijo Herbert—. Activar y utilizar el CRO no es como hacer arrancar un auto alquilado.

—Si alguien les muestra cómo, sí —dijo Abram.

Herbert le clavó los ojos.

—Un momento, Bill…

—Bob —dijo Abram—, sé que Mike y tú están muy cerca. Pero tenemos cero inteligencia sobre lo que los terroristas pueden haber hecho para obligados a hablar.

—Estoy seguro de que tu compañero de armas apreciaría ese voto de confianza.

—No se trata de Mike —dijo Martha—. También hay tres rehenes civiles. No están cortados por la misma tijera que Mike Rodgers.

—Poca gente lo está —dijo Herbert—. ¡Razón de más para rescatarlo de ese infierno! Lo necesitamos. Y se lo debemos a las otras personas que mandamos allí.

—Si fuera factible —dijo Martha—. Tal vez no lo sea.

—¡Especialmente si dejamos caer los brazos! —bramó Herbert—. Dios, desearía que todos coincidiéramos en este punto.

—También yo —replicó Martha fríamente—. Si ese misil es lanzado no tendremos otra opción que abortar la misión Striker. De otro modo, toda la unidad podría ser destruida junto con el CRO y su tripulación.

Herbert cruzó las manos con fuerza sobre su regazo.

—Tenemos que darle tiempo al Striker. Si lanzan el Tomahawk, tardará por lo menos media hora en alcanzar su objetivo. Ese tiempo es más que suficiente para rescatar a la tripulación del CRO. Pero si retiramos al Striker, Mike y los demás están muertos. Punto. ¿Hay alguien aquí que esté en desacuerdo con eso?

Nadie habló. Hardaway volvió a mirar su reloj.

—Dentro de dos minutos debo entregar al presidente nuestras recomendaciones sobre la situación del palacio. ¿Martha?

—Yo digo que enviemos al Striker —dijo ella—. Están equipados, están en la zona y son la única opción defensiva que tenemos.

—¿Bill?

—Coincido con Martha —dijo Abram—. También creo que están mejor entrenados que el Delta, e indudablemente son mejores que los marines de la embajada.

Hardaway miró a Herbert.

—¿Bob?

Herbert se pasó las manos por la cara.

—Dejen al Striker en paz. Pueden adelantarse al Tomahawk con sólo cinco minutos de ventaja. Eso les da por lo menos media hora para rescatar a la tripulación del CRO.

—Los necesitamos en Damasco —dijo Martha con lentitud.

Herbert se apretó las sienes con las yemas de los dedos. De pronto dejó caer las manos sobre el regazo.

—¿Y si conseguimos que otros ayuden a Paul y al embajador?

—¿Quiénes? —preguntó Martha.

—Es una apuesta difícil —dijo él—. No sé si los de la Iron Bar me lo permitirán.

—¿*Quiénes*? —repitió Martha.

—Una gente que puede estar aquí en unos cinco minutos.

Herbert levantó un teléfono seguro apoyado sobre una mesa pequeña cerca de la silla de ruedas. Tocó un botón apagado y le ordenó a su asistente que lo comunicara con el general Bar-Levi en Haifa.

Hardaway miró su reloj por enésima vez.

—Bob, tengo que llamar al presidente.

—Pídele que me dé cinco minutos más —dijo Herbert al boquiabierto sub director segundo del Centro de Operaciones—. Dile que rescataré a Paul y al embajador sin usar al Striker… o mi renuncia estará sobre el escritorio de Martha antes del mediodía.

47

Martes, 12:17, mar Mediterráneo

El Tomahawk es un misil crucero que puede ser disparado mediante tubos de torpedo o mediante tubos de lanzamiento verticales construidos especialmente con ese propósito. Hay cuatro clases de Tomahawk: el TASM o misil antinave; el TLAM-N o misil de ataque terrestre equipado con cabeza nuclear; el TLAM-C, un misil de ataque terrestre con cabeza convencional; y el TLAM-D, un misil de ataque terrestre equipado con lanzadores de bombas de bajo rendimiento.

Una vez lanzado el Tomahawk —de veinticinco pies de longitud— vía cohete de refuerzo, unas pequeñas alas se abren a los costados e inmediatamente se recolocan. El cohete se cierra pocos segundos después del lanzamiento, y el motor turboventilado del tamaño de un cesto de básquetbol del misil se retrae. Para entonces el Tomahawk habrá alcanzado su velocidad promedio de vuelo: más de quinientas millas por hora. Mientras el poderoso misil sobrevuela velozmente la tierra o el océano, su sistema de guía lo mantiene apuntado al blanco con ayuda de un radar. Siguiendo un trayecto computadorizado de vuelo, el Tomahawk llega rápidamente a su destino previo al aterrizaje. En este sitio el misil capta y apunta su primer punto de navegación, generalmente una colina, un edificio o alguna otra estructura fija. Después, el Sistema de Comparación de Contornos (o TERCOM) a bordo lleva al Tomahawk de un punto a otro,

con frecuencia mediante giros abruptos, ascensos en ángulo agudo y otras maniobras vertiginosas. El derrotero del misil es corroborado por un sistema electro óptico de Comparación Digital de Escena o DSMAC, una pequeña cámara de televisión que compara lo que se ve *in situ* con las imágenes almacenadas en la memoria del TERCOM. Si hay discrepancias —por ejemplo una camioneta estacionada o una nueva estructura—, el DSMAC y el TERCOM determinan rápidamente si el resto de la imagen es correcta y si el misil está adecuadamente apuntado al blanco. Si no es así, envían una señal a la base que puede tener dos respuestas: continuar o abortar.

La información del TERCOM es preparada por la Agencia Cartográfica de Defensa y posteriormente remitida al Centro de Planeamiento de Teatro de Misiones. Desde allí es transmitida vía satélite al sitio de lanzamiento. Cuando el misil debe atacar regiones que no han sido «mapeadas» previamente, la ACD emplea imágenes satelitales recién captadas. De acuerdo con la precisión del mapeo, el Tomahawk tiene capacidad suficiente para destruir un blanco del tamaño de un automóvil a mil trescientas millas de distancia.

La directiva presidencial M-98-13 fue recibida por la cabina de comunicaciones del USS Pittsburgh a las 12:17 hora local. La orden codificada, enviada digitalmente vía satélite, fue rápidamente decodificada y entregada en mano al capitán del submarino, comandante George Breen.

La directiva indicaba al comandante Breen su misión, blanco y código abortivo. Uno de los veinticuatro Tomahawk que transportaba su submarino debía ser lanzado a las 12:20 hora local contra un blanco en el valle del Bekaa, Líbano. Le habían proporcionado las coordenadas precisas, respaldadas por la información de la ACD y el TERCOM instalado en el propio misil. Si el blanco se movía, el Tomahawk se atendría a un programa de guía de caída.

El misil rastrearía el horizonte en busca de imágenes, microondas, ondas electromagnéticas y otras características que, combinadas, podrían redescribir el blanco. Luego apuntaría al

objetivo y lo aniquilaría. El misil sólo se auto destruiría antes de llegar al blanco si el capitán recibía el código abortivo HARDPLACE.

El comandante Breen firmó la directiva y se la pasó al oficial de Armas E. B. Ruthway quien, apostado en la sala de control, cargaba la información de vuelo en la computadora del Tomahawk con el operador de consola Danny Max. En cuanto estuvo cargada y chequeada, el USS Pittsburgh aminoró su velocidad a cuatro nudos y ascendió a profundidad de periscopio. El comandante Breen dio la orden de lanzar el misil. Se abrieron las puertas operadas hidráulicamente de uno de los doce sistemas de lanzamiento verticales del submarino. La cubierta presurizada que protegía el misil fue retirada. El Tomahawk estaba listo para el lanzamiento.

El comandante Breen fue informado acerca del estado del misil. Después de comprobar que no había aeronaves ni barcos hostiles dentro del área de detección, Breen ordenó a Ruthway que disparara el misil. El oficial de Armas aceptó la orden, insertó su llave de lanzamiento en la consola, la hizo girar y apretó el disparador. El submarino se sacudió perceptiblemente cuando el Tomahawk despegó rumbo a su destino a 455 millas.

Cinco segundos después del lanzamiento del misil, el comandante Breen dio la orden de salir inmediatamente de la región. La tripulación ocupó sus puestos para regresar a alta mar y el operador de consola Max siguió monitoreando los progresos del misil. Max no podría abandonar su puesto hasta dentro de treinta y dos minutos. Si el capitán o el oficial de Armas le ordenaban abortar la misión, Max tendría la responsabilidad extrema de ingresar el código vía satélite y luego apretar el botón rojo de «destrucción».

El USS Pittsburgh tenía una larga historia de lanzamiento de Tomahawk, que incluía con orgullo una andanada de misiles disparados durante Desert Storm. En aquel entonces todos los Tomahawk habían dado en el blanco. Además, el submarino no había recibido una sola orden de abortar misión.

Ésta era la primera vez que Max disparaba un misil no testeado. Tenía las palmas de las manos húmedas y la boca seca. Era una cuestión de honor que el 95% de precisión del Tomahawk no superara el promedio de éxito del 100% del submarino en su reloj.

Miró el reloj digital de cuenta regresiva. *Treinta y un minutos*. Max también esperaba no tener que cortarle las alas a su pájaro. Si eso ocurría tendría que soportar durante semanas las bromas insidiosas del resto de la tripulación.

Observó el flujo informativo del misil flameante que se preparaba a cruzar dos husos horarios.

Treinta minutos.

—Vuela, nene —murmuró Max, esbozando una sonrisa paternal —. Vuela.

48

Martes, 15:33, valle del Bekaa, Líbano

Phil Katzen ocupó el lugar de Mary Rose en la computadora del CRO. A cada lado tenía un curdo armado y angloparlante. Cada vez que Katzen necesitaba activar algo, debía explicar antes qué era. Uno de los hombres tomaba nota mientras el otro escuchaba atentamente. Un profuso sudor bañaba constantemente las costillas de Katzen. El cansancio le hacía arder los ojos. Y la culpa le quemaba las entrañas. La culpa, pero jamás la duda.

Como la mayoría de los niños que habían jugado a los soldados o visto películas de guerra, Phil Katzen se había preguntado muchas veces: *¿Cómo reaccionarías bajo tortura?* La respuesta siempre había sido: *Probablemente bien, siempre que sólo me golpearan o me hundieran la cabeza en el agua o me pusieran la picana eléctrica*. Los niños sólo piensan en sí mismos. Nunca piensan: *¿Cómo reaccionarías si torturaran a otro?* Bueno, en este caso la respuesta era: *Muy mal*. Y lo había sorprendido. Pero había pasado mucho tiempo desde que jugaba a los soldados en el patio de su casa hasta ahora. Había sido educado en Berkeley. Había visto campus paralizados por las marchas estudiantiles por los derechos humanos en China, Afganistán y Myatnmar. Había ayudado a cuidar estudiantes debilitados por hacer huelga de hambre contra la pena de muerte. Él mismo había tomado parte en semanas de protesta por la liberación de los peces, contra las tácticas de pesca de los

japoneses que atrapaban delfines en la red para pescar atunes. Incluso había andado sin camisa todo un día para llamar la atención sobre la situación paupérrima de los trabajadores en los talleres de Indonesia.

Después de obtener su doctorado había trabajado para Greenpeace, y luego para una sucesión de organizaciones medioambientalistas cuyos recursos iban y venían. En su tiempo libre construía casas codo a codo con el expresidente Jimmy Carter y trabajaba en un refugio para gente sin vivienda en Washington D. C. Había aprendido que el sufrimiento de los padres que no podían alimentar a sus hijos o la opresión a las buenas personas que se oponían a las tiranías o el castigo infligido a los animales indefensos eran aún peores que el propio dolor físico porque la empatía los magnificaba y la indefensión los empeoraba.

Katzen se había desesperado cuando torturaban a Mike Rodgers. Pero creyó perder su humanidad cuando Sondra DeVonne fue obligada a presenciar la tortura, convencido de que a ella le tocaba la peor parte. Al analizar los hechos en retrospectiva, Katzen supo qué lo había quebrado: la necesidad de recuperar al menos parte de la dignidad perdida… para él y para ella. También supo que el dolor que le había causado a Mike Rodgers era peor que las torturas infligidas por los curdos. Pero con Greenpeace había aprendido que todo lo bueno tenía su precio. Para salvar a las focas había que quitarles su medio de vida a los comerciantes de pieles. Proteger los árboles equivalía a dejar sin trabajo a los hacheros.

Y aquí estaba ahora, enseñando a manejar el CRO a los torturadores de Mike Rodgers. Si no les decía todo lo que sabía sus colegas sufrirían en los pozos. Si lo hacía, mucha gente resultaría herida o muerta… empezando por el pobre individuo que el sistema térmico de imágenes del CRO había detectado espiando en las colinas. Pero también se salvarían muchos curdos.

Todo lo bueno tiene su precio.

Lo más importante era que Katzen estaba ganando tiempo para sus compañeros rehenes. Con el tiempo llegaría la esperanza… y la certeza de que el Centro de Operaciones no los había abandonado. Si había alguna manera de ayudados, Bob Herbert la encontraría.

Pero Katzen también había tomado los cursos básicos «S&P»: ochenta horas de seguridad y protección. Todo el personal del Centro de Operaciones estaba obligado a tomarlos. En el extranjero, los agentes del gobierno norteamericano solían ser blancos tentadores y, por eso, debían tener nociones fundamentales de psicología, armas, defensa personal y supervivencia. Katzen sabía que para sobrevivir era vital estar alerta. Por más cansado que estuviera, por más perturbado que se sintiera por lo que estaba sucediendo, debía tener conciencia de lo que lo rodeaba. Los rehenes no debían contar siempre con que vendrían a rescatarlos. Muchas veces tenían que aprovecharse de la distracción del enemigo para escapar. Muchas veces tenían que contraatacar por sus propios medios.

Como Katzen tenía fe en Bob Herbert había decidido ganar tiempo trabajando con la mayor lentitud posible. También había decidido activar todos los equipos que pudieran serle útiles. Radios, monitores infrarrojos, radar y otros instrumentos básicos. Como sus dos captores entendían inglés tuvo la precaución de eludir la frecuencia del Striker. De ser posible, la grabaría y la escucharía más tarde.

Katzen había alertado inadvertidamente a los curdos sobre la presencia del espía solitario en las colinas. El hombre los había estado escuchando con una radio sofisticada, posiblemente una TACSAT-3. Ayudados por el sistema láser de imágenes del CRO, los curdos le habían seguido el rastro fácilmente cuando intentaba escapar. Todos sus movimientos habían sido transmitidos por radio a sus perseguidores. Pero los curdos no sabían que el espía había logrado enviar una señal a Israel. Katzen había visto cómo la fuente parabólica del espía buscaba el satélite. En cuanto vio hacia dónde

se dirigía la fuente —el satélite israelí era el único en ese sector del cielo—, Katzen activó un programa de simulacro que mostraba a un agente de campo intentando contactar a un grupo de reconocimiento, cuyo nombre codificado era Veeb. Veeb —Brigada Victoria— era un grupo de tamaño desconocido y nacionalidad indeterminada en una región no especificada de la frontera sirio-israelí. El simulacro servía para descubrir quiénes eran y dónde estaban mediante el *software* del CRO.

Cuando el hombre fue capturado, Katzen usó el CRO para escuchar todo lo que se decía en la cueva. El hombre había hablado en árabe con el comandante y por eso Katzen no tenía la menor idea de lo que había pasado entre ellos. Sus dos guardias habían entendido todo, claro está. Katzen lo adivinó por sus expresiones complacidas, aunque ellos no dijeron nada. Cuando Katzen interceptó una imagen de la ventanilla delantera del remolque y vio que sacaban al prisionero de la cueva no tuvo la menor duda de que sería ejecutado. Obviamente se trataba de un espía. O tal vez hiciera tareas de reconocimiento para el Striker.

Katzen respiró nerviosamente y se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo. Había arriesgado su vida por los osos y las ballenas, por los delfines y los búhos. No podía quedarse sentado en el remolque y permitir que eso sucediera.

—Necesito un poco de aire —dijo de pronto.

—Siga trabajando —le ordenó el hombre de la derecha.

—¡Necesito respirar, maldita sea! —dijo Katzen—. ¿Qué creen que voy a hacer? ¿Escapar? Saben cómo rastrearme con esto —señaló el monitor— y además, ¿adónde demonios iría?

El hombre de la izquierda apretó los labios.

—Sólo un momento —dijo—. No tenemos mucho tiempo.

—Está bien —dijo Katzen—. Como usted diga.

El curdo aferró a Katzen del cuello de la camisa y le clavó la .38 en la cabeza.

—Venga conmigo —dijo y arrastró a su prisionero hasta la puerta cerrada del remolque.

Bajaron los dos primeros escalones. El curdo empujó a Katzen.

Katzen abrió la puerta. Al hacerlo, apeló al entrenamiento de supervivencia que le había enseñado a sacar ventaja de las escaleras. Se agachó. Por un instante el arma del curdo apuntó al aire. Asegurándose de estar bien apoyado y fuera de alcance, Katzen adelantó el brazo izquierdo y aferró la tela de la chaqueta que su captor llevaba puesta. Tiró de la tela hacia su hombro, lo bajó un poco e hizo pasar al curdo por encima.

El curdo pasó por encima de Katzen y cayó de cabeza. Aterrizó en el suelo, de espaldas, y Katzen le saltó encima. El curdo ya se estaba levantando cuando Katzen aterrizó sobre él. La cara de Katzen quedó frente a los pies del curdo y la mano de la pistola a su derecha. Se dio vuelta, levantó el puño y lo estrelló contra la muñeca del curdo. Los dedos de la mano se abrieron por reflejo y Katzen se apoderó de la .38.

El norteamericano se dio un instante para girar la cabeza y ver dónde estaban los dos hombres y su prisionero. Se habían detenido en el camino, a unas veinte yardas detrás del remolque. Uno de los hombres se había dado vuelta para mirarlo.

—¡Yuaf! —gritó—. ¡Deténgase!

Katzen oyó que el curdo del remolque corría hacia la puerta y miró al que estaba en el suelo. Había salido a salvar una vida, no a matar. Pero si no hacía algo pronto el muerto sería él. Todavía de cara a los pies del curdo, Katzen levantó la .38 y atravesó de un disparo el pie derecho del hombre.

Mientras el curdo se estremecía de dolor, Katzen miró a los dos verdugos. El que le había gritado apuntó su pistola contra él. Cuando lo hizo, el prisionero giró como un trompo a su derecha, literalmente haciendo rodar su cuello sobre el tambor del arma del otro curdo. Simultáneamente colocó el brazo derecho como si fuera un ala de pollo y alzó el codo a la altura de la cabeza. Girando abruptamente,

usó el codo para desviar el arma. Por un instante no hubo armas apuntadas a la cabeza del cautivo. El prisionero siguió girando hasta quedar al lado de su verdugo, frente a frente. Cuando el verdugo se movió para apuntar nuevamente al prisionero, éste levantó las manos, una a cada lado de la muñeca del verdugo, las palmas enfrentadas como si fuera a aplaudir. Súbitamente, las palmas cayeron sobre el antebrazo del verdugo, una ligeramente más cerca del codo que la otra, y al juntarse le atraparon la muñeca. Katzen oyó cómo se quebraba. La pistola cayó. El cautivo se agachó a recogerla.

Todo había sucedido en un instante, y eso fue todo lo que Katzen vio. A sus espaldas oyó al otro curdo bajar pesadamente la escalerilla del CRO. Alguien gritaba a su izquierda en la cueva. En segundos quedaría atrapado por el fuego cruzado en tres direcciones. Sólo le quedaba un camino: al frente en línea recta, hacia el borde del camino de tierra. Había un barranco al otro lado, no sabía a qué distancia, pero la caída sería más piadosa que la inminente lluvia de balas. Optó por la caída. Liberándose del curdo que se retorcía debajo de él, Katzen se dejó caer de costado, rodó varios metros y alcanzó el borde del barranco.

Empezó a caer a toda velocidad por la ladera escarpada. Las ramas se quebraban a su paso y se le clavaban piedras en el cuerpo. Katzen aferraba la pistola y se cubría la cara con un brazo mientras intentaba detener la caída con el otro. Oyó varios disparos, ahogados por la distancia y el sonido de los terrones y las ramas que se desprendían. Pero sabía que no le disparaban a él. Los disparos sonaban demasiado lejos.

Se detuvo con una sacudida. Había aterrizado de espaldas contra la raíz de un árbol que crecía al costado de la ladera. No sólo se había quedado sin aire, tenía la sensación de haberse roto las costillas. Se quedó quieto un instante, respirando dolorosamente y con lentitud. Hubo más disparos y Katzen levantó la cara para escrutar el cielo azul plomo. Alguien lo estaba mirando. Era el

hombre que se había quedado en el remolque. Un instante después, a la cara del hombre se le sumó una pistola.

Katzen todavía conservaba el arma del curdo. El brazo le colgaba a un costado y al intentar levantarlo un dolor agudo le desgarró el pecho. Su brazo se sacudió violentamente cuando intentó levantarlo por segunda vez y lo dejó caer, desalentado.

Jadeando, Katzen esperó la salida de la bala. Pero antes de que el hombre pudiera disparar, su cabeza pareció rebotar hacia la derecha. Luego volvió a rebotar y dio un giro. La cabeza cayó, el arma cayó, y apareció otra cabeza. Esta vez era la del hombre que habían hecho salir de la cueva. Le hizo señas a Katzen para que se quedara donde estaba.

—Como si pudiera ir a alguna parte —dijo Katzen para sí.

El hombre pegó un salto, se sentó con las piernas estiradas y se deslizó por la pendiente como por un tobogán. Tenía los brazos estirados hacia el frente y los movía alternativamente hacia abajo y hacia arriba para mantener el equilibrio. Llevaba una pistola en cada mano. Al acercarse al árbol, apoyó las plantas de los pies para frenar. Gateando bajo el follaje para protegerse, dejó las pistolas a un costado, colocó la .38 de Katzen con las otras y ayudó a levantarse al norteamericano herido. Katzen colocó las manos a los costados del cuerpo e intentó impulsarse. Respiraba apretando los dientes, ya que el más mínimo movimiento le ocasionaba un violento dolor.

—Lo siento —dijo el recién llegado—. Quería llevarlo bajo el árbol para protegerlo.

—Está bien —dijo Katzen dejándose caer nuevamente—. Gracias.

—No —dijo Falah—. Yo le agradezco a usted. Gracias a que usted los distrajo pude enfrentar a los hombres que iban a matarme. También pude acabar con el que iba a matarlo a usted.

Katzen sintió un ramalazo de tristeza. Gracias a que él había salido del remolque habían muerto cuatro hombres en vez de uno.

Era un juicio cuantitativo, nada más. Pero seguía pesando sobre su alma.

—Adentro hay más gente —dijo Katzen—. Unos veinte curdos tal vez y seis de los míos.

—Lo sé —dijo el hombre—. Mi nombre es Falah y estoy con…

—¡No! —lo interrumpió Katzen—. La máquina sigue grabando audio allá arriba. No saben cómo reproducir la grabación, pero nosotros no tenemos garantía de recuperarla.

Falah asintió.

Katzen luchó para incorporarse sobre un codo.

—Mi nombre es Phil —dijo—. ¿Estaba reconociendo la zona para alguien?

Falah asintió nuevamente. Señaló a Katzen e hizo la venia. Mis tropas, pensó Katzen. El Striker. Seguramente había querido comunicarse con ellos por radio.

—Ya veo —dijo Katzen—. ¿Supuestamente qué debían hacer si no recibían noticias de…

Katzen dejó de hablar porque su compañero lo empujó hacia atrás repentinamente y se tendió boca abajo junto a él. Prestó atención y oyó claramente un crujir de botas sobre la tierra. Dio vuelta la cara para ver la ladera. Una semiautomática asomaba a un costado. Mientras Falah se acurrucaba junto a Katzen debajo del árbol, el arma fue disparada. Las balas se incrustaron en el tronco del árbol y rebotaron en la tierra que los rodeaba. La ráfaga duró menos de un segundo, aunque pareció eterna.

Katzen miró a Falah para asegurarse de que estaba ileso. Luego levantó la vista. Las cortezas rotas colgaban del tronco formando ángulos extraños y grotescos. No pudo evitar pensar que ésa era la primera vez que un árbol salvaba a un defensor del medio ambiente.

¿Pero durante cuánto tiempo?, se preguntó.

Falah recuperó las armas. Todavía cuerpo a tierra las colocó frente a él y apuntó a la ladera. Se oyeron más pasos seguidos de silencio. Y luego un pensamiento dantesco enloqueció a Katzen:

había dejado activado el maldito sistema infrarrojo del CRO en la computadora de Mike Rodgers. Aunque los dos hombres que estaban aprendiendo a manejar el equipo hubieran muerto cualquiera podía entrar al remolque y echar un vistazo al monitor. Y todo el que estuviera en un radio de doscientas yardas de la cueva aparecería en pantalla como una figura roja. Los cuerpos baleados derramarían sangre caliente y detectable.

Falah y él no sangraban y los curdos lo sabrían. Katzen se inclinó para hablar al oído de Falah.

—Tenemos problemas —le dijo—. El equipo del remolque puede vernos, tal como lo vio a usted. Gracias a los infrarrojos… los curdos sabrán que no estamos muertos.

Después de un breve silencio se oyeron más pasos. Y luego un sollozo entrecortado. Katzen giró la cara para mirar hacia arriba. Poco después vio a Mary Rose, de pie al borde del barranco. Había alguien parado detrás de ella. Katzen sólo podía verle las piernas.

—¡Ustedes dos, ahí abajo! —gritó una voz desde arriba—. Contaré hasta cinco. Ése es el plazo que tienen para rendirse. Si no suben aquí inmediatamente toda su gente morirá, uno por uno, empezando por esta mujer. *¡Uno!*

—Hará lo que dice —murmuró Falah al oído de Katzen.

—*¡Dos!*

—Lo sé —replicó Katzen—. Ya los he visto trabajar. Tengo que entregarme.

—*¡Tres!*

Falah le puso una mano en el brazo.

—Van a matarlo.

—*¡Cuatro!*

—Tal vez no —dijo Katzen. Se puso de pie con dificultad—. Todavía me necesitan —miró hacia arriba. Contaban rápido los bastardos—. ¡Estoy herido! —gritó—. ¡Subo lo más rápido que puedo!

—*¡Cinco!*

—¡No, *esperen*! —gritó Katzen—. Les dije…

Súbitamente, un río de sangre irrumpió en la cima del barranco y cubrió con su oscuridad el cielo azul.

—¡No! —aulló Katzen con el rostro distorsionado, mientras Mary Rose caía de rodillas y la sangre llovía sobre ellos—. *¡No, Dios mío! ¡No!*

49

Martes, 15:35, Damasco, Siria

El piso de la oficina de seguridad del palacio estaba resbaloso por la sangre.

Los agentes de Seguridad Diplomática estaban muertos. Igual que las fuerzas de seguridad de dos y tres agentes para protección de los embajadores japonés y ruso, respectivamente. Los habían acribillado en la pequeña oficina, una habitación oscura y sin ventanas con dos bancos y una gran consola oblicua formada por veinte monitores de televisión blanco y negro. Las imágenes que aparecían en pantalla eran infernales en casi todas las entradas, en casi todos los salones.

El hombre que presumiblemente los había acribillado, un guardia de palacio de uniforme azul que debía ocupar habitualmente ese puesto de vigilancia, también estaba muerto. Había un rifle automático junto a él en el piso y un par de agujeros de bala en su cabeza. Uno de los rusos había podido desenfundar su pistola. Aparentemente, los disparos provenían de ella.

Paul Hood no quería demorarse en la oficina de seguridad.

Revisó a los hombres en busca de señales vitales. Al no encontrarlas, permaneció en cuatro patas y asomó la cabeza al pasillo. Los disparos sonaban en todas partes. Ya no eran distantes. La sala de recepciones, aunque sólo estaba a unas veinticuatro yardas, parecía increíblemente lejana. En la dirección opuesta, la

puerta principal estaba mucho más cerca. Pero no se iría sin los demás. Tácticamente, lo más sensato era hacerlos llegar a donde estaba él.

Entonces recordó el teléfono celular de Warner Bicking. Volvió a la pequeña habitación. Los dos agentes de la ASD tenían teléfonos celulares. Uno había sido destruido por las balas. El otro había reventado al caer el agente. Ninguno de los otros muertos tenía teléfono. Hood se sentó sobre los talones y miró a su alrededor.

¡Ésta es una oficina de seguridad, maldita sea! —se dijo—. Tienen que tener un teléfono.

Recorrió la consola con las manos. Tenían uno. Estaba en un estante empotrado a la derecha del monitor más bajo de la mano derecha. Hood levantó el tubo, lo sostuvo en la palma de su mano temblorosa y marcó el número de Bicking. Probablemente Bicking seguiría en línea con el Centro de Operaciones. Hood se preguntó si alguien más en la historia habría utilizado el sistema de llamada en espera durante un cruento tiroteo.

Se acercó a mirar los monitores. El teléfono sonó dos veces antes de que Bicking respondiera.

—¿Sí?

—Warner, soy Paul.

—Dios santo —Bicking se rió nerviosamente—, esperaba que no fuera equivocado. ¿Qué encontraste?

—Aquí están todos muertos —dijo Hood—. ¿Alguna noticia del Centro de Operaciones?

—Me tienen en espera mientras intentan conseguir alguien que nos ayude —dijo Bicking—. El último que habló fue Bob. Me dijo que estaba pasando algo grave pero que no podía decirme de qué se trataba.

—Probablemente temía que las líneas estuvieran siendo monitoreadas —Hood sacudió la cabeza—. Sin embargo, estoy mirando los monitores y no veo cómo podrán… un momento.

Hood miró atentamente lo que parecía ser un contingente de tropas del Ejército Árabe Sirio abriéndose paso a través de uno de los corredores.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bicking.

—No estoy seguro —dijo Hood—, pero tal vez haya llegado la caballería.

—¿Dónde?

—Parece que al otro extremo del corredor donde estoy yo —dijo Hood.

—¿Más cerca de nosotros?

—Sí.

—¿Tendré que salir a buscarlos? —preguntó Bicking.

—No creo —dijo Hood—. Parece que van directamente hacia ustedes.

—Probablemente tengan órdenes de rescatar a los embajadores —dijo Bicking—. Tal vez sea mejor que vuelvas.

—Tal vez —coincidió Hood.

El tiroteo era cada vez más intenso al otro extremo del corredor, a cierta distancia de la sala de recepciones. Los rebeldes no tardarían mucho en llegar a la oficina de seguridad.

Hood seguía observando los monitores. Las tropas no revisaban otros salones ni formaban flancos de vigilancia. Avanzaban con una confianza sorprendente. O les sobraba coraje o no tenían idea de lo mal que andaban las cosas allí adentro.

O, pensó Hood, no temen ser atacados.

Parte del trabajo de Hood era hacer lo que él llamaba «actividad SC»: suponer conspiraciones. Parte de la misión del Centro de Operaciones era preguntar constantemente «¿Qué pasaría si…?», ya se tratara del crimen cometido por un asesino solitario o de la rebelión de una facción hasta el momento desarmada. Hood no estaba obsesionado por las conspiraciones pero tampoco era ingenuo.

Los soldados seguían avanzando decididamente. Hood los vio reaparecer en otro monitor.

—¿Paul? —dijo Warner—. ¿Vas a venir?

—*Mantente en línea* —dijo Hood.

—Todavía tengo en línea al Centro de Operaciones…

—¡Mantente en línea! —ordenó Hood.

Se acercó más a los monitores. Pocos segundos después vio que dos hombres de *kaffiyeh* negros, blandiendo lo que parecían ser pistolas Makarov, cruzaban el corredor tras los efectivos del ejército. Uno de los soldados se dio vuelta para mirar y ni siquiera modificó su ritmo de marcha.

—Warner —dijo Hood con urgencia—, salgan de allí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Reúne inmediatamente a todo el mundo y muévete! —dijo Hood—. Tráelos aquí. No creo que la caballería esté de nuestro lado.

—Está bien —dijo Bicking—. Ya me estoy moviendo.

—Y si no quieren salir… no pierdas tiempo intentando convencerlos. Oblígalos.

—Entendido —dijo Bicking.

Hood aferró el teléfono. Más atacantes seguían pasando impunemente entre las tropas. O el ejército sirio estaba metido en el atentado o esos hombres estaban disfrazados de soldados. En cualquier caso, la situación había pasado de meramente peligrosa a mortífera.

—¡Mierda! —gritó Hood cuando los soldados entraron al último pasillo—. ¡Warner, quédate donde estás!

—¿Qué?

—¡*Que te quedes donde estás*! —aulló Hood. Ya no tenía necesidad de los monitores para ver a los atacantes. Lo único que debía hacer para verlos era asomar la cabeza por la puerta. La cabeza, o…

Hood miró el piso de mármol cubierto de sangre. La pistola del guardia ruso estaba allí junto con el rifle automático del asesino

sirio. Lo único que Hood sabía de armas era lo que le habían enseñado en los cursos obligatorios del Centro de Operaciones. Y ciertamente no había sido el mejor alumno. Especialmente cuando Mike Rodgers y Bob Herbert mejoraban su puntería junto a él. Pero tal vez lo poco que Hood sabía fuera suficiente. Si lograba detener a los sirios, Warner y los demás tendrían tiempo suficiente para salir de la sala de recepciones.

—Warner —murmuró Hood en el teléfono—, un grupo de soldados avanza hacia ustedes. Probablemente sean hostiles. Ocúltate hasta que tengas noticias mías. ¿Entendido?

—Me ocultaré —dijo Bicking.

Hood dejó caer el teléfono. Levantó el rifle automático de la delgada capa de sangre que alfombraba el piso de mármol. Se paró rápidamente y sintió un mareo. No sabía si era porque se había parado demasiado rápido o porque sus manos y las suelas de sus zapatos estaban pegajosos con la sangre de otros. Probablemente se debiera un poco a las dos cosas. Moviéndose con rapidez, Hood pasó por encima del brazo extendido de uno de los agentes de la ASD y se detuvo junto al umbral de la puerta.

Su corazón parecía una maceta, denso y pesado. Los brazos le temblaban ligeramente. No quería disparar a matar. No en principio. Pero no estaba seguro de no tener que hacerlo. Había sido alcalde de Los Ángeles y banquero. Había aceptado un trabajo de escritorio en el Centro de Operaciones. Manejo de crisis, no baño de sangre.

Bueno, las cosas cambian extrañamente, Hood, dijo para sus adentros, respirando profundamente. *O disparas a matar si es necesario… o tu familia asiste a un funeral*. Asomó la cabeza y vio que los soldados marchaban rumbo a la sala de recepciones. Tenía un plan en mente. Primero, saber si podía comunicarse con esa gente. Segundo, ver cómo reaccionaban a un interrogatorio.

—¿Alguno de ustedes habla inglés? —preguntó Hood.

Los soldados se detuvieron en seco. Estaban a unos veinte pies de la sala de recepciones y a menos de treinta y seis yardas de él.

Sin darse vuelta, el líder le dijo algo a un hombre parado tras él. El hombre dio un paso al frente.

—Yo hablo inglés —dijo—. ¿Quién es usted?

—Un invitado norteamericano del presidente —replicó Hood—. Acabo de hablar por teléfono con el comandante de la guardia presidencial. Ha pedido que todas las fuerzas leales se reúnan inmediatamente con él en la galería norte.

El hombre tradujo para el líder. El líder dio una orden al hombre que tenía al lado. Dos soldados abandonaron el grupo y volvieron por donde habían llegado.

Va a comprobarlo, pensó Hood, *pero no usa la radio de campo*.

Si había guardias presidenciales allá afuera, ese hombre no deseaba que lo descubrieran.

Cuando los dos hombres desaparecieron de la vista, el líder dio una nueva orden. El grupo se dispersó. El líder y cuatro hombres siguieron rumbo a la sala de recepciones. Otros tres avanzaron en dirección a Hood con las armas desenfundadas. Evidentemente no iban a rescatarlo. La pregunta era: ¿iban a tomar nuevos rehenes o pensaban matarlos?

Ya habían segado varias vidas en el fracasado intento de asesinar al presidente. Y habían matado a todos los hombres de esa oficina. Aunque decidieran tomarlos prisioneros —cosa que Hood dudaba—, él no quería someter a su país, ni a su familia, ni a él mismo, ni a los hombres que estaban en la sala a semejante prueba. Como había dicho Mike Rodgers: *A la larga, sólo es otra manera de morir*.

Hood se apoyó el rifle automático en la cintura, con la cámara contra el muslo. Apuntando hacia abajo, saltó al pasillo y disparó al piso, justo frente al líder del grupo. Se sorprendió un poco al ver caer los cartuchos vacíos a sus pies… pero siguió apretando el gatillo. Los hombres del pasillo se cubrieron. Los tres que se dirigían a la oficina se arrojaron contra la pared, detrás de la gran estatua de bronce de un camello, y devolvieron los disparos.

Hood dejó de disparar y se refugió en el umbral. Tenía los nudillos blancos de aferrar el arma, la respiración acelerada y el corazón le latía con más fuerza que antes. Los hombres del pasillo también dejaron de disparar. El rifle automático parecía más liviano, casi vacío. Hood levantó la pistola ensangrentada del piso y revisó la cámara. Estaba semivacía, sólo le quedaban siete u ocho disparos.

Sabía que no tenía mucho tiempo. Debía volver al pasillo y disparar nuevamente… esta vez apuntando más arriba. Chequeó el monitor. El líder y su grupo se estaban rezagando. Se les había unido un ruidoso grupo de sirios armados. Los líderes de ambos grupos discutían. Hood sabía que si seguía esperando perdería toda oportunidad frente a un número mayor de fuerzas.

Se apoyó contra el umbral y apuntó las dos armas al frente. No se sentía John Wayne ni Burt Lancaster ni Gary Cooper. Era apenas un diplomático asustado con dos armas.

Un hombre que es responsable por las vidas de los que están atrapados en la sala de recepciones, pensó.

Prestó atención. No oyó ningún movimiento afuera. Conteniendo la respiración, bajó las armas a la altura de las caderas y salió al pasillo.

Pero se detuvo en seco cuando un soldado avanzó directamente hacia él y le deslizó el frío caño de una pistola bajo el mentón.

50

Martes, 15:37, valle del Bekaa, Líbano

Antes de unirse al Striker, el sargento Chick Grey había sido el cabo Grey de la fuerza antiterrorista Delta. Era privado cuando se reportó por primera vez para entrenarse en Fort Bragg. Pero las dos especialidades de Grey le permitieron trepar la escalera de las jerarquías hasta llegar a privado de primera clase y luego a cabo en cuestión de meses.

Su primera especialidad eran las operaciones HALO: saltos en paracaídas de apertura lenta y desde grandes altitudes. Tal como había dicho su comandante en Bragg, al recomendar su ascenso de privado a privado de primera clase: «Este hombre puede volar». Grey tenía la habilidad de tirar de la cuerda de apertura con más lentitud y aterrizar con más precisión que cualquier otro soldado en la historia del Delta. Grey atribuía esa capacidad a una rara sensibilidad a las corrientes de aire y también creía que contribuía a su segunda especialidad: la puntería.

Insistiendo en que Mike Rodgers lo convocara para el Striker, el difunto teniente coronel Charlie Squires había escrito: «El cabo Grey no sólo tiene una excelente puntería, general. Sería capaz de ponerle una bala a usted en medio de los ojos». El informe no agregaba que Grey podía seguir disparando sin parpadear tanto tiempo como fuera necesario. Había desarrollado esa habilidad al descubrir que un simple parpadeo podía hacerle perder «el ojo de la

cerradura»: así llamaba él al instante en que el blanco estaba en la posición perfecta para ser acertado.

Pocos segundos antes, apostado en la copa de un árbol, Grey había estado observando a través del telescopio Redfield montado sobre el caño recortado de su rifle Remington M401 de 7.62mm. Habían pasado veinte segundos desde que había parpadeado. Veinte segundos desde que el terrorista había salido de la cueva apuntando un arma a la cabeza de Mary Rose Mohalley. Veinte segundos desde que el coronel Brett August le había ordenado que dispusiera del sujeto a voluntad. Durante esos veinte segundos, Grey no sólo había observado todo lo que respiraba, también había escuchado atentamente a través de unos auriculares conectados a una fuente parabólica de seis pulgadas de diámetro. La fuente había sido armada en una rama junto a él y le proporcionaba el audio del área que rodeaba el ahora ocioso CRO.

Hay un instante peculiar en toda situación de rehenes: es cuando el tirador toma el compromiso emocional —y no solamente profesional— de hacer lo que debe hacerse. Muchas veces hay que matar a alguien para rescatar a un rehén. Es un punto sin retorno, las situaciones de rehenes cambian constantemente y hay que estar preparado para cada cambio. Pero también es una forma de hacer la paz con uno mismo. Si los culpables no mueren —rápidamente y sin sufrir— puede morir un inocente. Es un razonamiento en blanco y negro; se produce sin tener en cuenta la raíz del problema ni los méritos de la causa terrorista. En ese punto, una calma casi sobrenatural envuelve al tirador. Los últimos segundos previos al disparo son momentos de eficiencia fría y aterradora. Los primeros segundos posteriores al disparo son momentos de igualmente desapasionada aceptación con un leve dejo de orgullo profesional.

El sargento Grey esperó a que el hombre del arma pronunciara el último número de su cuenta regresiva antes de disparar. El único disparo atravesó la sien izquierda del terrorista. El hombre saltó hacia la derecha debido al impacto, giró levemente y cayó de

espaldas. Su sangre se derramó sobre la pendiente y luego sobre su propio cuerpo, mientras caía. Cuando los brazos del terrorista claudicaron, Mary Rose cayó de rodillas. Nadie corrió a retenerla. Poco después, alguien empezó a trepar la ladera. Grey no esperó a ver quién era.

Los privados David George y Terrence Newmeyer estaban apostados bajo el árbol. En el instante en que el terrorista fue derribado, el sargento Grey entregó la fuente y los auriculares al privado George y el rifle al privado Newmeyer, e inició el descenso. Mientras acomodaba su equipo, el sargento Grey sólo sentía una cosa: todavía quedaba mucho por hacer.

Los tres hombres se unieron al coronel August y su grupo. Los Strikers habían dejado sus vehículos a un cuarto de milla para que no se oyera el ruido de los motores. Dos Strikers habían quedado en la retaguardia para proteger los VAR y las motocicletas mientras los demás avanzaban entre las copas de los árboles. Previamente habían hecho un escaneo infrarrojo y no habían detectado centinelas, de modo que la ruta no terrestre servía a un doble propósito. Primero, no pisarían las minas que seguramente protegían la cueva. Segundo, si el CRO estuviera activado, la lectura indicaría que algo se estaba moviendo en los árboles… aunque a esa distancia los curdos podrían pensar que eran bandadas de buitres, muy comunes en la región.

Durante los tres minutos que el sargento Grey había pasado en el árbol, el coronel August y el cabo Pat Prementine habían observado con largavistas todo lo que ocurría en la pendiente, aproximadamente a unas trescientas yardas de distancia. Los once Striker restantes habían formado un grupo compacto tras ellos. Cuando el sargento Grey llegó con los dos privados, el grupo los absorbió sin agrandarse aparentemente.

August miró a los recién llegados. El cabo Prementine, niño genio en tácticas de infantería, siguió escrutando el borde del barranco.

—Buen trabajo, sargento —dijo August.

—Gracias, señor.

—¿Señor? —dijo Prementine—. La tiene. Si ése es nuestro hombre, la chica está a salvo.

August asintió.

—Caballeros —murmuró—, para que sepan, creemos que ésos son Phil Katzen y nuestro contacto israelí. Saldremos en uno o dos grupos. En un grupo si necesitamos atacar la cueva para rescatar a nuestra gente. En dos si los rehenes están…

—Coronel —interrumpió Prementine—, los bastardos se han dividido por mitades.

August hizo girar sus binoculares. El sargento Grey también escrutó el área de la cueva. Había tres rehenes boca abajo en el piso de tierra, fuera de la cueva. Grey vio varios hombres adentro, ocultos por las profundas sombras.

—Cabo, cúbrase y vaya allá con un equipo A, ahora mismo —ordenó August—. Llévelos adentro. Nosotros nos encargaremos del perímetro.

—Sí, señor —dijo Prementine, y salió con siete Striker agazapados a sus espaldas, en fila india, rumbo al borde de la ladera.

—¡George, Scott! —bramó August.

—¿Señor? —respondieron ambos al unísono.

—RAC contra ellos.

—Sí, señor —dijo George.

Los dos privados se dirigieron al cajón de equipos que habían traído de los VAR. Mientras David George armaba un mortero gris tiza, Jason Scott sacaba cuatro proyectiles de RAC —incapacitantes de acción rápida— de sus bolsas de almacenamiento aislantes. Dos segundos después de haber explotado, el gas color ámbar dejaría fuera de combate a todo el que estuviera dentro de un radio de veinte pies. El privado Scott ayudó con la pesada base y en menos de veinte segundos el mortero estuvo cargado y preparado. Mientras

el privado George escrutaba el lugar, Scott ajustaba las manillas transversales y de elevación para fijar la línea de fuego.

—Sargento Grey —dijo August—, vuelva a su puesto. Visión nocturna. Dígame qué puede ver en el interior de la cueva.

—Enseguida, señor.

Mientras Grey recuperaba su rifle y avanzaba hacia el árbol, Newmeyer sacó las lentes de visión nocturna de su mochila. La correa ya estaba preparada para ajustarse al casco de Grey y el telescopio Redfield había sido equipado con un adaptador para apoyarse cómodamente entre ambas lentes.

—Sargento —dijo August—, parece que los rehenes tienen los pies atados con sogas allá adentro. Fíjese si puede ver quién sostiene las sogas.

—Sí, señor —replicó Grey, trepando a la rama alta que le permitía tener una clara visión de los otros árboles.

Mientras subía, Grey oyó sonar la radio del privado Ishi Honda. El operador de comunicaciones respondió, escuchó durante unos segundos y luego dejó en espera la llamada.

—Señor —dijo Honda con calma—, es la oficina del señor Herbert con una orden TO.

TO significaba «todo oídos». Aunque frecuentemente eso equivalía a una orden de evacuación inmediata, Grey siguió trepando.

—Prosiga —dijo August.

—El señor Herbert informa que un misil Tomahawk fue lanzado desde el USS Pittsburgh hace siete minutos. Llegará al CRO en veinticinco minutos. Nos aconsejan abortar la misión.

—Nos aconsejan, pero no nos ordenan —dijo August.

—No, señor.

August asintió.

—Privado George —dijo.

—¿Señor?

—Démosle su merecido a esos hijos de puta.

51

Martes, 15:38, Damasco, Siria

Cuando sintió el revólver bajo el mentón, Paul Hood no vio pasar toda su vida en un instante. Mientras los dos hombres lo desarmaban, Hood sintió que lo sobrecogía un estado de conciencia cuya consistencia semejaba la de los sueños. ¿Acaso sería la única manera en que su mente podía enfrentar un impacto incomprensible? Sin embargo, conservaba la lucidez necesaria para preguntarse en qué demonios había estado pensando cuando había decidido detener a los terroristas. Él era un jinete de escritorio, no un guerrero. Y se había preocupado tanto por el líder —ansioso por saber hacia dónde iba y qué estaba haciendo— que se había olvidado de la multitud que avanzaba al ras de la pared. Como de costumbre, Mike Rodgers tenía razón cuando decía que la guerra no perdonaba.

Los hombres dieron un paso atrás con las armas de Hood en las manos. Uno de ellos se dio vuelta. Hood vio que el líder hacía avanzar a su grupo. No había nada orgulloso ni triunfal en la expresión de su oponente. Parecía decidido —ni más, ni menos— al detenerse junto a la puerta y escrutar el pasillo. Asintió una sola vez. El hombre que lo vigilaba se dio vuelta y le dijo algo al soldado que estaba frente a Hood. El soldado gruñó y miró a Hood. A diferencia del líder, este hombre sonreía.

Hood cerró los ojos y se despidió mentalmente de su familia. La saliva se le había juntado en la garganta. Hubiera querido tragarla pero la presión del caño del revólver se lo impedía. Tampoco tenía importancia. En pocos segundos no volvería a tragar ni a sonreír ni a cerrar los ojos de cansancio ni a soñar…

Se oyó un disparo en el pasillo y Hood pegó un salto. Escuchó gruñidos y abrió los ojos. El hombre que había estado a punto de matarlo estaba ahora en el suelo, agarrándose el muslo izquierdo. Mientras Hood miraba azorado la escena, los otros dos hombres cayeron. Las balas les habían abierto enormes agujeros en la cintura y las piernas. Los dos estaban muertos.

Hood miró hacia el pasillo y vio avanzar a la turba de sirios.

Formaban una pared de armas y trajes multicolores y expresiones intensas. Mientras seguía parado allí, asombrado de estar vivo y sin saber qué hacer, el líder curdo se detuvo en seco y sus hombres se detuvieron a pocos pasos de él. Estaban muy cerca de la puerta de la sala de recepciones. El líder miró a sus tres soldados caídos, luego se dio vuelta y empezó a gritarles a los sirios.

Ignorado por un momento, Hood volvió a la oficina de seguridad. Apenas entró se maldijo por no haberse apoderado del revólver de alguno de los caídos. Pero era demasiado tarde para eso, y al menos estaba vivo. Como solían decir en el mercado de valores, los osos y los toros pueden prosperar. Los cerdos no.

Hood aferró el teléfono.

—¿Warner, estás ahí? —murmuró.

—¡Por supuesto! —dijo Bicking—. ¿Qué está pasando?

—No estoy seguro —dijo Hood—. Los sirios acaban de matar a algunos de los soldados.

—Grandioso…

—Puede ser —dijo Hood—. Pero no creo que estén aquí para ayudarnos. ¿Alcanzas a oír lo que dice el líder?

—Un momento —dijo Bicking—. Voy a acercarme —Bicking volvió enseguida—. ¿Paul? Su nombre es Mahmoud al-Rashid y quiere

saber qué están haciendo los sirios. Aparentemente ya les dijo que era un líder curdo y no un efectivo del Ejército Árabe Sirio.

—¿Y qué dijeron los sirios?

—Nada —replicó Bicking.

Hood observó el monitor.

—Warner, tengo la sensación de que esos sirios no confundieron a los curdos con soldados. Creo que sabían exactamente quiénes eran.

Mahmoud volvió a gritar.

—¿Qué está diciendo ahora? —preguntó Hood.

—Les está ordenando que se identifiquen —dijo Bicking—. También quiere que se hagan cargo de los hombres que balearon.

El corazón de Hood comenzó a latir desbocado al ver la pantalla.

—Mahmoud está levantando su arma —dijo—. Warner, apuesto mi vida a que no están de su parte.

—Tal vez sean las fuerzas de seguridad presidenciales —dijo Bicking—. Ya se han demorado bastante.

—No sé —dijo Hood—. Escucha, Warner. Llama al Centro de Operaciones y diles lo que está ocurriendo. Averigua si saben algo de un contragolpe encubierto.

—¿Acaso no me lo habrían dicho?

—No por línea abierta —dijo Hood—. Pero la seguridad ya no tiene importancia.

Mahmoud dejó de avanzar. Se hizo un breve silencio y luego los sirios se arrojaron al suelo repentinamente. Abrieron fuego, disparando directamente al centro del grupo de Mahmoud.

—¡Mierda! —gritó Bicking en el teléfono—. ¡Paul, no puedo oír nada! ¡Hay demasiado ruido!

Varios hombres de Mahmoud cayeron antes de poder disparar. El mismo Mahmoud no pudo disparar porque sus hombres estaban en el medio. En cambio, ordenó retroceder a los sobrevivientes. Mientras lo hacían, Mahmoud cubrió su retirada disparando contra los sirios ráfagas de fuego a la altura de la cintura. Algunos fueron

alcanzados por los impactos… pero llevaban puestos chalecos antibalas y volvieron a levantarse. No obstante, Mahmoud no usaba chaleco antibalas. Aparentemente recibió varios impactos antes de darse vuelta y arrastrarse hacia la sala de recepciones. En cuanto Mahmoud se dio vuelta cesaron los disparos. Los sirios avanzaron nuevamente.

Cuando todo estuvo en calma, Hood volvió al teléfono.

—Warner, olvídate del Centro de Operaciones. Cúbrete inmediatamente. ¡Los curdos estarán allí en menos de un segundo!

No hubo respuesta.

—¡Warner, haz lo que te digo ahora mismo! —dijo Hood—. ¿Warner, me estás escuchando?

—Te escucho —dijo—. Pero tal vez pueda hacer algo…

—No puedes hacer nada —dijo Hood—, ¡excepto esconderte inmediatamente!

Hood todavía miraba el monitor cuando los cinco curdos entraron a la sala de recepciones, seguidos por su líder herido. Hood no dijo nada más. Si Bicking había logrado esconderse en algún lado la voz de Hood en el teléfono podría delatarlo. Dejó el teléfono a un costado y siguió mirando el monitor.

Mientras esperaba oyó más disparos justo afuera de su puerta. Vio que alguien se acercaba por el pasillo. Vio cómo el hombre que había estado a punto de ejecutarlo se deslizaba por la puerta, apoyado sobre su espalda y arqueándose como un gusano. Luego cayó de costado, sonrió horriblemente un instante y se encogió como una pelota. Tenía tres agujeros sangrantes en el pecho. Por un momento respiró dificultosamente y luego dejó de respirar. Su expresión no se relajó al morir.

Hood sintió asco.

Poco después, uno de los sirios se acercó al cadáver. Era un hombre grande, bastante alto, con kaffiyeh blanco y negra barba tupida. El arma que llevaba a un costado humeaba ligeramente y

había dos agujeros de bala en el pecho de su chaqueta caqui. Se quedó allí de pie, su corpulenta figura llenaba el vano de la puerta.

—¿Usted es Hood? —preguntó en un inglés altisonante. Su voz grave parecía provenir de una caverna.

—Sí —dijo Hood.

El hombre pateó el arma que había pertenecido al muerto. El arma se deslizó sobre una alfombra de sangre.

—Tenga eso —dijo, cruzándose un extremo del kaffiyeh sobre la cara—. Úsela si es necesario.

Hood levantó el arma.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Mista'aravim —replicó el otro—. Quédese aquí.

—Quiero ir con usted —dijo Hood.

El hombre sacudió su enorme cabeza.

—Me dijeron que el señor Herbert en persona me patearía el culo si le pasaba algo a usted.

Sacó un nuevo repuesto de municiones de los profundos bolsillos de su pantalón y reemplazó las faltantes.

—¿Qué pasará con los otros? —preguntó Hood.

—Busque videos aquí —dijo el hombre—. Si los encuentra, guárdelos.

—Está bien —dijo Hood—. Pero el embajador, mis compañeros.

—Me ocuparé de ellos —dijo el hombre— y volveré a buscarlo.

Dicho esto, el gigantón dio media vuelta y se alejó caminando por el pasillo.

Se produjo una súbita andanada de disparos en otros sectores del palacio. Salvo por los pesados pasos del gigantón, en el sector de Hood había un silencio enervante.

Hood volvió al monitor y vio cómo el gigantón se reunía con los demás. Los Mista'aravim eran comandos ultra encubiertos de la Fuerza de Defensa Israelí que se hacían pasar por árabes. Herbert mantenía excelentes relaciones con los militares israelíes y probablemente les había pedido ayuda. Debido a la naturaleza

secreta de estos comandos, el agente encubierto le había pedido a Hood que buscara los videos: no debían quedar filmaciones de su cara.

Los cinco hombres estaban parados contra la pared, a cada lado de la puerta de la sala de recepciones. Se habían dividido en dos grupos y estaban poniendo algo en las paredes de mármol. Hood sospechaba que era C-4. Usarían explosivo plástico para distraer a los curdos y al mismo tiempo abrirían un boquete para disparar.

Empezó a buscar los videos. Encontró dos aparatos de video en un gabinete debajo de la consola. Retiró los videos rápidamente. Luego se detuvo en seco y maldijo.

Esos videos no eran el único registro de los Mista'aravim. Los curdos también los habían visto. Tendrían que morir por eso. Y, para asegurarse de que nadie quedara vivo, los israelíes probablemente acribillarían la sala antes de entrar. Así trabajaban los israelíes. Algunas veces los buenos debían ser sacrificados con los malos por el bien del resto.

Pero no era así como trabajaba Hood. Levantó el teléfono.

—Warner —susurró—, si puedes oírme, quédate donde estás.

Creo que dentro de poco esto será un infier…

Un instante después se abrieron las puertas del infierno. Las paredes de alabastro explotaron a la altura del pecho a ambos lados de la puerta y los israelíes enmascarados se agazaparon en los umbrales. Los curdos abrieron fuego contra ellos… pero los rápidos y poderosos rifles israelíes respondieron con voz mortífera y absoluta.

52

Martes, 15:43, valle del Bekaa, Líbano

Cuando vio caer la sangre, Phil Katzen maldijo a gritos a los curdos. Haciendo caso omiso del dolor agudo en su costado, intentó trepar la ladera para llegar al camino.

Falah dejó las armas a un lado, rodeó con ambos brazos la cintura del norteamericano e intentó retenerlo.

—¡Espere! —gritó—. ¡Espere! Algo anda mal… Katzen apretó la frente contra la tierra seca.

—La mataron. ¡Le dispararon a quemarropa, sin pensar! Katzen golpeó débilmente el suelo con los puños cerrados.

—No creo —dijo Falah—. Shhh… me parece oírla.

Katzen se calló. Escuchó el chirrido de los neumáticos del CRO.

Luego oyó unos sollozos al borde de la ladera.

—¿Mary Rose? —se preguntó en voz alta. Los sollozos se acallaron y sólo le respondió el más absoluto silencio. Katzen miró a Falah.

—Si está viva —dijo—, algo le debe haber pasado al hombre que iba a matarla.

—Es cierto —dijo Falah, recuperando sus armas—. Probablemente es su sangre la que vimos.

—¿Pero cómo? —preguntó Katzen—. No veo cómo podría haber escapado uno de los otros prisioneros. Esos pozos tenían rejas de hierro.

—Nadie escapó —dijo Falah—. Si hubieran escapado habríamos oído gritos y corridas. Ha pasado exactamente lo contrario. Nadie se mueve —miró al sur y entrecerró los ojos—. Si mataron al curdo es porque lo detectaron. Yo apagué la radio hace una hora. Tiempo suficiente para una decisión rápida de avanzada y un rápido despliegue de fuerzas.

El Striker, pensó Katzen, siguiendo la mirada de Falah. Antes de que Katzen pudiera escrutar los árboles para detectar posibles movimientos, alguien gritó desde arriba. Daba alaridos en inglés y amenazaba con matar a tres rehenes.

—No nos habla a nosotros —dijo Falah—. Alguien cazó al asesino. Está hablando con ellos.

—Si es así —acotó Katzen—, el CRO puede detectarlo.

—No podemos acercarnos al CRO —dijo Falah—. Creo que los curdos lo movieron. —Pasó por encima de Katzen y le dio una de las armas—. Quédese aquí. Trataré de encontrarlos y adver…

Antes de que pudiera dar el primer paso hubo una detonación suave y luego se oyó un silbido en dirección sudeste. Katzen levantó la vista y vio que un minúsculo proyectil negro se dirigía a la cueva. Pocos segundos después llegó un segundo proyectil, seguido inmediatamente por un tercero. Explotaron en rápida sucesión, dispersando espesas nubes cobrizas.

—¡Neofosgeno! —exclamó Katzen.

—¿Qué? —preguntó Falah.

—Un nuevo agente pulmonar —dijo Katzen—. Provoca efectos similares a los del asma durante cinco minutos. El Striker es el único comando que lo tiene.

En estado de dispersión completa el gas pareció congelarse y tomó un aspecto semejante al del algodón. En pocos segundos el contenido líquido se evaporó y el vapor remanente cayó a tierra en forma de panqueque compacto. Los bordes del panqueque se deslizaron hasta el borde de la ladera y desde allí se derramaron hacia abajo. Los dos hombres vieron cómo Mary Rose caía hacia

adelante. El torso de la joven golpeó contra el borde y quedó allí tendida, luchando por respirar.

—Vamos —dijo Katzen—. La nube se volverá blanca y no tóxica en menos de dos minutos. Podemos rescatar a nuestra gente antes de que los curdos se recuperen.

—No —dijo Falah—. Usted se quedará aquí. Su costilla rota sólo servirá para obstaculizarnos.

—Maldita sea —dijo Katzen—. Me ocuparé de Mary Rose, pero no dude de que voy a subir.

Falah aceptó y empezó a trepar la ladera. Su velocidad y destreza sorprendieron momentáneamente a Katzen. Después de haber pasado tanto tiempo fuera del campo a veces olvidaba la asombrosa habilidad con que los nativos de un lugar maniobraban en su propio terreno.

Arrastrando la pierna del lado de la costilla rota, Katzen trató de inmovilizar ese sector lo más posible. Guardó el revólver en su cinturón y comenzó a trepar. Todo el tiempo miraba hacia arriba, al sur y hacia abajo. A pesar de estar desacostumbrado, no olvidaba la rapidez y el estilo sorpresivo con que operaba el Striker. Si el neofosgeno les daba un margen de cinco minutos para entrar y resolver las cosas, estarían allí con todo resuelto en cinco minutos o menos.

Mientras miraba al sur, Katzen oyó pasos arriba, en el camino. Levantó la vista. Falah seguía trepando y el gas todavía era cobrizo, potente. No alcanzó a ver el camino pero vio que los bordes de la nube ondulaban como si hubiera gente atravesándola. Entonces apareció alguien junto a Mary Rose. Llevaba puesto un uniforme camuflado para desierto y una máscara antigás. Se arrodilló junto a ella, colocó los brazos debajo de sus hombros y la sacó de la pendiente con mucho cuidado. Luego se la cargó sobre el hombro y desapareció.

Falah prácticamente subió saltando las últimas yardas. Al llegar al límite claramente definido del gas, se dio vuelta para mirar a Katzen.

El israelí sonrió entusiasmado, alzó los pulgares en señal de victoria y salió corriendo hacia la cueva.

Katzen ya no tenía necesidad de seguir trepando. El dolor lo atravesaba del mentón a la cintura y se sintió aliviado al tenderse boca abajo sobre un suave montoncito de pasto. Respiró usando la técnica «Buda» que había aprendido en primeros auxilios: expandir el vientre en lugar del pecho para atenuar el dolor producido por la costilla rota.

Mientras estaba allí tendido, escuchando aliviado un concierto de resuellos lánguidos pero regulares y el intermitente crujir de las botas sobre la tierra y los guijarros, fue bruscamente alertado por nuevos disparos. Por el eco parecían provenir de las profundidades de la cueva.

Apoyándose sobre una rodilla y ayudándose con las palmas de las manos, Katzen trepó arrastrándose el resto del camino.

53

Martes, 15:45, Damasco, Siria

Mahmoud estaba inclinado, con las manos apoyadas sobre la mesa junto al *mahmal*, cuando fue volada la pared de la sala de recepciones. Había querido ser parte de la defensa de su pequeño bastión, pero no había tenido la fuerza necesaria. Ni siquiera había podido revisar la sala en busca de posibles sobrevivientes a la explosión planeada por su hombre-bomba suicida, Saber Mohseni.

Ya debilitado por una bala en la pierna y otra en el costado izquierdo, Mahmoud cayó al suelo cuando se produjo la explosión. Aunque su fragilidad lo avergonzaba, evitó la guadaña de balas que segó la sala primero a la altura del pecho y luego a la altura de las rodillas. Los otros curdos no tuvieron tanta suerte. Se habían parapetado detrás de sillas y columnas en el centro de la sala, preparados para el ataque. Pero los poderosos rifles G-3 de fabricación turca los acribillaron.

Con la mejilla apoyada contra la baldosa fría, Mahmoud oyó morir los disparos junto con sus tropas. Ileso en el último ataque, dejó los ojos apenas abiertos. Contempló el piso cubierto de vidrios pulverizados y cuerpos desmembrados. Vio aparecer caras en todos los boquetes de la pared. Los extremos de los *kaffiyeh* cubrían las narices y las bocas de todos los hombres. Mahmoud había sospechado que no eran guardaespaldas del presidente. Ahora estaba seguro. Esos hombres no deseaban ser identificados.

Además, los guardaespaldas del presidente no tiraban a matar. Usaban gas para debilitar a sus enemigos y luego capturados y torturarlos. Al presidente sirio le gustaba enterarse de posibles conspiraciones y era imposible interrogar a los muertos. Por último, esos hombres habían disparado a ciegas contra una sala que contenía el sagrado *mahmal*. Ningún musulmán se hubiera atrevido a cometer semejante sacrilegio.

No, esos hombres no eran sirios. Mahmoud sospechaba que eran Mista'aravim, israelíes disfrazados de sirios. Herido como estaba, con sus hombres muertos o agonizando a su alrededor, le resultó irónico. Parte del dinero para el ataque curdo provenía de extremistas israelíes que querían desestabilizar a Siria.

El revólver de Mahmoud estaba a su lado, en la oscuridad. Lo levantó. Tal vez pudiera servirle para hacer realidad sus sueños. Sus dedos se tensaron alrededor de la culata. Deslizó el índice por el gatillo. Todavía había curdos sirios en el edificio y seguían peleando. Él haría lo mismo.

Los hombres entraron a la sala de recepciones. Uno se quedó atrás para vigilar el pasillo mientras los otros se desplegaban. Dos hombres avanzaron por la pared norte, otros dos por la pared sur. Todos caminaban en dirección a Mahmoud escrutando la oscuridad, revisando rápidamente los cadáveres y abriéndose paso hacia la pared del fondo. Parecían estar buscando a alguien.

Mahmoud estaba mareado por la pérdida de sangre pero luchaba para mantenerse alerta. Los hombres estaban a unos veinte pies de distancia. Los dos que avanzaban por la pared sur se dirigían al retrete del fondo. Los que avanzaban por la pared norte pasaron junto a un par de otomanas. Los respaldos de los divanes habían sido acribillados por los disparos de sus rifles. Había dos cedros en canteros de cerámica, uno a cada lado de las otomanas, prácticamente partidos en dos.

Súbitamente, algo se agitó detrás del árbol más lejano.

—¡Cuidado! —gritó una voz en sirio.

La voz fue ahogada cuando Mahmoud abrió fuego, contra los dos hombres parados cerca de los canteros. Puso dos balas en la pierna del hombre que estaba más cerca de él. Luego le disparó al otro, que cayó con una bala en el muslo. Pero cuando Mahmoud se dio vuelta para disparar contra los que estaban al otro extremo de la sala, una forma oscura descendió sobre él. Una mano poderosa le aplastó la mano del revólver contra el piso y un puño le cruzó el mentón.

—¡Atrás! —gritó otra voz.

La forma oscura saltó hacia atrás. Mahmoud vio dos rifles apuntados hacia él. Un instante después, una lluvia de proyectiles de 51mm le atravesó el cuerpo. Cerró los ojos por reflejo, mientras las balas le atravesaban el hombro derecho, la espalda, el cuello, la mandíbula y el costado. Pero no sentía dolor. Cuando los disparos terminaron no tuvo ninguna sensación. Ya no podía moverse ni respirar, ni siquiera podía abrir los ojos.

Alá, he fracasado, pensó sobrecogido por una insondable tristeza. Pero luego la conciencia dio paso al olvido y el fracaso, igual que el éxito, dejó de tener importancia.

54

Martes, 15:51, Damasco, Siria

Warner Bicking se puso de pie y levantó las manos. La derecha le sangraba por el golpe propinado a la poderosa mandíbula del curdo.

—Estoy de su lado —dijo Bicking en sirio—. ¿Puede entender? El hombre de baja estatura y frente alta y llena de cicatrices se acomodó el rifle bajo la axila. Mientras avanzaba en dirección a Bicking hizo señas a su compañero, un gigantón, para que se ocupara de los otros. Bicking echó un rápido vistazo a la derecha y vio que el gigantón alzaba sin esfuerzo a un hombre herido en la pierna. Cargó al herido sobre el hombro y luego alzó a un segundo hombre.

—Soy norteamericano —prosiguió Bicking—, y estos hombres son mis colegas.

Señaló con la cabeza el cantero, donde Haveles y Nasr también habían buscado refugio. Los dos salieron de su escondite.

El hombre que montaba guardia en la puerta gritó repentinamente.

—¡Viene alguien!

El hombre bajo miró a su enorme compañero.

—¿Puedes arreglarte? —le preguntó.

El gigante asintió mientras acomodaba el peso del hombre sobre su hombro derecho. Luego levantó el rifle y lo apuntó hacia adelante, entre las piernas del herido.

El hombre bajo se dirigió a Bicking.

—Vengan con nosotros —le ordenó.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Haveles, avanzando inestablemente. Le hacía pensar a Bicking en una víctima de accidente automovilístico totalmente conmovida pero que insistía en que estaba perfectamente bien.

—Nos mandaron a buscados —dijo el hombre bajo—. Deben venir ahora o quedarse aquí.

—Los representantes de Japón y Rusia también están aquí —dijo Haveles—. Están en el retrete…

—Sólo usted —dijo el hombre bajo. Dio media vuelta en dirección al pasillo y le hizo señas al hombre apostado allí. El hombre asintió y comenzó a caminar por el pasillo, hacia la izquierda. El hombre bajo se dio vuelta.

—¡Ahora! —ordenó.

Bicking tomó del brazo al embajador.

—Vamos. La guardia de palacio se ocupará del resto —dijo.

—No —dijo Haveles—. Me quedaré con los otros.

—Señor embajador, todavía hay tiroteos y…

—Me quedaré —insistió.

Bicking vio que era inútil discutir.

—Está bien —dijo—. Lo veremos después en la embajada. Haveles dio media vuelta y avanzó con pasos rígidos y mecánicos hacia el oscuro retrete detrás del sector del bar. Se unió a los otros hombres y buscó protección en las sombras.

El gigantón avanzó hacia la puerta seguido por el hombre bajo.

—Nuestro tren está por partir —dijo Nasr, pasando junto a Bicking.

Bicking asintió y se unió a la partida.

El hombre que había salido por el pasillo regresó con Paul Hood. Hood entregó los videos al hombre bajo y el grupo se dirigió a la entrada. Dos de los enmascarados iban al frente, el gigantón a la retaguardia.

—¿Dónde están los embajadores? —preguntó Hood—. ¿Todos están bien?

Bicking asintió. Miró sus nudillos enrojecidos. Hacía seis años que no golpeaba a nadie.

—Casi todos —dijo, pensando en el curdo.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los curdos han muerto y el embajador Haveles está ligeramente impactado —dijo Bicking—. Pero decidió quedarse. Nuestros escoltas fueron absolutamente específicos acerca de a quiénes estaban dispuestos a ayudar.

—Sólo a nuestro grupo —dijo Hood.

—Correcto.

—Y Bob Herbert debe haber pagado caro para conseguirlo.

—Estoy seguro —dijo Bicking—. Bueno, diplomáticamente es lo mejor que podía haber hecho el embajador. Habría un espantoso escándalo internacional si un operativo de rescate favoreciera a Washington. Por no decir que no habría un solo japonés o ruso que escupiera sobre un diplomático norteamericano que se estuviera quemando vivo.

—Te equivocas —dijo Hood—. Creo que lo escupirían.

Los hombres siguieron avanzando por el pasillo hasta una puerta dorada. Estaba cerrada. El hombre que iba al frente disparó al picaporte y la abrió de una patada. Todos entraron, el último de la fila cerró la puerta, y el hombre que iba al frente encendió un reflector. El grupo atravesó velozmente un gran salón de baile. Incluso en la semioscuridad Bicking pudo sentir el peso de los cortinados dorados y oler su larga historia.

Se oyó ruido de botas al otro lado de la puerta. Los tres hombres del Mista'aravim se detuvieron en seco y apuntaron sus armas al pasillo. Apagaron el reflector y el hombre bajo corrió hacia la puerta dorada.

—Sigan derecho hacia adelante y esperen en la cocina —les susurró el gigantón a Hood, Nasr y Bicking.

Ellos hicieron lo que les decían. Mientras avanzaban, Hood miró hacia atrás. El hombre bajo espiaba por el agujero donde había estado el picaporte. Al ver que no entraba nadie, los enmascarados se unieron a él.

El hombre bajo les dijo algo en sirio.

—Guardias presidenciales —tradujo Bicking para Hood mientras atravesaban corriendo la enorme cocina.

—Entonces todo esto fue una farsa, como sugirió el embajador —dijo Nasr echando hacia atrás su ondeado cabello entrecano que la excitación había despeinado. El mechón rebelde inmediatamente le volvió a caer sobre la frente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Hood.

—El presidente sirio esperaba que pasara esto —dijo Nasr—, tal como lo predijo el embajador Haveles. Permitió que sucediera y que los embajadores extranjeros sufrieran los mayores embates, protegidos sólo por la guardia de palacio…

—Que equivale al personal de seguridad norteamericano de bancos y museos —intervino Bicking—. Están entrenados para enfrentamientos persona a persona. Si hay grandes problemas deben pedir refuerzos.

—Correcto —dijo Nasr—. Cuando el presidente estuvo seguro de que los curdos habían enviado el grueso de sus fuerzas, hizo que su guardia de elite cerrara la puerta tras ellos.

—El presidente usa a otras naciones como amortiguadores contra sus enemigos —dijo Bicking—. Usa al Líbano para mandar terroristas contra Israel, a Grecia para combatir a Turquía, y a Irán para crear problemas en todo el mundo. Deberíamos haber previsto que haría lo mismo con esta gente.

El sonido de los disparos aumentó considerablemente. Hood imaginaba falanges de soldados armados hasta los dientes atravesando los pasillos y acribillando a cualquier posible oponente. Aunque los curdos heridos serían capturados, le resultaba imposible pensar que se rindieran. La mayoría preferiría la muerte a la cárcel.

Se detuvieron frente a otra puerta. El líder bajo les ordenó esperar. Sacó de su bolsillo una pequeña plancha de C4 y un detonador, abrió la puerta y salió. Aunque estos hombres no fueran los más amables que Bicking hubiera conocido, no podía dejar de admirar lo bien entrenados que estaban.

—¿El embajador Haveles estará a salvo? —preguntó Hood.

—Es difícil saberlo —admitió Nasr—. Pase lo que pase, el único ganador es el presidente sirio. Si Haveles muere, la culpa será de los curdos y los Estados Unidos no los respaldarán en el futuro. Si vive, los guardias de elite se convertirán en héroes y el presidente sacará provecho de los Estados Unidos.

El hombre bajo volvió e indicó a los demás que avanzaran. El grupo atravesó una enorme despensa hasta una puerta que daba a un pequeño jardín externo, rodeado por un muro de piedra de diez pies de alto con una puerta de hierro de la misma altura en el extremo sur. Caminaron por un sendero de pizarra bordeado por un impecable seto a la altura de la cintura. Al llegar al final del sendero, el hombre bajo les mandó detenerse y esperar a unos veinte pies de la puerta de hierro. Poco después explotó el cerrojo, abriendo un boquete en la puerta y la pared. Casi enseguida apareció un camión con techo de lona. El hombre bajo se adelantó corriendo.

En la calle no había peatones; era evidente que el combate o la policía local los habían ahuyentado. Asombrosamente, tampoco había periodistas. Bicking entendió por qué habían tomado el camino más largo: los israelíes no querían ser fotografiados.

El hombre bajo corrió la lona trasera a un costado. Luego hizo señas a los hombres de la puerta.

Al acercarse al camión fueron sorprendidos por un fuerte olor a pescado… que no les impidió subir rápidamente. Hood, Bicking y Nasr fueron los primeros. Ayudaron al gigantón a subir a sus dos compañeros heridos y luego entró el resto del equipo. Los heridos se acostaron sobre bolsas de lona vacías y los demás se sentaron sobre grasientos barriles de madera amontonados al fondo. En menos de

un minuto el camión estaba en marcha en dirección sudeste, rumbo a la calle Straight. El conductor giró a la derecha y pasó velozmente frente al Arco Romano y la iglesia de la Virgen María. La calle Straight se transformó en la calle Bab Sharqi y el camión siguió en dirección nordeste.

Nasr levantó apenas la lona y espió por la parte trasera del vehículo.

—Me lo esperaba —murmuró.

—¿Qué cosa? —preguntó Hood.

Nasr dejó caer la lona y se acercó a Hood.

—Vamos al barrio judío —dijo, y se acercó todavía más—. Se rumorea que estos Mista'aravim operan fuera de aquí.

Bicking también se había acercado a Hood.

—Y apuesto todo lo que tengo a que en esos barriles hay algo más que pescado. Probablemente hay suficiente pólvora en este camión como para pelear una pequeña guerra.

El camión aminoró la marcha al atravesar calles muy angostas y sinuosas. A los costados había casas altas y blancas, construidas en ángulos y distancias irregulares. Las paredes otrora blanquísimas tenían ahora el desgastado amarillo del sol. Las sogas de ropa rozaban la lona del techo del camión y los ciclistas y los automóviles marchaban lentamente y dificultaban todavía más las maniobras.

Finalmente, el camión entró a un callejón oscuro y sin salida. Los hombres salieron y caminaron hasta una puerta de madera a la izquierda del callejón. Fueron recibidos por dos mujeres que ayudaron a trasladar a los heridos a una cocina oscura y amplia. Los heridos fueron dejados en el suelo, sobre frazadas. Las mujeres les quitaron los *kaffiyeh* y los pantalones y comenzaron a lavarles las heridas.

—¿Podemos colaborar en algo? —preguntó Hood. Nadie respondió.

—No lo tome como algo personal —lo tranquilizó Nasr.

—Claro que no —dijo Hood—. Tienen otras cosas en mente.

—Procederían del mismo modo si no hubiera heridos —susurró Nasr—. Que los vean los pone paranoicos.

—Es comprensible —intervino Bicking—. Los Mista'aravim se han infiltrado en grupos terroristas como el Hezbollah y el Hamas. Sólo vienen al barrio judío cuando necesitan trabajar con absoluta seguridad. Pero si los vieran aquí les costaría la vida y —lo que es mucho peor para ellos— comprometerían la seguridad de Israel. Seguramente no estarán muy contentos de haber tenido que salir a rescatar a un grupo de norteamericanos.

Mientras los norteamericanos hablaban el conductor del camión y los tres enmascarados se levantaron. El hombre bajo hizo una llamada telefónica y los otros abrazaron a las mujeres:

—Luego abandonaron la habitación oscura. Poco después se oyó el ruido del motor del camión que salía del callejón.

Una de las mujeres siguió atendiendo a los heridos, la otra se puso de pie y encaró a los tres recién llegados. Estaba al borde la treintena, llevaba su cabello castaño rojizo recogido en un rodete, y sus tupidas pestañas hacían que sus ojos pardos parecieran todavía más oscuros. Tenía la cara redonda, los labios carnosos y la piel morena. Llevaba puesto un delantal manchado de sangre sobre su vestido negro.

—¿Quién es Hood? —preguntó. Hood levantó el dedo índice.

—Soy yo —dijo—. ¿Sus hombres se recuperarán?

—Creemos que sí —dijo ella—. Han llamado a un médico. Pero su socio tiene razón. A los hombres no les gustó tener que salir. Y menos les gustó que hubiera dos heridos. La ausencia y las heridas no serán fáciles de explicar.

—Entiendo —dijo Hood.

—Están en mi café —dijo la mujer—. Fueron una entrega de pescado. En otras palabras, no pueden ser vistos fuera de este lugar. Los llevaremos a la embajada después de cerrar. No puedo disponer de gente hasta entonces.

—También entiendo eso —dijo Hood.

—Mientras tanto —dijo ella—, le han pedido que telefonee al Sr. Herbert. Si no tiene teléfono tendré que conseguirle uno. Esa llamada no puede aparecer en nuestra cuenta.

Bicking buscó en su bolsillo y sacó su teléfono celular.

—Veamos si éste todavía funciona —dijo mientras lo abría. Lo encendió, escuchó un instante y luego se lo entregó a Hood—. Fabricado en Estados Unidos y bueno como si fuera nuevo.

Hood fue a un rincón y llamó al Centro de Operaciones. Lo comunicaron con la oficina de Martha, donde ella, Herbert y otros miembros del equipo esperaban noticias de la operación.

—Martha… Bob —dijo Hood—, soy Paul. Ahmed, Warner y yo estamos bien. Gracias por todo lo que hicieron.

Aunque estaba un poco lejos, Bicking pudo oír los aplausos que venían del teléfono. Se le humedecieron los ojos al pensar en el increíble alivio que todos estarían sintiendo.

—¿Qué saben de Mike? —preguntó Hood tratando de ser lo más discreto posible.

—Lo han encontrado —dijo Herbert—, y Brett está allí. Estamos esperando noticias.

—Estoy en el celular —dijo Hood—. Llámenme en cuanto sepan algo.

Hood colgó. Mientras informaba a los demás llegó el médico. Los tres hombres se retiraron a un rincón y observaron en silencio mientras el médico aplicaba inyecciones de anestésicos locales a los heridos. La mujer que les había hablado se arrodilló junto a uno de ellos, le puso una cuchara de madera entre los dientes y le sujetó los brazos contra el pecho para impedir que se moviera. Cuando la mujer asintió, el médico empezó a extraer la bala de la pierna del hombre. La otra mujer usó un trapo y una palangana de agua para limpiar la sangre.

El hombre empezó a retorcerse de dolor.

—Siempre pensé que lo peor de ser diplomático es cuando no tienes nada que decir ni que hacer —le dijo Bicking a Hood.

Hood negó con la cabeza.

—Eso no es lo peor —murmuró—. Lo peor es saber que, comparado con lo que hacen en el frente, lo que tú haces es nada.

A pedido del médico, la mujer dejó de limpiar la herida para sostener la pierna del hombre y evitar que se moviera. Sin preguntar, Hood le dio el teléfono a Bicking y se acercó rápidamente. Levantó el trapo, metió el brazo entre los tres cuerpos, y enjugó la sangre lo mejor que pudo.

—Gracias —dijo la mujer que les había hablado.

Hood no dijo nada y Bicking comprobó que era muy muy fácil.

55

Martes, 15:52, valle del Bekaa, Líbano

Los Strikers habían sacado sólo lo que necesitaban de los VAR. Llevaban puestos sus Kevlar debajo de los uniformes y sus máscaras antigás. En las mochilas tenían granadas de neofosgeno, bengalas y varios ladrillos de C4. Estaban armados con pistolas Beretta de 9 mm de cámara extendida y ametralladoras Heckler & Koch MP5 SD3 de 9 mm con municiones adicionales. También llevaban unas esposas especiales pequeñas y livianas de plástico, que incapacitaban a los individuos esposándolos pulgar contra pulgar, nudillo contra nudillo, y también podían usarse para formar una cadena de prisioneros.

El equipo tenía sus órdenes, recibidas durante el vuelo desde la Base Andrews de la Fuerza Aérea. Como sabían que el blanco sería una cueva o una base y no un blanco móvil, debían separarse en dos grupos. El primero ingresaría al lugar e incapacitaría al enemigo. El segundo lo apoyaría y tendría la responsabilidad de impedir que las tropas enemigas escaparan o recibieran refuerzos.

Si había una diferencia entre el coronel August y su difunto predecesor, el teniente coronel Squires, era que August favorecía el juego de equipo. Squires invariablemente dividía al grupo en pares armados hasta los dientes, cada uno con un objetivo específico dentro de un plan maestro. Si alguno de los objetivos tácticos no se cumplía, podían pasar tres cosas: se utilizaba un plan alternativo, ingresaban refuerzos o se abortaba la misión. En todos sus años al

frente del Striker, Squires jamás había tenido que abortar una misión. Sus técnicas de infiltración no habían podido ser obstruidas, eran eficaces, y siempre dejaban al blanco indefenso y sorprendido. Pero August era diferente. Prefería golpear duro y mantener la presión. En vez del efecto dominó —en el que las piezas caían sucesivamente—, August creía mejor sacudir la mesa.

El equipo A del cabo Prementine, formado por ocho soldados, se abrió camino rápidamente hasta la boca de la cueva. Avanzaron en fila india con sus ametralladoras y la orden estricta de disparar primero, sin hacer preguntas. La altura de la cobriza nube de neofosgeno había disminuido considerablemente y se arremolinaba entre las rodillas de los Strikers mientras avanzaban… como pintura de paredes, pensó Prementine. El espigado cabo ordenó al privado William Musicant, médico de la compañía, que encontrara y asistiera a la mujer que los curdos habían planeado ejecutar.

Antes de que Musicant empezara a moverse llegó una voz desde la izquierda, al costado de la ladera.

—*¡Moraré en esta tierra!*

Prementine detuvo a los Strikers levantando una mano con la palma hacia atrás. Si cerraba el puño, significaría que debían abrir fuego. Los Strikers se detuvieron en seco con las ametralladoras listas para disparar. Aunque le dieran la contraseña correcta, Prementine sabía que podían habérsela arrancado bajo tortura a uno de los rehenes. Esperaría que respondieran al interrogatorio antes de continuar.

Vieron avanzar a un hombre más allá de la nube de neofosgeno. Tenía las manos levantadas y su revólver colgaba del índice de su mano izquierda.

—¡Identifíquese! —dijo Prementine bajo su máscara.

—Soy el Sheik de Midian —replicó el hombre.

—Quédese donde está —dijo Prementine, y bajó la mano a un costado con el pulgar hacia atrás. Todos debían continuar con lo que estaban haciendo. El privado Musicant se dirigió a la ladera mientras

el resto de los Strikers avanzaba hacia la boca de la cueva. Estaban a menos de veinte yardas de distancia.

El cabo se abrió paso a través del gas, que ahora llegaba a la altura de los tobillos, y se detuvo muy cerca del recién llegado. El hombre mantuvo las manos levantadas pero señaló hacia abajo con el dedo índice que le quedaba libre.

—Uno de los rehenes está allí abajo, vivo —dijo—. Los otros todavía están adentro. No tengo la menor idea de dónde está el remolque. Lo movieron hace pocos minutos. Posiblemente lo llevaron a la cueva. Aunque también podrían haberlo llevado atrás de la cueva, creo.

Prementine siguió apuntando al hombre y miró hacia abajo. Vio a Phil Katzen a menos de diez pies de distancia. Estaba subiendo dificultosamente la ladera. El medioambientalista miró hacia arriba e hizo señas de que se encontraba bien. August y su equipo acababan de llegar abajo. Se desplegaron al pie de la ladera y cuatro de los ocho soldados comenzaron a trepar. Tomarían posiciones a lo largo de la pendiente. A la derecha, los Strikers se habían dividido. Tres habían atravesado la nube de gas para llegar al otro lado de la cueva. Nadie les había disparado desde adentro.

El cabo observó al hombre parado frente a él.

—¿Sabe dónde están los rehenes? —le preguntó.

—Sí —respondió el hombre.

Mientras estaban hablando volvió Musicant. Había dejado a Mary Rose a un costado del camino fuera del alcance del gas.

—Repórtese —dijo Prementine.

—Está atontada pero viva —replicó Musicant.

—Llévela abajo con el grupo del coronel August y luego ocúpese del Sr. Katzen —dijo Prementine— y entréguele su máscara al Sheik.

—Sí, señor —replicó Musicant. Estaba claramente decepcionado por no poder entrar con los demás pero su estilo era de una eficiencia agresiva.

Musicant le entregó su máscara antigás al hombre, quien guardó su revólver en el cinturón para colocársela. Mientras lo hacía, Prementine miró a los Strikers en la boca de la cueva. Dos de ellos disparaban a la altura del hombro al interior de la cueva y los otros cuatro empujaban a un costado a los tambaleantes curdos y sus ex rehenes. Una vez fuera del alcance del gas, los curdos fueron esposados. Prementine se asomó por la ladera y levantó dos dedos en señal de victoria. Los dos Strikers más próximos al borde de la ladera se apresuraron a socorrer al personal del CRO. No había tiempo para sacarlos del área. Morirían con todos los demás si el Tomahawk llegaba. Por el momento fueron trasladados al pie de la ladera, fuera de la línea de fuego.

Los seis Strikers del equipo A se reagruparon a cada lado de la cueva. El coronel levantó la mano con la palma hacia adelante. Un instante después la dejó caer. Los primeros dos Strikers de cada lado arrojaron bengalas al interior de la cueva y entraron. Se pegaron a la pared interna y los dos Strikers siguientes entraron tras ellos.

Las bengalas revelaron la presencia de cinco curdos sofocados bajo una delgada capa de neofosgeno. Mientras los dos primeros Strikers disparaban cortas ráfagas de ametralladora hacia arriba, los dos Strikers restantes avanzaban para esposar a los enemigos. En cuanto estuvieron esposados, el último grupo de dos ingresó a la cueva para sacar a los prisioneros. Inmediatamente después, los dos primeros Strikers arrojaron al frente granadas de neofosgeno. Cuando explotaron, lanzaron bengalas adicionales y repitieron la maniobra.

Fuera de la cueva, Prementine miró su reloj. El Tomahawk llegaría en siete minutos. Buscó a August al pie de la ladera y levantó siete dedos.

August asintió.

Prementine levantó cuatro dedos.

August volvió a asentir.

Prementine miró a su compañero.

—Tenemos cuatro minutos para entrar y rescatar a los rehenes —señaló el revólver—. Úselo si es necesario. Quiero sacar a mi gente de allí.

—También yo —dijo Falah, avanzando hacia la cueva.

56

Martes, 14:55, valle del Bekaa, Líbano

Mike Rodgers estaba parado en el pozo de siete pies de profundidad, con los brazos estirados y los dedos aferrados a la reja. Ésa era la única manera de evitar que las quemaduras de sus brazos tocaran las que tenía a los costados del cuerpo. El chorro salado de su propia transpiración le producía tanto dolor que se le estremecía el cuerpo.

El coronel Seden estaba en el pozo de al lado, consciente pero muy dolorido. La privada DeVonne lo había alimentado con arroz y agua hasta que se la habían llevado junto con el privado Pupshaw y Coffey. Excepto por un ocasional gemido de Seden y el nervioso mascar chicle del guardia, el área de la prisión era silenciosa.

Rodgers quería saber por qué se habían llevado a los demás.

Sospechaba que los habían llevado al CRO. El bastardo de Phil Katzen debía haberlo activado e informado a los curdos todo lo que sabía acerca de la operación. Luego se habían llevado a Mary Rose para obligarla a hablar. Rodgers creía haber oído un disparo cuando la tenían afuera. Esperaba que no hubieran asesinado a la pobre mujer para darles una lección antes de ocuparse de los demás. También esperaba que el comandante curdo siguiera vivo para poder matado.

Se distrajo empujando la reja con las palmas para probarla. La reja no se movió. Introdujo un dedo a través de la malla metálica

que bordeaba el pozo y lo hundió en la tierra. La malla no le permitió ir muy lejos y desistió.

Explotaron proyectiles fuera de la cueva. Rodgers prestó atención. Creyó reconocer la detonación distintiva del NTGB del Striker.

—No Totalmente Gran Bertha, —el sobrenombre que usaban para el mortero compacto—, pero no estaba seguro. La detonación fue seguida por gritos que provenían del frente de la cueva y las barracas.

Mientras escuchaba la conmoción, Rodgers sacó las manos de la reja. Apenas podía mantenerse en pie.

—Coronel Seden —dijo, abandonando todo intento de ficción acerca de sus verdaderas identidades—. ¿Coronel, puede oírme?

El coronel no respondió, pero tampoco respondió el guardia. El hecho de que no hubiera obligado a callar a Rodgers indicaba que había ocurrido algo inesperado. Rodgers escuchó atentamente. Ya no podía oír el ruido de la goma de mascar. El guardia ni siquiera estaba allí.

—¡Coronel Seden! —bramó Rodgers.

—Lo escucho —respondió Seden débilmente.

—Coronel, ¿puede decirme qué está pasando afuera?

—Estaban… gritando algo sobre un ataque con gas —dijo el turco —. Los curdos… intentaban alcanzar sus máscaras.

Entonces es gas, pensó Rodgers. La primera etapa de los ataques del coronel August contra una base enemiga era usar gas neofosgeno para incapacitar al enemigo. Las cosas cambiarían rápidamente.

Estimulado, revitalizado y ansioso por unirse a la partida, Rodgers volvió a empujar la reja. Aunque no parecía inexpugnable, no podía hacerla saltar debido a la barra que tenía en el centro. Trató de empujar un lado y luego el otro, pero estaba demasiado alta. No podía reunir la fuerza necesaria. Intentó tirarla hacia abajo, pero todo su peso no alcanzó a aflojarla.

Parado bajo la reja, mirando hacia arriba, pensó en retorcerla para hacerla ceder. Se sacó los zapatos y las medias y pasó las medias a través de la reja. Una del lado izquierdo, otra del lado derecho. Tiró de las puntas hacia adentro y ató el borde de cada media a su propia punta. Luego deslizó los dedos a través de uno de los extremos de la reja. Impulsándose hacia arriba, metió los pies en los estribos que había fabricado con las medias.

Rodgers estaba en agonía. Su piel quemada ardía y sangraba.

Pero no iba a detenerse. No permitiría que el Striker lo encontrara enjaulado como un animal, esperando la muerte. Respiró profundamente para aumentar el peso de su cuerpo. Luego se impulsó con ambos brazos mientras simultáneamente pateaba hacia arriba. Sintió que la reja se sacudía. Repitió la maniobra. La reja se hundió un poco en un extremo y se levantó apenas en el otro. Rodgers se dejó caer, no toleraba el dolor de los brazos.

Oyó disparos. Eran ráfagas cortas de ametralladora, disparaban para cubrirse. Indudablemente, el Striker había llegado.

El extremo superior del pozo estaba bordeado por un aro metálico al que habían clavado la parrilla de la reja. El aro era ligeramente más pequeño que la parrilla y eso evitaba que se combara. Pero también estaba hecho de bronce, un metal mucho más delgado y suave que el hierro. La parrilla ya estaba doblada. Si se le aplicaba peso en un sector, el aro de doblaría y dejaría caer la reja.

Rodgers se paró debajo de la reja y metió los dedos entre el aro y el borde de la parrilla. Tiró hacia abajo con fuerza. El sudor le quemaba las heridas, pero usó el dolor para aliviar su ira. Llevó las rodillas al pecho y las dejó caer de golpe. Ese movimiento agregó más fuerza a la maniobra. Esperó un instante y reiteró el procedimiento. Esta vez se oyó un sonoro chirrido cuando el borde de la reja presionó contra la cara interna del aro metálico. Rodgers sintió que el aro cedía apenas. Siguió colgado de la parrilla. Pocos segundos después pudo espiar por la abertura. El fuego de sus

heridas seguía alimentando su decisión. Aunque la parrilla estaba ahora suspendida casi en línea recta hacia abajo, Rodgers volvió a colgarse. Extendió una mano y aferró la barra del centro… la barra que lo había encerrado pero que ahora ofrecía una salida. En cuanto la aferró, sacó afuera la otra mano. Se quedó colgando un momento, como si se preparara a dar un salto. Tenía los brazos cansados y le temblaban violentamente. Sus dedos estaban agarrotados. Pero sabía que, si se dejaba caer, jamás podría saltar lo necesario para alcanzar la barra.

Con un grito de ira y dolor, Rodgers se impulsó hacia arriba hasta tocar la reja con la cintura. Descansó un instante en esa posición y después pasó una pierna por encima. Rodeó la barra con brazos y piernas y midió la corta distancia que lo separaba del costado. Cuando llegó al costado del pozo se puso de pie. Y gritó. Aulló por el sufrimiento que había soportado y siguió aullando con la inarticulada voz del triunfo. Antes de que el grito muriera retiró la barra que cerraba su antigua prisión.

—Volveré a buscarlo, coronel —prometió, avanzando por el pasillo desierto. Un motor sonaba en algún lugar al norte. Cuando llegó a la curva del túnel principal una bengala cayó a su derecha. Avanzó. No hacia el sur, hacia la bengala y la entrada de la cueva. Sabía lo que estaba pasando allí. En cambio, avanzó hacia la izquierda.

Atravesó el pasillo con la espalda casi pegada a la pared. Protegido por las sombras, caminaba con las rodillas dobladas. Eso le permitía cambiar el peso de una pierna a otra y apoyar los pies lo más silenciosamente posible.

Unas quince yardas más adentro vio armeros vacíos y dos soldados curdos. Uno de ellos hablaba por una vieja radio de onda corta. Por lo agitado de sus gestos, Rodgers adivinó que estaba informando a una fuerza de campo sobre la situación de la cueva o pidiendo refuerzos. Estaba armado con una pistola. El otro soldado montaba guardia con un rifle de asalto AKMC y aspiraba vorazmente

su cigarrillo hecho a mano. Detrás de ellos había un par de generadores portátiles conectados a tubos de goma que corrían en dirección a las profundidades de la cueva.

Rodgers estaba apenas a diez yardas de los hombres. Siguió avanzando pegado a la pared, con movimientos laterales. Cerró el puño sobre la barra de hierro. El dolor de los brazos y los costados lo mantenía intensamente alerta. Se detuvo. La única bombilla eléctrica iluminaba un amplio sector alrededor de los soldados. Si seguía avanzando lo verían.

Rodgers se dio unos minutos para pensar la mejor estrategia de ataque. Luego extendió el brazo derecho en diagonal de modo tal que la punta de la barra tocara el suelo. Tendría una sola oportunidad.

Dobló la muñeca hacia atrás y luego la tiró hacia adelante violentamente para lanzar la barra de hierro. La barra salió volando, golpeó al guardia armado en la canilla derecha y lo obligó a doblarse en esa dirección. Un instante después de arrojar la barra, Rodgers corrió hacia los dos hombres. Ya estaba allí cuando el guardia se agachó y puso las manos sobre la AKMC. Antes de que el hombre pudiera enderezarse y cargársela sobre el hombro, Rodgers le empujó la culata del arma contra la ingle y el hombre se dobló en dos. Luego le propinó un violento puñetazo en la nuca.

El guardia soltó el arma y cayó al suelo. Rodgers le plantó la suela en la nuca y apuntó al operador de radio.

El curdo levantó las manos. Rodgers lo desarmó y le indicó que se levantara. El curdo obedeció. Rodgers se apoderó del cigarrillo del curdo caído y se lo puso entre los labios. Dio una pitada. Luego recuperó la barra de hierro y empujó al operador de radio hacia el fondo del túnel, donde había un rayo de luz natural y los generadores seguían funcionando ruidosamente.

57

Martes, 15:56, valle del Bekaa, Líbano

Los Strikers del equipo A se detuvieron en seco al ver ascender una nube de neofosgeno de una porción del suelo de la cueva principal. Los dos punteros levantaron las manos para que los demás esperaran y luego entraron a explorar el área.

El cabo Prementine y Falah se detuvieron frente a la boca de la cueva y escrutaron el interior a la agonizante luz de la bengala. La sección de gas amarillo flotaba ligeramente por encima del resto y había adquirido un formato casi rectangular. El único causante posible del fenómeno podía ser un intenso calor. Un calor que proviniera de alguna habitación subterránea. De una habitación ocupada.

Prementine miró su reloj. El Tomahawk llegaría y detonaría dentro de seis minutos. Si los tripulantes del CRO estaban a un cuarto de milla dentro de la cueva, en cualquier dirección, la explosión acabaría con ellos. No tendrían tiempo de salir. Y aún debían localizar a dos rehenes.

Los punteros también lo sabían. Uno de ellos buscó en su equipo y cortó un pequeño bloque de C4. Lo colocó en la puerta, activó el detonador e hizo retroceder a sus compañeros. Todos se echaron cuerpo a tierra bajo la nube de gas que se disipaba rápidamente. El hombre que había colocado el explosivo se unió a ellos inmediatamente. La carga explosiva detonó cinco segundos después.

Volaron fragmentos de hierro en todas direcciones; rozaron las cabezas de varios Strikers y estuvieron a punto de lastimar a Prementine. Se oyeron disparos en el sector subterráneo de la cueva. Prementine retrocedió y los Strikers dejaron de avanzar.

Prementine se dio cuenta de que los combatientes del PKK habían llegado a las máscaras antigás y estaban decididos a luchar. Iba a ser difícil hacerlos salir de la cueva. No había luces y los Strikers desconocían el terreno. La efectividad de las granadas de neofosgeno no era ciento por ciento segura y Mike Rodgers y el oficial turco estaban encerrados en algún lugar allí abajo.

Los Strikers debían tomar el lugar, y rápido. Cuatro hombres se adelantarían. Dos Strikers saltarían, uno después del otro, identificarían instantáneamente los blancos y abrirían fuego. Con un poco de suerte, sus chalecos antibalas recibirían los peores embates del fuego de barrera inicial. Con un poco más de suerte harían salir al enemigo antes de que alguien se diera cuenta de que los Strikers usaban esos chalecos. En cuanto crearan un punto de avanzada, los dos hombres restantes bajarían y ayudarían a terminar el trabajo.

Esta operación era la más peligrosa de todas. Pero como quedaba muy poco tiempo era la única opción que tenían.

Prementine ingresó cautelosamente a la boca de la cueva. Las bengalas se habían extinguido y sabía que su figura se recortaba perfectamente contra el cielo azul. Pero nadie le disparó. Estaba bastante lejos y los hombres de la habitación subterránea no podían verlo. Levantó la mano para dar la orden que pondría a los cuatro Strikers en estado de alerta: dos dedos de cada mano apuntados hacia arriba. Los punteros reconocieron la orden apuntando los pulgares hacia arriba. Pero justo cuando iba a apuntar los dedos hacia adelante para que sus hombres avanzaran cuerpo a tierra, vio que algo se movía en el fondo de la cueva.

Cerró los puños para indicar a sus hombres que se detuvieran y vio dos siluetas que emergían lentamente de la oscuridad, una detrás de la otra. El primero era un curdo. Llevaba dos grandes

recipientes plásticos de color rojo. El segundo llevaba un rifle y una barra de hierro con un pañuelo blanco atado a la punta. Un cigarrillo encendido le colgaba entre los labios. Prementine esperó ansioso mientras los dos hombres avanzaban hacia la luz.

—¡General Rodgers! —murmuró cuando el hombre desnudo hasta la cintura se acercó a la luz. El hombre que estaba con él no podía ser el oficial turco. Rodgers le apuntaba el caño del arma a la nuca.

—Ha sido torturado —dijo Falah.

—Ya veo —dijo Prementine.

—Sáquenlo de aquí en cuanto sea posible —dijo Falah—. Yo entraré a buscar al otro rehén.

Rodgers bajó la bandera blanca y levantó un puño en alto.

Quería que los Strikers esperaran. Prementine miró su reloj. El Tomahawk llegaría en cinco minutos y ellos debían notificar al Centro de Operaciones en tres minutos para tener tiempo de abortar la detonación. El cabo sabía que el coronel August no haría esa llamada si el área no había sido tomada previamente: si el CRO hubiera sido trasladado a otro sitio, August tendría grandes dificultades para explicar la orden de abortar. «Salvar al equipo y a los rehenes» no hubiera sido una excusa válida. En manos enemigas, el CRO sería mucho más letal a largo plazo.

Con la frente y el cuello empapados de sudor, Prementine vio que el curdo atravesaba la ahora inofensiva y blanca nube de neofosgeno, apoyaba los recipientes junto a la abertura y los destapaba. Rodgers se acercó a él y le ordenó levantar los brazos. El aterrado operador de radio obedeció. Rodgers le clavó el caño del rifle bajo el mentón. Con su pie descalzo volcó con extrema delicadeza uno de los recipientes, luego el otro. El contenido casi transparente se derramó sobre el suelo, deslizándose por la abertura.

Rodgers hizo retroceder varios pasos al curdo y luego arrojó el cigarrillo en la nafta. Siguió retrocediendo mientras la habitación

subterránea le iluminaba a pleno por los efectos de una sonora explosión.

Una sinuosa ola de calor subió por la escalera, obligando a los Strikers a retroceder. Luego estallaron el fuego y los alaridos, seguidos por cuerpos en llamas que se agolpaban en las escaleras, muchas veces a ciegas.

—¡Ayúdenlos! —gritó el cabo Prementine corriendo hacia la cueva. El equipo A y Falah lo siguieron velozmente. Juntos tiraban de los cuerpos llameantes a medida que iban emergiendo. Prementine esquivó las llamas para llegar junto a Rodgers.

—Me alegro de verlo, señor —dijo, haciendo la venia.

—Cabo, el coronel Seden está atrás, en uno de los pozos de la cárcel —dijo Rodgers—. El CRO también está allá atrás, bajando por la bifurcación este del túnel. Seis o siete curdos lo vigilan.

Prementine miró su reloj.

—Un Tomahawk caerá aquí en menos de cuatro minutos —dijo—. Eso nos deja apenas dos minutos para rescatar el CRO —dio media vuelta—. ¡Equipo A, por este lado! —gritó.

Los Strikers abandonaron inmediatamente lo que estaban haciendo y avanzaron corriendo. Mientras les hacía señas para que entraran en la bifurcación este, Prementine habló por radio.

—Coronel August —dijo—, necesitamos el equipo B aquí para refuerzo. El general Rodgers necesita asistencia médica y hay muchos curdos heridos. Vamos a rescatar el CRO. Por favor abra la línea de llamada.

—Entendido, cabo —dijo August.

Prementine volvió a saludar a Rodgers y avanzó en dirección al túnel. Cuando llegó, uno de sus hombres ya estaba esposando al curdo que Rodgers había atrapado. Los otros habían seguido hacia el fondo del túnel. El pasadizo doblaba a la izquierda, luego a la derecha y finalmente se abría a un barranco. Mientras los Strikers se apretaban contra la pared detrás de él, Prementine miró hacia afuera. El CRO estaba allí, a unas cincuenta yardas de distancia,

resguardado por una enorme piedra y de frente a ellos. Había dos curdos acuclillados sobre los pastos secos a cada lado del CRO. Por lo menos había otros dos hombres adentro. Aparentemente nadie estaba usando los aparatos electrónicos. Tal vez no supieran cómo hacerlo.

A los Strikers les quedaba poco más de un minuto para «desinfectar» el CRO. Todavía había posibilidades de que pisaran una mina y los curdos sencillamente lo trasladaran a otro lugar. El comando Striker debía apoderarse del vehículo antes de llamar al Centro de Operaciones.

A Prementine le parecía horriblemente irónico que el CRO fuera a prueba de balas y resistente al fuego. La única estrategia posible para una situación como ésa —el CRO en manos enemigas— era destruirlo con un misil. Una vez más enfrentaba una situación en la que sus hombres tendrían que vérselas con oponentes armados y fortificados. Y ganar en sesenta segundos.

—¡Cabo!

Prementine se dio vuelta y vio llegar al coronel August acompañado por los privados David George y Jason Scott.

—¡Sí, señor! —respondió Prementine.

—Hágase a un lado —dijo August mientras los dos hombres armaban rápidamente el mortero NTGB, que habían llevado allí parcialmente desmantelado.

—Sí, señor —dijo Prementine—. Pero coronel, no creo que eso…

—Silencio, cabo —dijo August—. He interrogado al Sr. Katzen. No les dijo nada a los terroristas acerca de las capacidades externas del CRO.

—Entendido —dijo Prementine. Se sentía un tonto. Por supuesto que August sabía que el mortero no penetraría el CRO. Debería haber entendido que el coronel tenía algo más en mente.

—Grey, Newmeyer —dijo August—, quiero que cubran el CRO. Si ellos disparan ustedes también. Pero tengan cuidado de no darle al remolque o lo echarán todo a perder.

—Sí, señor —replicaron ambos al unísono y avanzaron hacia dos lados opuestos de la cueva. Se detuvieron exactamente al borde de las sombras. Un curdo disparó una ráfaga contra el privado Newmeyer, quien devolvió el fuego. Nadie resultó herido.

Cuando los privados George y Scott terminaron de armar el mortero, August respiró hondamente. Luego miró a los dos hombres.

—Debemos permitir que el enemigo nos vea —dijo—. Yo saldré primero, ustedes me seguirán.

Los hombres aceptaron la orden. August sacó su Beretta de la cartuchera y salió de la oscuridad rumbo al costado de la cueva. Avanzó rápidamente hacia la boca de la cueva seguido por los dos privados.

Prementine miró su reloj. Les quedaban sólo treinta segundos para llamar a Herbert. El operador de radio Ishi Honda se agazapó junto a él.

—¿Está listo, privado? —preguntó nerviosamente el cabo.

—Tengo al señor Herbert en la línea —respondió Honda, y el señor Herbert tiene a la Casa Blanca en otra línea. Lo he informado. Conoce nuestra situación.

Prementine levantó su ametralladora, listo para apoyar al comando. Pero su mente estaba en el misil y en lo que su cabeza les haría a todos si detonaba.

Las balas mordieron el piso de la cueva cuando August se dejó ver. Apuntó al CRO, disparó y siguió avanzando. Prementine y Musicant también dispararon y los curdos se vieron obligados a retroceder. Los privados Scott y George cargaron rápidamente el mortero. George lo apuntó al remolque.

El coronel August enfundó su Beretta. Se paró frente al remolque y levantó los diez dedos de las manos para que los curdos lo vieran.

—¡Diez! —gritó, y retrajo un pulgar—. ¡Nueve! —gritó, y retrajo el meñique—. Ocho… siete… seis… cinco… cuatro…

Cuando bajó el pulgar de la otra mano fue obviamente demasiado para los curdos. Los hombres apostados a ambos lados del remolque huyeron por el barranco. Los dos que estaban adentro del CRO escaparon por la puerta del conductor y se unieron a sus camaradas.

—¡Grey, Newmeyer, cúbrannos! —gritó August—. ¡Striker, avancen! —bramó, cargando contra el remolque.

Prementine se quedó atrás con Honda. Quedaban sólo diez segundos. Alguien le disparó a August desde una colina. Grey devolvió el disparo y August siguió corriendo. Alcanzó la puerta del CRO y entró de un salto, seguido por los privados Musicant, Scott y George.

El corazón de Prementine latía acelerado mientras miraba el reloj. Faltaban cinco segundos.

August se asomó por la puerta.

—¡Es nuestro! —gritó.

—¡Manos a la obra! —le dijo Prementine a Honda.

—¡Éste es el equipo B Striker! —dijo Honda en el teléfono—. El CRO es nuestro. ¡Repito! ¡El CRO es nuestro!

58

Martes, 8:00, Washington D.C.

En realidad, Bob Herbert tenía dos líneas abiertas a la Casa Blanca… por si alguna fallaba. El teléfono del escritorio de Martha Mackall y el celular de su silla de ruedas estaban conectados a la oficina del director de la Unión de Jefes de Personal. Herbert estaba usando el celular y Martha escuchaba por la otra línea. En ese momento estaban solos, el personal nocturno se había retirado y el resto del personal diurno se ocupaba de las fuertes tensiones de Medio Oriente.

—El Striker ha recuperado el CRO —informó Herbert al general Vanzandt—. Se requiere abortar inmediatamente el Tomahawk.

—Entendido. Un momento —dijo Vanzandt.

Herbert escuchó cómo lo que él denominaba «pelota y cadena de órdenes» salía del sitio de la acción, atravesaba la burocracia militar y volvía al sitio de la acción. Nunca entendería por qué los militares que estaban en la escena, la gente que arriesgaba de verdad su vida, no podían transmitir directamente al misil la orden HARDPLACE de abortar. O por lo menos al comandante Breen del USS Pittsburgh.

En cambio, Vanzandt transmitiría la orden a su conexión naval. Con un poco de suerte llamaría directamente al submarino. E inmediatamente. El misil debía detonar dentro de dos minutos y no había margen para errores ni demoras. Si alguien del equipo de

relevo estornudaba, ese instante le permitiría al Tomahawk acercarse un octavo de milla más al blanco.

—Esto es una locura —gruñó Herbert.

—Son los chequeos imprescindibles —dijo Martha.

—Por favor, Martha —dijo Herbert—. Estoy cansado y temo por nuestra gente. No me trate como si fuera un maldito loco.

—Entonces no actúe como tal —replicó Martha.

Herbert oyó silencio al otro lado de la línea. El silencio era apenas más frustrante que la actitud de Martha.

El general Vanzandt volvió a hablar.

—Bob, el comandante Breen ha recibido la orden y la está transmitiendo a su oficial de armas.

—Eso implica otros quince segundos de demora…

—Mira, nos estamos moviendo lo más rápido posible.

—Lo sé —dijo Herbert—. Lo sé —miró su reloj—. Transmitir la orden les llevará por lo menos otros quince segundos. Más si están… ¡mierda!

—¿Qué? —dijo Vanzandt.

—No pueden usar un satélite para transmitir el código abortivo —dijo Herbert—. El CRO tiene un margen de interferencia que distorsionará la orden del satélite.

Vanzandt maldijo igual que Herbert. Volvió a llamar al submarino.

Herbert lo escuchó hablar con el capitán Breen. Hubiera querido meterse en un ropero y colgarse. ¿Cómo había olvidado mencionar eso? ¿Cómo?

Vanzandt habló nuevamente.

—Se dieron cuenta de que el satélite no respondía y optaron por una transmisión radial directa.

—Eso nos robará tiempo —dijo Herbert entre dientes—. El misil impactará dentro de un minuto.

—Todavía tenemos posibilidades —dijo Vanzandt.

—No muchas —dijo Herbert—. ¿Qué pusieron en ese Tomahawk?

—Lo de siempre. La cabeza de guerra estándar con mil libras de poderoso explosivo —dijo Vanzandt.

—Eso arrasará la superficie del sitio más un quinto de milla en todas direcciones —dijo Herbert.

—Esperamos poder desprender la cabeza antes —dijo Vanzandt —. Si lo logramos sólo explotará el misil. No la cabeza. La gente estará a salvo.

Herbert dio un salto.

—No es verdad —dijo—. ¿Qué pasará si el misil explota en la cueva?

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó Martha—. ¿Por qué entraría el misil a la cueva?

—Porque la nueva generación de misiles opera vía LOS —dijo Herbert. Estaba pensando en voz alta, tratando de saber si tenía o no razón—. A falta de información geográfica, el Tomahawk identifica su blanco a través de una singular combinatoria de datos visuales, auditivos, satelitales y electrónicos. El misil probablemente no tendrá contacto visual porque el CRO está detrás de una montaña y el satélite ha sido apagado. Pero captará la actividad electrónica… probablemente a través de la cueva, que es el camino más directo, y seguirá esa ruta. Los sensores de la nariz le mandarán alejarse de todo lo que no sea el CRO, por eso no tocará los bordes de la cueva.

—Eso no incluye a la gente —dijo Martha.

—La gente es demasiado pequeña para ser captada por el misil —dijo Herbert—. En todo caso, no es el impacto lo que me preocupa. Es el aborto mismo. Aunque la orden sea transmitida a tiempo, llegará cuando el misil ya esté dentro de la cueva. Y todo lo que esté en la cueva explotará con él.

Hubo un breve silencio. Herbert miró su reloj. Habló directamente con Ishi Honda.

—¡Privado, escúcheme! —dijo Herbert.

—¿Señor?

—¡Cúbranse! —bramó—. ¡Cúbranse como sea! ¡Existe la posibilidad de que el misil aborte encima de ustedes!

59

Martes, 16:01, valle del Bekaa, Líbano

Mike Rodgers no quería ver cómo los Strikers apagaban a los curdos. El equipo B estaba sacando cuerpos quemados del infierno de los cuarteles en llamas. Los Strikers usaban tierra de la cueva y a veces sus propios cuerpos para extinguir las llamas que devoraban indistintamente ropas, cabellos y extremidades. Luego los sacaban afuera, a la luz, donde al menos podían proporcionarles primeros auxilios básicos.

Rodgers apartó su cuerpo también quemado del operativo rescate. No le gustaba lo que sentía y pensaba… no le gustaba desear que sufrieran. Que todos y cada uno de ellos sufriera. Quería lastimarlos tal como lo habían lastimado a él.

El general dejó caer la cabeza. El dolor le quemaba los brazos y los costados del cuerpo. Un dolor causado por la omisión voluntaria de todos los códigos legales y morales. Un dolor mandado por un hombre que rebajaba a su pueblo y a su causa al infligirlo.

Rodgers volvió a la cueva. Después rescataría a Seden. Ahora quería ver si podía ayudar a recuperar el CRO. El CRO que había estado a sus órdenes, el CRO que él había perdido.

Prestó atención y oyó disparos, seguidos por el conteo regresivo del coronel August. Llegó justo cuando Ishi Honda informaba al Centro de Operaciones que el CRO había sido recuperado.

Rodgers se aplastó contra la pared. Era el triunfo de August y él no tenía derecho a compartido. Miró hacia abajo y escuchó. Percibió alivio en las voces del equipo A Striker que había recuperado el remolque. Se sintió casi solo, aunque no del todo. Como escribió el poeta italiano Cesare Pavese: *Un hombre nunca está completamente solo en este mundo. En el peor de los casos, tendrá la compañía de un niño, de un joven, y ocasionalmente la de un adulto… aquel que solía ser*. Rodgers tenía la compañía del soldado y el hombre que él mismo había sido hasta el día anterior.

Y después de unos pocos segundos que le parecieron interminables, oyó que el privado Honda llamaba al coronel August.

—Señor —dijo Honda rápidamente—, el Tomahawk puede impactar sobre el CRO o abortar en la cueva en aproximadamente cuarenta segundos. Nos aconsejan cubrirnos…

—¡Strikers, cúbranse! —bramó August.

Rodgers corrió hacia ellos.

—¡Coronel, por aquí!

August lo miró. Rodgers ya estaba bajando por la otra bifurcación.

—¡Sigan al general! —ordenó August—, ¡Ishi, ordene al equipo B que baje la pendiente con los prisioneros!

—¡Sí, señor!

Rodgers llegó al sector de la cárcel cuando ya se oía el rugido metálico del Tomahawk dirigido hacia la cueva. El general ordenó abrir las rejas y saltar a los pozos. Él mismo abrió la celda de Seden para que nadie lo lastimara al bajar.

El privado Honda fue el último en entrar al pozo. Apenas estuvo allí agachado y con los brazos encima de la cabeza, Rodgers retrocedió. Se quedó parado en la punta de la cueva, oyendo el creciente rugido del misil. Se sintió orgulloso de sus compatriotas al pensar en el Tomahawk, fruto del intelecto, la capacidad, la decisión y el espíritu norteamericanos. Sentía lo mismo por el CRO. Las dos máquinas habían funcionado exactamente como se esperaba. Ambas

sabían hacer su trabajo. También los Strikers… y Rodgers estaba profundamente orgulloso de ellos. En cuanto a él, hubiera querido que la explosión lo consumiera, tomara la forma que tomara, si no fuera porque todavía no había terminado su trabajo.

Las paredes y el piso de la cueva se sacudieron. Del techo cayeron partículas de roca. El sonido bajo del motor del cohete se volvió ensordecedor cuando el misil entró a la cueva.

Apenas las paredes de la cueva principal empezaron a resplandecer por la estela del misil, el Tomahawk explotó. El resplandor se transformó en un instante de luz blanca y luego en un feroz brillo rojizo. El ruido hacía temblar las piedras y la tierra. Rodgers se tapó las orejas con las manos en un vano intento de ahogarlo. Vio cómo la llama atravesaba el pasadizo principal mientras los fragmentos del Tomahawk rebotaban, patinaban y volaban por toda la cueva. Fragmentos grandes y pequeños golpeaban la boca de la bifurcación y se clavaban en las paredes. Algunos eran filosos como cuchillos, otros romos y humeantes. La mayoría caía a tierra antes de llegar a los pozos. Uno destruyó la bombilla de la luz dejando al túnel en la más completa oscuridad. Rodgers tuvo que agacharse y volver la cara a la pared para protegerse de la bocanada de calor masivo que lo golpeó violentamente. A medida que las intensas temperaturas lo rodearon fue cada vez más difícil moverse y especialmente respirar.

El sonido se extinguió primero, seguido por las llamas. Poco después el sofocante calor dejó de atormentarlo.

—¿Hay algún herido?

Hubo una sucesión de negativas. Rodgers se agachó y ayudó a subir al primer soldado cuya mano pudo encontrar en medio del caos. Era el sargento Grey.

—Ayude a los demás —dijo Rodgers—, luego forme un equipo para encontrar y asegurar la cabeza del Tomahawk. Iré a ver qué pasa con el CRO.

—Supongo que el coronel August ya lo habrá hecho, señor —dijo Grey.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Rodgers—. ¿Dónde está August?

—No vino con nosotros —dijo Grey—. Quería mover el CRO un poco más lejos. Creyó que sería mejor para nosotros en caso de que el Tomahawk lo impactara.

Rodgers le repitió que ayudara a los otros y corrió hacia el pasadizo principal. Se sacó el revólver del cinturón para no perderlo.

La cueva había resistido los esfuerzos de la Marina de los EE. UU. para derribarla. Había esquirlas de misil todavía ardiendo incrustadas en las paredes y desparramadas por el suelo. Le hicieron recordar los dibujos de Gustave Doré sobre el Infierno del Dante. Pero la cueva todavía estaba entera y seguía siendo transitable. Dio vuelta hacia la izquierda, hacia el barranco, confiando en sus últimas reservas de energía para encontrar a su amigo.

Rodgers vio la boca occidental de la cueva… pero el CRO no estaba allí. A medida que se acercaba, observaba los árboles tupidos, las colinas, los fragmentos flameantes del misil y las largas sombras del atardecer. Seguía sin ver el CRO. Entonces advirtió el sendero de tierra que llevaba al atajo. El CRO estaba aparcado a unas doscientas yardas de distancia y August avanzaba corriendo hacia él.

—¡General! —gritó—. ¿Están todos bien?

—Un poquito machucados —replicó Rodgers—, pero ilesos.

—¿Y la cabeza del Tomahawk?

—Le ordené al sargento Grey que reuniera a un grupo de Strikers para buscarla.

August se detuvo junto a Rodgers, lo tomó de las muñecas y lo condujo hacia la pared, debajo del risco.

—Todavía quedan curdos armados en las colinas —dijo. Sacó la radio de su cinturón—. ¿Privado Honda?

—¿Señor?

—Comuníqueme con el cabo Prementine.

El cabo respondió inmediatamente el llamado.

—Cabo —dijo August—, ¿el equipo B se encuentra bien?

—Estoy con ellos —dijo Honda—. Salieron y evacuaron a los sobrevivientes curdos antes de que llegara el Tomahawk. No hubo heridos.

—Muy bien —dijo August—. Quiero que usted y otros tres hombres se presenten aquí inmediatamente para ocuparse del CRO.

—¿Qué le parece una «PC» para encontrar al resto de las fuerzas enemigas? —preguntó Prementine.

—Negativo para la «partida de caza» —dijo August—. Quiero el CRO de vuelta en el camino con todos a bordo lo más pronto posible. Debemos salir de aquí.

—Si señor.

August volvió a poner la radio en su cinturón y miró a Rodgers.

—Creo que necesitas urgente atención médica, comida y descanso, general.

—¿Por qué? —preguntó Rodgers—. ¿Tan chamuscado estoy?

—Francamente… sí. Estás chamuscado. Literalmente.

A Rodgers le llevó unos segundos darse cuenta de lo que había dicho. Cuando lo advirtió, no sonrió. No podía. Sentía que le faltaba una pieza. Podía sentir el agujero, el vacío que había dejado su orgullo. Es imposible reírse de uno mismo cuando la autoestima no es lo suficientemente poderosa como para resistir el golpe. Los dos hombres entraron a la cueva en silencio.

El sargento Grey y su equipo habían encontrado la cabeza del misil en el túnel principal. Se había estrellado contra el piso cuando el misil abortó. Asombrosamente, la cabeza —localizada justo antes del sector de combustible, detrás del sistema TERCOM y la cámara DSMAC— estaba intacta. Los detonadores estaban en un compartimiento modular encima de los explosivos. Siguiendo las instrucciones impresas en el interior de la carcasa, el detonador podía ser fácilmente reprogramado o retirado. August le dijo al

sargento Grey que ingresara un conteo regresivo y no lo activara hasta que él diera la orden.

El coronel August y el general Rodgers pasaron frente a la cueva y bajaron por el camino hasta la base de la ladera. Mientras avanzaban, August le contó a Rodgers que Katzen había salvado la vida del agente israelí deteniendo a sus verdugos. Al rescatar a Falah, Katzen había posibilitado la rápida entrada del Striker en la cueva.

Rodgers sintió vergüenza de sí mismo por haber dudado del medioambientalista. Debería haber comprendido que la compasión de Katzen nacía de la fuerza, no de la debilidad.

En la base de la ladera, el privado Musicant, Falah y los miembros del equipo B asistían a los curdos heridos lo mejor que podían. Los prisioneros esposados se habían recuperado del ataque de neofosgeno y estaban sentados debajo de un árbol, de espaldas al tronco y atados entre sí para evitar que intentaran escapar corriendo. Las siete víctimas del fuego yacían sobre el pasto. Siguiendo las instrucciones de Musicant, los Strikers habían utilizado pilas de ramas para elevar las piernas de los quemados y ayudarlas a despejar las vías respiratorias. El médico ya había aplicado el escaso plasma con que contaba a quienes estaban en peores condiciones. Los que habían sufrido un *shock* hipovolémico estaban recibiendo inyecciones de solución epinefrina. Falah, que había tenido entrenamiento médico en el Mista'aravim, se había hecho cargo de asistirlos.

Excepto por el coronel Seden —que estaba siendo atendido por la privada DeVonne—, el resto de la tripulación del recién liberado CRO estaba sentado sobre piedras o apoyado contra los árboles que bordeaban el camino principal. Todos miraban al valle y por eso no vieron llegar a Rodgers. El general prefirió que fuera así por el momento.

—Privado —dijo August—, me gustaría que revise al general Rodgers lo antes posible.

—Sí, señor.

Rodgers miró al coronel Seden. La privada DeVonne le había quitado lo que quedaba de su camisa y estaba limpiándole la herida de bala con alcohol.

—Quiero que lo atienda a él en primer lugar —dijo Rodgers.

—General —dijo August—, tus heridas necesitan atención y vendajes.

—Después del coronel —dijo Rodgers con firmeza—. Es una orden.

August bajó los ojos. Luego miró a Musicant.

—Haga lo que le han pedido, privado —murmuró.

—Sí, señor —dijo el médico.

Rodgers se dio vuelta y observó a los curdos. A su izquierda, un poco lejos, había un hombre inconsciente con quemaduras oscuras y correosas en los brazos y el pecho. Respiraba de manera irregular.

—Este hombre apuntó un revólver a la cabeza del coronel Seden cuando nos interrogaron por primera vez. Su nombre es Ibrahim. Él sostenía el arma mientras su compañero Hasan quemaba con un cigarrillo al coronel.

—Desafortunadamente —dijo Musicant—, no creo que Ibrahim pueda ser juzgado por lo que hizo. Tiene quemaduras de tercer grado en el torso y es posible que haya sufrido serias heridas respiratorias. El volumen de circulación de la sangre parece estar disminuyendo.

Habitualmente, Rodgers se entristecía al ver un combatiente herido, independientemente de sus creencias. Pero ese hombre era un terrorista, no un soldado. Todo lo que había hecho, desde la voladura de una represa indefensa hasta la emboscada del CRO, había sido total o parcialmente contra civiles desarmados. Rodgers no sentía nada por él.

August miraba a Rodgers a los ojos.

—Vamos, general. Siéntate.

—En un minuto —dijo acercándose al siguiente herido. Tenía quemaduras rojas y abigarradas en los brazos, las piernas y la parte superior del pecho. Estaba consciente y miraba al cielo con ojos furibundos.

Rodgers lo apuntó con el revólver.

—¿Y éste? —preguntó.

—Es el que está mejor —replicó Musicant—. Debe de ser el líder. Los demás lo protegían. Tiene quemaduras de segundo grado y un *shock* leve. Vivirá.

Rodgers contempló al hombre un instante, luego se agachó a su lado.

—Éste es el hombre que me torturó —dijo.

—Lo llevaremos a EE. UU. con nosotros —dijo August—. Irá a juicio. No se saldrá con la suya después de lo que hizo.

Rodgers seguía mirando a Siriner. El líder de los curdos estaba aturdido pero en su mirada no había arrepentimiento.

—Y cuando vaya a juicio —prosiguió Rodgers—, los norteamericanos que estén trabajando en Turquía serán raptados y ejecutados. O un avión norteamericano con destino a Turquía explotará en el aire. O volarán una empresa que haga negocios con Turquía. El juicio y hasta la condena de este hombre beneficiarán a los curdos. ¿Entiendes por qué?

—No, general —respondió August cautelosamente—. Explícamelo.

—El reclamo de los curdos es legítimo. —Rodgers se puso de pie, pero siguió mirando a Siriner—. El problema es que un juicio les proporcionará un foro cotidiano. Como han sido oprimidos, el mundo opinará que el terrorismo de este hombre es comprensible o incluso necesario. Torturar a un hombre con fuego y amenazar a una mujer con abusar de ella violentamente serán actos de heroísmo, no de sadismo. La gente dirá que se vio forzado a cometerlos por el sufrimiento de su pueblo.

—No toda la gente dirá eso —dijo August—. Nosotros nos ocuparemos de eso.

—¿Cómo? —preguntó Rodgers—. No puedes revelar tu identidad.

—Tú testificarás —dijo August—. Hablarás con la prensa. Eres un héroe de guerra.

—Dirán que empeoramos las cosas al espiarlos. Que recibí mi merecido por haber matado a uno de ellos en Turquía. Dirán que destruimos su… ¿cómo lo llaman? Refugio. Retiro bucólico.

Oyeron zumbar el motor de ocho cilindros del CRO en el atajo.

August se interpuso entre Siriner y el general Rodgers.

—Hablaremos de esto después, señor —dijo August—. Hemos cumplido nuestra misión. Enorgullezcámonos de eso.

Rodgers no dijo nada.

—¿Estás bien?

Rodgers asintió.

August dio un paso atrás respetuosamente y utilizó su radio de campo.

—Sargento Grey —dijo—, prepárese para iniciar el conteo regresivo.

—¡Sí, señor!

August encaró a los Strikers.

—El resto de ustedes prepárense a…

August pegó un salto cuando Rodgers disparó, y contempló la escena. El brazo desnudo de Rodgers estaba extendido casi en línea recta. El caño de su revólver humeaba y el humo ascendía a los ojos impertérritos del general, que seguía mirando a Siriner, mientras la sangre manaba lentamente del agujero que le había abierto en la frente.

August se adelantó y lo obligó a apuntar el revólver hacia arriba. Rodgers no se resistió.

—Tu misión estaba cumplida, Brett, no la mía —dijo.

—Mike, ¿qué has hecho?

Rodgers lo miró fijamente.

—Recuperar mi orgullo —dijo.

Cuando August le soltó el brazo, Rodgers avanzó tranquilamente hacia el camino. El resto de la tripulación del CRO había escuchado el disparo y quería ver qué pasaba. Rodgers sentía que podía sonreír ahora, y lo hizo. Anhelaba pedirle disculpas a Phil Katzen.

Con el rostro lívido, August le ordenó a Musicant que terminara con los curdos y atendiera al coronel Seden apenas abordaran el CRO. Luego le entregó el arma a la privada DeVonne, quien había estado mirando fijamente a sus compañeros Strikers.

—Señor —dijo ella con decisión—, nosotros no vimos nada.

Ninguno de nosotros vio nada. El curdo murió en un tiroteo.

August sacudió la cabeza con amargura.

—Conozco a Mike Rodgers de toda la vida. Nunca dijo una mentira. No creo que piense empezar ahora.

—¡Pero lo destruirán por esto! —dijo DeVonne.

—¡Lo sé! —saltó August—. Eso es lo que me preocupa. Mike hará exactamente lo que temía que hiciera el curda. Usará su corte marcial como foro.

—¿Para qué? —preguntó DeVonne.

August tomó una rápida bocanada de aire y dijo:

—Para mostrarle a EE. UU. cómo se trata a los terroristas, privada, y para decirle al mundo que los EE. UU. están hartos.

Avanzó hacia el camino principal al ver llegar al CRO.

—¡Saquémoslo de aquí! —bramó—. Ya mismo quiero hacer volar esta maldita cueva en mil pedazos…

60

Martes, 18:03, Damasco, Siria

Un convoy de autos de las fuerzas de seguridad presidenciales llegó a la embajada norteamericana en Damasco a las 17:45. El embajador Haveles fue escoltado hasta el portón de entrada, donde lo recibieron dos marines norteamericanos. Los restos de los agentes de la ASD fueron trasladados en un coche fúnebre a la parte de atrás de la embajada. Haveles fue directamente a su despacho, manteniendo la compostura a pesar del miedo en su mirada, y telefoneó al embajador turco en Damasco. Apenas el embajador turco aceptó la llamada, Haveles le informó todo lo que sabía por experiencia propia sobre los acontecimientos del palacio, y también le hizo saber que eran soldados del PKK, y no sirios, los que estaban detrás del robo del helicóptero a gendarmería, el ataque a la represa Ataturk y el incidente en la frontera siria. Instó al embajador a informar a los militares para que estuvieran alertas. El embajador prometió transmitir la información.

Paul Hood llegó unos minutos después. Warner Bicking, el profesor Nasr y él mismo habían sido disfrazados con kaffiyeh y anteojos de sol y escoltados a una parada de ómnibus. Hood siempre había pensado que el uso de disfraces era una extravagancia teatral cuando alguien utilizaba ese recurso en una película o una novela. Pero en la vida real había caminado un tercio de milla como si hubiera nacido y crecido en la calle Ibn Assaker. Si

un periodista o un funcionario extranjero lo hubieran reconocido, habría perjudicado a los dos hombres que iban con él.

Pero no lo reconocieron. Los tres llegaron sanos y salvos a la embajada en media hora, a pesar de que el ómnibus fue desviado de la Ciudad Vieja. Cuando los dos marines le ordenaron detenerse, Hood se sintió como Claude Rains en El hombre invisible, cuando se quitaba el disfraz para mostrarles a los centinelas que efectivamente era quien decía ser. Después de ver lo que ocurría en el portón de entrada a través de una cámara de circuito cerrado, un agente de la ASD los hizo entrar.

Hood fue directamente a la oficina más próxima para telefonear a Bob Herbert. Cerró la puerta del despacho de John LeCoz y se detuvo junto al viejo escritorio de caoba. Las pesadas cortinas drapeadas sumían al pequeño despacho en la oscuridad y el silencio. Hood se sintió a salvo. Mientras marcaba el número de Herbert se le cruzó por la mente que Sharon y sus hijos tal vez se hubieran enterado de lo ocurrido en Damasco y estarían preocupados. Vaciló un momento y luego decidió llamarlos en segundo lugar. Antes tenía que saber qué había pasado con el CRO.

Herbert respondió inmediatamente y le transmitió las buenas nuevas con tono extrañamente reposado. El Tomahawk había sido abortado. El Striker había entrado, rescatado al CRO y su tripulación, y todos estaban ahora a salvo en Tel Net. Las fuerzas del Ejército Árabe Sirio habían sido alertadas sobre los curdos heridos y se encargarían de recogerlos. En una breve entrevista con la CNN, el líder del EAS había atribuido la explosión en la cueva a un mal manejo de municiones por parte del PKK, asegurando que los funcionarios de seguridad sirios podrían interrogar a los sobrevivientes y al mismo tiempo afirmando que no había ninguno. Querían saber cómo se había abierto una brecha en la seguridad siria en Damasco y Qamishli. El reemplazante del embajador Haveles había autorizado el procedimiento después de consultar con el general Vanzandt.

Hood estuvo en vilo hasta que Herbert le informó que Mike Rodgers había sido torturado y posteriormente había ejecutado al líder curdo responsable.

Hood guardó silencio un instante y luego preguntó:

—¿Quién presenció la ejecución?

—Eso no va a funcionar, Paul —dijo Herbert—. Mike quiere que la gente sepa qué hizo y por qué lo hizo.

—Ha pasado por el infierno —dijo Hood sin dar importancia a la cosa—. Hablaremos con él cuando haya descansado.

—Paul…

—Tendrá que ceder —dijo Hood—. Debe hacerlo. Si va a corte marcial lo obligarán a decir qué estaba haciendo en Turquía y por qué. Tendrá que revelar contactos, métodos, hablar de otras operaciones que hemos llevado a cabo.

—Si la situación compromete la seguridad nacional los registros de la corte marcial pueden mantenerse en secreto…

—La prensa se encargará de divulgarlos —dijo Hood—, y no nos dejará en paz. Esto podría tirar abajo literalmente todas las operaciones de inteligencia norteamericanas en Oriente Medio. ¿Qué pasa con el coronel August? Es el mejor amigo de Mike. ¿No podría hacer algo?

—¿No te parece que ya lo intentó? —dijo Herbert—. Mike le respondió que el terrorismo es la mayor amenaza que enfrentan actualmente los Estados Unidos. Dice que ya es hora de devolver ojo por ojo.

—Debe estar en estado de *shock* —concluyó Hood.

—Lo revisaron en Tel Nef —replicó Herbert—. Está lúcido.

—¿Después de lo que le hicieron los curdos?

—Mike ha pasado por el infierno un montón de veces y siempre ha salido ileso —replicó Herbert—. De todos modos, los médicos israelíes dicen que está en perfectas condiciones mentales y el propio Mike asegura que lo ha venido pensando desde hace tiempo.

Hood buscó una lapicera y un anotador.

—¿Cuál es el número de la base? Quiero hablar con él antes de que haga algo que lamentará toda la vida.

—No puedes hablar con él.

—¿Por qué no?

—Porque ya hizo ese «algo» —dijo Herbert.

Hood sintió que se le endurecía el estómago.

—¿Qué fue lo que hizo, Bob?

—Telefoneó al general Thomas Espósito, el comandante en jefe de Operativos Comando Especiales de Estados Unidos, y confesó el asesinato. Ahora está bajo guardia armada en la enfermería de Tel Nef, esperando que lleguen la policía militar y los asesores legales de la base aérea de Incirlik. Francamente, Paul, me costó muchísimo convencer al sargento jefe israelí Vilnai de que no pusiera cianuro en la inyección de Mike. Vilnai teme que su gente quede expuesta en la corte marcial.

Repentinamente Hood tuvo conciencia del olor a humedad de las cortinas. La oficina ya no le parecía segura. Era sofocante.

—Está bien —dijo con calma—. Dame algunas opciones. Tiene que haber opciones.

—Sólo se me ocurre una —dijo Herbert—, y es bastante arriesgada. Podemos tratar de obtener un perdón presidencial para Mike.

—Eso me gusta —aprobó Hood.

—Sabía que te gustaría —dijo Herbert—. Ya llamé al general Vanzandt y a Steve Burkow para explicarles la situación. Están con nosotros. Especialmente Steve, que realmente me ha sorprendido.

—¿Qué posibilidades tenemos?

—Si podemos evitar que la cosa estalle por unas horas tendremos una pequeña posibilidad —dijo Herbert—. Ann se está ocupando de eso. Si la prensa se entera… el presidente no podrá hacer nada. Un general norteamericano ejecuta a sangre fría a un curdo herido y desarmado… los riesgos políticos aquí y en el extranjero son enormes.

—Seguro —dijo Hood con disgusto—. Aun cuando el curdo haya torturado con un soplete al general.

—El general era un espía —le recordó Herbert—. La opinión pública mundial no nos apoyará en esto, Paul.

—No, supongo que no —dijo Hood—. ¿A quién más podemos acudir para persuadir al presidente?

—El secretario de Defensa está con nosotros y se reunirá con el vicepresidente dentro de diez minutos. Veremos qué sucede. Ann dice que hasta ahora los periodistas no han hecho demasiadas preguntas acerca de los siete curdos heridos en el Bekaa. Compraron la historia que les vendió el comandante del EAS. Mientras la prensa siga concentrada en lo que han dado en llamar la «construcción de fronteras», nuestra historia pasará inadvertida. Y nosotros con ella.

—Trata de lograr ese perdón, Robert —dijo Hood—. Quiero que tú y Martha agoten todos sus recursos.

—Lo haremos —prometió Herbert.

—Dios mío —dijo Hood—, me siento completamente inútil aquí. ¿No hay algo que yo pueda hacer?

—Sólo una cosa —dijo Herbert—, algo que no creo tener tiempo de hacer yo mismo.

—¿Qué es? —preguntó Hood.

—Rezar —dijo Herbert—, rezar mucho.

61

Martes, 12:38, Washington D.C.

Bob Herbert estaba sentado en su silla de ruedas, leyendo una copia OS —ojos solamente— del documento de una sola página. El documento iba dirigido al procurador general de los Estados Unidos con membrete de la Casa Blanca.

Detrás de su escritorio, el presidente leía otra copia del mismo documento. Desparramados por el Salón Oval, de pie o sentados, estaban el consejero de Seguridad Nacional Steve Burkow, el director de la Unión de Jefes de Personal, general Vanzandt, el asesor legal de la Casa Blanca, Roland Rizzi, y Martha Mackall. Todos leían atentamente una copia del documento. Herbert, Rizzi, Burkow y Vanzandt lo sabían de memoria. Habían pasado los últimos noventa minutos redactándolo, después de enterarse por Rizzi de que el presidente estaría dispuesto a firmar un perdón para el general Mike Rodgers.

El presidente se aclaró la garganta. Después de haber leído el documento una vez, volvió a leerlo en voz alta. Siempre hacía lo mismo para escuchar cómo sonaría si fuera un discurso… llegado el caso de que debiera defender públicamente lo que había hecho.

»Por la presente garantizo el perdón completo, libre y absoluto del general Mike Rodgers del ejército de Estados Unidos. Este perdón abarca acciones confesas que haya o pueda haber cometido

mientras servía lealmente a su país en un operativo de inteligencia conjunta con la República de Turquía.

»El gobierno y el pueblo de los Estados Unidos se han beneficiado inconmensurablemente con el coraje y las cualidades de liderazgo del general Rodgers durante su larga e impecable carrera militar. Ni la nación ni sus instituciones se beneficiarían con una investigación posterior de las mencionadas acciones que, desde todo punto de vista, fueron heroicas, generosas y apropiadas».

El presidente asintió y miró a su izquierda. El grueso y calvo Roland Rizzi estaba de pie junto al escritorio.

—Esto es muy bueno, Rollo —dijo el presidente.

—Gracias, señor presidente.

—Y además —sonrió—, lo creo. No siempre puedo decir lo mismo de los documentos que debo firmar.

Martha y Vanzandt sonrieron disimuladamente.

—El muerto —dijo el presidente—. Era un ciudadano sirio asesinado en el Líbano.

—Correcto, señor.

—Si decidieran presionarnos, ¿qué jurisdicción tendrían Damasco y Beirut al respecto?

—Teóricamente podrían pedir la extradición de Rodgers. Pero, si lo hicieran, nosotros no accederíamos.

—Siria ha dado asilo a más criminales internacionales que ninguna otra nación de la tierra —intervino Burkow—. En lo que a mí respecta, me encantaría que pidieran la extradición para poder negársela.

—¿Eso empeoraría nuestra situación con la prensa? —preguntó el presidente.

—Necesitarían pruebas, señor —dijo Rizzi—. Y también necesitarían pruebas para apoyar la extradición del general Rodgers.

—¿Y dónde están esas pruebas? —preguntó el presidente—. ¿Dónde está el cadáver del líder curdo?

—En la cueva donde estaban sus cuarteles generales —dijo Herbert—. Antes de abandonar el área, el Striker voló la cueva con la cabeza del Tomahawk.

—Nuestro departamento de prensa dirá que murió durante una explosión en sus cuarteles generales —dijo Martha—. Nadie nos cuestionará y sus seguidores curdos quedarán satisfechos.

—Muy bien —dijo el presidente, tomando una pluma fuente de su tintero. Vaciló un instante—. ¿Estamos seguros de que el general Rodgers respaldará lo que estoy firmando? ¿No escribirá un libro ni hablará con la prensa para desmentirme?

—Me responsabilizo por el general Rodgers —dijo Vanzandt—. Es un hombre del ejército.

—Me atendré a su palabra, general —dijo el presidente estampando su firma en el documento.

Rizzi retiró el perdón y la lapicera del escritorio del presidente.

El presidente se levantó y el grupo empezó a caminar hacia la puerta. Rizzi se acercó a Herbert y le entregó la lapicera. El jefe de inteligencia la aferró con gesto triunfal antes de guardarla en el bolsillo de su camisa.

—Recuérdele al general Rodgers que todo lo que haga de aquí en más no sólo lo afectará a él sino a las vidas y las carreras de todos los que creyeron en él —dijo Rizzi.

—Mike no necesitará que se lo recuerde —dijo Herbert.

—Ha sufrido mucho en el Líbano, asegúrese de que descanse.

Martha se acercó.

—Claro que lo haremos —dijo—. Y gracias, Roland, por todo lo que has hecho.

Martha y Herbert salieron.

Mientras el grupo atravesaba en silencio el pasillo alfombrado, Herbert pensó que confiaba absolutamente en lo que había dicho el general Vanzandt. Mike Rodgers jamás haría nada que comprometiera o avergonzara a quienes se habían jugado por él. Pero Rizzi también tenía razón. Rodgers había sufrido mucho, y no

sólo por la tortura. Cuando volviera con el Striker al día siguiente, lo que más le molestaría sería saber que el CRO había sido capturado mientras estaba a su cargo. Con razón o sin ella, se culparía por haber estado a punto de perder la disponibilidad y también por los sufrimientos físicos y las heridas psicológicas sufridas por la tripulación del CRO y el coronel Seden. Tendría que vivir sabiendo que el Striker había estado a punto de ser borrado de la faz de la Tierra por un misil norteamericano debido a su falta de previsión. Según la psicóloga Liz Gordon, quien había irrumpido en la oficina de Herbert cuando él estaba a punto de salir rumbo a la Casa Blanca, ésa sería la cruz más pesada de cargar.

—Y no hay un método seguro para tratar la culpa —le había dicho—. Con alguna gente es posible razonar. Uno puede convencerlos de que no habrían podido hacer nada para evitar la situación. O al menos hacerlos sentir bien por sus otros logros, por el aspecto positivo de su trabajo. En el caso de Mike, sólo existen el blanco y el negro. O fracasó o no fracasó. O el terrorista merecía morir o no lo merecía. Agréguele a eso la pérdida de dignidad que sufrieron él y su gente, y obtendrá una psicosis potencial bastante compleja.

Herbert comprendía todo demasiado bien. Había sido puntero de inteligencia de la CIA en Beirut cuando la embajada norteamericana fue volada en 1983. Entre los centenares de muertos estaba su esposa. No pasaba un día sin que lo atormentaran la culpa y los «qué hubiera pasado si». Pero no podía dejarse vencer. Debía usar todo lo que había aprendido dolorosamente para evitar futuros Beirut.

Herbert y Martha salieron de la Casa Blanca rumbo a la camioneta especialmente equipada que Herbert utilizaba para trasladarse por Washington. Mientras hacía subir la rampa de la parte trasera, el jefe de inteligencia abrigaba una única esperanza. Que el tiempo, la distancia y la camaradería ayudaran a Rodgers a superar el mal trago. Como le había dicho a Liz: «Aprendí duramente

que la vida no sólo es una escuela. Ahora sé que las clases son cada vez más difíciles y más caras a medida que pasa el tiempo».

Liz había coincidido con él y le había dicho: «Además, Bob… lo más difícil es matricularse».

Es verdad, pensó Herbert, mientras el chofer de Martha maniobraba para salir del atestado estacionamiento hacia Pennsylvania Avenue. Y durante los próximos días, semanas o lo que fuera, su misión sería convencer de eso a Mike Rodgers.

62

Miércoles, 23:34, Damasco, Siria

Ibrahim al-Raschid abrió los ojos y espió a través de la sucia ventana de la enfermería del hospital penitenciario. Lo sofocaba el fuerte olor a desinfectante.

Ibrahim sabía que estaba en Damasco custodiado por fuerzas de seguridad sirias. También sabía que estaba gravemente herido, aunque no cuánto. Sabía todas esas cosas porque había escuchado hablar de él a los enfermeros y los guardias. Había oído sus voces distantes y ahogadas por las vendas que le cubrían los oídos.

Durante los breves períodos que pasaba despierto, Ibrahim tuvo conciencia de otras cosas. Tuvo conciencia de que un hombre uniformado le había hablado, pero no pudo responder. Su boca parecía congelada, incapaz de moverse. Tuvo conciencia de que lo llevaban a un baño para lavarle y desinfectarle partes del cuerpo. La piel parecía caérsele a pedazos, como la cera endurecida de una vela. Luego lo habían vendado para trasladarlo nuevamente a la enfermería.

Cuando dormía, el joven curdo tenía visiones mucho más claras. Recordaba haber estado con el comandante Siriner en la Base Deir. Todavía podía oír al líder gritando: «¡No dispararán una sola bala en estos cuarteles!». Recordaba haber estado codo a codo con el comandante, disparándole al enemigo para impedirle entrar. Recordaba gritos desafiantes, la espera del ataque… y luego el

fuego. Un lago de fuego cayendo sobre ellos. Recordaba haber luchado contra las llamas con los brazos, ayudando al comandante de campo Arkin a abrir un sendero con sus propios cuerpos para que el comandante Siriner pudiera pasar sin quemarse. Recordaba que lo habían sacado a tirones. Recordaba que lo habían tapado con tierra para apagar el fuego de sus heridas y luego lo habían llevado a algún lugar. Recordaba haber visto el cielo y oído un disparo.

Se le formó una lágrima en el ojo.

—¿Comandante…? —musitó.

Ibrahim intentó darse vuelta para buscar a sus camaradas pero no pudo. Las vendas se lo impedían. Tampoco tenía importancia. En ese lugar había sentido por primera vez que estaba solo. ¿Y la revolución? Si hubiera triunfado, él no estaría ahora allí, con el enemigo.

Tanta gente confiaba en nosotros y hemos fracasado, pensó.

¿Verdaderamente habían fracasado? ¿Era un fracaso haber plantado una semilla que otros regarían? ¿Era un fracaso haber iniciado algo que los mejores y los más valientes habían deseado durante décadas? ¿Era un fracaso haber llamado la atención de toda la humanidad frente al reclamo de su pueblo?

Ibrahim cerró los ojos. Vio al comandante Siriner y a Walid.

Vio a Hasan y a los demás. Y vio a su hermano Mahmoud. Estaban vivos y lo miraban y parecían contentos.

¿Era un fracaso reunirse en el Paraíso con sus hermanos de armas?

Con un gemido silencioso, Ibrahim se reunió con ellos.

63

Miércoles, 21:37, Londres, Inglaterra

Paul Hood habló con Mike Rodgers desde Londres, en ruta a Washington. Rodgers estaba a punto de abandonar la enfermería de Tel Nef para unirse a los Strikers en su vuelo de regreso a EE. UU.

Los dos hombres mantuvieron una conversación breve y desacostumbradamente tensa. Ya fuera porque temía liberar la ira, la frustración, la tristeza o lo que fuera que estaba sintiendo, Rodgers no dejó salir nada de sí. Para lograr que el general respondiera sobre su salud y las comodidades de Tel Nef, Hood tuvo que hacer preguntas muy específicas. Y hasta esas respuestas fueron concisas. Hood lo atribuyó al cansancio y la depresión que Liz había previsto.

Al hacer la llamada, Hood no estaba dispuesto a hablar del perdón presidencial. Sentía que sería mejor hacerlo cuando Rodgers hubiera descansado y estuviera rodeado por la gente que había orquestado la amnistía. Gente cuyas opiniones respetaba. Gente que podría explicarle que lo habían hecho para proteger los intereses nacionales y no como un favor personal.

Sin embargo, Hood sentía que Rodgers tenía derecho a saber lo que había pasado. Quería que usara el vuelo de regreso para planear su futuro en el Centro de Operaciones y no un futuro imaginario en la corte marcial.

Rodgers recibió la noticia con calma. Le pidió a Hood que agradeciera a Martha y Herbert por sus esfuerzos. Pero mientras el

general hablaba, Hood tuvo la fuerte sensación de que estaba pasando algo más, algo impronunciable que se había interpuesto entre ambos. No era amargura ni rencor. Era algo más parecido a la melancolía, como si en vez de salvarlo lo hubieran condenado.

Era como si el general se estuviera despidiendo.

Después de cortar con Rodgers, Hood llamó al coronel August.

Rodgers y el comandante del Striker se habían criado juntos en Hartford, Connecticut, y Hood le pidió que utilizara todo su arsenal de cuentos, bromas y recuerdos para divertir y entretener a Rodgers. August prometió hacerlo.

Hood y Bicking despidieron calurosamente al profesor Nasr en Heathrow y prometieron asistir al concierto de piano de su esposa. El programa estaba dedicado a Liszt y Chopin. No obstante, Bicking le sugirió reemplazar el Estudio revolucionario por algo de menor carga política. Nasr estuvo de acuerdo.

El vuelo desde Londres fue relajado y estuvo colmado de cumplidos inusualmente sinceros para Hood, que no se parecían en nada a las palmaditas superficiales que solía recibir en las reuniones y recepciones de Washington. Los funcionarios que viajaban en el avión parecían encantados con los rumores de que el Striker había quebrado una gran cantidad de leyes seculares en el valle del Bekaa. Estaban casi tan contentos con eso como con el hecho de que los terroristas hubieran sido encontrados y neutralizados, y las tropas sirias y turcas se hubieran retirado de la frontera compartida. Como le había dicho el subsecretario de Estado Tom Andrea: «Uno se cansa de obedecer las reglas cuando los demás no lo hacen».

Andrea también lo había presionado para saber quién los había ayudado a escapar del ataque al palacio en Damasco. Pero Hood se limitó a beber la Tab que había comprado en Londres y no dijo nada.

El avión aterrizó a las 22:30 del miércoles. Una guardia de honor esperaba los restos de los agentes de la ASD y Hood permaneció con ellos hasta que los ataúdes fueron retirados y enviados rumbo a su destino final. Después entró en la limusina que los esperaba para

llevarlos a sus casas. La limusina había sido enviada por Stephanie Klaw de la Casa Blanca con una nota adjunta.

«Paul, —decía—, bienvenido a casa. Tenía miedo de que tomaras un taxi».

La limusina llevó primero a Hood, quien sostuvo un momento la mano de Bicking entre las suyas antes de bajar.

—¿Qué se siente al haber sido garantía de dos presidentes? —preguntó Hood.

El joven Bicking sonrió y replicó:

—Es muy estimulante, Paul.

Hood pasó una hora acostado en la cama con sus hijos y después pasó dos horas haciéndole el amor a su esposa. Y luego de eso, con Sharon acurrucada a su lado y tomados de la mano, se quedó despierto largo rato preguntándose si no habría cometido el error de su vida al decirle a Mike Rodgers que el presidente le había otorgado un perdón.

64

Jueves, 1:01, sobre el mar Mediterráneo

Cuando Mike Rodgers se incorporó al ejército tuvo un sargento instructor llamado Messy Boyd. Nunca supo de dónde provenía la abreviatura Messy, porque tenía que ser la abreviatura de algo. Porque Messy Boyd era el hombre más limpio, más puntilloso y más disciplinado que Rodgers había conocido en su vida.

El sargento Boyd había marcado a fuego dos cosas en sus hombres. Una era que la bravura era la cualidad más importante que podía tener un soldado. Y la otra, que el honor era todavía más importante que la bravura. «El hombre honorable», había dicho Boyd, parafraseando a Woodrow Wilson, «es el que define su conducta de acuerdo con los ideales del deber».

Y Rodgers se lo había tomado a pecho. También había tomado prestadas las Citas familiares de Bartlett que Boyd tenía sobre su escritorio. Ese libro lo inició en su romance de veinticinco años con la sabiduría de los grandes estadistas, militares y eruditos de todo el mundo. También lo convirtió en un lector rapaz, que devoraba todo lo que caía en sus manos, desde Epicteto a San Agustín, desde Homero a Hemingway. Así había aprendido a pensar. Tal vez demasiado, se dijo.

Rodgers estaba sentado en el banco de madera del fuselaje del C-141B y escuchaba con aire ausente una conversación entre el coronel August, Lowell Coffey y Phil Katzen sobre sus hazañas

deportivas. Rodgers sabía que jamás había actuado cobardemente ni de manera deshonrosa. Pero también sabía que, debido a los acontecimientos de Oriente Medio, su carrera militar estaba terminada. Él mismo la había creído terminada cuando no pudo recuperar el CRO en la frontera siria. Aquello había sido una torpeza, una estupidez, la clase de error que un hombre en su posición no podía permitirse cometer. Pero con la muerte del líder del PKK se había sentido revivir. No como un soldado en el campo de batalla, sino como un soldado en lucha contra el terrorismo. Esa lucha hubiera continuado en la corte marcial hasta convertirse en una brava y honorable batalla contra un flagelo terrible. Ahora, pensó, ya no me queda nada.

—General —preguntó August—, ¿cuál era el nombre del catcher que terminó ganándonos a los dos en quinto grado?

—Laurette —replicó Rodgers—. Olvidé su apellido.

—Eso es. Laurette. La clase de chica que uno querría comerse.

Era absolutamente encantadora, incluso atrás de su máscara de catcher, de su guante y de un enorme globo de chicle Bazooka.

Rodgers sonrió. La chica era verdaderamente encantadora, y aquel partido había sido una verdadera carrera. Pero todas las carreras terminaban con un ganador y varios perdedores.

Como la que acabamos de correr en Oriente Medio.

Allí, el ganador había sido el Striker. Su actuación había sido ejemplar. ¿Los perdedores? Los curdos, que habían sido eliminados. Turquía y Siria, que todavía tenían millones de ciudadanos inquietos dentro de sus fronteras, y Mike Rodgers, que había descuidado la seguridad, juzgado erróneamente a un leal compañero de trabajo y ejecutado a un prisionero de guerra.

Los Estados Unidos también habían perdido. Habían perdido al encerrar nuevamente a Mike Rodgers en su cubículo del Centro de Operaciones, en vez de respaldarlo en su guerra contra el terrorismo.

Y es una guerra… o al menos tendría que serlo.

Mientras estaba en la enfermería había profundizado sus ideas al respecto. Había planeado usar el podio de la corte marcial para declarar que toda nación que atacara a un norteamericano en cualquier lugar del mundo, y de cualquier manera, habría declarado efectivamente la guerra a los Estados Unidos. También había planeado exigirle al presidente que declarara la guerra a cualquier nación responsable del rapto de ciudadanos norteamericanos o de la voladura de aviones y edificios. Esa declaración de guerra no implicaría necesariamente atacar a la gente y los soldados de esas naciones, pero otorgaría a los EE. UU. libertad para bloquear puertos y hundir cualquier embarcación que intentara entrar o salir. Libertad para cerrar aeropuertos y carreteras con misiles. Libertad para anular el comercio, destruir la economía y derrocar al régimen que había respaldado a los terroristas.

Cuando se acabara el terrorismo, la guerra terminaría.

Eso era lo que Rodgers había planeado. Si la ejecución del curda hubiera sido tan sólo su primer golpe contra el terrorismo, él hubiera recuperado el honor. Tal como estaban las cosas, el hecho de haber matado a un hombre desarmado que lo había torturado era un mero acto de venganza. No había honor ni bravura en eso. Como había escrito Charlotte Bronte, la venganza «era como el vino aromático, caliente al beberlo… pero dejaba en los labios un sabor metálico y corrosivo».

Rodgers bajó la vista. No deseaba deshacer lo que había hecho.

La muerte del líder curdo le había ahorrado a la nación las agonías del juicio y los siempre impredecibles devenires de la opinión pública. También les había proporcionado a los curdos un mártir en vez de un perdedor. Pero Dios, cómo deseaba que la misma bala los hubiera matado a ambos. Lo habían entrenado para servir a su país y proteger su integridad y su bandera a cualquier precio. El perdón era una mancha sobre ambos. Tratándolo con caridad, su nación había perdido de vista un valor más importante: la justicia.

El error había sido cometido por gente bien intencionada. Pero por el bien y el honor de su país era necesario repararlo.

Rodgers se paró con dificultad, constreñido por los vendajes de los brazos y el torso. Mantuvo el equilibrio tomándose de la soga que corría a lo largo del fuselaje.

August levantó la vista.

—¿Estás bien?

—Sí —sonrió—. Iba al baño.

Miró al desacostumbradamente efervescente coronel August.

Estaba orgulloso de él y contento de que hubiera ganado la carrera. Dio media vuelta y avanzó hacia el fondo.

El baño era una habitación fría con una bombita de luz y un inodoro. No tenía puerta, uno de esos pequeños detalles destinados a disminuir el peso de la aeronave.

Al volver pasó junto a los estantes de aluminio donde estaban los equipos del Striker. Su propio equipo estaba en la mochila que había usado al frente del CRO. Todavía le quedaba una manera de recuperar el honor.

—No está ahí —dijo una voz a sus espaldas.

Rodgers se dio vuelta y vio el rostro largo y apostólico del coronel August.

—El arma que usaste para matar al terrorista —prosiguió August —. La tengo yo.

Rodgers enderezó la espalda.

—No tenías derecho a meter la mano en la mochila de un general, coronel.

—Sin embargo lo hice, señor. Siendo el oficial de mayor rango y no habiendo tomado parte de un crimen confeso, era mi deber confiscar evidencias para la corte marcial.

—Yo he sido perdonado —dijo Rodgers.

—Ahora lo sé —replicó August—. En ese momento no lo sabía. ¿Al señor le gustaría recuperar el arma?

Los dos hombres se miraban fijamente.

—Sí —dijo Rodgers—, me gustaría.

—¿Es una orden?

—Sí, coronel. Es una orden.

August se dio vuelta y buscó en la parte de atrás del más bajo de los tres estantes. Abrió la primera de cinco valijas que contenían los revólveres y pistolas del Striker y le entregó una pistola a Rodgers.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias, coronel.

—De nada, señor. ¿El general planea usarla?

—Eso es cosa del general, me parece.

—A mí me parece que es un punto a debatir —dijo August—. Estás seriamente herido, También estás amenazando a un general del ejército norteamericano. Y yo he jurado defender a mis camaradas.

—Y obedecer órdenes —dijo Rodgers—. Por favor, vuelve a tu asiento.

—No, señor.

Rodgers estaba parado con el revólver al costado del cuerpo. A medio avión de distancia la privada DeVonne y el sargento Grey se habían levantado de sus asientos y parecían listos para correr.

—Coronel —dijo Rodgers—, la nación ha cometido hoy un grave error. Ha perdonado a un hombre que no merecía ni deseaba el perdón. Al hacerlo ha puesto en peligro la seguridad de su pueblo y de sus instituciones.

—Lo que planeas hacer no cambiará las cosas —dijo August.

—Las cambiará para mí.

—Eso es muy egoísta, señor —dijo August—. Permítame recordarle al general que cuando salió segundo después de Laurette también pensó que no podría seguir viviendo, y revolcó el bate con tanta violencia que si su aterrado amigo no lo hubiera detenido probablemente se hubiera golpeado en la nuca y sufrido una conmoción grave. Pero la vida siguió y el muchachito aquél salvó innumerables vidas en el sudeste asiático, en Desert Storm, y más

recientemente, en Corea del Norte. Si el general intenta golpearse nuevamente la cabeza debe tener en cuenta que su amigo volverá a detenerlo. Esta nación lo necesita vivo.

Rodgers miró a August.

—¿Lo necesita más que al honor?

—El honor de una nación está en los corazones de su gente. Si detienes tu corazón le robarás a la nación lo que afirmas querer preservar. La vida duele, pero ambos hemos visto ya suficiente muerte. Todos nosotros.

Rodgers miró a los Strikers. Había algo vital en sus rostros, en sus posturas. A pesar de todo lo que habían sufrido en el Líbano. A pesar de la muerte del privado Moore en Corea del Norte y del teniente Squires en Rusia, todavía estaban vivos, entusiasmados y llenos de esperanza. Tenían fe en sí mismos y en el sistema.

Lentamente, Rodgers puso el revólver sobre el estante. No sabía si coincidía con August sobre la totalidad del tema. Pero lo que estaba a punto de hacer hubiera aniquilado el entusiasmo de los Strikers. Y eso bastaba para detenerlo.

—El apellido era Delguercio —dijo Rodgers—. Laurette Delguercio.

August sonrió.

—Lo sabía. Mike Rodgers no se olvida de nada. Sólo quería ver si estabas prestando atención a la historia. Como no prestabas atención te seguí hasta aquí.

—Gracias, Brett —murmuró el general. August apretó los labios y asintió.

—Bueno —dijo Rodgers suavemente—. ¿Les contaste cómo les gané a Laurette y a ti la temporada siguiente?

—Estaba a punto de hacerlo.

Rodgers palmeó al coronel en el hombro.

—Vamos —dijo abrazándolo.

Con un guiño cómplice a DeVonne y Grey, Mike Rodgers volvió a su asiento para escuchar a Brett August hablar de una época en que

su pequeño equipo local era el mundo y el tanto que iba a lograr en la temporada siguiente era una excelente razón para seguir vivo.

65

Viernes, 8:30, Washington D.C.

El regreso a casa había sido tan apagado como de costumbre, tal como lo había previsto el sureño Bob Herbert.

Cada vez que los funcionarios del Centro de Operaciones volvían de misiones peligrosas o difíciles, sus compañeros de trabajo se encargaban de que todo saliera como de costumbre. Era una manera de facilitar la reincorporación de la gente a una eficiente rutina.

El primer día posterior al regreso comenzó para Paul Hood con una reunión en su propio despacho. En el vuelo desde Londres había revisado un material remitido por su asistente Bugs Benet. Parte del material requería atención inmediata y Hood había enviado mensaje por correo electrónico a Herbert, Martha, Darrell y Liz para convocarlos a la reunión de la mañana siguiente. Hood no creía en métodos especiales para recuperarse de los vuelos. Creía en levantarse cuando sonaba el despertador, hora local, y ocuparse de lo que había que ocuparse.

Mike Rodgers era exactamente igual. Hood lo había llamado por teléfono a las 6:30 para darle la bienvenida, esperando encontrar la campanilla baja y el contestador automático encendido. En cambio, encontró al general completamente despierto. Hood le informó sobre la reunión y Rodgers llegó poco después que Herbert y McCaskey. Hubo apretones de manos, palabras de bienvenida y un «te ves

horrible» de Herbert a Rodgers. Martha y Liz llegaron un minuto después. Rodgers se dio un momento para agradecer a Herbert y Martha lo que habían hecho para obtener su perdón. Sintiendo su incomodidad, Hood fue directamente al grano.

—Primero —dijo—, Liz… ¿has tenido oportunidad de hablar con nuestros héroes locales?

—Anoche hablé con Lowell y Phil —dijo ella—. Se tomarán el día libre pero están bien. Phil tiene un par de costillas rotas y Lowell padece la melancolía de los cuarenta años, pero ambos sobrevivirán.

—Esperaba burlarme un poco del chico del cumpleaños —dijo Herbert.

—El lunes —replicó la doctora de treinta y dos años—. Estoy segura de que el blanco será igualmente sensible.

—¿Qué sabemos de Mary Rose? —preguntó Hood.

—Pasé a verla anoche —dijo la psicóloga—. Necesitará un poco de tiempo pero se recuperará.

—Los bastardos se valieron de su dolor para intentar controlarnos —dijo sombríamente Rodgers—. Reiteradamente.

—Créanlo o no —dijo Liz—, su sufrimiento puede tener un aspecto positivo. La gente que sobrevive a un incidente como éste tiende a atribuirlo al destino. Si sobreviven a dos o tres más, empiezan a pensar que tienen fibras de acero.

—Ella las tiene —dijo Rodgers.

—Exactamente. Y si alimentamos esa sensación, Mary Rose podrá aplicarla a su vida cotidiana.

—Siempre pensé que había algo ultra poderoso detrás de esos suaves ojos irlandeses —dijo Herbert.

Hood dio las gracias a Liz y miró a Herbert.

—Bob —dijo—, también quiero agradecerte por el apoyo que nos brindaste a mí, a Mike y al Striker. Si tu gente no hubiera llegado a tiempo, Warner Bicking, el Dr. Nasr, el embajador Haveles y yo hubiéramos vuelto a casa en ataúdes.

—Tu soldado druso también era excepcional —intervino Rodgers —. Sin él, el Striker nunca hubiera encontrado el CRO a tiempo.

—Son los mejores de la región —dijo Herbert—. Espero que se lo recuerden al Congreso cuando llegue la hora de acordar presupuestos.

—La senadora Fax recibirá un informe confidencial completo —aseguró Hood—. Me encargaré personalmente.

—Mientras tanto —prosiguió Herbert—, Stephen Viens necesitará nuestra ayuda. Designarán un procurador especial para estudiar el presupuesto en negro de la ONR. Viens cree que será el chivo emisario de la cuestión, y coincido con él. Quiero recordarles que Viens, Matt Stoll y sus equipos trabajaron toda la noche para reactivar nuestros satélites.

—Sé que es un amigo, Bob —dijo Hood—, y haremos todo lo posible por ayudado. Mike, ¿quién supervisa el regreso del CRO?

—Voy a trabajar con el comandante de Tel Nef y el coronel August en eso —dijo Rodgers—. Por ahora está a salvo en la base. Apenas se calmen los ánimos en la región, el coronel y yo volveremos a recuperarlo.

—Muy bien —dijo Hood—. Entonces, si tienes algo de tiempo hoy, y tú también, Bob, me bastaría que nos sentemos y hagamos una lista del dinero y las vidas que Viens ha salvado gracias a su trabajo en la ONR.

Rodgers hizo un gesto afirmativo.

—Llevaré mi ábaco para no equivocarme en las cuentas —dijo Herbert.

Hood se volvió hacia Martha y Darrell McCaskey, que estaban sentados juntos en el sofá de cuero. Darrell mantenía su estoico estilo PBI pero Martha movía una pierna con impaciencia.

—Ustedes dos —dijo Hood— no podrán ayudamos con esto. Vuelan a España mañana mismo.

Martha pegó un salto.

—Bugs me envió un informe al vuelo de regreso de Londres —explicó Hood—. La policía madrileña ha estado arrestando nacionalistas vascos y cree que algo grande está por ocurrir. Algo que tendrá serias consecuencias internacionales.

La expresión de McCaskey permaneció inmutable, pero Martha estaba resplandeciente. Disfrutaba anticipadamente toda posibilidad que le permitiera probar sus habilidades diplomáticas y ejercitar sus músculos internacionales.

—El jefe de seguridad internacional en España ha pedido ayuda diplomática y de inteligencia —prosiguió Hood—, y ustedes son los elegidos. Bugs y el Departamento de Estado están reuniendo todo el material necesario. Lo tendrán listo antes de partir.

—Y te prestaré mis casetes Berlitz, Darrell —dijo Herbert.

—Nos arreglaremos bien —dijo Martha—. Yo hablo castellano.

Hood tenía los ojos clavados en Herbert, quien debió haberlos sentido. Se encogió apenas en su silla de ruedas y no dijo nada. Bugs había informado a Hood sobre la tensión existente entre Martha y Bob, y Hood sabía que debería hacer algo para resolverla mientras Martha estaba en España. Pero no sabía qué. Tenía la sensación de que evitar una guerra entre Martha Mackall y Bob Herbert sería mucho más difícil que haber evitado la guerra entre Siria y Turquía.

La reunión terminó y Hood le pidió a Rodgers que esperara un momento. Cuando Bob Herbert salió y cerró la puerta tras él, Hood se levantó de su escritorio y se sentó en un sillón, al lado del general.

—Fue bastante difícil, ¿verdad? —preguntó Hood.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —preguntó Rodgers—. Las he pasado peores. Pero lo que me afectó verdaderamente no fue lo que ocurrió allí.

—¿Podrías decirme qué fue?

—Sí —dijo Rodgers—, porque tiene que ver con mi renuncia.

Hood abrió los ojos sorprendido cuando Rodgers sacó un sobre blanco del interior de su chaqueta. El general se inclinó con cierta dificultad y lo dejó sobre el escritorio.

—Estaba trabajando en eso cuando llamaste esta mañana —dijo —. Se hará efectiva en cuanto encuentres un reemplazante para mí.

—¿Qué te hace pensar que vaya aceptarla? —preguntó Hood.

—Que no te sirvo para nada aquí —dijo Rodgers—. No, borra eso. Simplemente creo que le sería más útil al país en otro lugar.

—¿Dónde?

—No quiero sonar apocalíptico, Paul, pero la crisis de Oriente Medio me hizo tomar conciencia definitivamente. Los EE. UU. están enfrentando un enemigo astuto y muy peligroso.

—El terrorismo.

—El terrorismo —dijo— y la falta de preparación que lo favorece. El gobierno está atado de pies y manos por tratados y preocupaciones económicas. Los grupos como el Centro de Operaciones y la CIA son demasiado pequeños. Las aerolíneas y otras empresas que trabajan en el extranjero y las fuerzas armadas destinadas en otros países tampoco pueden hacer demasiado para proteger a su gente. Necesitamos más inteligencia humana en vez de vigilancia electrónica o satelital, y también necesitamos una manera más eficaz de actuar… preventivamente. Hablé con Falah, el druso que nos ayudó en el Bekaa. Estaba semirretirado de las tareas de reconocimiento y no se daba cuenta de lo mucho que extrañaba. Ahora está dispuesto a volver a la acción. Hablaré con los aliados de otros países, con algunos de los contactos de Bob. Paul, creo en esto más que en nada que haya creído antes. Necesitamos una fuerza astuta e igualmente peligrosa para luchar contra el terrorismo.

Hood lo miró inquisitivamente.

—Intentaré persuadirte para que abandones ese proyecto.

—No te molestes —dijo Rodgers—. Estoy decidido.

—Lo sé —dijo Hood—, y sé cómo te sientes. Lo que quiero decir es que voy a intentar impedir que renuncies. ¿Por qué no creas esa

unidad tuya aquí, en el Centro de Operaciones?

Ahora era Rodgers el sorprendido. Pasaron varios segundos antes de que pudiera responder.

—Paul, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? No estoy hablando de diferentes usos del Striker. Estoy hablando de una unidad con dedicación exclusiva.

—Entiendo —dijo Hood.

—Pero nunca podríamos incluirla en el presupuesto.

—Entonces no lo haremos.

—¿Cómo conseguirías la financiación?

—Podemos aprender de los errores de Stephen Viens —dijo Hood —. Encontraré una manera de financiarla desde aquí. Ed Colahan puede encargarse de eso. Demonios, hasta creo que le gustará. También aprenderemos de nuestros propios errores en Turquía. Podemos revisar la información y ver cómo utilizar el CRO de una manera más conveniente. Lo mantendremos activo permanentemente, no sólo cuando sea necesario.

—Un operativo clandestino móvil —dijo Rodgers.

—Con guerreros clandestinos —dijo Hood—. Tiene posibilidades. Y tú tienes la pasión necesaria para sacarlo adelante.

Rodgers sacudió la cabeza.

—¿Qué pasará con las acciones propiamente dichas? Maté a un terrorista en el Líbano. Fue imperium in imperio. Yo mismo lo juzgué y yo mismo lo ejecuté. No puedo asegurarte que no volveré a hacerlo. Las vidas de los norteamericanos inocentes están primero para mí.

—Lo sé —replicó Hood—. Y no diré que estoy en desacuerdo.

Rodgers acusó el golpe.

—¿Realmente? Entonces no eres tú, Paul. Si ni siquiera estás a favor de la pena de muerte.

—Tienes razón, Mike —dijo Hood—. Pero algo se aprende manejando un equipo como el nuestro o una ciudad como Los Ángeles… o incluso una familia. No se trata de estar a favor o en

contra de nada. Se trata de lo que es mejor. Mike, vas a hacer lo que te propones de todos modos. Ya te he imaginado vestido como un patriarca del desierto con un bastón en una mano y un Uzi en la otra, cazando terroristas. Eso no sería lo mejor para ninguno de nosotros. Confío en ti y quiero ayudarte.

Hood se acercó al escritorio y tomó el sobre. Lo sostuvo frente a Rodgers. Rogers lo miró sin tocarlo.

—Tómalo —dijo Hood.

Rodgers miró a Hood.

—¿Estás seguro de que este ofrecimiento no es una mera excusa para vigilarme y evitar que me convierta en un nuevo Moisés?

—Moviéndote como te mueves —dijo Hood—, me sería imposible vigilarte aunque quisiera. En realidad, esto es sólo una excusa para alejar a Bob de Martha. Le encantaría trabajar en un proyecto como el tuyo.

Rodgers sonrió.

—Lo pensaré. Tengo mucho que pensar. Hace unas horas quería evadirme de esta maldita carrera. Mi gente corrió a rescatarme y me impidió hacer las cosas a mi manera.

—Que es lo que has hecho siempre —dijo Hood.

—Es verdad —dijo Rodgers— y estoy muy orgulloso. —Guardó silencio un instante con la mirada perdida en el espacio—. Pero entonces ese viejo compañero de equipo me recordó que aunque uno corra la carrera solo… eso no significa que uno está solo.

—Tenía razón —dijo Hood—. ¿Benjamín Franklin no dijo nada al respecto?

—Le dijo al Congreso Continental: «Debemos avanzar todos juntos, o puedo asegurarles que nos colgarán por separado».

—Correcto —dijo Hood—. ¿Quién eres tú para discutirle a Benjamín Franklin? Además, ¿acaso él y John Adams y los Hijos de la Libertad no hicieron algo parecido a lo que estamos hablando? —Hood seguía con el sobre en la mano—. No quiero presionarte, pero

se me está cansando el brazo y no quiero perderte. ¿Qué dices? ¿Avanzamos juntos, Mike?

Rodgers miró el sobre. Con una rapidez que dejó a Hood boquiabierto, se lo arrebató y volvió a guardarlo en su bolsillo.

—Está bien —dijo—. Juntos.

—Bravo —dijo Hood—. Ahora veamos si hallamos una manera de salvar a nuestro amigo Viens de los buitres.

Hood llamó de vuelta a Herbert y los tres se sentaron a trabajar juntos con un nivel de entusiasmo y cooperación que jamás había encontrado antes en su grupo. Hood no pensaba agradecerle al PKK por eso. No obstante, mientras esperaban que el jefe de Finanzas Ed Conahan llegara con sus informes, las palabras de otra época y otro enemigo atravesaron como un rayo la mente de Hood. Eran las palabras del almirante japonés Yamamoto. Después de haber comandado el ataque contra Pearl Harbor, destinado a aniquilar la resistencia norteamericana en el Pacífico, Yamamoto comentó conmovido:

«Temo que hayamos despertado a un gigante dormido y lo hayamos impulsado a una terrible resolución».

Después de autorizar a Rodgers a discutir su idea con Herbert, Hood no pudo recordar un momento en que alguno de los tres hubiera estado más despierto… ni más resuelto.

F I N

THOMAS LEO CLANCY JR. (Baltimore, Estados Unidos, 1947 — ibidem, 2013) fue un escritor conocido por sus novelas de suspenso y espionaje, muchas de las cuales se han convertido en auténticos superventas y han sido adaptadas al cine y al mundo del videojuego.

Licenciado en Literatura Inglesa, comenzó su andadura como escritor en 1984 con *La caza del Octubre Rojo*, la primera, además, con Jack Ryan como personaje protagonista y que marcaría el estilo, lleno de conjuras políticas y enfrentamientos militares, característico de su obra.

Clancy, con sus novelas y numerosos libros de ensayo sobre inteligencia y armamento militar, es un habitual en los tops de ventas del *New York Times* o *USA Today*.

Además de las películas, las obras de Clancy dieron lugar a la serie de videojuegos *Rainbow Six, HAWX* o *Splinter Cell*, entre otros, y a la franquicia de libros *OP-Center*.

STEVE R. PIECZENIK (La Habana, Cuba, 1943) es un psiquiatra, autor, editor y teórico de la conspiración cubano-estadounidense. Recibió una beca para asistir a la Universidad de Cornell a los 16 años, donde se graduó con una licenciatura en pre-medicina y psicología en 1964. Más tarde recibió su M. D. de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cornell. Obtuvo un doctorado en relaciones internacionales del MIT mientras estudiaba en la Facultad de Medicina de Harvard. Pieczenik habla cinco idiomas con fluidez, incluidos ruso, español y francés.

Es un autor aclamado de *thrillers* psicopolíticos y co-creador de las series de libros superventas del *New York Times «Tom Clancy's Op-Center»* y *«Tom Clancy's Net Force»*. Sus novelas están basadas en sus veinte años de experiencia en la resolución de crisis internacionales para cinco administraciones estadounidenses.

Índice de contenido

Actos de guerra
ACTOS DE GUERRA
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65

Sobre los autores